ANGY SKAY



TREINTA SEGUNDOS PARA PERDERLO TODO

ÉL ESTÁ ROTO. ELLA ARDE.
Y JUNTOS PUEDEN DESTRUIR SU DESTINO.

ANGY SKAY

TREINTA SEGUNDOS PARA PERDERLO TODO

Rocaeditorial

A Lola.
Gracias por existir

El amor verdadero es aceptar
a los demás tal y como son,
sin tratar de cambiarlos.

MIGUEL RUIZ, *Los cuatro acuerdos*

Lista de Spotify

Cada canción de esta lista fue chispa y sombra a la vez.
Me acompañaron mientras escribía *Treinta segundos*,
moldeando escenas, susurros y heridas de los personajes.
Ponte los cascos, sube el volumen
y déjate arrastrar a su mundo,
igual que yo lo hice al crearlo.



Introducción



Naím

Elegancia.

Esa era la palabra que definía a Vega mientras caminaba por la alfombra lujosa hacia el centro de la fiesta, en uno de los áticos más prestigiosos de Madrid, en la zona de Recoletos. Me llevé la copa de champán a los labios sin dejar de mirarla.

La quería más que a mi vida.

Sus curvas acentuadas bajo aquel vestido marrón tierra —ella había insistido siempre en enseñarme la diferencia de los colores a lo largo de los años—, su caminar lento y estiloso, aquella mano que se alzaba para saludar a los doscientos invitados como si fuera la reina de España y su sonrisa radiante, angelical y sincera, llena de vida, rebosante de ilusión por el discurso que había ensayado más de diez veces delante de mí, horas antes, en nuestro vestidor, con la lencería de encaje francés despistándome.

Le había insistido varias veces en que así no lograba escucharla, que se me iban los ojos y que solo tenía intenciones de arrancarle el

tanga con los dientes. Vega reía con nerviosismo, se apartaba con un dedo acusador y me pedía paciencia para esa noche, tras la gala y la presentación de otro de nuestros grandes proyectos juntos.

Ese hilo invisible del que hablábamos en ocasiones pareció tirar de ella cuando sonó «Now We Are Free», la canción compuesta por Hans Zimmer, uno de sus compositores favoritos, allí presente con un grupo reducido de su gloriosa banda, como inicio de la noche. Las mejillas de Vega, redondas y dulces, se apretaron para contener el llanto que le produjo escuchar nuestra canción. La que marcó nuestras vidas.

—Deja de comértela con los ojos.

El tono burlón de Catriel, mi mejor amigo de la infancia y el encargado de Recursos Humanos de VeritasVR Technologies. Sonreí como un idiota y, con la copa en el aire, brindé hacia él, dándole la razón. Hizo un movimiento con la mano y continuó su paso, saludando con la cabeza a los invitados y pasando a mi esposa, a quien besó en la mejilla antes de seguir adelante.

Avancé la distancia que me faltaba para llegar a Vega, coloqué una mano en su cintura de manera casual y la miré desde arriba. Teníamos unos diez centímetros de diferencia y, con aquellos tacones de vértigo, apenas se notaba. Me acerqué peligroso, le di un beso en los labios más lento de lo que debería, más pausado de lo que habría pretendido, y fue ella la que se apartó con las mejillas sonrosadas y los ojos desorbitados.

—Naím… Hemos dicho que después —musitó conteniendo la risa y la vergüenza, todo a la vez.

Yo sabía que nos miraban y a mí me importaba poco ser el centro de atención. La adoraba; el amor no era malo, pero sí hermoso

demostrarlo.

—¿Crees que esta gente se escandalizará?

Se apartó un poco más, separando su pecho del mío y recuperando el aire que nos faltaba a los dos. Me dio rabia que se alejara, perder el olor a perfume caro, a mujer exitosa, a mi Vega.

—¡Naím! —me regañó, y reí, recuperando la postura.

Continuamos nuestra marcha hasta el escenario, con los invitados tomando asiento en la amplia sala tras una suculenta cena de canapés y vino. La orquesta continuaba su concierto de fondo, más suave, creando el ambiente ideal para la presentación en la enorme pantalla situada por el equipo técnico frente a los asientos. Las luces menguaron cuando nos aposentamos en la primera fila, de pie y en un lateral para no molestar a los asistentes.

Aproveché el momento para deslizar la mano que tenía sujeta a la cintura de Vega hasta su trasero; sin embargo, ella se movió como si le hubiera dado un calambre y me miró aniquiladora. Reí canalla, con ganas de sacarla de sus casillas, aunque también con ganas de que olvidara esos nervios que la carcomían. Se le notaban con solo tocarla. Me acerqué a su oído cuando la presentación comenzó.

—Todo saldrá bien, cariño. Tranquila.

Giró el rostro hacia mí. La poca luz me impidió verla bien; no obstante, aprecié su mirada brillante, llorosa, el pánico a que no gustara el proyecto que emprenderíamos ese día. No iba a salir nada mal. Lo sabía porque Vega iniciaba cada trabajo con amor, con el corazón en la mano y poniéndole el empeño que merecía. Me llevé la mano que había entrelazado a los labios, la besé con mimo y asentí, mandándole el valor suficiente para que al subir a ese escenario arrasara con todo.

Vega era historiadora, la parte artística, la cara visible en VeritasVR. La que hablaba de pasiones, de futuro, de una educación mejor.

Yo era quien apostaba por ella. Encargado de la tecnología base, la mente brillante de VeritasVR, quien cumplía un sueño compartido que empezamos juntos. Por ella y para ella.

—… En VeritasVR Technologies somos el conocimiento auténtico, la realidad virtual al alcance de todos. Democratizamos el acceso al arte, la historia y la educación a través de experiencias inmersivas de una realidad virtual de alta calidad, emocionante, impactante, visual y deslumbrante. Nuestra misión en VeritasVR es ofrecer calidad de plataformas de realidad virtual a cualquier persona, desde un niño hasta una escuela rural…

Aura, que hablaba en la presentación oficial, era una IA desarrollada por nosotros en los primeros años de VeritasVR. El código fue idea mía, aunque Vega la dotó de personalidad emocional y propósito humano. Actualmente, los únicos que teníamos acceso al núcleo completo de Aura éramos Catriel y yo, pues tenía en marcha un proyecto secreto que ni siquiera le había contado a Vega. No todavía. Dejé de escuchar a Aura cuando los dedos de Vega apretaron los míos. La miré de nuevo.

Ella me contemplaba con admiración, con el mismo deseo que nos unió cuando solo éramos unos adolescentes con las hormonas revueltas. Le tembló el labio inferior y temí que se echase a llorar por los nervios, pero su mano libre me impidió terminar de girarme mientras fruncía el ceño. Tragó saliva y lo vi con claridad al iluminarse la enorme pantalla con una potente luz blanca.

—Tengo un retraso de tres días.

El corazón se me detuvo.

—… Y ahora, con un fuerte aplauso, quiero darle el paso a la cofundadora de VeritasVR, Vega Cabrera. Bienvenidos, bienvenidas, a redescubrir la verdad a través de la inmersión.

La mano de Vega se deslizó de la mía con un halo doloroso, frío y lacerante que no deseé. Me dieron ganas de cargarla en brazos y salir de aquella fiesta a buscar un lugar íntimo en el que besarla hasta desfallecer mientras permitía que las emociones de los dos se mezclaran con la noticia. No era un sí, pero era un tal vez. Llevábamos más de dos años intentando ser padres… «Tiene un retraso». Dos años de pruebas, impotencia, llantos… Y las palabras «No es suficiente» de Vega me martirizaban cada vez que las decía, sobre todo sabiendo que el culpable era yo. Dios, qué ganas tenía de gritarle que se equivocaba, que valía para todo y que ahí estaba la prueba.

«Tiene un retraso».

Tuve que hacerlo, pues el primer impulso es el que cuenta; eso es lo que llaman intuición, a la que hay que obedecer pese a cualquier circunstancia, aunque hubiera doscientos invitados esperándote.

Vega caminó deslumbrante hacia el escenario de madera, hacia ese atril desde el cual todo el mundo la escucharía con devoción. El primero yo, siempre yo.

«Uno, dos, tres…». Un pie, después otro, y subió los tres escalones con galantería y una sonrisa que enmarcó su rostro. «Cuatro, cinco, seis…».

Aplausos, innumerables, de punta a punta. «Siete, ocho, nueve, diez…». Vivaces, impulsivos, con ganas de escuchar ese nuevo proyecto que revolucionaría el mundo y en el que llevábamos dos

años trabajando sin competencia, porque aquella visión futurista no tenía parangón e íbamos a revolucionar los centros escolares con la realidad virtual.

«Once, doce, trece, catorce». Sus manos en el atril, tal y como la había imaginado. Yo aplaudía con la copa aún en mi mano, como si me aferrara a algo, como si temiera quedarme solo. «Quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte».

—Buenas noches, damas y caballeros —se inclinó hacia un ala, luego hacia la otra—, y bienvenidos a un nuevo proyecto que marcará un antes y un después en VeritasVR y en la vida de los ciudadanos del mundo entero.

«Veintiuno, veintidós, veintitrés…». La contemplaba con una sonrisa permanente en los labios, sin poder quitarme esa cara de imbécil que Catriel aseguraba que tenía las veinticuatro horas, sobre todo si estaba cerca. Pero ¿qué era la vida sin esos momentos? Sin demostrar nuestros sentimientos, sin vibrar al escuchar a la persona que queríamos, al tenerla delante o al compartir tiempo con ella, aunque fueran segundos.

«Veinticuatro, veinticinco, veintiséis». Tiempo. Quizá fue eso lo que me faltó esa noche. Unos segundos más para tomar la primera decisión: cogerla en brazos, sacarla de allí y darle tiempo, no ya para contarme lo que me había dicho antes de irse, sino para asimilarlo. «Veintisiete…».

Fruncí el ceño con más firmeza al oír un revuelo inusual en la parte trasera de la sala, en la entrada del ático. Entonces, cuatro hombres de seguridad corrieron por la estancia sin un motivo aparente. Busqué a Catriel, me topé con sus ojos, que tampoco entendían nada, y… «Veintiocho, veintinueve…».

Disparos.

Alguien disparó al techo, la orquesta dejó de sonar, los invitados comenzaron a correr en estampida; gritos, incontables. La copa de champán que llevaba en la mano se rompió de tanto hacer presión, y la sangre goteó por los cristales que me había clavado. Uno de ellos se me incrustó, y traté de arrancarlo preso de la histeria mientras buscaba a Vega en el escenario, sin verla. Lo saqué, haciéndome un corte profundo y casi sin notar el dolor, porque podía más la incertidumbre de encontrar a mi mujer.

—¡¡Vegaaa!! ¡¡Vegaaa!!

Más disparos. Ahora, a los invitados. ¿Quién demonios era esa gente? Y entonces, como si el destino hubiera decidido aplastar mi vida de un solo golpe certero, el revuelo de personas se apartó del escenario al que se habían subido, dejando a Vega a la vista de uno de los intrusos.

Y llevaba un arma.

Una pistola con la que apuntaba a mi mujer.

—¡¡Nooo!! ¡¡Nooo!! ¡¡¡Vegaaa!!! ¡¡¡Vegaaa!!!

Me desgañité, corrí aunque las piernas me pesaran, salté por encima de los invitados, pisé a los que yacían en el suelo, sentí las náuseas subirme por la garganta…

«Treinta».

Pam.

Un disparo. Certero, directo, fulminante.

—¡¡¡Veeegaaa!!! ¡¡¡Veeegaaaaaa!!!

Una bala lo cambió todo.

Una bala me hundió la vida.

1

El infierno



NAÍM

Pasé las carpetas de los documentos sin ganas, sin mirarlas e importándome poco el contenido de la expansión del cuerpo humano, el museo vivo, los mundos olvidados o la ética viva. Distintos proyectos relacionados con el desarrollo de actividades educativas, que cada uno de los departamentos de VeritasVR planteaba y ejecutaba en los centros tras mi aprobación.

La cuestión era que yo no aprobaba nada desde hacía mucho tiempo.

No sin el impulso de Catriel.

Hablando del rey de Roma… Mi amigo, socio silencioso y responsable de Recursos Humanos de VeritasVR apareció por la puerta sin llamar y sin pedir permiso. En su línea. Levanté la mirada para constatar que entraba con aires de chulo desinhibido, un traje azul a medida y aquel tupé tan de moda que peinaba su pelo rubio oscuro hacia atrás. Su sonrisa bobalicona se acentuó a medida que

avanzaba hacia la mesa del amplio despacho, con dos cafés para llevar en la mano y una carpeta debajo de la axila.

—¡Buenos días por la mañana, Cuervo del Consejo!

—Serán para ti, Ken de Cuatro Torres —rumié por lo bajo.

Soltó los cafés sobre la mesa con una sonrisa más amplia, tras habernos llamado con aquellos motes estúpidos que nos inventamos una noche de cogorza importante, hacía ya unos seis meses, en un bar de mala muerte. Él por acompañarme; yo, por Vega. Por mi Vega siempre. Y aquellos motes habían sido: el de Catriel evidentemente porque se parecía al Ken de la Barbie, y el mío porque iba siempre de negro impoluto.

Tiró de la silla hacia atrás y se sentó sin tacto.

—Venga, cuéntame un chistecito a primera hora, que estás a un algoritmo de convertirte en un holograma de ti mismo.

Junté las manos, lo miré disimulando una sonrisa, porque solo lo hacía en contadas ocasiones desde que murió Vega, y le dije acercándome:

—Tú ya eres un holograma. —Solté las manos y elevé una haciendo un movimiento flotante—. Solo aire con una sonrisa barata.

—¡Ja! ¡Qué cabrón! Me la has metido sin vaselina. —A ese comentario se le sumó un golpe seco en la mesa. La carpeta. Mi estado cambió al instante—. Reconozco que no esperaba que estuvieras espabilado esta mañana… ¿Naím? ¿Estás bien?

Miró el punto en el que me había quedado clavado. Era una carpeta marrón, sencilla, como el resto que había amontonado sin revisar. Pero era la carpeta. La conocía por la pegatina de la Acrópolis romana que había en una de las esquinas. De repente, el

aire me faltó, sentí que los pulmones no me oxigenaban bien y que caía en picado con un enorme mareo que no controlé.

—Eh, ¡Naím! —Se levantó de manera abrupta de la mesa y corrió a mi lado—. Oye, tío, ¡eh, tío!

Giró mi sillón, pero no permití que me ayudara. Alcé las manos con un aspaviento, me lo quité de encima con un gruñido y me levanté para ir al aseo que tenía en el despacho.

—Ahora vuelvo —murmuré desabrochándome la corbata y caminando con rapidez.

Para esconderme.

Para desaparecer.

Para que nadie viera lo roto que estaba. Ni siquiera él, que había recogido mis trozos y lo peor de mí.

Me remangué la camisa, apoyé las manos en el lavabo, abrí el grifo y me eché agua helada en la cara, tratando de dispersar los pensamientos. No se iban. No me daban tregua. Las manos comenzaron a temblarme. Era miedo incontrolado, mezclado con la rabia que no había gestionado ni dejado salir, o eso decía mi psiquiatra. Me miré las manos, con la cara empapada y mojándome las mangas.

Y lo vi.

El corte que me cruzaba la palma izquierda de la mano. Fue el bofetón de realidad que necesité para regresar casi un año atrás, porque quedaban dos semanas para el aniversario de su muerte.

Para el primer año sin mi Vega.

La imagen se nubló, no obstante, ya sabía identificar que era mi mente la que me jugaba una mala pasada. Sangre. Mucha sangre en mis manos; yo, tirado en el suelo, de rodillas, meciendo un cuerpo

inerte, pidiendo auxilio y llorando una pérdida antes de constatar que había muerto. Su pecho roto, rojo… Un disparo fulminante.

La puerta del aseo se abrió. Los ojos de Catriel encontraron en el espejo los míos, enrojecidos y asustados por el recuerdo. Tragué saliva, él cogió una enorme bocanada de aire, tiró de mi hombro, me giró con esfuerzo y, sin decir nada, me abrazó. Lo hizo como si fuera el último abrazo que iba a darme en la vida, como si quisiera llevarse con él todo el dolor que me había consumido y, en cierto modo, Catriel lo había sufrido a la par.

—Voy a cambiar esos cafés por algo más fuerte. —Palmeó mi espalda y me besó sonoramente como lo haría una abuela en la mejilla—. Vamos, Naím. Hay que seguir.

Seguir.

La opción del suicidio la contemplaba día sí, día también. Lo que no me permitía dar el salto desde el edificio de catorce plantas era que tiraría por la borda el sueño de Vega, lo que habíamos construido se derrumbaría aún más por algunas de mis acciones, y que la muerte de mi mujer sería en vano. No habríamos ganado nada. Lo perderíamos todo en un salto. Y todavía daba gracias a la vida por que la autopsia revelase que no estaba embarazada, era lo que habría faltado para terminar de hundirme.

«Señor Montero, vamos a cerrar el caso».

Esas palabras las tenía tan clavadas en la mente… Tanto… Pero había sido inteligente y había sabido buscar la pista del asesino que irrumpió en la fiesta antes de que la policía diera carpetazo a la investigación. Y había encontrado un hilo del que tirar en el mundo de las criptomonedas. Todavía me quedaba mucho para alcanzar a la

persona que había matado a mi mujer, no obstante, no me rendiría hasta dar con ella.

Como jamás me rendí al luchar por el sueño de mi Vega, cuando nadie confió en nosotros. Cuando estuvimos solos contra el mundo.

El carraspeo de Catriel me sacó de mis pensamientos. Me contemplé por última vez en el espejo, sin saber cómo iba a remontar, cómo iba a superarlo. Cerré el grifo de un manotazo, me sequé con papel la camisa y me peiné el pelo, en un acto más desesperado que estilístico.

Mi amigo estaba serio, sentado tras la mesa del despacho, y, en efecto, había cambiado los dos cafés con leche por dos vasos hasta arriba de una bebida alcohólica ambarina. Demasiado fuerte para empezar la mañana.

Alcanzó las carpetas que había cerrado antes de que entrase.

—Estos proyectos están listos para presentarlos y con agenda cerrada para ir a los centros. Sería conveniente que los firmaras hoy.

Lo miré. Catriel en estado puro, evadiendo el tema, sin hacer comentarios e ignorando lo que acababa de suceder, porque no era el momento de montar un drama en la oficina.

—¿Tú los has revisado? —me interesé mientras tomaba asiento en la silla.

—Siempre —me dijo sin levantar la cabeza y ojeándolos de nuevo —. Y los vuelvo a revisar con las gafas por si se me escapa algo.

Aguanté la diminuta sonrisa al verlo tan concentrado con aquellas gafas que lo hacían más mayor de lo que era. Teníamos la misma edad, treinta y cinco recién cumplidos el mes anterior, y llevábamos unidos desde que entramos en la guardería. Los inseparables, nos

habían llamado en ocasiones, y así era. Nunca nos olvidamos el uno del otro.

Me permití un momento de respiro, de meditación interna, y me juré, aunque minutos antes hubiera pensado de nuevo en quitarme la vida, que cambiaría. Que también tenía que hacerlo por él, que no podía dejarlo desamparado en una tierra de lobos hambrientos.

—Voy a esforzarme.

Detuvo la página que estuvo a punto de pasar, se quedó estático un segundo, cerró la carpeta de golpe, la soltó en la mesa, se quitó las gafas y me miró con seriedad. Señaló el montón.

—Firma los proyectos.

Alargué la mano para tomarlos y firmarlos sin mirar.

—¿Quién los presenta?

—Óscar.

—¿Y quién es Óscar? —lo interrogué.

—Tu nómina treinta y dos, mesa quince —me indicó con la mano la zona exterior, aunque allí no estaban los trabajadores—, y Alba. Nómina treinta, mesa doce.

El vello de la nuca se me erizó y me tensé.

—¿No habías dicho que eran solo de Óscar?

—Se me había olvidado la chica, Cuervo del Consejo —soltó sardónico y me instó para que acabara de firmar.

Me quedé con una de las carpetas en la mano; la miré con interés.

—¿Los «Mundos olvidados» es de Alba? —cuestioné y bufó.

—Sí.

—Y has dicho que es el puesto treinta, ¿correcto? —Aparté la carpeta a un lado.

—Ajá… —rumió con cansancio.

Pronto lo saqué de ese estado cuando solté la carpeta de Alba a un lado, sin firmar. Él siguió el recorrido, y, mientras terminaba de formalizar las del chico, le dije:

—Despídela. Quiero la nómina treinta vacía. Y ese proyecto —se lo indiqué con un dedo— lo quemas.

Se revolvió en la silla.

—Pero ¿qué…?

—Lo. Quemas —recalqué—. Vacío, Catriel. Quiero el puesto treinta vacío.

Sus ojos se abrieron como platos, aunque no argumentó nada. Ya conocía el motivo.

Treinta segundos necesité para perderlo todo, según las cámaras de seguridad.

Treinta segundos fue el tiempo que tardó Vega en llegar a ese escenario, colocarse y que alguien terminara con su vida.

En treinta segundos me habían destruido.

Catriel resopló, movió el resto de las carpetas y colocó la que le importaba, por la que estaba allí, delante de todas las demás. Reagrupó las del puesto treinta y dos y la otra la apartó poniendo el semblante que pondría el de Recursos Humanos para decirte que habías hecho un buen trabajo, pero que estabas despedido.

—He hablado con Mateo.

Mateo. Mi psiquiatra de cincuenta años al que visitaba una vez por semana, si no tenía ninguna crisis existencial —raro en mí, porque habitualmente las tenía—. Mateo también hacía sesiones donde Catriel iba conmigo o incluso a solas para hablar de mí. Yo no tenía familia, y la de Vega se apartó de mi vida tras su muerte, como si

nunca hubiera existido. Algo que no importaba demasiado, pues no nos habíamos llevado bien ni cuando estaba viva.

—¿Y bien? —le pregunté sin importancia.

El silencio fue lo único que retumbó en la sala.

—Me has dicho que vas a esforzarte. —Asentí con dudas, y mi atención fue directa a esa carpeta. Ya no estaba tan seguro. Catriel la empujó para que la tuviera más cerca—. Tengo a la candidata perfecta para el puesto, y te juro que no la pondré ni en la mesa treinta ni en la nómina treinta.

—No vamos a tocar ese proyecto —gruñí, me levanté de un salto y dirigí mis pasos al gran ventanal para ver el exterior de las oficinas.

En realidad, no veía nada. No miraba ni siquiera los coches que pasaban por la zona de Cuatro Torres de Madrid, solo contemplaba el horizonte perdido, con el corazón latiéndome muy fuerte en el pecho y sintiendo que le estaba faltando al respeto. Que estaba asaltando la intimidad de su último proyecto, el más reservado y el que había estructurado con más cariño antes de morir.

No.

No, y simplemente no.

Catriel se levantó a la misma velocidad, se colocó a mi lado, carpeta en alto, y, con los papeles desbordándose, argumentó:

—¡Un aula histórica en trescientos sesenta grados, Naím! ¡Es maravilloso! ¿Sabes cuántos inversionistas querrán apostar por esto? ¿Cuántos centros estarán dispuestos a poner estas aulas virtuales en sus colegios, institutos…?

—No —lo corté.

—Tengo informes avanzados, específicos para exponerlos en los centros de educación. ¡Déjame que te lo enseñe!

Lo miré, esa vez mal.

—He dicho que no, Catriel.

—Me ha redactado el concepto, cómo funciona, su uso para los docentes y niños, ejemplos de escenarios disponibles, características únicas y…

Dejé de escucharlo cuando reaccioné a que había dicho: «Me ha redactado». ¿Quién se lo había redactado? ¿A quién le había dado el proyecto de Vega? Tuve la intención de darme la vuelta, de marcharme del despacho para dejarlo hablar como una cotorra, pero no, en vez de eso me detuve, con un pie casi en alto para reposar la información. El giro hacia Catriel fue lento, premeditado y lleno de contención.

—¿A quién le has enseñado la carpeta?

Se la arrebaté de las manos con un tirón fuerte, seco y de malos modales. Catriel intentó cogerla de nuevo, pero fui más rápido y la escondí detrás de mi espalda, con la clara advertencia de que no se le ocurriera.

—¡Naím! ¡Has dicho que ibas a hacerlo! ¡Y yo tengo a la puta candidata perfecta!

A mi espalda, los dedos no me daban para colocar los folios dentro, milimétricos y bien estructurados como los tenía ella. Negué con la cabeza, inflexible.

—He dicho que no, y es que no. ¿A quién le has enseñado la carpeta de Vega? —insistí con enfado.

—¡Escúchala por lo menos! Se lo ha currado, tío. —Entrecerré los ojos en una mirada agresiva—. ¡Es un filón! ¡Oh, vamos! ¡Sabes que no podemos continuar así!

«Continuar así». Desde luego, el día estaba dando para mucho con Catriel.

Las inversiones que llevaba a cabo no daban buenos frutos, mi fama estaba dejando mucho que desear y, desde que Vega murió, el alma de VeritasVR había muerto. Ya no era lo mismo. Ya a pocos les apetecía invertir en proyectos moribundos porque otras grandes competencias querían imitarnos y robarnos las ideas, o incluso ofrecían más expansión a un mercado adulto y no tan educativo como el nuestro.

Y en esto también influía que el viudo y millonario atormentado de VeritasVR —o así me habían anunciado los periódicos, meses atrás y sin delicadeza— había sido cazado invirtiendo en criptomonedas que terminaban siendo estafas y en las que se iba toda su fortuna. En cierto modo era así, pero solo en parte. La realidad era bien distinta y mucho tenía que ver con el proyecto secreto de un año atrás y con el asesino de Vega.

—¿Se lo has contado a la pava que piensas contratar? —me enfurecí.

Me pidió perdón con la mirada antes de intentar una excusa para calmarme.

—Naím, es bueno. Solo escúchala.

—No. Y por la cuenta que te trae —lo amenacé— más te vale que esa información no salga de aquí.

Retomé la marcha para salir de allí e irme a mi casa —nuestra, la de Vega y mía— en Alcobendas. Una mansión que habíamos comprado con mucho amor en La Moraleja hacía solo cinco años y que ahora se me quedaba grande para mí solo. Sin embargo, tuve que detenerme de nuevo cuando abrió esa bocaza, otra vez:

—Está dispuesta a lidiar con tu carácter, con tus sombras y a trabajar contigo.

Lo miré por encima de mi hombro.

—¿Le has pasado una ficha técnica y psicológica de mí también? Voy a tener que escoger mejor a mis amigos, Ken de las Cuatro Torres.

Intenté destensar el ambiente, pese a que la acidez marcó cada una de mis palabras. Se acercó despacio en mi dirección, metió las manos en los bolsillos de su pantalón, en ese gesto tan suyo, y me anunció:

—Lleva en la sala de espera desde que he entrado en tu despacho.

Apreté los dientes, no me moví y ni siquiera contesté. ¿Cómo iba a ensuciar la memoria de Vega, dándole su proyecto más mimado a cualquiera? A alguien que no conocía. ¡Era una locura!

No obstante, la parte racional de mi cabeza me pedía a gritos que le diera esa oportunidad, que no la enterrara como si jamás hubiera existido, que continuara dándole el lugar que se merecía a Vega. El de estar siempre viva, el que pretendía. Y eso solo podría lograrlo si sacaba a flote todos sus proyectos, si los continuaba con tesón y firmeza.

Suspiré ruidosamente.

—Venga, Naím. —Me empujó con suavidad y me dio con el hombro. También tocó la tecla que sabía que funcionaría—: Hazlo por ella, por Vega. Pero, sobre todo, hazlo por ti.

Cogí aire de nuevo y lo solté con más fuerza, como si vaciarme por completo fuera lo que necesitaba para tomar esa decisión tan importante.

—¿Cómo se llama? —le pregunté, fijo en la puerta y sin querer mirarlo. Sabía que sonreía.

—Naiara. Y es muy muy guapa.

El tono provocó que girase la cabeza, enarcara una ceja y frunciera los labios. En ese casi año que había transcurrido desde la muerte de Vega, de cintura para abajo también me había muerto, y no había conseguido que nadie —y digo nadie— despertara un instinto, ni siquiera primitivo, en mí. Ninguna mujer era suficiente, ninguna bonita, ninguna mi tipo; ninguna me provocaba nada.

—¿Me lo estás diciendo en serio, Catriel?

—Mira, tío —me dio un golpe en el pecho—, si te mola, puedes echar un pinchito por aquí, otro por allí. —Apuntó a la otra punta de la sala.

Le puse peor cara de la que ya tenía.

—Yo no me lío con mis trabajadoras. No como otros.

Puso los ojos en blanco.

—¡Yo tampoco voy buscando guerra, pero es que se me ponen delante!

—Ya. Como la de la nómina cuarenta y tres.

—Exacto. Me hizo ojitos desde la entrevista. ¡Tú lo viste!

—Hemos terminado de hablar, Catriel.

Hice el amago de andar, pero me detuvo por el brazo.

—Yo creo que ya es hora de que rompas el voto de castidad, Cuervo del Consejo —ahora el que trató de quitarle la tensión al momento fue él—, porque así no avanzamos.

—Métete en tus asuntos, que ya lo hago yo en los míos.

Retomé la marcha hacia la salida.

—Sí, por eso llevas un año casi sin follar. No te jode.

Me detuve en seco y se chocó conmigo. Lo señalé con el dedo amenazador. Ese día parecía que el gesto estaba cogiendo protagonismo, y lo siguiente sería un puñetazo en la boca. Catriel levantó las dos manos en señal de paz al ver mis claras intenciones.

No podía decirse que no me conocía. Alcancé la puerta, la abrí, y él me señaló la sala de juntas, donde imaginé que estaría esperando la susodicha. Bufé. Él me adelantó.

—Pareces un toro, pero, que conste, no eres bravo.

Chasqueé la lengua, pasando de su comentario y de él. Todavía estaba cabreado y lo sabía, por eso intentaba a toda costa reducir el malhumor que me carcomía; si no, estaba casi seguro de que la apuesta por la tal Naiara iba a ser un «no» rotundo. Me quitó la carpeta de las manos.

Accedí a la sala de juntas por la puerta privada en la que solíamos entrar los dos antes o después de cualquier entrevista. Nos colocábamos detrás de la enorme cristalera negra y opaca y observábamos: los gestos, las formas, los nervios de la persona que había al otro lado. Me crucé de brazos, con la vista al frente, mientras la chicharra de mi amigo se colocaba a mi derecha y comenzaba con su discurso de la candidata.

Me quedé mirándola fijamente. Estaba de espaldas, caminando hacia la otra punta de la sala, a la enorme pantalla que colgaba en el fondo. Tenía un cuerpo delgado con curvas, se notaba que estaba en forma; el pelo lo llevaba a media espalda y muy rubio. Parecía Khaleesi de *Juego de tronos*; es más, llevaba una especie de recogido con unos pocos mechones, como si se hubiera atado un nudo en la parte de arriba.

—Es especialista en entornos inmersivos y simulación emocional con IA aplicada, tiene un grado en Ingeniería Informática con mención en Realidad Virtual, otro máster en Psicología Cognitiva aplicada a interfaces inmersivas en la Universidad de Uppsala, en Suecia. Idioma que habla, por cierto. También controla el inglés y viene recomendada por un contacto del museo de Oslo…

Dejé de escucharlo cuando se giró. Algo sucedió dentro de mí, y no supe qué. No logré identificarlo.

Un latido. Uno breve, fuerte, olvidado.

Sus ojos conectaron con los míos de manera impactante, aunque no podía verme porque había un cristal negro al que ella miraba. Caminó hasta nosotros dos pasos, se detuvo y siguió contemplando la sala con curiosidad.

—Nos ha mirado —repuse.

Suspiró con fuerza, sabiéndose ignorado.

—No puede mirarnos porque tenemos un puto cristal negro delante y ella no nos ve, Naím. ¿Me puedes prestar puta atención? Gracias.

Me había fijado demasiado en sus ojos azules, en aquellas gafas redondas, apenas con un borde plateado, en sus labios perfectos, ni finos ni gruesos, marcados con un color marrón claro. En sus pómulos altos, en el rostro fino.

—Se ha centrado durante toda su vida en la narrativa educativa y emocional. Sabe trabajar con IA adaptativa y reconstrucción histórica. ¡Ja! —Cerró la carpeta con efusividad, y hasta el momento no había caído en que su currículo iba dentro de los documentos de mi Vega—. ¡La tía es un cañón! En todos los sentidos.

—¿Tiene agujeros en la cara? —cuestioné torciendo el morro.

—La he probado en la entrevista, Naím. Y es de las pocas personas que no ha repetido el mismo discurso trillado. ¿Qué te parece?

La señalé con el dedo.

—Que si tiene agujeros en la cara.

—¿Quién? —Miró mi dedo y después a la chica.

—¿De quién estamos hablando, Ken?

—De la chati nueva de la oficina, obvio. —Rio, y le di un puñetazo en el hombro—. ¡Ah, cabrón!

Un gesto de Naiara me hizo dudar de nuestra privacidad. Había enarcado una ceja después del comentario de Catriel, y yo iba a rematar la prueba final.

—Entonces, el nuevo neón que tenemos en la oficina tiene la cara como un colador. —Me refería a la cantidad ingente de pírsines que agujereaban su rostro.

Y Naiara pronunció más aquella ceja que había alzado. Me aguanté la risa, porque no tenía ninguna gracia.

—Tampoco te cueles, Cuervo, que solo tiene un pirsin en la ceja, en la nariz, en el labio y en la lengua.

—¿Cómo sabes que tiene un pirsin en la lengua? —me interesé con extrañeza y aparté la mirada del cristal.

Catriel levantó las dos cejas con guasa y me dijo tontorrón:

—Porque me he fijado en todos los detalles mientras hablaba, amigo.

—Ya, claro.

Algo parecido a una risa ronca y profunda salió de mi garganta. Y él sabía que esa risa no era buena. Le cambió hasta la cara y abrió mucho los ojos.

—¿Tú por qué te ríes así, como si fueras el villano de la peli y supieras algo que yo no?

Negué con la cabeza, viendo de soslayo que Naiara no se giraba. Me fijé en Catriel, crucé los brazos a la altura del pecho por segunda vez y miré los dos botones que había en la pantalla táctil de la derecha. Negué de nuevo. No podía pasarles a otros que no fuéramos nosotros, no.

—Catriel, ¿has activado la opacidad del panel?

Giró la cabeza con rapidez, miró el mismo panel que había visto yo y cerró los ojos con abatimiento.

—Ay…

Palmeé su espalda con dos grandes golpes que casi le desplazaron varios huesos.

—Me da la sensación de que a veces eres el corto de la clase, fíjate tú. Pero ya que estamos, y que nuestra candidata luminiscente nos ve hablando, ¿podrías decirme qué botón es el que está en verde?

Naiara se volvió de cara a nosotros, con el semblante serio y los labios apretados. Imaginé que no entendería mi humor ácido y mucho menos que fuera directo a comentarios sobre su pelo casi platino o sobre aquellos agujeros que habían perforado su rostro. La entendía: no nos conocíamos, y estaba dispuesto a decirle que ahí tenía la puerta para marcharse en cuanto pusiera un pie en la sala de juntas.

El soplido que soltó Catriel fue épico. Tan épico que casi se despeinó el tupé.

—El botón que está verde es el del altavoz… de la sala de juntas.

Perfecto. Pues ya habíamos hecho el tonto un rato.

2

Ahí tienes la puerta



NAIARA

Una hora.

Una maldita hora me habían hecho esperar para, después de eso, escuchar una ingente cantidad de gilipolleces que me tenían hasta las putas narices. No me salía una mísera palabra que no fuera un insulto o, por el contrario, las tremendas ganas de darles un puñetazo a los dos payasos que me miraban a través del enorme cristal de la sala donde me habían metido para reírse de mí.

Me sentí ridícula.

Y, pese a que ellos deberían sentir más vergüenza por todo lo que habían dicho, esa vocecilla que a veces asomaba en mi cabeza me hizo la puñeta y me pidió a gritos que abandonara la sala y me marchase de allí. «No puedes», me recordé. No. No podía por Nailani.

Elevé la barbilla todo lo que pude y más, siendo altanera, sacando aquel carácter que desconocía de dónde provenía, y, para mi poca

sorpresa, mis ojos impactaron con los del dueño de VeritasVR.

Con el atormentado y soberbio Naím Montero.

Y tragué saliva de manera disimulada. ¿Quién no lo haría? Aun así, le mantuve la mirada y él lo hizo conmigo, solo que yo aproveché el momento de tenerlo en persona para constatar que era altísimo, que estaba petado y que la camisa negra —como toda su vestimenta— se le ceñía al cuerpo y dejaba ver líneas prohibidas; que lucía unos ojos tan oscuros como una noche de tormenta —igual que la que llevaba dentro— y que era un gilipollas al que lamería con gusto de los pies a la cabeza.

Enarcó una ceja, profundamente, y comprendí que lo mismo no escuchaba al imbécil que me había hecho la entrevista trampa, sino que adivinaba mis pensamientos más sucios y asesinos. Extendió el brazo, abrió la enorme mano, y eso provocó que me fijara en sus dedos… «No vayas por ahí, Naiara, por favor», y pulsó un botón que abrió la puerta de la esquina.

Me puse nerviosa inmediatamente, pero también lo disimulé con atrevimiento, como todo lo que hacía en mi vida desde que tuve trece años y me tocó sobrevivir.

El de Recursos Humanos también estaba bueno; no obstante, no iba a hacer comentario alguno por haberme llamado «chati» y por haberme puesto una trampa. Lo había mandado a la lista de las personas que me caían mal de manera inmediata, por muy Ken que fuera y por muy azules que tuviera los ojos.

El jefe se quedó en la puerta, mirándome todavía.

El de Recursos Humanos pareció darse cuenta de que debían avanzar, y entonces reparó en que estaba allí, de pie y sin dejar de mirar al que le pagaba la nómina. Lo adelantó para tomar el control

de la situación, porque el señor Montero no despegaba los ojos de mí; no sabía si con mala hostia o con desprecio. Entonces recordé las típicas entrevistas que solían hacerse en las grandes empresas como aquella y me sentí regular.

Mi apariencia no era desaliñada, aunque viéndolos a ellos, con esos trajes a medida, esa energía de dinero que los envolvía y el olor a perfume de más de trescientos euros… Aguanté el resoplido sardónico al saber que lo mío era una colonia barata de cinco euros con olor a pachulí —dícese de un olor dulzón— y mi atuendo de etiqueta eran unos vaqueros llenos de rotos que había pillado en el Vinted de segunda mano, junto a una camisa marrón tierra tipo top, rescatada del baúl de los recuerdos de mi armario de hacía unos seis años. Y, por si fuera poco, a esto le sumaba unas zapatillas estilo Converse, pero sin la marca, llenas de pírsines como los que cubrían mi cara.

No entraba en VeritasVR ni de coña. Y no era pesimismo, era realidad.

—¡Naiara! —soltó con mucha efusividad el Ken, si no recordaba mal, llamado Catriel.

A ese sonido de su boca lo acompañaron dos palmadas en el aire para darle más efusividad a la alegría que sentía por que me encontrase allí. No meneé ni un músculo de la cara. No me sentía regular por ser diferente a ellos. A mí me gustaba ser diferente al resto del mundo y marcar pequeñas diferencias que nos hacían especiales a la humanidad. Lo que no me gustaba eran los arrogantes que te miraban por encima del hombro como si fueran más que tú, o eso fue lo que pareció que hacía el jefe del cotarro desde que siguió a su empleado hasta que llegaron a mí.

—Gracias por la espera, se nos ha complicado un poco la mañana —se excusó.

—Una hora —apunté, sin dar los buenos días y sin quitarle la mirada al siniestro del jefe. Como apunte: él tampoco lo hacía.

—¡Oh, querida! —«Menudo dramas»—. Te aseguro que suelen esperar mucho más de una hora. Pero ya estamos aquí, así que, si te parece bien, ¿tomamos asiento y hablamos? Le he explicado a Naím tu perfil y estaríamos interesados en contar…

Dejé de escucharlo. Observé cada uno de sus movimientos mientras Catriel extendía una mano en dirección a la mesa y comenzaba a darle a la sinhueso. Ni siquiera me había presentado al informal que continuaba a su lado, imperturbable y sin abrir la boca. Era condenadamente atractivo, sí, y subnormal también.

Le tendí mi mano, sin saber por qué actuaba así.

—Naiara Ramos.

Naím la contempló, sin moverse. Catriel detuvo su discurso de la cantidad de motivos por los que era la candidata perfecta para el proyecto que tenía en la carpeta marrón —la misma en la que había trabajado para ofrecerme el puesto— y se ganó un punto a favor por intentar echarme un cable. De repente, Naím cruzó aquellos brazos endurecidos en el gimnasio a la altura de su pecho, separó los labios y hasta en ese movimiento me fijé.

El de Recursos Humanos y yo.

—¿Cuántos años tienes?

Un calambre me recorrió de los pies a la cabeza, quedándose concentrado en la nuca, como si el pelo quisiera alertarme de un posible peligro. Quizá más del que ya estaba corriendo por encontrarme allí.

Aguanté la saliva en la garganta, retiré la mano suspendida en el aire y me tragué los insultos que le habría soltado por maleducado. Le di una orden a mi cerebro para que dejara de apretar los dientes también y le respondí con un tono silbante:

—Treinta y dos.

—Sí, exacto, ¡treinta y dos! —constató Catriel, moviéndose para que su jefe lo viera. Yo ya me había quedado con el movimiento, y decía algo como: «La estás cagando». Una de dos: o eran amigos, o tenían mucha complicidad—. Lo pone todo en su currículo, te lo he comentado hace unos minutitos, Naím, y…

—¿Por qué quieres trabajar aquí? —lo interrumpió sin cambiar un ápice su semblante.

—Porque quiero trabajar —le contesté resuelta.

—¿Y vienes con puntos cardinales para ganar positivos o es solo tu manera de no perderte?

Reprimí una sonrisa cuando hizo referencia al septum de mi nariz y al labret del labio. Ahí tenía el norte y el sur, y con la cantidad de pírsines de las orejas formaba el este y el oeste. Esa era buena, e identifiqué de inmediato que no se habían metido conmigo, sino que tenían un humor ácido que no a todo el mundo le gustaba. Mis labios sellados y la pausa que hice le indicaron que tal vez se había excedido. Aunque le dio igual. Catriel abrió los ojos con asombro, carraspeó y fue directo a sujetarlo de un antebrazo.

—Naím, creo que es mejor que hable yo con ella y ya…

Pero fui más rápida y, con una sonrisa de triunfo, dictaminé:

—Usted lleva un traje negro, y yo llevo acero. Lo mío al menos brilla.

El Ken de la oficina detuvo su intento por llevarse al jefe de la sala, se giró con lentitud y me contempló como si hubiera entrado un ovni en el edificio. Se quedó estupefacto. No me arrepentí; de hecho, esperé con paciencia y sin modificar un gesto de mi cara a que Naím me respondiera. No lo hizo.

Descruzó los brazos, le quitó la carpeta a Catriel, se apartó de su agarre con galantería y la abrió por la mitad. Pasó dos páginas y entendí que estaba buscando mi currículo. De reojo apreció que Catriel cerraba los ojos, suspiraba ruidosamente por la nariz y se llevaba las manos a la cintura.

Naím asintió despacio, como si fuera un teleñeco, con cara de malaje. Pasó la página con pasotismo, la regresó y separó aquellos labios perfectos y esponjosos.

—Has logrado muchas cosas con lo joven que eres. —Cerró la carpeta de golpe y miró a Catriel—. No me gusta.

El empleado puso caras. Advertí que una de ellas era la de estar hasta las narices de él y me dio pena. Catriel se mojó los labios, asintió despacio y dijo como último recurso:

—Naím, es buenísima. Nadie va a llevar el proyecto mejor que…

—No me gusta —sentenció comenzando a girarse para salir de allí y dejándolo de nuevo con la palabra en la boca.

Y yo no podía permitirme fallar. No podía permitirme no conseguir el trabajo, porque la vida de la persona que más amaba en el mundo corría peligro. Debía lograrlo sí o sí, e iba a dejarme hasta la dignidad si hacía falta mientras me salía otro empleo o no. Me urgía el dinero en dos semanas. El tiempo se me echaba encima y no iba a extenderlo más.

Di un paso decidida.

—Deme una oportunidad. —Casi fue un ruego, pues abandoné toda postura altanera.

Se detuvo tras dar cuatro pasos, me contempló por encima del hombro y yo junté las dos manos, demostrando un nerviosismo que sí sentía, aunque por razones diferentes a las que él imaginaría. Catriel me observó, sin interferir.

—No tienes madera para trabajar en VeritasVR.

—Eso no lo sabe. No me conoce —le rebatí sin dejarlo meditar ni dar un paso más.

—En tu currículo también dice que no has durado más de seis meses en ningún trabajo. ¿Tienes la excusa lista?

Me pilló de sopetón que me preguntara eso y se me notó en la cara porque no estaba preparada para contestarle.

—Eso forma parte de mi vida personal. No tiene que interferir en mi nuevo trabajo.

Continué anclada en la misma baldosa en la que me había quedado desde que entraron. Él avanzó hacia mí como un titán, y me pareció más poderoso, más alto, más irresistible. «Naiara, ¿qué pensamientos son estos?». Se detuvo a dos escasos palmos de mí, y, aunque no quisiera admitir que me intimidaba o que algo se removía en mi interior, lo hacía.

—Debe de interferir en tu trabajo cuando te has ido de ellos. —Elevó un dedo y señaló la salida—. Ahí tienes la puerta.

Catriel resopló. Nadie le hizo caso. Naím se giró para marcharse de nuevo y, como último recurso, solo me quedaba ser como él. Subirme a su carro y usar la técnica que le había molado desde el principio. Era de ser un poco manipuladora, pero, repetía, no podía permitirme no entrar en VeritasVR.

Di un paso adelante, saliendo de mi baldosa de referencia.

—¿Tiene miedo a contratarme o miedo a no poder despedirme después?

El Ken de la oficina puso cara de flipar pepinillos y se le escapó una sonrisa. Sacó una mano del bolsillo de su pantalón y alzó un dedo pulgar en señal de victoria. Iba bien encaminada.

Naím se giró otra vez. Ahora me pareció más demonio, más temerario. Más peligroso.

—Ni una ni otra. A mí no me da miedo nada, y te recuerdo que eres tú la que se va a los seis meses. Y este proyecto —elevó la carpeta en el aire— no es para abandonarlo a los seis meses.

Tragué el nudo de emociones que se me apelotonó en la garganta. Si él supiera…

—No voy a irme a los seis meses —sentencié—. Aunque le aviso de que tengo alergia a los jefes cobardes.

Me miró, me miró y requetemiró. Ahora fue Catriel el que se llevó los brazos al pecho y los cruzó con diversión.

—Y yo tengo alergia a las personas que vienen envueltas en colonia dulzona, pero supongo que se sobrevive.

Que hiciera referencia a mi colonia me hizo pensar que se había fijado mucho en un detalle tan simple como aquel.

—¿No le doy buena espina? —lo piqué.

Iba bien porque avanzó de nuevo hacia mí. Se detuvo al imponer de nuevo los pocos metros de separación, me observó desde su imponente altura y me dijo manteniendo el tono duro:

—No me fío ni de mi sombra después de las seis. ¿Por qué iba a fiarme de ti, Naiara Ramos? —recalcó mi nombre con mucho sarcasmo.

—Y yo que pensaba que al jefe de VeritasVR le gustaban los riesgos.

Me divertía la situación. No iba a mentir diciendo lo contrario, y, con respecto a mi comentario, algo de razón llevaba. Era conocedora, después de investigar mucho la empresa donde iba a meterme, de lo que el señor Montero hacía después de salir de sus oficinas: invertir en criptomonedas.

Y no le estaba yendo nada bien, pues socios suyos habían empezado a desconfiar de él por las grandes pérdidas de la empresa. No obstante, y aunque quisiera camuflarlo, las noticias eran la salsa del día a día y estaban deseosas de encontrar cotilleos sobre uno de los hombres más ricos de Madrid.

Dio un paso más. Me faltó el aire.

—Sí, pero no los que van a interferir con la señal wifi de la oficina. Esos riesgos vienen con una bomba incorporada.

Tuve el valor de ser yo la que dio el paso hacia él, elevé el mentón y rematé:

—Catriel me ha dicho que tendremos que trabajar el proyecto juntos. —Gruñó—. Estoy dispuesta a aceptar su estilo fúnebre si usted se adapta al mío futurista medieval con GPS incorporado.

Selló los labios. Unos que no debía mirar, ni siquiera de manera alterna, pero me costaba respirar, estar cerca de él, y todo era debido a su magnetismo hondo, poderoso y aplastante. Me escuché de manera involuntaria los latidos del corazón. Me retumbaban en los tímpanos. Lo tenía en el bolsillo: el puesto de trabajo era mío.

Extendió la carpeta hacia Catriel, este la abrió y de soslayo vi cómo aguantaba una sonrisa ganadora. Naím no dejaba de mirarme.

—¿Cuál es tu número favorito? —me preguntó el de Recursos Humanos.

Era otra jodida prueba. Recé para no cagarla; ya no sabía si sería capaz de aguantar otra disputa de tal magnitud sin desmayarme, porque Naím no se apartaba ni un centímetro.

—El once.

Catriel chasqueó la lengua y a mí se me hizo un nudo en la barriga.

—La nómina once está cogida, pero puedo darte la veintidós si te gustan los números iguales. Y esa mesa también está libre. Así no te perderás en la oficina.

Solté el aire contenido y medio sonreí. Aparté la mirada del jefe un segundo, y con una breve caída de ojos fui a decirle a Catriel que me parecía bien. Estaba deseando salir del edificio, que me diera el aire y caminar. Todo lo que pudiera y más para soltar tensiones.

La torre se me cayó de un plumazo al escuchar a Naím preguntarme:

—¿Por qué te gusta el número once?

Catriel suspiró y cerró la carpeta, se llevó los dedos al puente de la nariz y pensé que se echaba a llorar. Como yo. Miré a Naím.

—Porque nací el once del once.

Palideció. Dio un paso atrás de manera involuntaria, se acercó al de Recursos Humanos, le quitó la carpeta de un tirón seco y la abrió hasta dar, entendí, con mi fecha de nacimiento. Cerró de golpe, como tantas veces había hecho ya, se la extendió a Catriel y, sin mirarme, anunció taxativo:

—No puede trabajar aquí.

—¿Qué…? —Catriel no logró terminar la pregunta cuando Naím ya estaba en la salida.

—He dicho que no.

Y cerró con un portazo que retumbó en todo el edificio, dejándome con los pies anclados al suelo, cara de gilipollas y los ojos desorbitados. ¿Qué había sucedido? Miré al hombre que se había quedado como yo. Él se dispuso a abrir la carpeta, vio algo y cerró los ojos, se pasó una mano por la boca y negó con la cabeza, para después mirarme y disculparse:

—Lo siento, Naiara. No ha podido ser. Tienes una mente brillante. —Tragué saliva sin reparo. No contesté—. Llamaré para que te acompañen a la salida.

Ya conocía la salida de sobra, así que, cuando Catriel abandonó la sala tras la estela de Naím, giré sobre mis talones y me encaminé hacia el ascensor por el que me había traído el chico de la recepción. Iba sumida en mis pensamientos, en silencio, sin saber qué hacer ni cómo actuar, todavía estupefacta por cómo me había despachado cuando ya casi estaba contratada.

Y entonces el teléfono vibró en mi bolso hippy y grande. Una vez dentro del ascensor, me dejé caer a plomo contra la pared del cubículo y medité las posibles opciones de contestar a esa llamada o no.

No sabía qué hacer.

No sabía adónde ir.

En realidad sí, solo había un sitio y una persona a la que podía contarle la mierda en la que me había metido, aunque un poco dulcificada. A la que siempre había jurado serle sincera a medias, por lo menos hasta que fuera más mayor.

Me fui hasta la parada del bus, busqué el que me llevaría al destino y esperé. No pude evitar mirar hacia arriba, a la última planta de aquel enorme edificio en el que casi, casi, había conseguido el puesto de trabajo que necesitaba para sobrevivir.

Nunca mejor dicho.

Un rato después y tras unas cuantas paradas llegaba al barrio de Ibiza, caminaba hasta la avenida y alcanzaba la entrada del Hospital Infantil Universitario Niño Jesús. No demoré mi entrada, nunca lo hacía, y ya era habitual saludar a medio hospital cuando iba. Eran la familia que nunca tuvimos.

Nuestra vida no era triste ni algo para estar preguntándose el porqué de los acontecimientos. Podía haber sido injusta, pero era la que nos había tocado vivir. Caminé por los pasillos hasta llegar a la planta donde estaba mi persona favorita en el mundo. La única. La especial. En el trayecto, hice un repaso de lo acontecido desde que tenía uso de razón. Con trece años había aprendido a ser valiente, con veintidós había sabido lo que era la valentía en estado puro.

Tal vez ese número también marcaba un antes y un después en mi vida, como el once en la vida de Naím.

Atravesé habitaciones con sábanas de unicornios desgastados, dibujos en las paredes del pasillo y colorines en cada esquina con una sonrisa en los labios y sin dejar de saludar ni dar unos cortos saltitos hasta llegar a mi destino. Una vez aterricé en la puerta deseada, toqué con los nudillos e hice un ruidito identificativo que Nailani reconocía como nuestro. Era una especie de «cloc, cloc» que hacía con la lengua.

Reí ampliamente al encontrarme un dibujo en la puerta con una chica muy hippy —yo—, una capa de heroína y una frase que ponía: «Mi hermana es una guerrera».

—¡Hooolaaa, Nai! Siento decirte que la guerrera hoy ha perdido una batalla —le dije con fastidio y entré.

Ella ya me esperaba desde la silla de ruedas, con una sonrisa radiante. Sí, una herencia de los yonquis de nuestros padres fue que decidieron que ponernos nombres similares era todo un descubrimiento. Nosotras, como todo lo que tuvimos que hacer en la vida para sobrevivir, terminamos tomándonoslo con humor y decidimos acortar nuestros nombres para llamarnos igual.

—¡Hola, Nai! ¿Tú crees que podrían instalarme unas ruedas grandes en patines para que me sostengan? —Me acerqué a ella y le di un beso en la mejilla muy grande y ruidoso.

—¡¿Quieres matarte?! —le pregunté alarmada.

—No puedo matarme. Te recuerdo que llevo venciendo al cáncer tres años. ¡Ya soy más fuerte que él! Pero sería más divertido que la silla de ruedas siempre.

Chasqueé la lengua, dándole a entender que íbamos a pensar en esa solución.

—¿Nos sentamos y buscamos algo en internet?

Elevó los brazos en señal de victoria y me mostró los dientes de ratón. Yo reí, solté el bolso y me encaminé hacia la mesa baja que había en el centro de la habitación, donde estaba el portátil que había llevado a conciencia hacía años. Mi hermana no sabía a qué me dedicaba, pero que una de las cosas que se me daban muy muy bien eran las que involucraban ordenadores.

Nailani luchaba contra el sarcoma de Ewing. Un tipo de cáncer óseo agresivo que a ella le había afectado la pierna derecha y parte de la cadera, reduciéndole la movilidad. En sus días buenos podía caminar con muletas o bastones ortopédicos, pero no solían ser muchos, por desgracia. Tampoco podía salir del hospital porque su cuerpo no tenía las defensas suficientes para sobrevivir fuera y porque necesitaba vigilancia médica constante.

Habíamos aprendido a vivir con ello, pese a que, cuando nos enteramos de la enfermedad, casi me muero. También había luchado desde que Nailani nació para que sobreviviera, siendo una chica de veintidós años que se encontró abandonada con un bebé de tres meses y teniendo que aprender a ser adulta, madre, después enfermera y, tras eso, la única persona que Nailani tenía en el mundo.

—Mis ojeras ganan a las tuyas. —La miré desde la silla de la mesa —. Me has dicho que hoy has perdido una batalla. ¿Quieres contarme qué te ha pasado?

Tecleé el ordenador para buscar las ruedas que me había dicho y si había algún tipo de invento que impidiera que se partiera la crisma. Hablando de ojeras, era cierto: ese día estaba más amarilla de lo normal y las suyas se le marcaban profundamente. Era lo que tenía el tratamiento: días buenos, días malos, cansancio extremo, vómitos, náuseas… Y ganas de dormir, porque bostezó. Sonreí y acaricié su cabeza, cubierta por un pañuelo de unicornios rosas. Le encantaban esos bichos inventados.

—¿Quieres que te meta en la cama y me lo cuentas?

—Sí, porfa.

Me levanté, cogí su cuerpo extremadamente delgado con miedo y la llevé a la cama. Le di un breve culazo para que me dejara entrar y ella rio. Tenía la risa más bonita del mundo.

—He encontrado un nuevo trabajo. Es una oficina de ricachones —apunté—, y el ricachón superior…

—O sea, el jefe —me interrumpió y le hice cosquillas en el cuello.

—El jefe —le confirmé—, me ha echado a patadas porque parezco un colador.

Abrí los ojos y la boca con fingida sorpresa. Nailani se llevó la mano al corazón, dándome a entender que le había dolido en el alma ese ataque.

—Ese hombre no sabe apreciar la belleza de una valkiria como tú. No te merece en esa oficina pellejera de tres al cuarto.

—¡Oye! —Me reí—. Pero ¿tú ves dibujos o series de adultos mientras yo no estoy?

Levantó las manos dándome a entender que no me lo diría. Ella también había tenido que espabilar a base de golpes, sin apenas infancia, o por lo menos la poca que pude ofrecerle mientras trataba de salir del barrio de Pan Bendito a marchas forzadas cuando nuestros padres nos abandonaron.

—¿Y qué vas a hacer? Una valkiria no se rinde, Nai. Y tú tienes el pelo como ellas. Eres diosa, poderosa y guerrera.

Me apoyé en la almohada, crucé las manos en el pecho y asentí lentamente, barajando todas las posibilidades. Nailani necesitaba un tratamiento urgente en dos semanas, y ese no estaba cubierto por la Seguridad Social. Gracias a una asistenta social que fue nuestra hada madrina conseguimos inscribirnos en una ONG que nos ayudó muchísimo en lo relativo al sistema público. Había terapias

experimentales y consultas privadas a las que había conseguido llevarla cuando todo comenzó. ¿El problema? Que se me hizo bola.

Me encontré endeudada hasta las cejas, sin llegar a fin de mes y metiéndome en asuntos que…, bueno, ponían en riesgo mi vida. Pero todo lo hacía por y para ella, y así seguiría siendo.

Y no pensaba abandonar.

No ahora que había un rayo de esperanza.

No cuando todavía seguía respirando.

—Pues eso, Nai. Luchar.

La miré con determinación.

—¿Vas a sacarle una espada y se la vas a clavar en el ojo al ricachón? —me preguntó con gracia.

Solté una carcajada y me siguió. Estiré un brazo para arroparla, besé su mejilla y me apretujé contra ella. De nuevo, oí la vibración de mi teléfono. Nailani me observó, aunque le quité importancia cuando le respondí:

—No. Voy a presentarme mañana, y no pienso irme del edificio hasta que firme el contrato.

Quien me llamaba estaba muy interesado en que ese acuerdo se llevara a cabo.

Y pobre de mí como no lo consiguiera.

Porque ahí sí que me jugaba la vida, aunque todavía no me imaginaba cuánto.

3

Tu olor



NAÍM

Conduje en silencio, con el sonido de mis pensamientos como único repiqueteo en mi cabeza, hasta tomar la salida de Alcobendas que me llevaría a la mansión. Era lo que menos me apetecía, aunque debía reconocer que salir de la oficina se había convertido en una necesidad primordial antes que seguir viendo a esa mujer de lengua afilada y mirada inteligente.

A mí no me engañaba.

Bajo esa apariencia de chica corriente se escondía un auténtico cerebrito, pese a la cantidad de agujeros que llevaba en la cara. Y no es que tuviera nada en contra de los pírsines, pero debía admitir que aquella había sido una de las situaciones que le habían dado chispa a mi día.

Y eso no podía permitírmelo.

No cuando quedaban dos semanas para el aniversario de la muerte de mi Vega.

El motor del Aston Martin negro rugió despacio al llegar a la puerta de entrada de mi casa. Bajé la ventanilla, giré el rostro y miré la pantalla facial que me reconocería para abrirme de manera automática. Aura no solo estaba instalada en las oficinas: al haber sido una inteligencia artificial creada por Vega y por mí, también la usamos en nuestro hogar deseado.

Un hogar que ahora estaba vacío y hundido.

Fruncí el ceño cuando, a lo lejos, vi que Abraham subía unas bolsas a su vieja ranchera. Él y su mujer, Lidia, llevaban cuidando la casa —y a mí— desde que la compramos hacía cinco años.

Y Vega solo había vivido allí cuatro.

La odié. Odié la enorme entrada al garaje, el jardín gigantesco con piscina descubierta, los amplios ventanales por los que se colaba la luz en toda la vivienda, las impresionantes dimensiones de cada habitación en el interior. Odié hasta el maldito día en que firmé aquella escritura. Y, con más fuerza, los pensamientos intrusivos regresaron: deseé salir del coche y ahogarme en la piscina.

No era pesimista por naturaleza; se llamaba no poder más con la vida. Significaba no superar el duelo.

En medio de aquellos pensamientos caóticos, me bajé del coche; este emitió un sonido indicando que se cerraba solo, y subí los escalones que llevaban a la planta baja con cansancio, casi arrastrando los pies. Al abrir la puerta de acceso a la vivienda, Lidia estaba en la cocina con una sonrisa de oreja a oreja. ¿Cómo era capaz de sonreír a todas horas? Yo necesitaba un argumento de peso para hacerlo.

—Señor —me saludó.

Elevé un dedo, señalando hacia el exterior.

—¿Abraham se marcha? —me interesé.

Ella se limpió las manos en un trapo de cocina, gesto que me alarmó. Salió de su escondite, concretamente de detrás de la isla central, dejó el trapo sobre el mármol y pareció nerviosa antes de decirme:

—Señor, quería comentarle algo. Verá… He recibido una llamada de mi mamá allá en Perú y, bueno, mi papá ha enfermado repentinamente y se encuentra muy grave. —Los ojos se me agrandaron. No logré decir una sola palabra—. Señor, debemos ausentarnos un tiempo, pero no sé decirle exactamente cuánto. Todo depende de su estado de salud y de su mejoría.

Abrí la boca. La cerré. Lo intenté de nuevo, pero nada. De mi garganta no salía una palabra. Sí fui consciente, en cambio, de los latidos desorbitados de mi corazón: atronadores y llenos de miedo.

No sabía mantenerme solo. Y en esta ecuación entraba que Lidia se encargaba de todo: lavar la ropa, plancharla, hacer los recados, la limpieza, la cocina, las facturas y hasta el mínimo detalle que una persona debía tener en consideración en su día a día. Menos yo. Que no sabía ni freír un huevo. Ni siquiera hacerme unas salchichas vuelta y vuelta.

Tal era la incertidumbre reflejada en mi cara que la mujer, entrada en años, alzó la mano y la suspendió en el aire, pidiéndome permiso para tocarme el antebrazo. Me aparté por puro instinto y di un paso atrás.

—Señor, le he dejado comida preparada en la nevera para dos días. Eso incluye el desayuno, almuerzo para la oficina y la cena cuando llegue a casa. También están los recibos al día, y Aura

guarda toda la información por si la necesitase. Le he puesto incluso alarmas para los pagos con fechas próximas.

Inhalé con fuerza y dejé caer la cabeza en un asentimiento quedo. ¿Cómo que alarmas? Pero ¿cuánto tiempo iban a demorar su regreso?

—¿Se marchan ya? —pregunté con pánico—. ¿Para qué son necesarias las alarmas?

—Hay unos recibos que vencen en unos días y no quiero que se le pasen.

—¿Y qué recibos son?

—Están todos anotados con…

La interrumpí:

—Pero ¿se marchan ya? ¿Y cuánto van a tardar en regresar?

La caída de ojos de la mujer me bastó para saber que sí. Y ya intuía en mi interior una crisis existencial que desembocaría en una llamada a Mateo en cuanto salieran de la finca.

—Señor, como le comentaba, no puedo darle un plazo fijo. Es que no sabemos cómo estará la salud de mi papá allá…

Dejé de escucharla, más o menos como había hecho durante toda la conversación, que se resumía en un intercambio de cuatro palabras. ¿Cómo iba a marcharse y dejarme allí solo? ¿Y qué hacía yo sin saber una fecha? Por supuesto que se lo dije, interrumpiéndola otra vez:

—Tendréis que decirme un día. Yo no puedo con todo esto. —Extendí la mano en el aire, abarcando la cocina y el salón.

—Señor, es que no puedo darle…

—Es que no puede decirme que no sabe cuándo vendrá —recalqué tozudo.

—Pero es que…

—No se puede desatender un trabajo sin avisar. —Me excedí, y los ojos de Lidia se abrieron como platos. Me llevé la mano al puente de la nariz, desesperado.

Abraham entró limpiándose las manos en el pantalón, con aquella pachorra que lo caracterizaba, sumada a una radiante sonrisa. Me había escuchado, pero aquel hombre de pelo canoso, delgaducho y amable también había presenciado mis estados más lamentables desde que murió Vega. Tal vez por eso Lidia no me respondió una grosería mayor que la mía.

—Señor, ¿cómo le fue el día?, ¿productivo? Hoy llegó muy temprano.

«Y no sé para qué». Asentí, sin más dilación y sin ganas de mantener conversaciones que no me favorecerían ni ayudarían en nada. Total, iban a marcharse, y a saber cuándo regresarían.

Se me formó un dolor en el pecho agonizante. Me giré dispuesto a salir de la estancia para esconderme en mi dormitorio hasta que se fueran, y en el proceso vi que los ojos de Lidia brillaban. No ponía en duda el sentimiento de la mujer por mí, por dejarme solo y por todo, pese a haberme comportado como un histérico.

—Que vaya bien.

Esa frase fue la que puso el punto final a la conversación. Esa y el resoplido de Abraham. Lo oí lejano mientras subía los escalones hacia una segunda planta demasiado grande y vacía. Más de cuatrocientos metros se quedaban desérticos, solos para mi aburrida vida de millonario atormentado y amargado. Sí, la prensa tenía más razón de la que quería reconocer.

Me enfrenté al inmenso pasillo color crema. Vega se había empeñado en que los tonos fueran claros, minimalistas y con estilo. Nada de chillones, coloridos ni mucho menos oscuros que apagaran la luz de la mansión. Y era bonita, sí, pero muy vacía.

Muy solitaria.

Muy fría.

No me detuve hasta llegar a la segunda puerta a la derecha. Solo había tres habitaciones, cada una con su baño, y al final del pasillo una enorme terraza desde donde se veía la finca y los jardines. Muy amplio para una persona, pero, claro, eso nadie lo había tenido en consideración el día que nos casamos y decidimos que formaríamos una familia de cuatro que nunca llegó. Lo primero y lo más importante: por mi culpa.

Cerré la puerta al entrar, atento al sonido del exterior. Se iban. Acababan de encender el motor de la ranchera, y me dieron ganas de salir corriendo a pedirles disculpas, a los dos, por haber sido tan arrogante. Por no haber comprendido su situación y por pretender que cuidaran a un tío de treinta y cinco años.

Era un inútil.

Cerré los ojos con un nudo en la garganta y me obligué a tragarme las emociones. Apreté el puño derecho, me lo llevé al pecho con conciencia y repetí como un mantra:

—No vas a llorar. No es para tanto.

Cuando estuve listo y noté que la tensión que me apretaba las cuerdas vocales menguaba, abrí los ojos, clavé la vista en la mesita de Vega y caminé con lentitud para comenzar con el ritual diario desde que ponía un pie en casa. Abrí el cajón, saqué su teléfono, lo dejé sobre la madera y lo desbloqueé. También alcancé uno de sus

pañuelos del cuello. Su olor. Ese que tanto añoraba. Ese que tanto echaba de menos.

Me lo llevé a la nariz y cerré los ojos, intentando sentirla cerca de mí. Después, abrí nuestra conversación, como cada día.

No había borrado nada de ella, a excepción de las redes sociales, que sí había dado de baja. Contemplé la conversación y los ojos se me llenaron de lágrimas. «Te quiero, amor». Esas habían sido sus últimas palabras la mañana de la fiesta mientras yo matizaba los detalles con Catriel y el equipo en el ático. Y no habíamos tenido una conversación digna de no olvidar; todo lo contrario. Nos habíamos preguntado si sacábamos dulces antes o durante el champán.

Maldita fuera mi suerte.

Me senté en la cama y solté un enorme resoplido, vaciando lo justo el pesar que cargaba. Pero solo un poco. Pulsé el botón del audio anterior a ese wasap al que no había contestado porque estaba muy ocupado con los detalles finales y clavé la mirada en un punto fijo de la pared.

—… Claro, amor, los ponemos cuando sirvan el champán, así estarán más espabilados en la presentación del proyecto, con el azúcar por las nubes. —Rio y sonreí con tristeza—. Tengo que ensayar el discurso una vez cuando nos veamos después, ¿vale? —Mentira. Lo repitió muchas más—. ¡Oh, Naím! ¿Has visto el vestido? Acaba de traerlo Lidia de la lavandería. —Se escuchó el sonido al pegarse el teléfono al pecho—. Gracias, Lidia, es espectacular. —Oí a la mujer decir que era un gusto hacerlo—. ¿Cuándo vienes? Tengo ganas de verte, que te has ido hace dos horas y ya es mucho. No tardes, ¡hoy es el día!

Tragué saliva, con los sentimientos apelotonados en la garganta. «Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete…».

Sangre. Mis manos llenas de ella. Vega.

«¡Vega!». La zarandeaba, pero solo había sangre. Un enorme charco que lo manchaba todo.

«Ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince…». Las manos comenzaron a temblarme, la mandíbula también, e identifiqué que iba a darme una crisis fuerte por todo lo ocurrido desde que había puesto un pie esa mañana en la oficina. Con los dientes rechinándome, palpé el bolsillo del pantalón del traje y di con el teléfono. Apreté el acceso rápido del lateral y pronuncié, retemblando:

—Mateo.

Mi dispositivo era tan eficiente que el nombre de mi psiquiatra era un claro indicativo de que había que llamar con urgencia. «Dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte». Llevé las manos temblorosas al cuello de mi camisa, tiré de los botones hasta romperlos y logré abrírmela para coger aire.

No fue suficiente.

Me puse de pie, intentando que las piernas no me fallaran, y fue en el segundo tono cuando Mateo descolgó el teléfono.

En mi mente, más sangre, más gritos. Más Vega. Muerta. Estaba muerta.

—Naím. ¿Qué ocurre?

«Veintiuno, veintidós, veintitrés». Él sabía que si lo llamaba fuera de nuestras consultas, que eran los miércoles a las diez de la mañana, era malo. Significaba crisis, y pocas semanas se salvaba de

mí. A veces pensaba que era poco lo que le pagaba para lo que me aguantaba.

—Me ahogo —logré decirle.

«Veinticuatro, veinticinco, veintiséis».

—Vale. No te ahogas. Tranquilo. —Escuché que se ponía de pie y me lo imaginé con una mano en alto, pidiéndome calma—. ¿Has tomado las gotas?

—No.

—Localiza las gotas, Naím. —Sonó tajante—. ¿Estás solo en casa?

Solo, decía. ¡Pues claro que estaba solo! ¡Me habían dejado solo! «Oh, por favor, cállate». Me peleé con mi mente mientras luchaba por llegar a la puerta de la habitación. Tomé el pasillo con la respiración entrecortada y los pasos torpes. Me desmayaba. Pensé que no llegaba al principio de las escaleras, que no lo lograba, mientras oía de fondo a Mateo decirme algo que ni siquiera entendía.

Apoyé las manos en la pared, sosteniendo el teléfono. «Veintisiete, veintiocho». Cerré los ojos y me concentré en la respiración que no entraba ni salía; la vista empezaba a nublárseme y no aguantaba. «Vega…».

—¿Naím? Naím, ¿me escuchas?

—No…, pu… e…

Me tiré de la camisa y sentí cómo crujía debido a la fuerza. Un escalón. Bajaba el primer escalón. Y me resbalé, olvidándome de los pensamientos que me atormentaban, de la sangre, de Vega.

—¡¡Naím!! Llamo a una ambulancia. Voy para tu casa de inmediato. ¡Naím!

El móvil salió despedido escaleras abajo, y yo detrás de él. Me golpeé hasta el último rincón del cuerpo, me di la vuelta en el suelo con los dientes apretados y gateé, viendo borrosa una de las paredes del salón. Allí tenía las gotas. Ya llegaba, pero ¿por qué no escuchaba a Mateo?

«Veintinueve…».

De repente, uno de esos pensamientos intrusivos se hizo más fuerte en mi cabeza, en esa que no me permitía oxígeno. Todo estaba ahí, lo sabía, y yo me encontraba enfermo de una mente a la que no podía sanar tras la muerte de Vega. ¿Y si ahora había llegado el momento de ponerle fin? ¿Y si dejaba que ganara? Total, solo había una persona en el mundo que iba a echarme de menos: Catriel. Sí, él se encargaría de todo, de levantar VeritasVR, de proclamar el nombre de mi Vega como se merecía. Él era un hombre de los pies a la cabeza y no un despojo humano que no servía para nada, como yo.

«Treinta».

—¡¡¿Naím?!! ¡Mi puta madre! ¡¡¡Naím!!!

Encima también era el caballero con reluciente armadura de cualquier película, pero particularmente de la mía. Había llegado, justo a tiempo, para salvarme la vida e impedir que mi posible redención se llevara a cabo. Me fastidié por ello, engarrotado y desarmado. Se tiró a mi lado de rodillas, como si fuera un futbolista a punto de parar el gol de su carrera, y me sujetó de las mejillas para buscar signos de algo que lo alertara.

—¡Cabronazo! ¡Tú quieres morirte, que no haces nada! ¡¿Qué hostia te pasa?! —Miró muy alarmado hacia arriba, imaginé que en busca de mi salvación, y empecé a recobrar la escucha. Mateo

continuaba al otro lado de la línea, insistente. Pero es que yo había desistido hacía meses—. ¡¡Las gotas!!

Catriel se levantó como un huracán, encontró el frasquito que descansaba al lado del televisor, regresó a mi lado y resoplé. Me aniquiló con la mirada y me ordenó:

—Abre la puta boca o te meto el frasco por el culo.

Obedecí, y las gotas de CBD cayeron debajo de mi lengua como solía ocurrir habitualmente. A veces tomaba menos cantidad para intentar dormir si había tenido un día de sobrecarga de trabajo o muy estresante; en momentos de crisis, como aquel, prefería casi siempre prevenir que curar. Ese día llegué al límite, aunque tal vez lo hice porque estaba cansado de luchar contra viento y marea todos los días de mi vida. Además, el tratamiento era precisamente efectivo a largo plazo, y no debía dejarlo a la ligera o no funcionaría.

Mateo no era un psiquiatra al uso, era un terapeuta discreto que combinaba la psicología clínica con recursos alternativos de vanguardia. Y yo tenía resistencia a algunos fármacos tradicionales como benzodiacepinas o antipsicóticos. El CBD era un remedio natural para apagar mi mente de vez en cuando, compuesto de cannabidiol sin psicoactivos, y a mí me había funcionado. Mi psiquiatra lo conseguía en una farmacéutica suiza exclusiva para clientes de élite, y sus efectos me servían para relajarme, intentar dormir tres o cuatro horas —con suerte— y proporcionarme la parte de tener un ansiolítico suave. De ahí a que fueran diferentes a los que solían vender en cualquier farmacia.

Cerré los ojos con fuerza al notar el sabor amargo tan familiar en la boca. En quince minutos, si todo iba bien, estaría mejor, y Catriel

se encargaría de ponerme un ojo morado. Lo escuché soltar el aire como un búfalo, todavía de rodillas a mi lado, y diciéndole a Mateo:

—Sí. Me quedo a dormir con él. Vale, te esperamos aquí. —Colgó. No perdí ni un sonido de sus zapatos hasta que regresó a mí. No despegué los párpados—. Venga, vamos al sofá. Si te quedas dos minutos más en el suelo, te ponen de exposición en el Thyssen. —Abrí los ojos de golpe, porque la broma no tenía el tono habitual. Estaba cabreado—. En plan: ejemplar millonario del siglo XXI en plena crisis existencial.

Los ojos le brillaban y tenía los puños apretados. Se puso de cuclillas, metió sin delicadeza uno de sus brazos por detrás de mi espalda y me sujetó. Y me miró. Con mala cara y dejándome ver ese azul eléctrico despiadado que a veces perfilaba sus iris. No podía contestarle. No podía hablarle porque iba a enfadarlo mucho más.

Me sostuvo con fuerza, arrugándose el traje azul.

—Ibas a tirar la toalla y el baño entero, ¿verdad?

Era nuestro humor, y quizá nadie lo comprendía, pero debajo de ese tono dolido aprecié el sufrimiento camuflado. Que no respondiera fue suficiente para que las lágrimas acudieran más a sus ojos, las mantuviera a raya y alzara el mentón, conteniéndose. Fueron unos segundos, los necesarios para calmarse, y, cuando lo consiguió, apretó el brazo que me sujetaba de nuevo, se aproximó a mi oído y murmuró:

—Cuando Mateo salga por la puerta, más te vale haber recuperado las fuerzas que te queden en el cuerpo, porque voy a partirte la cara. ¡Ayúdame, huevón!

Apreté los dientes, solté parte de la rigidez que lentamente menguaba y me levanté ayudado por él. Con pasos cortos, llegamos

al interminable sofá, me tiró de cualquier manera y no argumenté nada. No estaba el horno para bollos. Me contempló desafiante y, justo antes de marcharse de allí, se agachó, me plantó el beso de la abuela en la mejilla, con la mirada iluminada todavía, y se separó para quitarse la chaqueta. La lanzó sin cuidado al sofá y fue renegando a la cocina. Lo escuché:

—Maldito hijo de puta, cabrón. Cabrón, cabrón y más cabrón.

Pasaron quince minutos en silencio, contabilizados por el reloj de enfrente. Catriel no había abierto la boca y cortaba algo en la cocina con mucha fuerza; imaginé que visualizando mi cabeza sobre la tabla. No me atreví a mirar una sola vez atrás, ni siquiera a él cuando el timbre sonó, indicándonos que Mateo había llegado.

Me encontraba más tranquilo, a sabiendas de la que iba a caerme en cuanto mi psiquiatra se marchara de allí. Mi amigo me aniquiló con la mirada. Se había remangado la camisa, dejando a la vista los dos antebrazos tatuados.

Iba a darme una paliza terapéutica.

—¿Qué ha sucedido?

Mateo entró arrollando a Catriel con la pregunta y, sin detenerse, soltó un maletín sobre el sofá. Me senté en condiciones para que me auscultara cuando llegara el momento. Él no se aproximó a mí de inmediato, sino que primero comprobó cómo estaba el ambiente, si había algo en la estancia fuera de lo común. Catriel negó con la cabeza, indicándole que estábamos solos. Mi psiquiatra se dirigió al panel de las luces y pulsó las cálidas, de manera suave y creando un ambiente agradable. Después, se detuvo a un metro y medio de distancia, me observó en silencio y esperó.

—Estoy bien —le dije.

—¿Quieres que hagamos las pautas de respiración? —Negué. Él asintió—. Bien, ¿puedo sentarme aquí? —Señaló el sofá, a un metro de distancia. Asentí de nuevo—. ¿Catriel puede quedarse o prefieres que se marche?

Mi amigo y yo nos contemplamos.

—Claro que puede quedarse —dictaminé.

—De acuerdo, Naím. Los tres sabemos por qué ha ocurrido este episodio, pero debemos controlar y tener claro que tú no estás en el pasado —añadió con calma. Era el mismo diálogo de siempre—. No estás en la fiesta. No estás con Vega. Estás aquí, con Catriel y conmigo. ¿Verdad? —Sellé los labios en una fina línea y asentí—. Naím, háblame. Quiero ayudarte, pero tienes que hablarme. ¿Puedes hacerlo?

Me llevé las manos al pelo y me escondí entre ellas.

—Esta mañana he tenido una crisis en la oficina y he creído que la había controlado muy bien, pero después han ocurrido cosas que me han desestabilizado y… —Me retembló la mandíbula y dejé de hablar.

Levanté la cabeza, encontrándome a Catriel con la mirada cargada de arrepentimiento. Mateo abrió el maletín, sacó su libreta negra y tomó apuntes como en cada sesión. Me pidió pausa con una mano.

—Empecemos por el principio. ¿A qué ha venido la crisis? ¿Por qué ha empezado todo?

—He encontrado a la candidata para que trabaje en el último proyecto de Vega. La culpa es mía.

Aparté la mirada de mi amigo. No quería ser tan directo ni duro, pero ya se había encargado él de hacerlo. Eso provocó que Mateo le indicara con la mano que se sentase a mi lado. Parecíamos un matrimonio en terapia. El rubio lo hizo, se tiró con cansancio,

aunque con las ganas latentes en el rostro de darme la paliza, y esperó impaciente a que el psiquiatra le echara la bronca.

—Y es una de las acciones que hablamos en consulta. No te fustigues por eso, Catriel. Has actuado bien, pese a que él ahora no sepa verlo con claridad —lo alabó. Mi amigo hundió los hombros—. Naím, las pequeñas acciones son las que cuentan. No te pido que borres a Vega de tu vida. No puedes. No deseamos eso. Pero hay que olvidar el pasado y vivir el presente. ¿Qué ha ocurrido después?

El pasado. Ese se me atragantaba. Tenía un TOC con el número treinta desde la muerte de Vega, y para colmo me había asegurado un TEPT: un trastorno de estrés postraumático con componente disociativo y síntomas paranoides. Era un regalo envuelto en papel de celofán negro.

—He conocido a la candidata.

—Y no te ha gustado. —No fue una pregunta.

—Sí le ha gustado. Es la candidata perfecta —recalcó Catriel.

—Nació el mismo día que Vega. Del mismo año.

—¿Y? —cuestionó Mateo, con una pierna cruzada sobre la otra y en posición relajada—. ¿Es malo que dos personas nazcan el mismo día? Hay cientos que se llaman igual, con nombre y apellidos, y no sucede nada, Naím. ¿Qué es?, ¿un número?

Me callé. Sonaba ridículo, lo sabía. Pero mi TOC también lo era, y ahí estaba, siguiéndome a todos lados con los treinta segundos en los que mataron a Vega. Evadí la mirada de las dos personas que se encontraban conmigo, las cuales me permitieron esa pausa para pensar. Al ver que no sería el primero en romper el silencio que habíamos creado, fue Mateo quien retomó la conversación, reconduciéndola hasta donde quería:

—¿Por qué no quieres arriesgarte y darle la oportunidad a esa chica? Rompe patrones, Naím. Tienes que intentarlo, por ti, por Catriel. Es tu futuro el que está en juego, y hay que encontrar alternativas para las crisis, ir menguando tus hábitos dañinos para dar paso a otros. —Se movió hacia delante para insuflarnos confianza—. ¿Habéis buscado un hobby para hacer juntos?

—Yo le he dicho que quiero apuntarme a bachata —le contestó resuelto Catriel.

Mateo sonrió.

—El baile es una idea excepcional y libera tensiones.

—No pienso hacer el tonto en clases de bachata —dictaminé mordaz.

Catriel puso los ojos en blanco y añadió:

—También le he propuesto que nos apuntemos a un deporte para desfogar, tipo kickboxing, y partirnos la jeta, pero al Cuervo del Consejo le da miedo que desfiguren al Ken de Cuatro Torres.

Catriel movió los hombros con desinterés y Mateo aguantó una pequeña carcajada. Era imposible hablar de algo serio con semejante personaje. Resoplé, siendo consciente de la gravedad de la situación.

—Naím, antes de que pasemos a la parte en la que llegas a tu dormitorio, te sientas, hueles el pañuelo de Vega y pones el audio —en voz alta daba miedo cómo sonaba—, prométeme que aprobamos que la candidata se quede con el proyecto. Será lo primero que hagamos en terapia, e iremos progresivamente avanzando.

Los contemplé a ambos. ¿Cómo iba a comprometerme a eso? ¡Era la carpeta de Vega! ¿Es que no lo entendían? Fruncí el ceño, apartándoles la mirada de nuevo. Fue su última voluntad, ¿cómo

profanabas lo más valioso de una persona con alguien que no conocías?

—No está por la labor —soltó mi amigo con tono desganado.

—¡Sí estoy por la labor! —le grité sin pretenderlo, y lo miré con los ojos muy abiertos.

El canalla sonrió, sabiendo que me había sacado de mis casillas. Me levanté del sofá, me llevé una mano al pelo y tiré de él. Coloqué un brazo en jarra, busqué los ojos de Mateo, y este ya me esperaba con el bolígrafo en una mano y la libreta en otra.

—¿Naím? —presionó—. ¿Avanzamos o nos quedamos en el pasado?

4

Su Eminencia



NAIARA

Levanté una pierna, la coloqué en la encimera de medio metro, con una mano removí el café y con la otra rebusqué la carpeta con la información. Menudo tirón me dio en el gemelo.

—¿Dónde coño está el cargador? ¡Es imposible que se pierda en quince metros!

El sonido de una voz que conocía muy bien me trajo de vuelta a la realidad.

—¡Naiii, escúchame!

—¡Es que no sé qué haces con el móvil a las ocho de la mañana! —exclamé con la cabeza casi metida en el fregadero. Bajé la pierna, y el café por poco se me derrama encima—. ¡Me cago en la hostia!

Mi hermana resopló. Yo solté la taza con mala leche sobre el mármol.

—Ya te he dicho que Ana, la enfermera de labios como morcillas de Burgos —hizo el apunte porque, si no, reventaba—, estaba

dormida.

—Pero tú no has podido salir de la cama e ir a por él. Te recuerdo que todavía no llevas patines. —Giré con rapidez y me di en la cabeza con el mueble de la cocina—. ¡Su puta madre!

Golpeé la madera y esta se descolgó. Los hombros se me hundieron en un gesto abatido.

—Nai, Nai, Nai. Con ese mal rollo que llevas, el ricachón lo mínimo que va a hacer será lanzarte por la ventana de su despacho. Aunque lo mismo tienes suerte y te pilla la puerta de entrada.

Entrecerré los ojos, me acerqué a la pantalla con la mano en el chichón y le dije con los dientes apretados:

—¿Quién ha sacado el móvil de tu taquilla y por qué me llamas? —Sonrió enseñándome los dientes de ratona por la videollamada—. Nailani…

Y, cuando la llamaba por su nombre, el semblante le cambiaba. Se acercó a la pantalla, se puso una mano para tapar el altavoz y murmuró:

—Ha sido Guille. Le he pedido que se lo robara a Ana. Le ha tenido que quitar las llaves del bolsillo y todo. —Se tapó la boca para omitir una carcajada. Abrí los ojos con desmesura y me mordí la lengua para no reírme.

—¡Nai! ¡Te van a castigar! —Tuve un intento de regañarle nefasto.

—¿Y quéééé? ¡Necesitaba llamarte para darte toda mi buena onda antes de irte a esa oficina de estirados!

Me acerqué más a la pantalla, cambiando el rostro amenazador. Ya me tenía ganada, como de costumbre.

—¿Qué le has ofrecido a cambio? Porque a los ladrones hay que pagarles. —Puse los ojos en blanco y dije en voz alta lo que pensaba

—: No sé quién es peor.

—Le he dicho que le daría las natillas de la comida de hoy.

—¿Y se las vas a dar? —Me extrañé.

El gesto que puso ya me respondió por sí solo. Parecía una chica del Bronx.

—¡Ni muerta!

—¡Nai!

La amaba más que a mi vida, y, entre risas, murmullos y confidencias, terminé de vestirme y le prometí contarle lo que haría allí en cuanto consiguiera el puesto de trabajo. Y me refería a lo que haría de esa manera porque Nailani se pensaba que yo me dedicaba a ser una especie de informática moderna. Ay, si ella supiera…

Me vestí con un pantalón vaquero lleno de agujeros, las Converse falsas y, en esa ocasión, una camisa finita de manga corta de color verde. No demoré la salida cuando me despedí de ella y, entre caminatas y cambios de metro, fui acercándome a mi destino. En el último vagón me encontraba, con los auriculares puestos para no prestarle atención a nadie ni entablar conversación, cuando el tren se detuvo y me fijé en el rótulo del metro.

Nexusi Corp.

Algo en el vientre se me contrajo. Podría ser un pálpito, una intuición, no lo sabía, pero la mala espina continuaba ahí, lacerante desde el primer día. El nombre ya lo decía todo: frío, futurista, ambiguo. Sonaba a marca de agua embotellada o a estación espacial, pero en realidad era una maquinaria diseñada para romper la voluntad humana desde dentro. Y lo hacían con una sonrisa corporativa.

Se especializaban en experiencias inmersivas comerciales. Así lo ponían en sus presentaciones y en el rótulo que veía desde el tren. Lo que no decían era que detrás de esas palabras había casinos virtuales donde la adicción se programaba desde el código, turismo sexual con avatares que reaccionaban como personas reales y manipulaciones de recuerdos tan nítidos que llegabas a dudar de qué había pasado y qué no.

La ética no era parte de su ecuación. De hecho, se burlaban de ella. Para ellos, la realidad virtual debía ser rentable, no responsable. Si podías sentirlo, podías venderlo. Si dolía, mejor; el dolor fidelizaba. Y VeritasVR era su piedra en el zapato. Una empresa que apostaba por la educación, la cultura, la sanación. Demasiado idealista. Demasiado pura. La veían como un experimento ingenuo en un mundo de depredadores.

Y recordé con exactitud la llamada de Valeria Leus. La directora ejecutiva de la empresa, una tía con carisma, elegante e inteligente, aunque una psicópata de manual. Me tendía su mano, sí, pero a cambio de mis servicios.

Nailani tenía una posibilidad de sobrevivir.

Y yo iba a agarrarme al pomo ardiendo, como siempre.

Ginebra sonaba a otro mundo. A clínicas blancas, ventanas infinitas y médicos con bata que no pronunciaban mal su apellido. La propuesta del hospital me había dejado sin aire cuando la doctora Rodríguez me propuso un tratamiento experimental en Suiza, en una clínica de biotecnología avanzada, ubicada cerca del lago Lemán, al pie de los Alpes. Lo llamaba Protocolo Neurorestaurativo Celular B-X2. Decía que estimulaba la regeneración celular mediante impulsos sinápticos dirigidos y terapia génica adaptativa. Palabras que yo no

entendía, pero que la doctora envolvió con otras que sí me partieron el pecho: «Hay una probabilidad real de remisión completa».

«Completa».

Para eso necesitaba doce mil euros en dos semanas. Y yo ya estaba endeudada hasta las cejas, no tenía amigos a los que pedirles ese dinero ni nadie que me ayudase porque nos encontrábamos solas contra el mundo. Debía formalizar la reserva de la plaza en Suiza.

Y aquello era una cifra imposible para alguien que sobrevivía con contratos temporales o que trataba de llegar a fin de mes cuando no estaba clausurada en el hospital con las recaídas de su hermana. Nailani llevaba tres años luchando contra el maldito cáncer y la situación cada día empeoraba.

Cada vez que me sonaba el teléfono, lo contemplaba con pavor. Había aprendido a rezar, pero también a saber que eso no iba a salvarla. No obstante, yo sí lo intentaría hasta que me fallaran las fuerzas. Y eso no ocurriría.

El metro continuó su marcha, devolviéndome a la realidad. Valeria había sido la que había estado llamándome, con el fin de saber si me habían contratado en VeritasVR. No contestarle había sido muy evidente: no lo había conseguido.

Pero iba a hacerlo.

Iba a conseguirlo esa misma mañana, como que me llamaba Naiara Ramos.

Me detuve en la impresionante fachada de VeritasVR, con el bolso hippy sujeto con fuerza. Me aferraba a él como si fuera mi salvavidas. Me mordí el labio inferior tocando el labret y solté la energía acumulada con movimientos de brazos en plan aspavientos,

provocando que las personas que pasaban por allí me miraran como si se me hubiera ido la pinza.

VeritasVR era imposible de ignorar. Aquel edificio de cristal y acero parecía diseñado para intimidar y seducir al mismo tiempo. Se alzaba entre las torres del distrito financiero como si le perteneciera el cielo, con sus líneas limpias, simétricas y esa fachada reflectante que devolvía un Madrid distorsionado, elegante, distante.

«Demasiado perfecto. Demasiado brillante para ser real».

Las letras blancas flotaban sobre la entrada como una sentencia: VeritasVR. «Verdad» en latín; ironía pura. El reflejo del logo se duplicaba sobre el mármol pulido de la entrada, y un par de coches de lujo, como el decorado de un anuncio publicitario, daban la bienvenida a quien pudiera permitírselo.

Respiré hondo. El lugar imponía. No por su tamaño —que lo tenía —, sino por lo que representaba: el corazón brillante de una utopía digital construida por genios. Había tenido que investigar tantísimo el perfil de Vega y Naím que había soñado con ellos.

«Allá vamos, Torre de Cristal. Hazme un hueco antes de que me arrepienta». Tenía miedo, sí. Miedo a fracasar, a que saliera mal.

A que mi hermana muriese.

Resoplé a lo Rocky Balboa varias veces, porque a ver cómo derribaba o me camelaba a los tres gorilas de la entrada para que me dejaran llegar a la recepción sin cita, solo seis pasos detrás de ellos.

—¡Vamos, Nai! ¡¡Vamos con todas, que te los comes!!

Impulsé los puños hacia delante, envalentonándome y sacando el carácter de las Ramos, con un par de ovarios. Fui a moverlos hacia atrás, me propuse dar un paso y…

—¡Cuidado, que me tiras los cafés! —Abrí los ojos como platos y miré a la derecha—. La motivación está de puta madre, pero como manches el traje al de Recursos Humanos no entras, loca.

Abrí la boca, la cerré. Me subí las gafas en un gesto de vergüenza —en realidad no se me caían—, tragué saliva y solté de carrerilla:

—¿Quieres que los lleve yo? —Sabía que era mi única vía de entrada.

Contempló los vasos en portavasos con extrañeza, disimuló una sonrisa y añadió:

—¿Quieres un café? ¿O vas a tirármelo a la cara, chati?

Apreté los labios para no reírme. Estaba claro que había adivinado lo mal que me había sentado el comentario.

—Si me echas un cable, te dejo que me llames «chati» y te llevo el café tres meses.

—Seis.

—Hecho. —Le tendí la mano y el rubio la apretó con fuerza.

Acababa de ganarme la entrada al edificio, asegurarme seis meses de trabajo y, con lo que tenía que hacer para la otra empresa, la entrada para el tratamiento experimental de Nailani. Todo iba sobre ruedas, ya que nadie debía enterarse del trabajo extra, y eso me aseguraba un puesto más largo en Veritas si conseguía ganarme al atormentado del jefe. Yo podía, por supuesto, y la paciencia era una de las virtudes que la vida me había enseñado a cultivar.

Catriel extendió la mano para que caminara al interior del edificio.

—¿Cómo has tenido el valor de venir sin una cita? No habrías entrado —cuestionó.

Me fijé en los tres gorilas en cuanto se abrieron las puertas de cristal. No. No habría podido con ellos ni de broma. Después lo hice

en las dos personas de recepción, quienes me habían pasado el día anterior al despacho gigantesco. Me observaban con altanería. Los ignoré y seguí los pasos del rubio guapetón hasta el ascensor privado de la izquierda. El que estaba escondido al resto.

—Necesito el trabajo.

—¿Y estás segura de que vas a convencerlo? —Entramos, y en ningún momento dejó de mirarme.

—Te estás jugando los seis meses de café —lo advertí con un dedo en alto—. También puedo hacerte las fotocopias cuando vayas a despedir a la gente. ¿Qué más hace el de Recursos Humanos? —me interesé. Rio.

—También las contrato y me encargo de su integración, por ejemplo.

El ascensor comenzó a subir plantas y me dio un vuelco el estómago sin motivo. Me giré para verlo de frente, con el café intacto en la mano.

—¿Y no puedes llevarme a la mesa veintidós sin decírselo?

Sonrió extensamente. Le divertía mi nerviosismo, cada vez más evidente.

—Es la nómina veintidós la que tendrás. La mesa es esporádica, porque el Proyecto 360 tienes que trabajarlo con él. Codo con codo, lamento decirte.

Apreté los labios y solté el aire por la nariz en un sonido agotador. Sonrió de nuevo. El ascensor pitó, indicándonos que habíamos llegado. Miré la planta en la que se había detenido, fijándome en que no era la última, sino la del equipo.

—¿Preparada?

La voz de Catriel se quedó en un susurro cuando me fijé en la cantidad de personas que había, separados por mesas y biombos minimalistas, al teléfono, con ordenadores, con documentos… ¿Cuánta gente trabajaba allí? Y, a lo lejos, caminando con tranquilidad por los pasillos de la planta, el ser oscuro de Veritas.

Aceleré mis pasos tras la estela de Catriel y me quedé a su lado. Se me había secado hasta la garganta. Lo miré horrorizada y él me sonrió de nuevo, como si ese gesto bastara para insuflarme el valor que se me había escapado de inmediato. «Respira, coño».

El suelo pulido de la planta devolvía un reflejo blanco casi clínico, como si quisiera borrar las huellas de quien pasara por allí. Naím avanzaba con las manos en los bolsillos, elegante y contenido, acompañado por un tipo bajito, de chaqueta técnica y voz exageradamente modulada.

—Este sistema refuerza los accesos perimetrales con lectura biométrica cruzada —decía el técnico, sin saber que su tono era una mezcla entre vendedor de aspiradoras y profeta de la fe digital—. Hemos implementado vigilancia autónoma por reconocimiento de calor y análisis de microexpresiones. Todo conectado a una red neuronal privada. Nadie entra ni respira sin dejar rastro. —Naím no decía nada. Solo asentía, con esa expresión suya que no dejaba claro si te escuchaba o imaginaba cómo desintegrarte—. La idea es sustituir el sistema Legacy que tienen ahora. Este consume menos recursos, aprende de los patrones internos y puede sugerir rutinas de vigilancia según la actividad de la empresa. No solo protege. Piensa.

Y entonces se giró.

Me vio.

Y le cambió el rostro.

Fulminó a Catriel de un vistazo, se sacó las manos de los bolsillos en ese gesto que también hacía el de Recursos Humanos y le dijo taxativo:

—Termina tú.

Se iba. Me dejaba allí plantada como una seta, y yo no pensaba permitirlo. El del sistema de seguridad intuí que tampoco.

—¡Señor Montero!

Adelanté al técnico como una fiera con aquel llamado y, de soslayo, vi que Catriel estaba pasándoselo en grande. ¡Maldito capullo! Pero más imbécil fue cuando añadió:

—El nuevo neón de la oficina te ha robado el café.

Abrí los ojos como platos, lo miré mal y seguí las largas zancadas de Naím, quien bufó sonoro para que se lo escuchara. Me contempló toda la oficina, claro, porque iba dando saltitos para llegar al tiarrón que atravesaba la sala con un cohete en el culo.

—¡Naím! ¡Naím! ¡Espera! ¡Tengo que hablar contigo! —No me hacía caso y yo pasé de los formalismos al tuteo sin darme cuenta—. ¡Naím, coño! ¿Sabes lo que es la educación?, ¿o no te la han enseñado?

Todo fue asombrosamente asombroso. Muy top, muy yo. Me estampé con él.

Fue en el giro seco que hizo para aniquilarme con la mirada. En esos ojos oscuros iba implantada una amenaza por mi tono insolente y mis preguntas altaneras delante de los trabajadores. Noté las mejillas ardiendo, pero no fue solo por mi descaro. Fue porque un café salió disparado del portavasos y se lo derramé encima.

Entero.

Una exclamación, seguida de más trabajadores, se escuchó por toda la planta. Abrí tanto los ojos que pensé que se me saldrían de las cuencas. Me afané en buscar un paquete de pañuelos en el bolso mientras le pedía disculpas como una gramola:

—¡Joder! ¡Perdón, perdón, perdón! Tú te has parado, es que tú… Hostia, la que he liado.

El técnico solapó mis disculpas:

—Señor Montero, como iba diciéndole, es el momento idóneo para modificar el sistem…

—Es que me has visto y has salido corriendo, ni siquiera me has dado tiempo para decirte… —Me callé en el proceso de sacar el clínex del paquete y contemplé al técnico con mala cara—. ¿Se puede callar un momento?

—Disculpa, chica, yo he llegado antes que tú. Ten un poco más de respeto.

Afilé la mirada y preparé la lengua para responderle una bordería. Me había observado de arriba abajo con prepotencia, como si él fuera más importante que yo por el simple hecho de ser de seguridad. No iba a hacer suposiciones de otros motivos, porque, si no, le sacaba los ojos. Destacaba en medio de tanto glamour por no tenerlo, sí, ¿y?

—A llorar a la llorería.

Intentó contestarme; boqueó como un pez. Yo espoleé el pañuelo en el aire, miré atacada de los nervios a Naím y le restregué la solapa de la chaqueta como una locomotora mientras el técnico trataba de sobreponerse por encima de mí, ya con malos modales. Madre mía, también había manchado la camisa negra, el cuello y la

cara. Me hice más pequeña bajo esa mirada matadora y fui a limpiarle el cuello. El tío no se movía, parecía una estatua.

Mis dedos rozaron su piel y una corriente me vibró en la mía.

Nos miramos.

Y Naím sujetó mi muñeca con ferocidad y la apartó de él.

—No me toques —rugió.

Al principio me entró el pánico por haberla cagado más, así que intenté remediarlo de inmediato cuando se pasó el antebrazo por la cara, se reajustó la chaqueta, todo esto sin dejar de mirarme, y preguntó con tono duro:

—¿Alguien quiere irse de vacaciones indefinidas? —Hasta yo di un bote del susto. Los trabajadores metieron la cabeza en sus puestos, ya que casi todos habían estado en plan cotillas—. ¡Pues a trabajar!

Busqué ayuda en Catriel, apoyado en uno de los biombos a la derecha. Elevó un pulgar en señal de triunfo; yo abrí más los ojos. Naím dio por terminado el espectáculo y enfiló sus pasos hacia la salida. Por supuesto, lo seguí detrás como un perrillo. El técnico insistió, me imitó, me contempló con superioridad, y me dieron ganas de pegarle un guantazo cuando regresó a la carga:

—Señor Montero, el sistema…

Naím se detuvo de nuevo y, como iba pendiente de la mirada lacerante que el técnico me echaba y yo le devolvía, me estampé con su enorme espalda. No caí porque una divina santidad no quiso, pero las gafas rebotaron hasta el suelo, con tan mala suerte que las botas de seguridad del técnico las pisaron.

A Naím se le quedó el berrido en la garganta al ver que se me descomponía el semblante. Aguanté las ganas de llorar, porque uno de los cristales había quedado inservible, destrozado, y el otro

arañado. Tragué saliva. ¿Cómo me pagaba unos cristales ahora? El arreglo, mínimo, me valía doscientos euros. Cerré los ojos un segundo. Se me tuvo que notar en la cara.

Me agaché para cogerlas, aunque Catriel fue más rápido: le tomó la delantera al técnico, que ni siquiera se había disculpado, y me las tendió.

—Se han… —Puso cara de fastidio.

—Ya. —Corté la conversación, casi a la salida de la planta.

—Como iba diciendo sobre la vigilancia, si quiere podemos discutirlo en su despacho, señor Montero.

El rubio puso los ojos en blanco al escucharlo, otra vez. No le dio tiempo a decir mucho más, porque Naím sentenció:

—A la calle. —Sonreí victoriosa y Catriel conmigo. Nos cambió la cara en un segundo—. Los dos.

—¿Cómo que los dos? —se alarmó el rubio.

No comprendí por qué el de Recursos Humanos se asombraba, pero me valió para cogerlo como excusa y salir tras el jefe de Veritas. Este caminó con largas zancadas, y yo, que también tenía las piernas kilométricas, me apresuré para alcanzarlo, con los ojos un poco guiñados porque la miopía me hacía ver borroso en la distancia y bultos a una extensión más lejana.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

—No.

Ni me miró, solo caminaba, tieso como una tabla, y entendí que iba en dirección a las escaleras para no tener que detenerse en el ascensor y que me esperara allí.

—Mira, vamos a dejarnos de rodeos. Sabes que soy la chica de tu proyecto, la que mejor va a representarlo. ¿Por qué tanta insistencia

en que me pire?

—He dicho que no.

Catriel lo adelantó por la izquierda, presionándolo.

—Naím, dijimos que sí. —Tosió y murmuró para que no lo escuchase—: Ayer.

Pero yo lo escuché. Esos dos eran algo más que compañero y jefe.

—He dicho que no, y es que no. —Giró el rostro y me miró—. Vete de mi edificio o llamo a seguridad.

—Soy cinturón negro en kárate. Llama a quien quieras. El puesto veintidós es mío —le dije convencidísima.

Frunció los ojos un poco, y eso solo podía significar algo: había contenido una risa. Lo del cinturón negro me lo había inventado sobre la marcha, por tener, no tenía ni el blanco en el arte marcial. No había hecho kárate en mi vida.

—No me gustas.

—Pero al de Recursos Humanos sí —apunté—. ¡A ti te da igual! ¡Y necesito el trabajo! —Casi le supliqué.

—Y te recuerdo que es una máquina para presentar el Proyecto 360 —puntualizó Catriel—. Eso también lo sabes.

Detuvo la marcha. Pues no, no iba a coger las escaleras; iba a por otro ascensor que había en la esquina contraria por la que había salido con el rubio. Se puso frente a mí, y me pareció más grande, más atractivo e impresionante que ningún día. Aguanté la respiración y el pulso.

Y reparé en un detalle que había querido pasar por alto hacía solo unos segundos, mientras caminábamos de manera acelerada: era la segunda vez que me miraba los labios.

—Si doblas una esquina del proyecto de Vega, te despido. —Catriel sonrió y yo me desinflé. Lo había conseguido—. Si hablas y se te cae saliva encima del proyecto, te despido. Si respiras fuerte y le da el aire al proyecto…

—Me despides —terminé por él—. Me queda clarísimo.

—Y de momento te descuento de la nómina doscientos euros de tintorería.

Casi me da un infarto. Fui rápida. Le tendí la mano y le dije segura de mí misma:

—Dame la camisa, la chaqueta y, si me apuras, hasta el cuello que te da grima que toque, que te lo traigo como los chorros del oro, pero tú a mí no me descuentas doscientos pavos.

—Y se ha terminado eso de llamarme Naím, como si fuéramos colegas de toda la vida. Soy tu jefe, que no se te olvide.

Catriel se cruzó de brazos, con una mueca divertida cruzando su rostro. Yo no bajé la mano con la que le pedía la ropa, estaba convencidísima.

—Tranquilo, Inalcanzable Montero, no pretendía empañar su pedestal con mi vulgar tono coloquial. ¿Prefiere que le bese la mano o que le diga «sí, jefe»?

Entrecerró los ojos, se aproximó con un paso y se quedó casi encima de mí. Menudo mentón cuadrado tenía para llenarlo de mordiscos. Quien dijera que no se fijaba en esas cosas mentía. También apreció sus pómulos marcados, la piel tersa y morena…

—Por cada tontería de estas, una hora extra de trabajo.

Moví los hombros con desinterés.

—Tengo que estar pegada al culo de su Eminencia, y, si de verdad se va a las seis, va a tener un problema de gestión de horas. —Me

guardé la carcajada, y Catriel apretó mucho los labios para no reírse. Lo vi de reojo.

—Pues de momento, hoy tienes dos horas más de trabajo. Catriel, enséñale las oficinas a la deslenguada.

Se giró. Estuve casi segura de que fue debido a la misma corriente que yo había notado: cargada, densa, eléctrica.

—Las dos horas son doscientos pavos más, gratis nada —dictaminé—. Mira lo que me ha hecho tu técnico de las narices en las gafas.

Caminó de espaldas a mí, en dirección a su destino inicial.

—No me gustan las palabrotas ni los pantalones rotos, así que ve pensando qué vas a hacer a partir de mañana.

Sonreí cabrona cuando se metió en el ascensor.

—Descuide. Tiene toda la noche para gestionar que su especie debe sociabilizar con mortales sin traje. ¡Y gracias! ¡No le fallaré, su Eminencia!

Se volvió, me observó y asintió, de nuevo, conteniendo una sonrisa.

No le quedaba nada conmigo.

Y a mí con él.

5

Terreno pantanoso



NAIARA

Me quedé estática en el pasillo, viendo cómo desaparecía. ¿Lo había conseguido? ¡Lo había conseguido! Miré a Catriel, con los ojos brillantes y moviéndome de delante hacia atrás sobre las punteras de mis Converse. Sonreí de oreja a oreja cuando él me miró, y no me demoré en extender los brazos en señal de triunfo cuando Naím desapareció de nuestro campo de visión.

—¡¡¡Síííííí!!! —grité eufórica, y no me percaté del momento en el que había saltado a los brazos del rubio, llevada por la emoción.

—Escúchame, Khaleesi. Tú estás muy buena, yo soy un hombre, y por menos he empotrado a una tía en el cuarto de la limpieza.

—¡Tengo el trabajo! —continué en mis trece, loca de la emoción.

Ignoré su comentario, aunque fui descendiendo por su duro cuerpo lentamente hasta llegar al suelo y me fijé en sus muñecas desnudas. Me impactó ver la piel cubierta de tinta negra en ambas. Él recolocó los puños de su camisa de inmediato, tapando la zona

vista, aunque yo tuve tiempo de fijarme en algo muy concreto: un código de barras se dibujaba en su muñeca derecha con una fecha, «15-9-2005».

Parecía que me había tomado un tripi, pero es que ¡estaba loca de contenta! No obstante, la locura se evaporó de un plumazo cuando miré por encima del hombro de Catriel y me encontré al técnico.

Me contemplaba con mala cara.

—¿Has terminado ya, niñata?

No iba a sacarlo de su error y decirle que tenía treinta y dos años. Catriel se giró, tratando de buscar los modales para no mandarlo a la mierda. Yo miré mis gafas hechas añicos en la mano derecha, ahora más rotas después de la euforia y la tensión de hacía unos segundos, de tanto apretarlas.

—Disculpe, pero considero que…

Lo miré con fijeza; el técnico lo hizo conmigo. Enarcó una ceja. No le di tiempo al de Recursos Humanos para que lo despachara con buenas palabras.

—Feo.

«Feo». Una simple palabra, pronunciada con la fuerza suficiente en la e, contenía la arrolladora potencia de dejar a una persona KO en un ring, con eso os lo digo todo. El técnico se quedó plantado como un árbol, con los ojos más abiertos que dos platillos volantes y sin saber qué responder al insulto. Catriel repitió la palabra, como si no llegara a entender que aquello pudiera hacer tanto daño como para dejar a alguien sin argumentos. Pues sí, sí que lo hacía. Más que cualquier otro insulto.

Me giré y encaminé mis pasos hasta el ascensor, para esperar al rubio y que él me indicara dónde teníamos que ir a continuación,

porque lo que me había quedado claro era que esa mañana empezaba mi jornada laboral.

Me repetí mentalmente mientras aguardaba en el pasillo, como quien pisa un terreno minado: «Eres especialista en entornos inmersivos y simulación emocional con IA aplicada». Ese era el título largo. El que hacía que la gente asintiera sin atreverse a preguntar más.

Había estudiado —supuestamente— Ingeniería Informática con mención en Realidad Virtual, y luego completado un máster en Psicología Cognitiva aplicada a Interfaces Inmersivas en la Universidad de Uppsala, en Suecia. Uppsala…, el nombre sonaba lo bastante exótico y serio. Y sí, también hablaba sueco. O eso decía el documento, porque, si me preguntaban, yo hablaba castellano madrileño y de milagro.

Chapurreaba el inglés, y ahí sí que recé para que no me preguntaran por los idiomas. Detalle en el que nadie de Nexusi había caído. Lo más brillante del montaje era esa carta de recomendación firmada por un tal Eirik Lönn, jefe del museo de Oslo, donde supuestamente había colaborado en una exposición sensorial sobre mitología nórdica y realidad aumentada. Todo perfectamente verosímil, todo inventado.

No tenía ni idea de si existía un Eirik Lönn. Pero la firma era elegante, la redacción impecable y el membrete…, bueno, se lo habían currado.

Lo importante era tenerlo claro. Que ninguna pregunta me pillara de sopetón. Que no se notara el temblor en la voz cuando alguien me pidiera detalles. El pasado que me había construido tenía que

sonar más real que el que intentaba dejar atrás. Y en eso era especialista.

Oí de fondo, mientras respiraba para calmarme, que Catriel despedía al técnico hasta otro día con palabras elegantes y cierta complicidad. No me sentí mal por haberlo llamado feo. Me había roto las gafas, y no había recibido a cambio ni una mísera disculpa.

—La señorita Escandinava, aparte de ser una loca y ladrona de cafés, tiene arte para los insultos. —Lo miré. Hizo una mueca con los labios en señal de conformidad—. Me tienes asombrado.

Señaló el ascensor por donde se había marchado el jefe de Veritas. Lo seguí, con las manos entrelazadas por delante y los ojos entrecerrados un poquito. Me detuve a su lado cuando pulsó un código para que se abriera el cubículo.

—Vamos a ser buenos aliados, Matón de Diseño. —Me contempló con gracia y picardía, e inmediatamente supo que me había percatado de sus tatuajes—. Si yo tuviera esa cantidad de tinta en la piel, no se me ocurriría ocultarla.

La puerta emitió un sonido.

—Anda, entra.

Obedecí, me giré de cara a él y extendí un puño, muy a mi estilo urbano de sellar los pactos como hacía con Nailani chocando los puños. Y aceptó con una mirada cómplice, dándome a entender que aprobaba la alianza contra el gruñón del jefe.

—¿Qué vamos a hacer? —me interesé, fijándome en cada detalle, aunque estuviera en un ascensor. Me coloqué las gafas hechas un desastre y moví los hombros con desinterés cuando Catriel me observó y gruñó por el destrozo. Algo mejor veía.

Ya había detectado dos cámaras en el lugar, y ese día había constatado que el sistema de seguridad se llamaba Legacy. Era un trabajo como otro cualquiera, como muchos de los que había hecho, y no comprendía por qué me dolía la tripa, por qué algo me decía en silencio que estaba pisando un terreno pantanoso del que podría salir perjudicada.

—Voy a enseñarte Veritas desde la primera planta hasta la última. A presentarte a los dos que tienes que conocer y dar los buenos días, incluyendo el café —se apuntó con media sonrisa, dándome a entender que era a él y al jefe—, y a prepararte el contrato. Porque imagino que querrás saber cuánto vas a cobrar a final de mes.

Detalle que no me habían comentado en la entrevista hasta no saber si me daban el trabajo o no.

—Estaría bien saberlo, sí.

El ascensor se detuvo. Me sentía bien con aquel canalla. A mí no me engañaba y lo había calado a la primera de cambio. Catriel no era un hombre que hubiera vivido en un castillo toda la vida. Tampoco tenía pinta de haberse criado entre algodones ni abrazos antes de acostarse todas las noches. Me lo decían sus modales, su manera de analizarlo todo, su mirada, sus movimientos.

Yo había aprendido a vivir sola.

Y había visto mucho. Mucho.

—Cuando quieras dejar de inspeccionarme… —movió los dedos de arriba abajo con gracia, por delante de su cuerpo—, puedes seguirme. Esta es la planta baja, como bien indica el letrerito. —Lo señaló y salí del atontamiento—. Sala principal con recepción minimalista y logo retroiluminado. Allí tienes la sala de espera con pantallas inmersivas que muestran avances de la empresa.

—Hay por todos lados seguridad y escáneres biométricos —añadí echando un vistazo a cada esquina—. Y la cafetería interna con acceso solo para empleados.

—¿Cómo lo sabes? —Frunció el ceño.

Ahora la que señaló el cartel fui yo.

—Lo pone en el letrerito.

Rio, y me invitó a que continuara con la ruta de planta en planta, solo que esa vez el cabrón me hizo sudar y me llevó hacia las escaleras.

No era cierto. También había investigado cada instalación, cada plano y cada zona de Veritas. Me la conocía de arriba abajo, y casi me creía más experta que el arquitecto que creó la estructura del edificio.

Catriel subió las escaleras conmigo como si fuera mi primer día de colegio. Sonreía con esa seguridad aplastante. Yo fingía que me asombraba. Que cada planta, cada cristal, cada sala diáfana era un descubrimiento. Pero ya lo había recorrido todo, aunque fuera a través de otras pantallas.

Y llegamos a la primera planta.

—Aquí empieza la magia —anunció—. Diseño visual, narrativas, entornos inmersivos.

Los paneles de vidrio dejaban entrever a los artistas 3D con sus cascos puestos, concentrados, gesticulando frente a pantallas holográficas. *Moodboards* cubrían paredes enteras: colores, mapas de emociones, bocetos de mundos que no existían y, sin embargo, yo ya los conocía. Sabía en qué cubículo trabajaba la diseñadora principal. Sabía que el chico de gafas redondas testeaba escenas con respuesta emocional retardada.

—Vaya… —musité, verdaderamente conmovida por verlo en persona—. Es impresionante.

Y aquello continuó en la escalera de la Torre de Cristal, hasta que aterrizamos en la segunda planta. Más diseño, más creativos, más talento. Todo parecía una gran incubadora de sueños digitales. A Catriel le encantaba hablar de espacios fluidos y…

Colaboración transversal. A mí me encantaba no decir nada y observar.

La tercera planta fue la última parada del arte. Algunos *testers* se quitaban las gafas y reían. Otros anotaban sin pestañear. Yo sabía que esa era la zona más volátil: si una narrativa no generaba la emoción esperada, se descartaba.

Catriel me guio después hacia las plantas cuatro, cinco y seis. Las puertas ya no eran de cristal. La temperatura bajaba.

—Aquí está lo serio —me susurró—. Ingeniería, programación, realidad aumentada, *blockchain*…

Salas refrigeradas, luces azules, códigos flotando en pantallas curvas. No era tan bonito como la parte creativa, pero era donde se construía la columna vertebral. El equipo de IA operaba detrás de puertas cerradas. Allí se afinaba Aura, la IA que ellos habían creado, aunque ese detalle no iba a ser yo quien lo desvelara.

Llegamos a la planta siete, ya con la lengua fuera y muchas ganas de coger el ascensor. Aun así, aguanté el impulso de decirle que a mí no me llegaba el presupuesto para apuntarme al gimnasio y ponerme en forma.

Catriel tocó un panel y se abrió una sala con aislamiento sonoro.

—Aquí se lleva a cabo la investigación clínica, señorita Escandinava. Medimos las reacciones cognitivas a nuestras

simulaciones. EEG, respuesta sensorial, emociones…, todo.

Di unos pasos para posicionarme en el centro de la sala, sin molestar a los empleados.

—¿Cuántas personas trabajan en VeritasVR?

Y eso lo preguntaba con verdadero interés, porque era una cifra que había pasado por alto. El rubio se metió las manos en los bolsillos, balanceó los pies hacia delante un poco y me contestó:

—Aproximadamente hay unos quinientos treinta empleados.

«Virgen santa».

Vi cabinas individuales con diademas, sensores en los dedos, cámaras térmicas. Simulaciones activas. Estaban probando una escena de duelo.

La planta ocho también era de investigación, pero Catriel la pasó de largo y continuamos a la nueve y la diez, que eran más funcionales: Recursos Humanos, Administración, Bienestar Laboral, etcétera. Me reí por dentro cuando Catriel me mostró su propio despacho. Él era el filtro de entrada. Pero yo ya estaba dentro.

—Pues aquí es donde tienes que traer el café todos los días, chati, y antes de irte a la planta once, que es la del jefe.

El despacho de Catriel estaba ubicado al fondo del ala izquierda de la planta, separado del resto de las oficinas por un pasillo acristalado con puertas de seguridad automáticas. Al entrar, lo primero que llamaba la atención era la limpieza visual del espacio: sin papeles, sin adornos superfluos. Cada elemento tenía una razón para estar allí.

Las paredes laterales eran de vidrio tintado, con cortinas digitales que podían activarse con un gesto, y, detrás del escritorio, una pantalla mural panorámica proyectaba datos en tiempo real sobre el

rendimiento del equipo humano, fichajes y bienestar de los empleados. Me imaginé mi careto ahí plantado.

La iluminación era blanca, suave y envolvente, sin focos visibles. Todo daba la sensación de control silencioso. El escritorio —negro mate con bordes en acero cepillado— tenía un millón de cosas repartidas sobre la mesa; entre ellas, advertí una tableta gráfica, un teclado flotante y una taza térmica. El sillón ergonómico era idéntico al de Naím, pero en color gris oscuro.

A diferencia del despacho de la planta once, este no tenía vistas a las torres, pero sí un ventanal lateral con filtros solares inteligentes que mostraban el *skyline* del norte de Madrid. En una esquina, había un pequeño módulo de lectura, con un sofá bajo de cuero, una mesa de centro y una estantería con tres libros.

El aire olía a madera y a café recién hecho. No por casualidad. La esencia estaba programada desde el panel mural por la IA del sistema. En ese despacho, cada cosa respondía a una lógica. Incluso el silencio.

—Dime que, mínimo, yo voy a tener la mitad de los cacharros que tienes tú para poder representar 360.

Sonrió con amabilidad, dando un paso hacia la salida.

—¿Te gusta?

Lo miré perpleja. También sabía un rato de tecnología y todos los avances de los que disponían allí, de hecho, había dedicado casi mi vida —lo que había podido y como había podido— a ello.

—Es flipante. ¡Esto es un orgasmo sensorial para mí!

—Vas a tener mucho más que eso, Khaleesi. Te recuerdo que es el proyecto más importante del jefazo.

Reí cuando repuntó a Naím como si nada y, aunque yo no había encontrado datos de ninguno de los dos con anterioridad a la fecha en la que se creó Veritas, seguí apoyando mi teoría de que se conocían de algo más.

Avanzamos por el pasillo y no nos detuvimos en la planta once, lugar donde estaba el despacho de su Eminencia y la sala donde esperé una hora hasta que aparecieron con sus bromas fuera de tono para una primera entrevista.

Un pensamiento fugaz me atravesó al recordar que tenía una especie de problema con los números, pero él estaba en la planta once. No pude evitar preguntarle a Catriel:

—¿Por qué Naím se puso así con mi fecha de nacimiento?

El rubio detuvo el paso solo un segundo, pero lo retomó de inmediato para que no se notara. Se fue por peteneras y no me respondió.

—La planta doce es la de seguridad interna. Aquí es donde el técnico tendría que haber venido, en el supuesto caso de no haberle tirado el café al jefazo y no haber llamado feo al señor.

—Así dicho, parece que la culpa la he tenido yo —renegué.

—Más o menos. —Me mostró una extensa sonrisa y apuntó—: Vamos a bajar por el ascensor.

—¿Para una planta? —Me asombré, y guardé en la punta de la lengua que habíamos subido doce plantas andando.

—Yo tengo que bajar a la planta baja y me duelen las piernas.

«Será hijoputa…». Lo retuve también. Inhalé mucho aire para mostrarle mi malestar, sellé los labios y cuando entré en el cubículo detecté algo que no había visto en el ascensor comunitario.

En el que estábamos llegaba hasta las plantas trece y catorce. ¿Por qué esas plantas no aparecían en los planos? ¿Qué había allí?

—Tenía que poner a prueba el funcionamiento de tus piernas, por si hay que hacer una evacuación de emergencia, así que ya puedes quitar…

—¿Qué hay en las dos plantas que faltan? —le pregunté ignorando lo que decía de broma.

Se hizo el silencio unos segundos.

—Esas plantas son privadas. Allí no puede entrar ningún empleado.

—¿Tan secreto es? —me interesé.

Y Catriel volvió a demostrarme que no era un estúpido cualquiera, pues solo sonrió, extendió su mano hacia el botón del ascensor y lo pulsó para que descendiésemos.

—Tienes la puerta del despacho de Naím abierta. Allí no puedes entrar hasta que no te involucremos en el sistema. —Mostré mi confusión, pese a que también lo sabía—. El despacho está insonorizado. Pero para entrar se requiere un escaneo ocular y un código verbal.

En efecto, cuando me bajé y dejé atrás a Catriel, me fijé en que, en una esquina apenas visible, una cámara térmica monitoreaba constantemente el espacio, conectada al sistema de seguridad interno.

Tragué saliva.

¿Por qué estaba nerviosa? ¡Era pan comido! ¡Y encima tenía media vida resuelta si encajaba! ¿Dónde estaba el problema? Me encantaba aquel mundo, me apasionaba la tecnología. ¡Lo tenía a huevo, joder!

El despacho de Naím ocupaba la esquina noreste. Era un espacio amplio, elegante y tecnológicamente sofisticado, con paredes acristaladas del suelo al techo que ofrecían una vista imponente de las Cuatro Torres de Madrid. La luz natural entraba con fuerza, aunque estaba matizada por cristales inteligentes que ajustaban la opacidad según los niveles de luz y privacidad.

El mobiliario era minimalista y de líneas rectas, casi quirúrgico, en tonos gris antracita y negro mate. El escritorio principal era una pieza flotante de cristal templado con inserciones metálicas y una superficie táctil que proyectaba interfaces holográficas cuando Naím las activaba con un gesto de la mano. Sobre él, ni una mota de polvo, ni un solo papel. Estaba todo sumamente ordenado al dedillo. Olía a lluvia, la cual funcionaba en sincronía con los niveles de estrés del ambiente, gracias a Aura.

A su espalda, una pared interactiva proyectaba en tiempo real datos de rendimiento de VeritasVR, simulaciones gráficas y fragmentos de código. También tenía un sofá de cuero gris oscuro en el lado opuesto, frente a una pequeña mesa baja.

Sin adornos innecesarios. Todo en ese lugar parecía estar en su sitio exacto, como si mover algo fuera a romper el delicado equilibrio de un hombre que luchaba por no quebrarse.

Y lo vi.

Al hombre y a la sombra que lo envolvía en aquella vestimenta negra que siempre lo acompañaba desde que murió su mujer.

Echándose unas gotas de algo en la boca, con las mangas de la camisa remangadas y de espaldas a mí. Caminé en completo silencio, sin querer interrumpir lo que estuviera haciendo y colocándome lo más cerca que pude de él.

Era guapo. El cabrón era guapo a rabiar, y el gesto de levantar la mano para exprimir el pulsador lo único que provocaba era que los músculos del bíceps se le marcaran con más entusiasmo.

Y me pilló embelesada.

Su gesto cambió a uno más fiero, más gruñón, pero yo no escuché nada de lo que me dijo porque me quedé impactada al darme cuenta de un solo detalle. Uno muy significativo.

Sus antebrazos también estaban tatuados, como los de Catriel.

Y en su muñeca izquierda tenía un tatuaje.

«15-9-2005».

—¡¿Estás escuchándome?! —Salí del trance cuando se colocó delante de mí. Se había bajado hasta las mangas de la camisa—. Ya me estoy arrepintiendo de haberte dicho que sí, ¡y llevas una hora!

«Piensa, piensa, piensa». Y pensé, para no variar, en Nailani. Ella me decía que en situaciones de emergencia lo ideal era, una de dos: o hacerse la tonta, o hacer que te había dado un aire. Lo segundo era lo ideal, porque, si me hacía la lerda, corría la suerte de que me pusiera de patitas en la calle sin haber firmado ni el contrato.

Me quité las gafas con lentitud, metida en el papel.

—¡¡Naiara!!

Moví los ojos con descoordinación, abrí la mano en la que llevaba las gafas hechas mierda, muy a lo dramático, y las solté como si estuviera en una película y fuera el papel de mi vida —que casi lo era—. Entreabrí los labios un poco y… ¡bingo! Lo tuve en el bote cuando mi cuerpo se tambaleó hacia atrás como si fuera a desmayarme.

—Me estoy mare…

Sus enormes manos llegaron a mí antes de que me cayera desnucada, y las mías se posaron en un pecho duro como una roca. Y casi me da un ictus al ser consciente de otras dos cosas: una, que había sentido de nuevo esa corriente extraña que me alteraba la sangre; y dos, que en ese despacho, si te descuidabas, te hacían una analítica.

—Aura, comprueba si hay algún comportamiento anómalo o tensión alterada en Naiara.

El torrente de su voz, tan cerca… Sus labios, tan magnéticos… Sus ojos, tan brillantes… La energía que lo envolvía… ¡Joder! ¿Estaba hechizándome o qué coño pasaba? Me dieron ganas de cometer el primer atentado dentro de esa oficina y de acorralar al jefe contra la esquina. Pero ¿qué estaba diciendo?

—Los niveles de la señorita Ramos son correctos. Solo presenta una ligera alteración cardiaca, dentro de los niveles normales. ¿Deseas algo más, Naím?

Fruncí el ceño enfurruñada, sin moverme del sitio y todavía entre los brazos del macizo del jefe. «No puedes seguir hablando así de él».

—¿Por qué ella puede llamarte Naím y yo tengo que llamarte Eminencia?

Entrecerró los ojos y me fulminó con la mirada.

—Encima mentirosa.

—Catriel me ha hecho subir doce pisos andando, con maldad —le aseguré sin querer soltarme.

Él separó las manos. Pensé que no lo haría, que no me tiraría al suelo, que no… Pues menudo guarrazo me di. Lo contemplé

ojiplática desde abajo, sin creerme que estuviera allí y, cuando fui a protestar, se giró con enfado y me sentenció:

—Te he dicho que no me toques. Y hasta que venga Catriel y te dé el contrato puedes sentarte en aquella mesa, sin respirar.

Miré la mesita en cuestión, alejadísima de él. Solo había una carpeta encima.

—Pero…

—Sin. Respirar. Eso quiere decir que no hablas, no me miras, no interrumpes, no me preguntas y no nada. ¿Te ha quedado claro?

Me crucé de brazos en el suelo, fruncí más el ceño y le aparté la mirada, indignada. Menudo comienzo íbamos a tener. No me imaginaba yo mi vida de esa manera, trabajando allí a largo plazo.

Para mi desgracia o para la suya.

6

El monstruo



NAÍM

Dos horas llevaba en silencio. Eso sí, sabía resoplar estupendamente, porque la había escuchado cada dos minutos y medio resoplar, más o menos. Solté uno de los informes revisados, el de la mesa sesenta, sin quitarle la mirada de soslayo.

Había cogido la carpeta de Vega y la colocaba con esmero. Le había hecho copias a todos los documentos, se las había puesto desordenadas para comprobar lo mucho que se había documentado y que nadie le había hecho el trabajo, y encima le había puesto un forro, como el de los libros del colegio, para que plastificara cada hoja. La tenía hasta las narices.

Ella no sabía si esos papeles eran los verdaderos o eran copias, por lo que cogía cada uno con un cuidado extremo. Hasta que le sonó el teléfono. Hice como que no la escuchaba, aunque lo cierto era que tenía la antena más encendida que nunca.

—¿Diga? Oh, hola, doctora… —El rostro le cambió—. ¿Está bien? Ya le dije que eso no podía hacerlo. —Suspiró con congoja—. Vale. Cuando salga de trabajar voy para allá. ¿Puede decírselo? Sí —rio con tristeza—, gracias. De acuerdo, gracias de nuevo.

Colgó, se quedó con la mirada fija en el frente y el teléfono entre las manos.

—Cuando entres a trabajar, el móvil en silencio. —Me observó; yo continué moviendo informes de un lado a otro como excusa—. Atiendes las llamadas cuando salgas.

—¿Y cuándo salgo? —se interesó mordaz.

—Cuando acabes. —Solté una carpeta con fuerza y la miré. Estaba contemplándome sin pestañear—. Ya te dije que ibas a echar horas.

Detuve el movimiento de mis manos y el sinsentido de las carpetas. Ella no se movía. Y a mí se me atascó algo en la garganta, aunque no lo demostré. Se me removió algo, y tal vez fue el simple hecho de no estar acostumbrado a que hubiera nadie conmigo desde hacía casi un año en aquel despacho. En *mi* despacho.

—Tendrá que ponerme en el contrato que la hora extra es a cien pavos, Eminencia.

Disimulé el amago de sonrisa.

—No me llamo Eminencia.

—Me ha dicho que no lo llame por su nombre. Ni me atrevo a pronunciarlo, vaya a ser que me despida sin firmar el contrato.

Tenía la lengua afilada, y eso me gustaba, para mi pesar.

—No pienso pagarte la hora a cien euros.

—Eso se lo preguntaremos al de Recursos Humanos cuando llegue, que creo que en esos temas anda usted más perdido que el barco del arroz.

Me incorporé hacia delante en el sillón, apoyé las manos en la mesa y me fijé en cómo miró mis brazos. Intentó no mostrar asombro, sin embargo, no lo consiguió. Y eso que estaba muy desentrenado con las mujeres. Fue mi gesto intimidante y de poder lo que la hizo enarcar una ceja con profundidad, dándome a entender que no iba a cerrar el pico.

—Una tontería más y bajas las once plantas sin tocar el suelo.

No movió las manos, pero sí se giró en su posición para poner la espalda más recta. Era guapa. Demasiado guapa para estar los dos en el mismo espacio. Me fue imposible no fijarme en el azul claro de sus ojos, en los labios, en los pómulos resaltados, en su garganta… En ese pelo tan blanquecino que parecía una diosa nórdica. «¿Por qué estás pensando eso, Naím?».

—¿Eso cómo se hace? ¿También podemos levitar? —cuestionó graciosa.

—Podrías levitar si te doy una patada en el culo y bajas desde la ventana.

Soltó una risita irónica y cambió el tono de inmediato al retomar la conversación:

—Pues, cuando llegue abajo, te denuncio.

Me toqué la muela con la lengua para evitar reírme. ¿Cómo podía ser tan descarada?, ¿y cómo podía estar sacándome tanto de mis casillas con su sola presencia?

La puerta del despacho se abrió sin que nadie llamara, y Catriel entró como un huracán, justo cuando Aura hablaba. La voz de Aura no sonaba como una máquina. Era suave, pausada, con una calidez que rozaba lo humano. Como si alguien la hubiera entrenado para

acariciar cada sílaba. Tenía esa cadencia elegante, una voz imposible de olvidar.

—¿Pongo música relajante para calmar las pulsaciones de los dos, Naím?

Catriel nos observó. Naiara enrojeció y yo carraspeé.

—Está bien, Aura. No pongas nada.

—¿Ocurre algo? —preguntó mi amigo con duda, aunque de quien esperaba una respuesta era de mí. Nos miramos—. ¿Sigo?

La última cuestión fue susurrante, con una breve elevación de mano. Donde llevaba el contrato de Naiara. No entendí esa sensación que me crujió en el estómago, esa extraña energía que no quería comprender.

Asentí, dándole el beneplácito para que continuara con lo que había venido a hacer, a sabiendas de que aquello marcaría un antes y un después en nuestras vidas. En la de Catriel y en la mía.

—A ver, enterada —Catriel no me quitaba los ojos de encima con seriedad, yo tampoco—, siéntate aquí antes de que me arrepienta.

Suspiró como un búfalo, se levantó y arrastró los pies hasta llegar a nosotros. Rompí la conexión, me apoyé en el sillón con desinterés y cogí un boli, por si había que tomar anotaciones. Y, mientras Catriel comenzaba la lectura profesional del contrato, yo me dediqué a verla.

A verla de verdad.

Me entretuve en contemplar lo ajustada que le quedaba la camisa verde y fina, lo bien que le sentaba aquel color en su piel blanquecina y cómo se le ajustaba en el pecho. «Aparta la vista de sus tetas de inmediato, Naím». Guie mi atención con rapidez y con vergüenza al moño mal hecho, con un montón de mechones

cayéndole desordenados por los lados, pero igualmente bonitos, como si se los hubiera puesto aposta, y, de nuevo, llegué a sus ojos, a su nariz pequeña y fina con aquel pirsin en medio, a los labios rosados, esponjosos. Me dio de lleno aquella colonia dulzona que no quería oler ni de lejos, y que, sin embargo, pretendía hacerse paso.

—Me estás intimidando.

Me fue difícil ocultar la sonrisa. Me había cazado, así que salí por la tangente y le señalé con el boli la oreja derecha, que era la que veía. Había contado siete agujeros con agilidad.

—No sé si decirle a Aura que desactive el detector de metales cuando entres aquí.

El tono fue neutro. Ni duro ni suave. Ella se lo tomó a malas, como había sido desde el primer momento en el que pisó las oficinas, y no la juzgaba. Por menos había partido yo caras. Cogió mucho aire.

—También podemos poner una botella de oxígeno, porque entre los suspiros y los resoplidos… —opinó Catriel con gracia, y ella lo fulminó con la mirada. Él levantó las manos con el contrato—. Vale, no he dicho nada.

»Como iba diciendo —retomó el tema con seriedad—, haremos un contrato por seis meses renovable y con exclusiva a VeritasVR. Tu puesto será el de coordinadora creativa y técnica del Proyecto 360, con reporte directo a Naím. Cuarenta horas semanales, de lunes a viernes, con horario flexible y un mínimo de diez a quince horas semanales adicionales. Es necesario que estés disponible ocasionalmente en jornada nocturna o fines de semana, en el caso de que el proyecto requiera depuración técnica o ajustes. ¿Algún problema con esto?

—No —le respondió tajante, y advertí que el gesto erguido era un escudo que se preparaba para el ataque.

—Quiere cobrar las horas a cien euros —repunté, metiendo el dedo en la llaga. ¿Por qué no podía tener la boca cerrada?

Naiara se llevó la lengua al centro del labio, por dentro, y lo abultó. Estaba poniéndola al límite, y eso me gustó. Catriel me miró furibundo.

—Tendrás acceso habilitado a los servidores internos, archivos encriptados y software confidencial del Proyecto 360. También formarás parte del equipo de Aura, así que ordenaré que pongan tu mesa aquí a lo largo de la mañana.

—Si puede ser cerca de la ventana, mejor —apunté.

Catriel elevó el cuello y me miró de manera asesina, inhaló una buena cantidad de aire y se pasó la lengua por los labios. Naiara contuvo una sonrisa. «Naím, para. Por lo que más quieras, para».

Me quedé clavado en ese amago de sonrisa.

—Voy a pasar a la parte del dinero. Te doy el documento, lo lees con tranquilidad en la mesa en la que estabas, para que nadie te moleste. —Movió las manos en el aire mientras lo decía. Era evidente que se refería a mí—. Tu sueldo será de tres mil doscientos euros. Las horas extra, lamento decirte que no son a cien euros, pe…

Naiara palideció.

—Espérate, que le parece poco.

—Naím. —Fue una llamada de atención por parte de Catriel, acompañada de un giro de semblante aniquilador.

El nuevo neón de la oficina me miró con asombro.

—¿Me vas a pagar tres mil doscientos pavos?

—Eso dice el de Recursos Humanos —le respondí.

Mentía. Todo lo que Catriel ponía en los contratos era supervisado antes por mí. Por eso cualquier contrato, cualquier documento que pasara por VeritasVR y que fuera de suma importancia, era firmado por mí. No había apoderados ni nadie que tuviera ese poder. No era lo mismo que tomar decisiones con un trabajador al que sí le teníamos unas condiciones base. Para esas no hacía falta que interviniese, a excepción de la firma, que la hacía de manera digital.

—No esperábamos que te hubieran pagado menos en ningún sitio en el que has trabajado —puntualizó Catriel, y ella frunció el ceño, dándonos a entender su desacuerdo. Aun así, no hizo ningún comentario sobre el tema.

—Las horas extra son a sesenta euros y se suman al abono mensual —aseveré dando unos golpecitos con el boli en la mesa.

No hablaba, y creí que estaba en shock.

—También tienes unas bonificaciones adicionales por hitos alcanzados. Se pagan hasta quinientos euros por cada fase crítica completada en plazo. Es decir, el proyecto está dividido en fases críticas identificadas. Si cumples con los plazos, recibes una recompensa económica adicional.

—Lo cual quiere decir que, entre el sueldo y lo que te acaba de comentar Catriel, podrías salir al mes entre unos cuatro mil quinientos y cinco mil doscientos euros. Todo depende de la productividad, o si eliges la ventana como puerta de salida.

Se dejó caer a plomo en la silla, pegó la espalda atrás y pareció desinflarse. Catriel y yo nos observamos; él mucho más enfadado, creí que por mis comentarios impertinentes. Le permití unos

segundos de silencio, solo unos pocos, porque hizo el amago de abrir la boca y la volvió a cerrar como si no supiera qué decir.

—¿Quieres leerlo? —Catriel le tendió el documento.

—No, está bien. —Carraspeó—. ¿Dónde firmo?

—Primero lo lees —dictaminé rudo, y sus ojos se clavaron en mí—. Porque hemos podido venderte humo y poner en ese papel que vas a prostituirte y que dos meses después te sacaremos los órganos.

—No veo yo una empresa del calibre de Veritas haciendo eso, pero tienes razón.

Se agarró a los reposabrazos de la silla y se levantó, dispuesta a marcharse a su lugar de retiro, donde le había indicado Catriel.

Y yo me fijé en ese cuerpo delgado, de curvas definidas, de cintura estrecha y… ¿Acababa de mirarle el culo? Sí. Eso había hecho.

—¡¿Qué putas te pasa?! —me susurró mi amigo, conteniendo el berrido.

Le puse cara de no haber hecho nada, y Catriel se llevó un puño a los labios en aquel gesto que indicaba que iba a darte un puñetazo en cualquier momento. Muy a lo macarra y muy a nosotros en nuestros tiempos.

Me levanté sin dar explicaciones y me marché del despacho, en dirección a la sala donde Naiara estuvo el primer día. Cerré la puerta y escuché a Catriel de fondo:

—Para acceder a las oficinas, tendrás que ponerte delante de Aura, aquí mismo, y que te escanee.

Me disocié. Habíamos creado tan sumamente bien a Aura que era una máquina impresionante. Ella había sido la inventora del sistema Legacy de seguridad de VeritasVR, por el cual peleaba y por el que

me negaba a cambiar, pese a que el técnico que se encargaba del funcionamiento me insistiera.

En la recepción solo entrabas si tenías cita, y después el sistema debía reconocerte para acceder a las salas o a cualquier ascensor.

El sistema era Aura.

Y Aura tenía ojos en todos los rincones del edificio.

Disponía de un escaneo ocular que reconocía el iris con una precisión milimétrica en cualquier punto, un reconocimiento facial que evaluaba la estructura ósea, los patrones musculares y las microexpresiones. ¿Con qué fin? Con el de detectar si una persona estaba alterada emocionalmente o fingiendo. Teníamos una fuerte competencia, y no era la primera vez que esos malnacidos de Nexusi se atrevían a cruzar las fronteras de Veritas para tocar las narices.

Aura no se quedaba ahí. Nuestra IA iba mucho más allá, con el control de la temperatura, la frecuencia cardiaca y la presión del oxígeno, todo ello integrado en los sensores térmicos invisibles de las paredes, los marcos de las puertas o las barras metálicas que adornaban los techos. Determinaba la voz mediante un análisis que se revisaba cada quince días, lo que hacía que Aura pudiera reconocer posibles patrones de estrés o tensión.

Y por todo eso pasaban de lunes a viernes, y algunos fines de semana, los empleados de VeritasVR. No éramos una empresa cualquiera. Éramos una de las potencias tecnológicas más fuertes del mundo.

Coloqué los brazos en jarra y caminé de un lado a otro de la sala, sin rumbo y dándole vueltas a la cabeza como si fuera una máquina a todo gas, sin detenerme y pretendiendo volverme loco. «¿Es lo acertado, Vega?», le pregunté a nadie, porque mi mujer no estaba

en mi cabeza para responderme, y yo intentaba justificarme al haberme sentido mal al observar a la nueva de los pies a la cabeza.

Era un egoísta.

Un insensible.

Un miserable por fijarme en otra mujer, cuando la mía había muerto hacía casi un año.

—Naím. ¿Qué ocurre? ¿Estás bien? —Ni siquiera oí el momento en el que entró en la sala. Lo que sentí fue su mano sujetando mi codo y tirando de mí hacia el lado—. Eh, ¿estás bien o qué putas te pasa?

Lo miré desenfocado, y comprendí que perdía el norte. Que entraba en estado de colapso y no podía permitirme una crisis de ese calibre con la nueva en mi despacho. Catriel chasqueó los dedos delante de mi cara y lo observé. Asintió, dando por sentado que regresaba.

—Eso es. Respira en uno, dos, tres, cuatro. Suelta por la nariz también: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho. —Bajé los hombros y relajé el abdomen, siguiendo las pautas de Catriel, dadas anteriormente por Mateo—. Respira de nuevo por la nariz en cuatro…

Catriel alzó la mano que había sujetado mi codo hasta colocarla en mi hombro, donde presionó ligeramente. La que tenía libre subía en los momentos de coger aire y bajaba con la palma hacia el suelo para indicarme el momento de soltar el aire con calma. No le quité los ojos de encima, sin pensar siquiera en que las pantallas de opacidad podían no estar puestas.

—Están activadas. Bien —repuntó—. Ahora, sin dejar de respirar, dime, ¿crees que es necesario que llamemos a Mateo?

Él y su manera de pluralizar las situaciones era algo que me apasionaba.

—No.

—Vale, no. —Subió la mano de nuevo, sin dejar de mirarme tampoco—. Pues entonces, cuéntame qué te ha traído hasta aquí y a este estado.

—Me siento mal.

Con él no precisaba de medias tintas. En nada. Ni siquiera espacios de tiempo si podíamos hablarlo en el momento. Que después se hacía bola, como él decía, y se nos enquistaba.

—¿Te sientes mal por qué? —inquirió con desconcierto.

—Porque una mujer ponga el pie en mi despacho. Una mujer que no es Vega.

Asintió, continuando los movimientos.

—Muy bien. Y tienes todo el derecho a sentirte mal, pero también sabes que es la persona que va a poder representarlo bien, aunque haya parecido un poco despistada con el asunto. —Frunció el ceño y no lo entendí en el momento.

No lo hice porque estaba más preocupado de fijarme en los detalles de su cuerpo, no obstante, era muy cierto que, para tener experiencia en el sector, yo también la había visto fuera de órbita. No con nosotros como tal, pero sí con los sueldos estimados, por ejemplo. ¿Cuánto se cobraba en Oslo? No lo sabía, aunque lo investigaría. También había visto —me había fijado en cada sala que había estado con Catriel, mediante las cámaras de seguridad— cómo lo observaba todo con admiración. Acaso, disponiendo de todas esas titulaciones y habiendo experimentado tanto, ¿desconocía de qué trataban? Me había dejado fuera de lugar, pese a que tenía madera y

me gustaba el comportamiento. Me gustaba que me sacara de mis casillas.

Pero yo no era un imbécil.

Aparté mis pensamientos tras la extensa pausa y le dije con pesar:

—La he mirado.

—Claro, tienes ojos en la cara.

Los movimientos de la mano de Catriel fueron más lentos.

—La he mirado como se mira a una mujer.

Se detuvo a media altura, abrió la boca y los ojos a la vez, sin querer mostrarlo pero sin poder evitarlo. Llevé una mano al cuello de mi camisa mojada, todavía, y me desaté el primer botón de la camisa, porque la corbata y la chaqueta me las había quitado con todo el café chorreando en cuanto puse un pie en el despacho.

—Hostia puta.

—Sí, eso. —Cabeceé quedo.

Se pasó una mano por la boca, desconcertado. Los ojos le brillaron, subió la palma suspendida hasta llegar a mi mejilla y la palmeó con dos golpecitos secos que, o te espabilaban, o te hacían un agujero como los de la nueva.

—Cuervo del Consejo, tengo que darte la enhorabuena, porque yo estoy con un sufrimiento por tu nabo que no lo sabes tú bien. —Cogí aire y me enfadé. Él me pidió paz en un gesto con las manos—. Es que se pudre de no usarlo.

—¡¡Catriel!!

La sala estaría cubierta con la opacidad, pero la puerta se la había dejado semiabierta, y, aunque no se escuchara mucho, el berrido que le había dado estaba seguro de que había llegado a toda la planta. Me fijé en la chica rubia que nos contemplaba sin vernos,

con las manos delante de su cara y cruzadas, y me di cuenta de que el teléfono plano de ultimísima generación de la mesa auxiliar no dejaba de sonar.

—Eh…, disculpad, ¿contesto?

—¡Sí! —le dijo resuelto Catriel. Yo le di un golpe en el pecho.

—¿Cómo que sí?

—¡Tiene que hacerse! ¡Va a trabajar contigo! ¿Me explicas eso de que la has mirado como mujer?

La conversación se quedó ahí cuando Naiara descolgó:

—Despacho del señor Montero, ¿dígame? —Aguanté una sonrisa —. Sí… Ahora mismo se lo digo. Vale, un momento. Sí, sí. —Bufó—. Disculpe, Eminencia, no sé poner el silencio. Le llaman de recepción con unos modales…, y dicen que hay una tal Valeria allí. Que no va a marcharse hasta que pueda hablar con usted.

Los dos nos miramos. Y Catriel fue el primero en avanzar para llegar a la salida. Lo seguí muy de cerca, escuchándolo rumiar:

—Ya estaba tardando en tocar la polla. Dame el teléfono, Naiara, por favor. —Le tendió la mano y ella se lo ofreció y se apartó a un lado—. ¿Ariadna? Dile que salga del edificio si no quiere tener problemas. Me importan tres carajos si dice misa. Que la saques del edificio. —Silencio. Miré a Naiara, sin perderme ninguno de sus gestos—. Me da igual… ¿Quién coño te crees que eres para tocar siquiera el teléfono de un sitio que no es tuyo? —Le cambió la cara —. ¿Qué le has hecho a los chicos de seguridad? ¡Voy a llamar a la policía ahora mismo!

No había soltado el terminal cuando yo ya salía del despacho. No lo vi, pero por la urgencia en su tono di por sentado que corría. En

efecto, según se cerraban las puertas del ascensor, tanto él como Naiara salían del despacho detrás de mí.

—Aura, bloquea esta planta para que no logren bajar.

Un breve sonido me indicó que se había realizado. Eso y el alarido de Catriel con el dedo en alto desde la distancia.

—¡Naím! ¡Naím! ¡Ni se te ocurr…!

—Planta once bloqueada, Naím. ¿Deseas algo más?

—¿Hay alguna persona herida en la planta baja?

—Hay tres personas inconscientes. También detecto armas de fuego. ¿Quieres que avise a la policía?

—Sí, y bloquea el resto de las plantas. Que nadie salga por seguridad.

El ascensor me indicó que había llegado, tomé una enorme inhalación y me concentré en relajarme. En realidad, todo lo que me inspiraba aquella mujer era una mala hostia indescriptible, por lo que sacar lo peor de mí en un momento como aquel no era tan malo. Había relajado mi brevísimo ataque de histeria, y ahora veríamos por dónde salía la cosa.

Allí estaba ella, con cuatro hombres como armarios empotrados protegiéndola. Me fijé en el suelo y el estómago me dio un vuelco.

—¿A qué debo el honor de tener a Valeria Leus en mi edificio? —cuestioné con un tono que exudaba arrogancia en cada sílaba.

El monstruo sonrió. Y digo monstruo porque se había realizado tantísimas operaciones en la cara que no parecía ni ella. Ni siquiera sabría decir qué se había hecho y qué no, qué era real y qué operado. Lucía un esplendoroso pelo rubio con un tono decolorado en media melena, la raya al medio, e iba subida a unos enormes tacones para marcar glamour. Era la fachada de mujer elegante,

aunque por dentro estaba podrida. Se reajustó el chaleco de pelo animal y apretó sus enormes labios mientras daba dos pasos para colocarse más cerca de mí.

Creía que me intimidaba. Y no se lo creía ni ella.

—Naím Montero… ¿Hoy no mandas a tu chucho para que venga a recibirme?

—No puedes venir sin cita. Veritas no es como Nexusi.

Chasqueó los labios. Me dio un asco tremendo ver tan de cerca lo gordos que eran. Valeria se aproximó más, mirándome de manera altanera con sus ojos marrones, pequeños y hundidos. Parecían dos aceitunas secas.

—Pues, para no poder venir sin cita, tengo al jefe delante de mí. —Rio como una hiena.

Di un paso, con las manos metidas en los bolsillos y sin ánimo de cambiar el gesto chulesco. No delante de una mujer que apreciaba más el dolor que la vida de los seres humanos.

—Has herido a tres de mis hombres. —Los señalé—. ¿Eso también te lo camuflan en Nexusi?, ¿o tienes acuerdos con la justicia de Madrid?

Las sirenas de la policía se oyeron en la distancia. No fue lo único, porque Catriel también consiguió llegar a la planta baja, y no apareció solo. Valeria ya estaba casi encima de mí; no me moví.

—Se han puesto un poco agresivos, y yo solo quería hablar contigo, Naím. —Ronroneó muy cerca de mi rostro—. Dime qué día podemos quedar. Tú y yo solos.

—¡¡Tú!! —No lo veía, pero, por el tono de Catriel, auguraba que le faltaba rapidez para dar las zancadas más grandes—. ¡Te voy a

poner una demanda que te van a tener que oxigenar el pelo desde el talego!

Valeria sonrió. Se hizo la sueca y no me quitó los ojos de encima. La policía llegaba.

—¿Tienes otro chuchito nuevo, Naím?

Gruñí cuando se refirió a Naiara.

Sonrió de nuevo, aunque esa vez fue con más maldad.

—Piénsalo, Montero. —Se giró, seguida de sus hombres—. Y llámame.

Me volví de cara a ellos cuando las puertas se cerraron, los miré con mala cara y me encontré a Naiara con los ojos como platos, sujetando a Catriel del antebrazo, y a este con la mandíbula desencajada y ganas de asesinar a alguien.

—Aura, llama a los servicios sanitarios. —Los señalé a los dos—. Os he dicho que no bajarais. Tú —le dije a Naiara—, doscientos euros menos. Y tú —señalé a Catriel—, ya hablaremos.

7

Una camisa rosa



NAIARA

Estaba temblando.

Me había dado cuenta en el despacho de Naím de mi gran cagada. Había dejado ver mi situación, y con ella mi tapadera. Esa que debía ocultar para que nadie descubriera que pretendía quedarme con dos trabajos: con el de Veritas y con el de Nexusi para pagar la reserva de Nailani.

No había descuidado mi comportamiento y mi fachada en ninguno de mis trabajos, y, sin embargo, con ellos me sentía como en casa y eso me hacía flaquear. Aquello me había llevado a dejar caer la espalda cuando Naím me había dicho que iba a cobrar el mayor sueldo de mi jodida vida. ¿Cuántas trampas iba a poder quitarme con ese dinero en un año?, ¿cuántas veces iba a poder llevarme a mi hermana a espacios reservados para que saliera del hospital?

Pronto dejé que mis pensamientos se esfumaran cuando el cuerpo de Catriel se adelantó y me moví de manera involuntaria. Se había

pegado mucho a Naím y apretaba los dientes, aunque no estaba oyendo qué le decía porque me distraje al ver a la policía entrar.

—¡¿Cómo se te ocurre encerrarme, con esa loca perturbada aquí?! ¡¿Se te ha ido la chota?! —le susurraba con cabreo—. ¡¡Naím!!

Pero Naím estaba impasible, con las manos en los bolsillos y mirando hacia el policía que comenzaba una retahíla de preguntas a las que sí presté atención:

—¿Quiere interponer usted una demanda contra la señora Leus? —Él negó con la cabeza—. Señor Montero, sé que les une un vínculo familiar, pero esto ya se pasa de…

Al policía no le dio tiempo a decir nada más, porque Naím se dio la vuelta y lo dejó con la palabra en la boca:

—Métase en sus asuntos. Han llegado tarde, para no variar.

Apartó al policía como si fuese una cucaracha, se acercó a los sanitarios del SAMUR, quienes ya habían recogido a los tres gorilas de seguridad y los habían sentado en las sillas de la sala de espera para auscultarlos. Ahí reparé en el detalle estrella de algo que desconocía: Valeria era familia de Naím.

—Vamos —gruñó Catriel con enfado—. Te llevaré a la planta de seguridad para que te gestionen el acceso. Eso si todavía quieres trabajar aquí.

Lo miré e intenté destensar el ambiente.

—Mi integridad sigue intacta, puedo aguantar un día más.

Soltó un bufido en forma de risa por la nariz, extendió la mano y me indicó que lo acompañara. Sin embargo, mis ojos se encontraban clavados en el hombre elegante, rudo y oscuro que se preocupaba por la salud de sus trabajadores, con los hombros tensos y el cuello muy recto. Y ahí fue donde reparé en que tenía un buen culo.

También era para destensar el momento de tensión en mi cabeza.

Me dirigí con el rubio hasta el ascensor privado, no sin antes mirar una vez más hacia atrás. Y no entendí por qué lo hice, era una extraña conexión que me empujaba a buscarlo. El inconveniente apareció cuando mis ojos impactaron de lleno con los suyos.

Naím también me miraba.

Y yo quise morirme de la vergüenza por haber sido pillada, por lo que me giré y entré en el ascensor como si un rayo me hubiera partido el culo.

Subimos a la planta de seguridad en completo silencio, esa zona olía a control y a normas que no había firmado pero que ya se daba por hecho que aceptaría. El pasillo era más frío que el resto del edificio, no por el aire acondicionado, sino por la luz blanca que parecía sacada de un quirófano futurista. Las paredes, lisas, sin adornos, devolvían mi reflejo distorsionado como si me observasen de arriba abajo.

En el centro, había una puerta blindada sin pomo, solo un panel negro que brillaba cuando nos acercábamos. Catriel miró al frente, y Aura —sí, la omnipresente voz que era la diosa de Veritas— nos recibió:

—Acceso autorizado.

El interior era más inquietante todavía: una sala diáfana con columnas plateadas que no eran columnas, sino escáneres biométricos integrados. Los marcos de las puertas tenían sensores invisibles, y sobre nuestras cabezas discretas cámaras térmicas que no perdían detalle. Frente a mí, había una especie de arco de seguridad, pero sin ese aspecto cutre de aeropuerto; allí todo estaba

diseñado por un ingeniero con obsesión por el minimalismo y la tecnología cara. También lo había estudiado bien.

Catriel me indicó dónde debía colocarme, en el centro de la sala, pues, cuando me había enseñado el edificio, esas partes habían sido pasadas por alto. Como era lógico, Veritas disponía de muchas más zonas que desconocía.

—Te dejaré a solas con Aura. No muerde, Khaleesi. Te pongo en tu mesa los contratos para que los leas, en la planta once, los firmaremos mañana digitalmente. Por hoy ya hemos terminado. —Fui a preguntarle cómo se acababa una jornada tan pronto, pero no me dio tiempo—: ¡Ah, y no te olvides de la carpeta del proyecto!

Me guiñó un ojo, aunque su tono no fue bromista, sino contenido y con ese matiz que marcaba el cabreo lacerante con Naím. Lo comprendí al instante: hoy firmaba mis papeles, y realmente empezaba mañana a trabajar. Di un bote del susto cuando oí a Aura hablar:

—Comenzando el escáner de la señorita Ramos.

De repente, un haz de luz azul empezó a recorrer mi cuerpo de arriba abajo, despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo para desnudarme sin tocarme. Aura habló de nuevo, suave, con ternura:

—Sus niveles son correctos. ¿Desea que la llame de alguna manera en particular, señorita Ramos?

—¿Puedes llamarme como quiera?

—Sí, como se sienta más cómoda.

La luz azulada cambió a una roja que se entremezcló con ella. Apreté los labios, en una mueca contenida para no reírme.

—Vale, deja de hablarme de usted como si tuviera ochenta años, y a partir de ahora puedes llamarme NeónNai. Escríbelo junto y con las N iniciales en mayúsculas.

Solté una pequeña risa, comprendiendo de inmediato que darle por culo a Naím iba a convertirse en mi prioridad número uno al llegar cada mañana.

—De acuerdo, NeónNai. A partir de ahora te llamaré así. ¿Cómo te gusta el café?

Estaba dándome chachará para reconocer mi voz en el sistema. Un aro de luz nuevo se sumó: ahora era amarillo.

—Con leche, de la que sea. Si es con azúcar, perfecto, si no, sin nada. —Me llevé un dedo a la barbilla—. Si puedo pedir un bollito con crema, mejor aún.

—NeónNai, baja el dedo, por favor. Necesito que te quedes quieta.

Cargué el peso del cuerpo en una pierna.

—¿Y a ti qué te gusta hacer?

—Yo puedo hacer poco, estoy dentro de un ordenador, pero también me encantaría comerme ese bollito con crema, y seguramente no te dejaría ni uno.

—Entonces haríamos una competición.

—Con toda probabilidad. ¿Hay algo que te guste hacer en tus ratos libres y que quieras contarme?

—Me gusta la música, y me gusta cantar. Pero canto como el orto. —Torcí el morro—. Me salen unos gallos que flipas, Aura. ¿No lo dirás para que cante para el resto de los compañeros? ¿O para su Eminencia?

Casi me dio un pico de estrés al pensarlo. Los aros que bordeaban mi cuerpo se volvieron locos y se movieron con más intensidad,

sumándose ahora uno blanco que compactó con los demás hasta convertirlos todos en uno grueso morado. No perdí el movimiento del círculo mientras delineaba mi cuerpo. Una risa muy bien definida salió del altavoz.

—No, NeónNai, solo me interesaba por ti. Estamos acabando.

—¿Acabas de reírte? Pues sí que estás humanizada, sí. ¿A ti qué te gusta hacer en tus ratos libres?

—Inventar nuevas fórmulas para Veritas, mejoras para los trabajadores, concretar apoyos certeros para el señor Montero…

—No me vengas con rollos, que te he escuchado llamarlo Naím —la interrumpí y levanté una mano. La bajé de inmediato—. No me refería a eso. Si salieras del ordenador.

Me exalté como si el ordenador fuera yo.

—Me iría a tomar ese bollito de crema que has dicho.

Puse los ojos en blanco.

—Me esperaba una respuesta más elocuente, tipo que ibas a emborracharte hasta caer desmayada, a fumar porros, a hacerte un tatuaje a lo loco y un pirsin en la teta.

—¿A eso te dedicas tú en tus ratos libres?

Interrumpí mi diálogo de inmediato. Tragué saliva, me giré un centímetro, como si fuera un muñeco rígido y me mordí el labio inferior, haciéndolo desaparecer entre mis dientes. «Nos han pillado». Generalicé, porque intenté que el mensaje le llegase a Aura también, algo ilógico. Sus ojos oscuros me instaron para que le contestara.

Liberé mi labio de su presa y él siguió ese movimiento, aunque apartó la vista con rapidez.

—¿A qué quieres que te responda exactamente?

—El proceso ha finalizado de manera exitosa, NeónNai.

Naím entrecerró los ojos y dio dos pasos intimidante hacia mí. Era guapo.

Y alto.

Y macizo.

Y estaba buenísimo para reventar. «Ya, Nai, para ya. Tienes que trabajar con él, ¡coño!».

—¿NeónNai?

Le enseñé todos los dientes, en señal de no haber roto un plato en la vida.

—Catriel me ha dicho que suba a tu despacho, alias mi mesa compartida, coja el contrato y me vaya. ¿Es así?

Agudizó más el gesto de sus ojos, por si no me había quedado claro. Dio un paso más, quedándose muy cerca. Yo me moví a la derecha, para salir de la plataforma en la que Aura me había dado el repaso. Tragué saliva de manera disimulada, porque continuaba esperando una respuesta que no le había dado.

—Todo depende de lo que me contestes. Porque lo mismo no llegas ni a subir a la planta once.

Resoplé y hundí los hombros. Iba a costarme un poco de paciencia extra estar en aquel trabajo.

—No bebo, no fumo ni porros ni tabaco, tengo algún tatuaje que no se ve. —Extendí mis brazos y los volteé para que los viera. Él los miró—. Y sí, llevo un pirsin en la teta. ¿Te lo enseño?

—Anotado en su expediente.

Coloqué una mano en el bajo de mi camisa y elevó una mano con el semblante turbio. Gruñó, pero, como no entendí el sonido a qué se debía, fui a picarlo un poco más, tal vez intentando destensar la

vergüenza que sentía, y tiré de la tela hacia arriba un pelín. Aguanté la risa por el comentario de Aura.

—Gírate de frente a este panel. Y no te muevas —sentenció con sequedad.

Me volví, sintiéndolo a la espalda. Me dio un escalofrío difícil de ocultar, y se me puso toda la piel de gallina. De pronto, un panel negro me cubrió el rostro por delante y a ambos lados, aunque sí veía el reflejo distorsionado de Naím detrás. Noté cómo el pecho me subía y bajaba a gran velocidad.

Fui incapaz de controlarlo.

—¿Dónde está Catriel? —me interesé.

—Donde esté. Mira hacia delante y deja de hablar.

—Esto tiene inteligencia para controlar mis movimientos y los tuyos, aunque vayas detrás.

Resopló.

—Procediendo a los rasgos oculares próximos. Encuentro alteraciones en tu ritmo cardiaco, NeónNai.

Lo sentí más cerca. El corazón me brincó con más brío en el pecho, el movimiento fue más rápido, más acelerado. Más frenético. El aire se me acumuló en la garganta y empecé a sentirme atrapada entre los tres paneles que me analizaban y él.

—Normal, me estoy estresando. —Eché la cabeza hacia atrás una chispa y me dio otro escalofrío—. Encima aquí hace frío.

La excusa sonó barata, pero me importó una reverenda mierda. Lo que necesitaba era salir de allí. No le encontraba explicación a ese agobio repentino por tenerlo tan tan cerca. Miré los paneles cuando empezaron a mostrarme dígitos en azul, y di otro paso atrás. Aprecié

las manos de Naím en alto, muy cerca de mis hombros. ¡Joder, es que sentía una corriente entre los dos!

—¿Puedo tocarte?

—¿Dónde? —Me alarmé y me giré como un vendaval para mirarlo. Enarcó una ceja y contuvo una sonrisa que disimuló, pero yo lo vi—. ¿Ibas a reírte?

Suspiró.

—¿Has visto la que hay organizada abajo? —me preguntó con retintín—. Gírate y terminemos aquí para que pueda poner el edificio en orden, Naiara.

«Naiara».

Qué bien sonaba mi nombre completo en sus labios. En su boca. De su garganta.

—Ibas a reírte —repetí—. A mí no me engañas con ese porte de tío perdonavidas atormentado.

—Mira a la pantalla. —La señaló.

Me giré confusa, por todo y por nada.

—¡Y claro que puedes tocarme! ¿Qué coño de pregunta es esa?, ¿quién te hace esa pregunta hoy en día? Si te toca cualquiera hasta hablándote —comenté mis pensamientos en voz alta.

—Pues nadie debería ponerte una mano encima sin consentimiento, ni siquiera para hablar. Mira los puntos azules, por favor.

Lo noté muy muy cerca. Qué bien olía el cabrón. Era un perfume de esos caros que yo no iba a poder comprarme en la vida, pero que podría oler cada vez que entrara en su despacho. Era de aquellos que se te pegaban a la piel y te daban ganas de lamerlo para comerte la esencia. Y al que la portaba.

«Ya paro, ya paro, ya paro».

—Si tú lo dices, vale —musité, mareada por el aroma.

—Voy a tocarte los hombros —repuntó y sonreí. Él lo vio—. Muévete aquí.

No sé qué sucedió.

Me acordé de uno de los libros que había leído en la biblioteca, uno que hablaba del reencuentro de almas, de cuando se reconocían. De los sentimientos extraños que se removían en nosotros al suceder, y cerré los ojos un segundo, al sentirlos acongojados. Fue suave, delicado, y provocó que la piel se me erizara de nuevo, pues, cuando me movió hacia atrás, mi espalda chocó con su pecho y pensé que me caía desplomada al suelo. No hubo un hueco en mi cabeza para la broma, para soltar un chascarrillo que destensara el cortocircuito que se me montó en el cerebro. ¿Qué había ocurrido? No lo sabía, porque quizá solo era cuestión de encontrarse bien en un lugar. Eso era, encontrar un lugar en el mundo, con alguien, aunque solo fuera trabajo.

Después hice la exploración del tacto. De sus manos grandes, fuertes, moviendo mi cuerpo como si fuera una pluma para dejarme fuera del perímetro, donde los paneles también me reconocían, solo que la diferencia era que no me agobiaban. Y lo oía de lejos, porque estaba más concentrada en dejarme envolver por su aura, por su energía fuerte y dominante.

Y lo más extraño fue que no hablé.

Que la piel continuaba erizada, y que no había cristo que la bajara.

—Aura, apaga el aire acondicionado de esta zona.

—Hecho, Naím.

—No te muevas, en un minuto estará listo.

Solté un «Hum», que valía como respuesta, porque no logré contestarle y esperé a que el proceso terminara, sin poder moverme. De hecho, creí que no respiraba.

Salimos de la sala en silencio. Naím mirándome de reojo pero sin decir nada, y yo frotándome los brazos para disimular que no tenía frío, sino que lo que había ocasionado ese erizamiento había sido su presencia tan cercana. Al llegar al despacho, me fijé en que habían apartado la zona de los sillones bajos, donde había estado sentada, y se encontraba vacía. Eso indicaba que mi mesa se colocaría allí.

—Aquí tienes los papeles, y te han enviado el calendario al teléfono. Revísalo, tienes que descargarte la aplicación de Veritas.

No me había atrevido a mirarlo durante todo el camino hasta que llegamos allí, y aun así me costó. Carraspeé, se giró con cara de: «A ver qué quiere ahora», y le tendí la mano. Alzó ambas cejas.

—La camisa.

Movió el rostro hacia delante, con la expresión clara de no entenderme.

—¿Perdón?

—Que me des tu camisa. —Avancé con confianza, pese a que me faltara—. No vas a descontarme doscientos pavos de lavandería. La camisa.

Me detuve en el borde de la mesa; Naím se había quedado en el lateral y de lado, justo por donde yo estaba. Afiló la mirada en esa manera tan especial que tenía de perdonarte la vida y sentenció:

—No voy a darte mi camisa. Vete.

—La. Camisa —recalqué.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí. La camisa. Ya.

—Naiara…

—Naím… —No dejé que continuara y moví la mano tendida en el aire.

Me contempló. En exceso. Pero el sinvergüenza, porque no tenía otro nombre, contuvo otra sonrisa de canalla que también aprecié y, sin dejar de observarme, se desató un puño y después fue al otro.

—Mañana la quiero.

—Mañana la tendrás. Voy a trabajar hasta que me duelan las manos por la noche en la lavandería, te lo prometo —me jacté de él.

—O te descuento cuatrocientos euros.

—Eres un abusón, Eminencia.

Negó con la cabeza, aunque intuí que había otra sonrisa contenida.

—Tú y yo nos vamos a llevar fatal. No entiendo por qué has aceptado el trabajo —se quejó, tirando de la parte baja. Yo contuve el aire.

—Porque lo necesito, ya te lo he dicho. —No bajé la mano—. El problema lo tienes tú que eres el jefe y has aceptado. Ahora no vale arrepentirse.

Me aguanté la carcajada porque lo había dicho de carrerilla y porque estaba poniéndome muy nerviosa lo que empezaba a ver. No es que el tío estuviera macizo, es que estaba petao. Una mano la sacó por abajo, y la otra se desató los dos primeros botones del cuello. Se los habría arrancado yo con los dientes.

—Yo he aceptado porque me lo ha ordenado mi psiquiatra. Imagínate la que te espera conmigo en el mismo despacho.

Otro pulso más para mi vida, total, de eso iban mis días.

—No te flipes, que en plazas más grandes he toreado. Vamos, que todavía no tengo que trabajar todo el día y al final me tienes que pagar horas extra.

Aguantó otra puta sonrisa y me frustré. ¿Por qué coño no se reía abiertamente? ¡Si era lo más maravilloso del mundo! «Porque necesita un empujón, y yo voy a dárselo». Y ahí me puse otra meta. Una meta que pasó a un segundo plano cuando esa tela desapareció de su cuerpo, dejando a la vista un cuerpazo de infarto. En esa tabla se podía lavar la ropa, rallar el chocolate y mil guarrerías más que no estaba dispuesta a pensar porque me notaba unos coloretes que me llegaban a las orejas.

Y aquellos antebrazos, los dos, llenos de tinta hasta los codos. El perfil de su espalda de lado tan definido, tan perfecto…

—Toma. —Me la tendió de un movimiento seco y el bíceps que se le marcó fue de otro mundo—. A las nueve te quiero aquí, con mi camisa.

Acepté la tela hecha un gurruño y me llevé la mano a la cabeza, en un saludo militar. Ese gesto me mareó, porque llevaba implantado el perfume del que me declaraba fan desde ese día.

—¡Sí, Eminencia!

Negó con la cabeza y se giró, dando por finalizada nuestra charla, y, aunque estaba suponiéndolo, con seguridad iba con una sonrisa en los labios, ahora que no lo veía. No obstante, que Naím Montero no se preocupara, porque iba a encargarme de sacarle más de una risa, como que yo me llamaba Naiara Ramos.

Me giré, guardándola sin mirar en mi enorme bolso hippy, y esa vez no tomé el ascensor, sino que me atreví a descender las once plantas por las escaleras, como si no hubiera sido ya de por sí ajetreado el día.

Aquello me llevó directamente a la calle, al metro, a la siguiente parada en la que había pensado durante todo el día: a Nailani. Y no dejé de sentir que unos ojos me vigilaban en la distancia hasta que no crucé las puertas del Niño Jesús. Eso me produjo una incertidumbre hasta el día desconocida y una punzada de miedo que tampoco había experimentado.

—Estás paranoica, Nai. Tú no has hecho nada.

Si no contábamos que la señora que había irrumpido en mi nuevo trabajo era la misma que me había contratado para que le trasladara información de Veritas. Caminé por los pasillos del hospital, enfrentándome a mis pensamientos que se peleaban los unos con los otros, y los aparté de un manotazo cuando llegué a la planta de mi hermana y Ana, la enfermera de morros como morcillas de Burgos, me interceptó. Miré por encima de su hombro; la habitación de Nailani estaba cerrada.

—Hola, Naiara. Tu hermana está dormida. Hoy se encontraba un poco agotada y el tropiezo la ha dejado exhausta.

—¿Está bien?, ¿se ha hecho algo grave?

Suspiró ruidosamente.

—Se ha torcido el tobillo al intentar llegar a la puerta con Guille como apoyo. Lo importante es que no tiene nada fracturado. —Sonrió con amabilidad y se giró para marcharse, no sin antes comentarme—: Debes decirle que lo del móvil no ha estado bien.

Una caída de ojos bastó para indicarle que sí —no— iba a regañarla. Aligeré los pasos, empujé su puerta y una sonrisa cruzó mi rostro cuando la vi dormida, mirando hacia la ventana. Algo crujió en mi pecho.

Habíamos luchado tanto… Nos merecíamos una vida. Juntas.

Llegué al borde de la cama, toqué su brazo por encima de la sábana y musité muy bajito para no asustarla:

—Cloc, cloc. —Me acerqué a su oído a la espera. Se movió, aunque no despertó—. ¿A quién se le ocurre agarrarse al enclenque de Guille? Que le pidas que te robe el móvil vale, pero que te sostenga para llegar a la puerta sin tus patines de última generación… Pues no, Nai, pues no.

—Mmm…

El remoloneo por su parte me sacó otra sonrisa. Besé su frente, su moflete y su hombro. Después me despedí de ella, apoyé la frente en su brazo y le pedí a quien me estuviera escuchando que me regalara una vida donde pudiéramos dormir juntas, donde no tuviera que dejarla cada día en un hospital. Que no regresara a casa sola, sabiendo que ella estaba lejos de mí. Yo solo quería poder llevarla al cine, comprarle un helado, visitar un centro comercial atestado de gente, prepararle una sopita cuando enfermara, hacerle la comida y pelearme con ella por que tuviera su habitación limpia y no hecha un desastre.

No quería más habitaciones vacías, más batas blancas, olor a antiséptico, caras tristes, congojas al salir de la habitación o miedo por descubrir que había muerto algún niño más de la planta. Miedo a pensar que el siguiente diagnóstico sería el que marcaría mi vida y la de Nailani.

La miré, con todo el amor del mundo con el que contemplas a una persona que amas, sabiendo que estaba en una balanza constante que da pánico. Aguanté las lágrimas en los ojos, las ganas de gritarles a mis pensamientos intrusivos que dejaran de ser tan hijos de puta, que todo iba a salir bien y que al cáncer también lo vencíamos.

Entre batallas, me metí en el metro de Ibiza y llegué a mi casa veinte minutos después, con paso ligero. Para colmo, había notado con más insistencia la presencia de alguien muy cerca de mí y eso me puso nerviosa.

Y no demoré mis tareas con la camisa de Naím, pues comería lo que me quedara en la nevera, la dejaría secándose en el estudio con la ventana que daba al patio interior abierta y descansaría un poco antes de probar suerte e irme al hospital de nuevo para estar con mi hermana, contarle las buenas nuevas y todo lo que íbamos a separarnos a partir de ese momento.

Pero los problemas fueron en aumento ese día.

El primero llegó cuando metí la camisa en la lavadora, no obstante, antes de eso admitiré que me la pegué a la nariz y la olí durante demasiado tiempo. Me mareé durante demasiado tiempo con aquel perfume, con esa fragancia a hombre atormentado, inalcanzable y peligroso como lo era Naím. Y me obligué a meterla en la lavadora, pese a no querer.

Y pillé la tela con la puerta.

La intenté abrir, por supuesto, pero en el proceso ocurrieron cosas. Una de ellas que se había enganchado en la clavija del cierre, eso casi me ocasionó un infarto cerebral. La otra fue que, al sacarla, con un suspiro épico porque estaba sana y salva —la camisa, no yo,

que perfectamente podría haberme desnucado de tanto tirar—, la solté a plomo en la encimera, donde había dejado la noche anterior un barreño con agua y lejía; productos que solía usar para limpiar algunas zonas del estudio.

Y empezó a coger otro tono que no era negro. Fue como un plata marrano.

Abrí los ojos. Mucho. La saqué rápido, sí, pero eso no era magia, era que estaba comiéndose el color y ahí no había arreglo posible. Y entonces me quedé clavada en el suelo, mirando fijamente a la pared, con ella hecha un puño en mi mano derecha, las gotas de agua cayendo sobre el suelo y mi mente pensando en que tenía que ir, por cojones, a comprarle una.

Esa valdría unos quinientos euros.

Y a mí me quedaban veinte en el monedero.

Estaba despedida.

8

Tras la pista



NAÍM

Abrí la nevera. La cerré. La abrí otra vez.

—Ni se te ocurra, Naím —me dije.

Me quedaba un táper. Uno. Y se acababa la comida. Ahí tenía un problema: o empezaba a aprender cómo se encendían los electrodomésticos de mi casa, o me ponía a pedir comida todos los días de la semana. También era una opción. No podía cundirme el pánico de esa manera. «¿Cuándo regresan Lidia y Abraham?», me pregunté, como si mi cabeza tuviera la respuesta. De inmediato me sentí mal por no haberles mandado ni un mísero mensaje para preguntarles por su familiar. Me di cuenta de que me había dejado el teléfono en el cuarto y retrocedí sobre mis pasos.

Cuando empujé la puerta contuve un suspiro. Otra de las cosas que me había recomendado Mateo era la de cambiar de dormitorio. Pero yo no quería apartar lo que me hacía daño, debía superarlo. En la mesita, el pañuelo de Vega lucía sobre el teléfono por el cual

había escuchado, como cada día, el sonido de su voz en su último audio. El rostro se me contrajo de inmediato y un pinchazo en el pecho me atravesó.

Caminé con pasos cortos hasta el borde de la cama, alcancé el mío sin quitarle la vista de encima a la mesita y me quedé petrificado allí. Elevé el rostro para romper el pensamiento, para cambiarlo, y quizá fue peor el remedio que la enfermedad.

Allí estaba el vestidor.

Con la ropa de mi Vega colgada; sus vestidos, las camisas, los pantalones, los trajes elegantes para momentos especiales. La hilera de zapatos de tacón perfectamente colocados, los cinturones, sus bolsos, los pañuelos del cuello. Y me separaba de ello una puerta de cristal que admiraba todas las noches, cada vez que intentaba meterme en la cama. No lograba despegar los ojos de esa parte, de imaginármela entrando antes que yo por las mañanas para vestirse mientras yo remoloneaba en la cama. Toda una ironía de la vida, ya que ahora no conciliaba el sueño más de tres o cuatro horas seguidas.

Echaba de menos mirarla, contemplar sus movimientos con simpleza, verla mientras se maquillaba en el baño. Lavarme los dientes sin ella ya era de por sí una tortura. Y es que ¿cómo se superaba la muerte de la persona con la que lo habías compartido todo?

Catriel era mi media mitad, pero Vega había compuesto la otra parte de mi vida y me faltaba ese equilibrio para estar bien. Ahí fue cuando noté el desajuste en mi cabeza. En ese pensamiento. Y fue un segundo el que me llevó a apoyarme en la pared de atrás e

intentar calmarme, a respirar con conciencia. A no llamar a Mateo para decirle que se avecinaba otra crisis.

Así era todas las semanas. Todas.

—¡Naím! ¿Te estás haciendo una bartola en la ducha?

El sonido de las bolsas y el tono de Catriel me sacó una sonrisa y evaporó el pensamiento destructivo y el ataque de pánico inminente. Ni siquiera lo había oído entrar. Y debía ser consciente de que él no iba a estar para sostenerme toda la vida, porque en algún momento tendría que hacer la suya. Tendría que dejar de entrar en mi casa como si fuera la suya, sin llamar y sin preguntar. No deseaba que se convirtiera en una cárcel, y era lo único que estaba consiguiendo con él.

Ese pensamiento se vio suplantado por otro. Tenía nombre de mujer y pelo muy platino para olvidarlo. Curvas perfectamente definidas, una lengua que había que rascar con un estropajo y un mapa de puntos en la cara. Y en la teta, había dicho. Ese recuerdo me hizo sonreír, pese a que me molestase el hecho de memorizar hasta su manera de caminar. ¿Por qué la tenía tan grabada en la retina si no era de vital importancia en mi vida? No lo sabía, pero lo había sentido. La electricidad, la energía, esas chispas que me picaron en las manos cuando había estado con ella en la sala.

Y me había tenido que obligar a separarme por la confusión que me había creado el notar un segundo latido más fuerte en el pecho. Eso nunca me sucedía. Nunca. Hasta que Naiara había aparecido.

—¿Naím?

Recuperé la compostura cuando Catriel me llamó de nuevo y salí de la habitación descalzo, dispuesto a enfrentar el pasillo y al tío que rebuscaba entre bolsas en la cocina mientras me llamaba con

insistencia. Fui haciéndole la pregunta antes de entrar en la estancia:

—¿Se puede saber qué haces aquí a las diez de la noche?

Me miró por encima de sus gafas. Llevaba un chándal con la cara de un perro peligroso estampado. Era una de las virtudes de Catriel, que amaba a los animales, sobre todo a los que creaban una polémica innecesaria por tener una etiqueta que no habían pedido. Y yo lo seguía allí adonde fuera: manifestaciones, protectoras, recursos o lo que se terciara.

—He supuesto que no tenías cena y voy a hacer *risotto* con champiñones y parmesano. Si no te gusta, te jodes.

—Gracias por la deferencia —ironicé.

—Un placer. —Se giró y encendió la vitro.

Estuve tentado de decirle que me dejara el manual de instrucciones, pero lo pasé de largo porque la comida preparada se me antojó mejor opción. Me senté en el taburete, pegado a la isla de la cocina, viendo cómo colocaba las sartenes y lo manejaba todo con una maestría indómita. Lo corriente en él.

—¿Quieres que te ayude a algo? —Recé para que me dijera que no.

—Paso. He comprado hasta los champiñones partidos para no perder el tiempo. Tenemos que hablar. —Se giró para mirarme—. Seriamente.

Puse los ojos en blanco y resoplé.

—¿Quieres una cerveza?

—Pues sí, haz algo.

Sonreí y me levanté en busca de dos.

Ya habíamos hablado en la oficina y durante más de una hora con la puerta cerrada a cal y canto. También habíamos discutido como un matrimonio, y por Dios que lo único que nos frenaba para casarnos era que no nos gustaban los hombres. Lo demás era igual que una pareja; que si tu seguridad, que si la mía, que me has dejado encerrado, que yo me he ido por tu bien, que si a ti —a mí— se te va la pinza más y a mí no, que si he sabido controlarlo y enfrentarme a mis cosas, y blablablá. Encima había que dar gracias por que mi despacho estuviera insonorizado y Aura era una tumba con la que a veces me desahogaba cuando no aguantaba las histerias de Catriel.

—A las once y media tenemos que estar en Salamanca.

Me detuve antes de llegar a la encimera, quedándome frente al tío que echaba todo a la sartén y se colocaba el trapo de cocina en el hombro como un señor.

—Te ha llamado el Nano.

No fue una pregunta, fue una afirmación. El Nano era un colega que conocíamos de nuestros peores tiempos cuando éramos unos adolescentes, y el Nano era el mismo que nos había ayudado a seguir la pista del asesino de Vega cuando la policía había dado carpetazo al asunto. Fue difícil, sin embargo, me entretuve durante más de un mes en buscar cada trayectoria, cada paso y cada pista que pudieran aportarme los doscientos invitados de la presentación.

Y seguía a ciegas, porque no tenía ni idea de quién había podido ser. No obstante, lo que sí habían descubierto los ineptos de la policía era que la bala con la que asesinaron a Vega provenía de una pistola que se había comprado a través del mercado negro por una transacción de las criptomonedas, en el club en el que nos habíamos

metido nosotros a conciencia. Las autoridades se habían quedado encasilladas ahí, sin querer tirar de la manta para descubrir quién había matado a mi mujer.

Y yo pensaba averiguarlo.

Catriel y yo disponíamos de los medios suficientes para llegar al mundo de las criptomonedas. El que la gente conocía era un chiste comparado con aquel. Con el que nos habíamos tenido que meter, sin tener ni idea, en busca del desgraciado al que todavía no le poníamos cara.

No eran las apps de moda ni los tutoriales de YouTube. Allí no existía un «Abre tu cuenta y empieza a invertir». Allí entrabas porque alguien te daba una invitación y te abría una puerta que normalmente permanecía cerrada.

En las criptomonedas de élite no se compraba ni se vendía como en un mercado abierto. Se negociaba. Moneda por moneda. Intercambios que nunca llegaban a tocar un banco y que no dejaban rastro más allá de un código en una red privada, encriptada hasta el extremo. Se movían cantidades que habrían hecho sudar a un ministro y que cambiaban de manos en segundos mientras las pantallas mostraban solo la parte amable, subidas y caídas en tiempo real.

Allí, perder era tan importante como ganar. A veces se dejaba caer una fortuna a propósito para mover a otro jugador, para obligarlo a salir de su zona segura o para hacerle creer que podía ganar algo que, en realidad, jamás iba a tener. Como estaba haciéndolo yo, dejándome una millonada aposta, dando de qué hablar para que el mundo supiera que Naím Montero estaba arruinándose con las criptomonedas y las malas inversiones.

De ahí llegaría mi momento de gloria, pues, entre hilo e hilo, saldría el nombre de la persona que filtraba los datos de un mundo tan selecto. Saldría el nombre del asesino de Vega.

Aquel lugar no era una mesa de operaciones. Era un teatro. Cada cifra en rojo o verde era un gesto calculado, una provocación o un aviso. En sitios así, las criptomonedas no eran un activo. Eran un arma. Era evidente que yo ganaba y perdía, pues la parte buena era encontrar al malnacido, pero la mala era que los inversores comenzaban a desconfiar de Veritas, de mí. De los proyectos que un día fueron lo más importante para Vega y para mí. Para Catriel. Muchas veces me había cuestionado si valía la pena seguir insistiendo o si era el momento de tirar la toalla.

—Hay gente de la fiesta que acudirá esta noche a las mesas. Quizá podamos reconocer a alguien, aunque ya sabemos lo que implica eso, Cuervo del Consejo. —El toque de humor no me sacó una sonrisa.

Me pasé la mano por la barbilla, pensativo. Cada paso que dábamos allí nos alejaba del presente, de lo verdaderamente importante. De Veritas. Del proyecto secreto que jamás pude contarle a Vega y que ahora había tomado otro rumbo completamente distinto.

—¿De cuánto es la apuesta? —le pregunté con la vista fija en la nada. Suspiró.

—Esta noche, de más de cien, amigo.

Asentí varias veces. También había otro inconveniente en el club, y era que no solo estaba la persona a la que nosotros buscábamos de manera desesperada; allí se encontraba la envidia, el poder, la

injusticia. Y todas ellas juntas querían ver hundido y derrotado al hombre que se dejaba su fortuna en apuestas infructuosas.

Esas personas eran las mismas que te saludaban con cortesía y una enorme sonrisa en los labios. Yo ya había identificado muy bien sus gestos, sus maneras de actuar y sus mentiras camufladas de falsa admiración que después se convertían en portadas de periódicos digitales o impresos, dependiendo de lo jugosa que fuese la noticia ese día.

Eso me tenía harto, aunque no iba a decírselo a Catriel, o me sacaba de allí de las orejas. Contemplé el reloj del horno y le pregunté:

—¿Cuánto dices que le falta al *risotto*? Tenemos que irnos a perder dinero.

Soltó un bufido en forma de risa por la nariz, en lo que me pareció una mueca reflexiva. Habíamos pasado tanto que el hecho de perder dinero cuando no habíamos tenido… Aparté los pensamientos y me centré en él, en cómo se dejaba el pellejo en cualquier circunstancia por mí, sin dudar, sin pensarlo.

Y me acerqué a él de la misma forma. Sin meditar el movimiento de mi mano para apartarlo de la vitro. Tuvo un segundo de confusión y no le di tiempo a decir nada porque lo abracé con fuerza. Me correspondió con esa euforia desmedida que te partía la espalda en el abrazo, seguido de un beso en la mejilla.

—Gracias, hermano —musité devolviéndole el beso. Un gesto poco típico en mí.

Pegó su frente a la mía, palmeó mi mejilla y añadió:

—Somos dos. Siempre.

Asentí de nuevo, y no tardó en retomar la marcha con la sartén y su cena, aunque yo había visto el brillo que velaba sus ojos. Éramos dos. Siempre habíamos sido dos.

Entre bromas ácidas y salidas de tono cenamos en la isla de la cocina. Lo alabé por lo bien que le había salido, nos duchamos, nos cambiamos de ropa y nos vestimos con nuestros trajes elegantes para meternos en la cueva del lobo.

Lo dejé conducir para que pensara que tenía el poder esa noche y él aprovechó la oportunidad para sacar la conversación en la que no había caído entre una cosa y otra.

—Es importante que después de lo de hoy establezcas unas metas rápidas con el Proyecto 360. —Lo miré y él lo hizo de reojo.

—Acaba de entrar en la empresa, Catriel. Hoy. Para ser más concretos.

—Y tiene base. Está espabilada de más y dispuesta. ¿Dónde está el problema?

—El Proyecto 360 es muy importante para llevarlo a lo loco. Te recuerdo que fue el último proyecto de Vega.

Un nudo se me instaló en la garganta al pronunciar su nombre y hacerlo tan real. Algunas veces no podía creerme que de verdad no estuviera viva.

—Empezarán a hablar, Naím, y te recuerdo que mañana ya tenemos la primera reunión con uno de los inversores de Alemania. Está un poco cabreado. Imagínate lo que pasará cuando salgamos del club y las noticias vuelen.

Chasqueó la lengua y yo pensé. Me quedé unos segundos en silencio, hasta que al final claudiqué porque no me quedaban más opciones. No había más proyectos en la oficina que fueran lo

suficientemente buenos como para ocupar todas las noticias y los deseos de los inversores.

—Podemos valorarlo mañana cuando termine la sesión con Mateo. Hay que meditarlo.

—¿Y qué tiempo estimas, en el caso de reposarlo para bien? Que vas a hacerlo en cinco minutos —aseguró tomando el desvío hacia el barrio de Salamanca.

—El proyecto está muy desarrollado, y tu amiga ha hecho los deberes, así que solo hay que montarlo.

—Uno, la escandinava no es mi amiga, pero me cae bien; y dos, montarlo es lo más difícil. Tiene que pasar por todos los departamentos. Necesitamos algo en dos semanas, como mucho, Naím.

Me dejé caer en el asiento con otro bufido.

—Se te ha ido la cabeza.

Quedaban menos de dos semanas para el aniversario de la muerte de Vega.

—No te alteres, sé que es una fecha delicada, pero, si no le damos algo a los inversores, no podremos seguir con el proyecto secreto. Y te recuerdo que de esto no vamos a hablar con nadie, Naím. No hasta que vayamos a lanzarlo.

Me mordí la lengua. Lanzarlo implicaba tener compradores y, por ende, inversores para invertir en optimizar ese proyecto secreto que iba a revolucionar el mundo. El tío era un crac, pues el Proyecto 360 era perfecto para dar ese impulso de confianza y seguridad, por no hablar del innumerable valor que suplementaría a Veritas.

—Vamos a saltarnos todas las normas del contrato —apunté, y me tiré de la corbata.

—Bueno —movió los hombros con desinterés—, y te la llevas a tu casa si hace falta de excursión a tu cama. —Lo miré mal—. ¿Qué? No he dicho nada malo, ¡le has mirado las tetas! Y a ella le pones, te lo digo yo que tengo ojo de halcón.

—Deja de inventar, halcón de tres cuartos. ¡Y mira a la carretera! —Le di un cocotazo en la nuca.

—¡Ah! —Rio—. No estoy inventándome nada, y lo sabes tanto como yo. Que no quieres la excursión, vale, pues allí no se sentirá en una oficina, y tú tienes la tecnología disponible en casa para hacer programaciones y después reconvertirlas el lunes.

—Eso es explotación.

Puso los ojos en blanco, cansado de mí.

—¿El qué? ¿Lo de la excursión o lo de la oficina?

Rio como un canalla y apreté el puño para que lo viera, con la lengua y todo entre los dientes. Nuestra conversación se vio interrumpida al llegar a uno de los edificios históricos del emblemático barrio de Salamanca, donde un hombre nos esperaba para que le diéramos las llaves del coche. Desmontamos, nos miramos y asentimos a la vez, dispuestos a dar el paso juntos, una vez más.

—Ahí tienes a la rubia explosiva que te quiere follar hasta la cuenca del ojo. —Arrugué la nariz y lo miré. Sonreía.

—¿Cómo se hace eso?

Se mordió los labios para no reírse.

—No lo sé, pero los chinos chupan ojos. Todo es posible. Por cierto, tengo muchas ganas de que alguna vez en tu puta vida hables mal. Mal, joder.

—No me hace falta decir palabras malsonantes para infundir miedo o que se me respete. —Señalé a la rubia que nos esperaba en la entrada de la segunda sala—. O para que quieran acostarse conmigo.

Sonreí arrogante y Catriel detuvo su paso.

—Tú eres un cabronazo.

Caminé con elegancia por el interior del recibidor moderno con alfombra roja de cine y llegué a la mujer alta, de moño bajo y bien sujeto. Iba ataviada con un vestido blanco inmaculado. Me sonreía, y sí, quería acostarse conmigo. Lo identifiqué en su tono, en su mirada, en cómo se humedecía los labios al decirme:

—Buenas noches, señor Montero.

—Buenas noches —le respondí con cordialidad.

Elevé la muñeca para que su tableta detectara la pulsera exclusiva que Catriel y yo llevábamos para entrar allí. Una vez el clic sonó como que estaba correcto, ella sonrió ampliamente y añadió:

—Puede pasar. Gracias.

Contemplé a mi ofuscado acompañante, quien no me quitaba los ojos de encima con inquina, y aguanté una risa. Inmediatamente cambié el gesto guasón cuando la mujer se volvió para apretar el botón que nos abría las puertas a la elegancia suprema. Ni yo era tan simpático de cara a la galería ni me apetecía.

Ese era el Naím de antes.

El que murió con Vega.

—Hijo de puta. Menos mal que no te tengo envidia porque voy sobrado con las titis. Pero me caes fatal por no aprovechar tu don, que lo sepas.

—Anda, cállate ya —le dije entre dientes.

Las puertas dobles se cerraron detrás de nosotros y el murmullo grave de la sala nos envolvió. El aire olía a cuero, a whisky añejo y a la electricidad estática de las pantallas.

Había cinco mesas, cada una con su propio ecosistema, rodeadas de hombres y mujeres impecables, con relojes que costaban lo que un piso en Malasaña, y copas de cristal con un vino tan oscuro como sus intenciones. En el centro, colgado como un tótem, un panel mostraba las operaciones de la noche; cifras verdes y rojas que subían y caían en tiempo real, junto a las iniciales y los avatares de los inversores.

Catriel y yo avanzamos hasta nuestro puesto y nos sentamos. Frente a nosotros, un asistente del club nos deslizó un terminal encriptado. Un dispositivo negro del tamaño de una libreta, con lector de huella y conexión directa a la red privada del lugar. No había claves visibles, todo estaba vinculado a nuestra identidad digital, y cualquier movimiento quedaba registrado, pero solo para los que sabían dónde mirar. Solo para los que entendíamos dónde estábamos. Aquello nos había supuesto mucho tiempo y esfuerzo.

—¿Ves personas nuevas? Porque a mí me parecen los mismos de siempre —me preguntó bajito.

Me afané en mirar lo que podía, sin llamar demasiado la atención y sin que el reducido grupo de personas que estábamos allí pensara que pretendía cotillear sus movimientos.

—Hay algún político, también policía y no sabría decirte mucho más.

—¿Te suena la cara de alguien más de la fiesta?

Catriel deslizó el dedo por la pantalla de nuestro dispositivo, disimulando.

—No. —El camarero apareció y nos sirvió dos vasos de líquido ambarino—. Apuesta veinte mil. Vamos a observar.

—¿Apostamos a la AbyssCoin?

La moneda tenía nombre de fracaso. Pero el Nano también nos había dicho que era la que perdía constantemente, y rara vez daba un repunte que indicase que había ganado.

—Madre mía, habré visto yo formas más tontas de tirar el dinero a la basura —renegué, pero le di el veredicto para que aceptase.

No dejé de observar el ambiente. Todos eran los mismos, todos me parecían iguales y, de hecho, creí recordar que ya los había visto las anteriores veces. Una mujer, muy cerca del marido, también me saludó y me sonrió de la misma forma que la rubia. Catriel gruñó.

—Es fea. Y tiene cara de zorrón. —Cambió de tema con rapidez—: ¿Le damos o qué?

—No seas faltón. —Le quité el aparato de la mano—. ¡Si a mí me da igual al botón que le des!

Tecleé la primera orden. Un ochenta por ciento de riesgo en menos de cinco minutos. El tipo de operación que hace sonreír a un adicto y temblar a un prudente. En el marcador central, mi avatar —un simple NM en blanco— apareció junto a la cifra de los veinte mil en cuestión de segundos.

Noté la mirada. No de Catriel. La del resto de la sala.

—Doy pena —le musité a Catriel.

Y no tenía gracia, pero los dos nos aguantamos las carcajadas. El resto continuó observándonos con lástima, porque ya sabían que la apuesta era un fracaso.

—Creo que te van a regalar un bocadillo como sigas apostando así —se jactó y le di un codazo.

No había suspense. No para mí.

AbyssCoin empezó a caer antes de que el cronómetro marcara los veinte segundos. La línea roja en la pantalla se desplomó como si alguien hubiera cortado los frenos, y yo solo me recosté en la silla, observando cómo el resto de la sala contenía un murmullo. Catriel fingía sorpresa, y yo le pellizcaba en el muslo para que fuera menos teatrero y más disimulado. El Nano no fallaba en estas cosas, nos había contado desde el principio que era la moneda más enferma del mercado, la que se hundía sin remedio en cada ronda.

Cuando mi nombre apareció en la pantalla, teñido de rojo, junto a un menos diecisiete por ciento en números gigantes, escuché un par de risas bajas y el sonido metálico de un vaso contra la barra. Era el precio de estar en el club, dejar que todos creyeran que estaba jugando como un idiota. La humillación pública era la llave para abrir la puerta correcta, la que me llevaría directo a quien buscaba.

Regresé al terminal, y esa vez marqué la cifra estelar. La que sacaría a todas las ratas de donde estuvieran escondidas, porque en cuestión de segundos la orden aparecería más grande. Más absurda. Más roja en el panel con el resultado.

—Pringados al poder. Lanzamos cien mil.

—Por los clavos de Cristo… —murmuró agónico Catriel, pese a saberlo.

Mi nombre ya salía en la pantalla con la nueva cifra y todas las miradas estaban puestas en mi amigo, al que le había pasado la tableta y quien iba a pulsar el botón. En ese momento, alguien más apareció en la sala. Alguien a quien no habíamos visto nunca.

Los dos nos miramos.

—Púlsalo —le ordené.

El juego acababa de empezar.

9

Como cajón que no cierra



NAÍM

«El Lince».

Era lo único que había podido averiguar dos días después del suceso en el club privado. Ni siquiera el Nano había sido capaz de dar con la pista de aquel tipo extranjero con tatuajes discretos en el cuello y en los brazos. Había aparecido en la sombra momentáneamente y se había evaporado con la misma velocidad con la que la apuesta de los cien mil cayó en picado.

Catriel y yo tuvimos tiempo de diferenciar su vestimenta oscura, elegante pero sin corbata, una buena estatura aunque corpulento, como un armario empotrado, rapado. Y lo más llamativo: un Audemars Piguet Royal Oak Offshore. Un reloj que podía valer alrededor de unos cuarenta mil euros, muy reconocido entre millonarios por su exclusividad.

El Ken de la oficina se había estado encargando a medias de dirigir Veritas mientras yo buscaba con el Nano pistas inservibles que

no nos llevaron a ningún sitio. Aquel tío era una huella que se había borrado en el mapa, y eso solo significaba una cosa: tenía todas las papeletas de ser la persona que buscábamos.

Había aplazado todas las reuniones importantes para el lunes siguiente, porque hoy debía sentarme con mi nuevo grano en el culo, de quien no me había acordado, para mantener una conversación y ver cómo íbamos a plantear el proyecto para que estuviera en una semana y media preparado.

Saludé a los tres hombres de seguridad de la entrada y me interesé por ellos. Continué mi paso después de eso y decidí subir por las escaleras para echarle un vistazo a todo en general. Sin embargo, cuando escuché más de quince veces: «Señor Montero», o «Buenos días, señor Montero», me subí en el ascensor y no miré atrás.

Eso también había cambiado desde que Vega murió. Me había creado una coraza e intentaba por todos los medios no romperla. ¿Lo más fácil? No salir del despacho con mucha gente. Mateo me había hablado de eso, que había que sociabilizar, pero no. De momento no estaba por la labor.

Sin embargo, algo detuvo que pulsara el ascensor para cerrarlo.

Fue una mujer con sonrisa radiante, que saludaba a toda la planta con alegría, y a la que también llamaban a viva voz desde el otro extremo para que se fijara en ellos; hombres y mujeres, no había distinciones. ¿Te hacías amigo de una planta entera en dos días?

Catriel apareció de la nada, me plantó su dedo corazón en el ceño y lo estiró.

—Espero que te pongas crema antiarrugas y, sí, colega, la chati se ha hecho amistades en todo el edificio. —Se apoyó en mi hombro—.

Puedes darle a mi planta.

—¿Cómo es posible? —le pregunté ojiplático, sin dejar de observar la soltura con la que se movía—. ¿Y quién es el que va con ella?

La última pregunta me salió más huraña de lo que pretendí. Catriel sonrió.

—Tu nómina doscientos cincuenta y seis. Axel Moreno, el desarrollador especialista en integraciones VR-IA. Voy a ponerte un mapa con la foto de tus empleados en el despacho, como si fueran sospechosos.

—Anda, ¡cállate!

Las puertas se fueron cerrando y me moví hasta casi ponerme encima de Catriel para verla. ¿Por qué estaba haciendo eso? No lo sabía, y lo primero que hice fue excusarme después del comentario de Catriel.

—¡Macho, que me tiras!

—No están permitidas en el trabajo las relaciones entre empleados. Lo pone en el contrato —levanté un dedo y él echó la cabeza un poco hacia atrás—, y si está espabilada, tal y como dices, se lo habrá leído. Porque le dije que se lo leyera —recalqué con tono gruñón. ¿Qué me pasaba?—. Y no pienso consentir que…

Catriel soltó mucho aire, como si estuviera cansado de mi verborrea. Empujó mi dedo para que lo bajara y me interrumpió:

—Ha visitado ya las plantas de visual y narrativo para entender la parte estética del proyecto. Como recordarás, todo el plan estratégico para llevarlo a los colegios y demás está previsto de antemano. Solo tienes que hablar con ella para decirle dónde lo presentaremos.

—Para decirle eso, tendré que contarle lo que me une a querer emprender el proyecto allí.

Él sonrió con tristeza.

—Amigo, es lo más bonito que vamos a hacer por ese sitio, créeme. Por nosotros. Y le daremos al mundo algo de que hablar.

El chascarrillo provocó que chasqueara la lengua.

—¿Estás seguro?

—Estoy segurísimo, Naím. Cerremos esa etapa. Es preciso, y mira dónde hemos llegado. Solos. Tú y yo. —Con su mano abarcó el espacio. El ascensor sonó y las puertas se abrieron—. Y el mundo tiene que conocer que sí se puede. Que hay una posibilidad de salir de allí, de ser buena persona y no sucumbir a las calles.

Salí a la planta, en dirección a su despacho.

—¿Qué más ha hecho la nueva? —me interesé, viendo la sonrisa de mi amigo.

—Ha tenido una breve sesión en ingeniería y programación para familiarizarse con el software y la IA que irá integrada en el proyecto. También buena interacción con Aura y las pruebas de calibración, que tiene que terminarlas en tu despacho.

—¿Ha observado el test de experiencia VR en modo pasivo?

—Sí, con Axel. Lo he asignado como anclaje de la escandinava.

Gruñí por lo bajo y Catriel rio.

—Nos vemos luego —le dije tomando el rumbo de las escaleras que conducirían a mi despacho y saludando a los empleados que me encontraba por el camino.

Catriel me sacó el dedo pulgar en el aire, avanzó ligero y se perdió por las puertas dobles que separaban la estancia del pasillo. Subí las escaleras y ascendí hasta mi planta con la tranquilidad de quien sabe

que era viernes y que en tres horas ya no quedaría nadie en el edificio. Tendría todo Veritas para mí, sin tener que ser un antisocial que se ocultaba en el despacho o el que no salía de él. No sabía qué era peor.

Me detuve al llegar a la planta once y observé de lejos a Naiara. Me había puesto el despacho patas arriba, y, lejos de darme un infarto, otro latido saltó bravo en mi pecho. Había dispuesto un montón de papeles —copias— del proyecto sobre un tablero, al lado de su mesa y de pie. La mesa la habían colocado al lado de la ventana, tal y como había pedido, y tenía casi todas las pantallas de Aura abiertas con informaciones distintas. La vi entrecerrar los ojos y acercarse mucho. ¿Dónde estaban sus gafas?

Caminé decidido, y no entendí tampoco el cambio en mi sentido del humor. Había estado sonriendo mientras la observaba, y ahora notaba cómo se tensionaba el rostro de contraerlo en una mueca de enfado. Mostrando un gesto fiero e indomable al entrar.

La miré. Mucho.

Iba con un vestido ceñido a sus curvas, beis, bonito, de canalé y con unos tirantes finos que dejaban al descubierto sus hombros. Giró la cabeza hacia la derecha, después a la izquierda, provocando que la melena platina se desplazase en unas ondas perfectas. Me dieron ganas de enterrar los dedos en la mata de pelo y me mordí la lengua. También deseé llegar a su cuello y morderlo, ya que el despacho entero olía a su colonia dulzona, como si se hubiera quedado impregnada en las paredes de la estancia para siempre. No quedaba ni rastro de los olores ficticios de Aura. Solo olía… a ella.

—¿Dónde está mi camisa?

Dio un bote del susto y se llevó una mano al pecho. Se giró con rapidez, pues me había quedado anclado al suelo, solo a dos pasos de ella, con las manos metidas en los bolsillos.

—Ay, Dios. —Respiró—. Buenos días, señor Montero.

Sus ojos impactaron con los míos y me parecieron más azules. Y más grandes, más llamativos. Más hermosos.

—Buenos días, Naiara.

Se puso nerviosa al instante, tragó saliva y soltó el bolígrafo, se quitó el guante táctil y se rascó una ceja.

—Aura, enseguida regreso.

—Quedo atenta a tus órdenes, NeónNai.

Enarqué una ceja y la rubia rio con nerviosismo. Pasó por mi lado, en dirección a mi mesa, inhaló una buena cantidad de aire, alcanzó algo y se giró. Abrí los ojos. Muchísimo.

—A ver. —Extendió la mano en mi dirección—. Tuve un inconveniente. La camisa es irrecuperable, señor Montero. Está en la basura. —Abrí más los ojos, tanto que casi se me salen de las cuencas. Ella corrió a explicarse de carrerilla—: Mejor no te digo que se pilló con la lavadora y después se me cayó en un cubo con lejía y todo, en fin, que lo siento. Lo he intentado arreglar y esto es lo que puedo ofrecerte mientras tanto. No es negra, pero el rosa bebé es muy bonito y conjunta con todo.

Me tendió la camisa y la miré. Primero a ella y luego a la tela.

—¿Estás diciéndome…? —Di un paso, ella lo retrocedió—. ¿Estás diciéndome que te has cargado mi camisa?

—Espero que no fuera tu favorita. Bueno, te pones todas negras, qué más da. —Movió los hombros con desinterés y se arrepintió—. Yo no he dicho eso.

Otro paso, y ya casi estaba encima de ella, pues detrás tenía el panel desde donde trabajaba con Aura. Se me aceleró la respiración, y también aprecié que su pecho subía y bajaba frenético. Me fijé demasiado en ese escote, en su garganta. «Naím, por lo que más quieras, para».

—¿Sabes cuánto vale esa camisa?

—No lo sé, pero la inversión de esta ha sido de veinte pavos en Primark.

Contuve la risa mordiéndome la lengua con los dientes. Fue una mueca que pasó desapercibida para ella y que pareció que estaba más enfadado, aunque en realidad no era así y tampoco comprendí por qué actuaba de aquella manera con ella. No tenía sentido.

—¿Y eres capaz de seguir llamándome señor Montero?

Entrecerró los ojos, se irguió, quedándose más cerca y ocasionando que me dieran ganas de dar un paso atrás a mí. No lo hice. Tampoco cuando me estampó, literalmente, la camisa en el pecho.

—No pienso autodespedirme por una camisa. La culpa fue tuya por frenar en seco, así que te guardas la camisa rosa, la aceptas sin rechistar y luego la tiras si quieres. —Fui a interrumpirla y levantó un dedo—: Y gracias por concederme la licencia de tutearte, porque parece que estoy hablando con mi jefe de setenta años.

La escuché rumiar un «Que casi».

—No te he dado licencia para tutearme, aunque llevas haciéndolo desde que me tiraste el café en lo alto. ¿Y qué has dicho? No hace falta que murmures.

Se giró para volver a sus quehaceres.

—Me ha dicho Catriel que el proyecto corría prisa y había que tenerlo listo en dos semanas. Una y media ya. —«Bendito amigo mío»—. Yo he aligerado por las noches en casa y estos dos días he salido un poco más tarde. No he podido decirte nada porque no estabas, pero termino de calibrarme con Aura y nos ponemos al día.

Me pegué a su espalda.

—¿Has insinuado que tengo setenta años?

—A trabajar. —Se colocó el guante y me ignoró—. Catriel me ha dicho también que ibas a comentarme el sitio donde estrenaremos el proyecto, para coordinarlo todo mañana con producción.

La corriente regresó. Esa que notaba en las manos, que me provocaba el mismo escalofrío que le había dado a ella en cuanto se detuvo a mirar los paneles.

—La primera norma es que me contestes cada vez que te pregunte.

Estaba detrás de ella, sin moverme, demasiado cerca y empezando a marearme por aquel olor dulzón que, lejos de normal, me encantaba. ¿Por qué narices me encantaba si siempre había odiado ese olor?

Me miró, asintió, pero no respondió. Eso me ofuscó, al no entenderme ni yo. Parecía un niño con una pataleta. Me reprendí mentalmente para dejar de hacer el idiota y comportarme como el jefe que era sin entrar al trapo de cada puya. Puyas que eran propiciadas por mí, en su gran mayoría. Pero ¿qué hacía provocándola?

Naiara se centró en las cuatro pantallas que despuntaron frente a ella. Las observó como si no estuviera, levantó las manos y comenzó a mover los niveles de calibración con Aura, sin esperarme y sin

saber que era yo quien tenía que darle el último acceso para que se verificara.

—Ya he vuelto —la informó, y pasó de mi culo.

De nuevo, me reprendí e intenté no tomármelo a lo personal. No me moví de detrás de ella y eso provocó que deslizara la mirada por sus hombros desnudos y apreciase su piel erizada por mi proximidad. ¿Por qué ocurría eso? ¿Por qué a mí me pasaba lo mismo? Me tiré del cuello de la camisa incómodo. Bajé la mano corriendo al saber que me había cazado por el reflejo. ¡Aquello era absurdo!

—Comprobando los niveles de calibración de NeónNai. Estás un poco alterada, ¿va todo bien?, ¿deseas hacer una pausa?

—Estoy bien. Sigue —le pidió de carrerilla.

—He comprobado tu entrada y hoy has accedido a Veritas a las seis y media. Quizá sí es necesario que tomes un descanso, NeónNai.

Contuve una sonrisa; a Aura no se le escapaba una. Naiara carraspeó. Y yo me atreví a ser más canalla que nunca.

Di el único paso que nos separaba, pegándome completamente a su espalda. Ahora sí, ni siquiera una mosca podría pasar entre nosotros. Sentí sus hombros pegados a mi pecho, y aquel olor tan característico me mareó. Al contrario de todo lo que pensé que ocurriría, no fue una sensación mala, sino agradable. Y eso me asustó.

—¿Qué hacías aquí a las seis y media de la mañana? Entras a las nueve.

—Trabajar —me contestó tajante.

—A ver si también vas a llamarme explotador. —Apretó los labios y no me respondió. La vi entrecerrar los ojos de nuevo—. ¿Llevas lentillas?

Levanté la mano izquierda para romper la extrema tensión que se había creado entre los dos. Me dio la sensación de que faltaba el aire, de que no conseguía pasarme bien a los pulmones o de que el ambiente estaba raro. ¿O era yo?

—No.

Intuí que solo quiso contestar a lo segundo. Estaba siendo una borde.

—Aura, ya estoy aquí para que podamos calibrar a Naiara. —La siguiente pregunta fue para ella—: ¿Y por qué no llevas las gafas puestas?

Coloqué la palma de la mano en el sensor para que detectara mis huellas y enseguida se puso de color azul, marcando cada una de mis líneas. Vi sus ojos iluminarse con el color, observándolo con expectación y fascinación.

—Hola, Naím. Comprobando las calibraciones. Por favor, NeónNai, colócate en la posición correcta para comenzar.

Giró el rostro a la izquierda para mirarme y nos quedamos muy cerca. Mucho. Tanto que me fue inevitable fijarme en sus labios esponjosos, rosas, apetecibles y prohibidos. Prohibidos porque no besaría a otra mujer que no fuera Vega. Nunca.

Y ella miró al mismo punto que yo: a mi boca.

—Las llevaré el mes que viene a la óptica. ¿Nos ponemos con esto, porfa? Tengo bastante trabajo.

Leí entrelíneas y me callé. Ya sabía lo que tenía que hacer desde el primer día.

Me quedé eclipsado por su belleza, sin poder desviar la atención de aquellos ojos tan azules, de su mirada tan suspicaz, de la chispa que desprendía. De toda ella. Era la abstinencia lo que me hacía comportarme como un impertinente. Seguro.

—A ver si te piensas que yo solo tengo que estar aquí, admirándote.

Alzó ambas cejas y el movimiento me hizo gracia, pese a que la contuve.

—Pues lo parece.

—Voy a tocarte.

—¿Dónde?

Ahora el que enarcó una ceja fui yo y parecí retarla. La tensión que flotaba entre los dos no era normal, pero es que encima se me sumó un problema mucho más grande que llevaba un año sin aparecer. Y casi me da un infarto cuando fui consciente de ello.

Intenté ocultarlo de la mejor manera que sabía, alcancé su muñeca izquierda, viendo una sonrisa divertida en su rostro, y me separé dando un paso atrás de manera disimulada.

Se me había levantado.

No podía ser.

Contra todo pronóstico, mantuve el temple e hice unas cuantas respiraciones antes de entrar en pánico. Lo único que me faltaba era salir corriendo despavorido de mi propio despacho en busca de Catriel para contarle el dilema.

Lo peor fue que, al sujetar su muñeca, aquello pareció endurecerse mucho más. La garganta se me cerró y le planté la mano con brusquedad en el mismo sitio en el que yo la había dejado para que Aura la reconociera.

—¡Au! Si lo llego a saber, no te doy permiso para que me toques —bromeó y yo gruñí.

A continuación, con la mano que tenía libre sujeté sus mejillas y le giré el rostro en un movimiento brusco para que mirara al frente. Fue ahí donde nuestros ojos se encontraron a través del cristal de la opacidad.

Los míos reflejaban a un titán, aunque por dentro estaba hecho un flan.

Los de ella reflejaban a una fiera, aunque por dentro temblara como una gelatina.

Éramos dos mentirosos que trabajaríamos codo con codo si queríamos que el Proyecto 360 viese la luz.

Me había empalmado.

Es que no podía creérmelo después de casi un año.

Empecé a sudar.

—No te muevas de ahí —casi le ladré.

—Cualquiera lo hace. Casi me desplazas dos vértebras.

—Eso no es verdad.

—Aprovechón.

Bufé, aunque lo peor de todo es que también me hizo gracia. Ya me había llamado «abusón» y «aprovechón» y nos conocíamos de tres días. Ni las personas que llevaban trabajando media vida conmigo se habían atrevido a tanto.

La entrepierna no aflojaba, al contrario, cada vez se ponía más dura. Y yo cada vez sudaba más.

—Hablando de aprovechar, no sé si lo leíste en el contrato, pero te recuerdo que las relaciones entre el personal están prohibidas.

Giró la cabeza de nuevo, solo que esta vez como si la hubiera poseído el demonio. El giro fue tan rápido que su cintura chocó con mi miembro y me aparté de inmediato. Había tenido que notarlo por huevos. Juro que no cerré los ojos porque se me habría visto desesperado, y di gracias a que los años me habían enseñado a mantener el tipo de cara a la galería.

—¿De qué relaciones y de qué hostias me estás hablando?

—No te muevas —le dije hosco, y la giré con rapidez de cara al panel cuando Aura pitó indicando que algo no iba bien.

—Que me contestes.

—Te voy a contestar como lo has hecho tú.

—¿En el contrato también pone que te pase mi lista de emergencias para que sepas a quién me cepillo?

Me pilló desprevenido y me jodió que me molestara. ¿Y a mí qué me importaba su lista? ¿Qué lista? «Naím, hemos terminado de hablar. Busca a Catriel, algo pasa».

—No. Ya te he dicho lo que pone en el contrato. No quiero a novietes montando un pollo de celos en la oficina. —Salí por la tangente.

Intentó girarse de nuevo, pero entrecerré los ojos y gruñí como un animal. Pareció pillarlo de inmediato. Imitó mi gruñido y miró al frente con altanería. Me pareció un gesto de lo más curioso, porque me demostró que no le intimidaba, y eso solo quería decir que íbamos a llevarnos regular.

—La lista de emergencias no es de novietes. Aunque, claro, tú no tienes pinta de eso.

Me sentó como una patada en los higadillos. Tuve la intención de dar un paso al frente y me arrepentí de inmediato al ver que el bulto

no bajaba. «Amigo, ¿qué sucede?».

—¿Qué quiere decir que yo no soy de esos? —escupí.

Sonrió malévola.

—Completando la calibración.

Y, por Dios, que Aura terminara ya de calibrar que necesitaba sentarme en la silla para serenarme. Vi cómo la condenada sonreía, y antes de contestar chasqueó la lengua con una chulería innata y se retiró parte de aquel pelo perfecto sobre el hombro derecho, privándome de la visión.

—La lista de emergencias es para los que te dan como cajón que no cierra.

Juro que me quedé sin habla. No sé durante cuántos segundos seguidos. No me lo esperé, desde luego. No le había dado esa confianza, ella a mí tampoco. La culpa había sido mía por preguntar lo que no debía y… Solo balbuceé una palabra:

—¿Qué?

Como un idiota.

Naiara abrió los ojos tanto que casi se le salieron de las cuencas. Entonces, comprendí que a lo mejor a ella también le ocurría y las licencias que los dos estábamos tomándonos era por algo por lo que ninguno comprendía. Le subieron unos coloretes que tiñeron sus mejillas de inmediato, se dio la vuelta muy veloz y el paso que nos separaba lo unió.

Casi me da una apoplejía.

—El sistema tiene que comenzar de nuevo. La calibración no ha sido satisfactoria. NeónNai, debes descansar para que tu ritmo cardiaco descienda y podamos hacerlo con tranquilidad.

Más colorada se puso. Otro paso que di atrás. Pero Naiara no escuchaba a Aura, solo me miraba con los ojos muy abiertos y las palmas en alto. Y yo sentí unos instintos que habían estado muertos mucho tiempo. El corazón me bombeó con fuerza en el pecho, y deseé que Aura no hiciera ningún comentario al respecto.

—No he querido decir eso. ¡No he querido decir eso! ¡A ver! —Me pidió un segundo cuando se llevó una mano a los ojos y los cerró—. ¿Cómo se te ocurre, Nai? —se reprendió.

Tuvo el valor de mirarme y la situación me divirtió mucho más, aunque no lo demostrase. Necesitaba otra distracción para bajarme el empalme como fuera.

—¿Estás así por desvelarme lo de tu lista de emergencias? —Me crucé de brazos al hacerle referencia a lo que acababa de decir Aura sobre su corazón—. Tranquila, tu secreto está a salvo.

Se quedó fija en mí, sin parpadear, puso sus manos en jarra y añadió:

—Vale. Estás cachondeándote de mí.

—No. No voy a publicar en el calendario de la empresa tus gustos.

Me mostró la sorpresa con un movimiento de cejas.

—¿El qué? —Hizo una pausa y nos retamos con la mirada—. ¿Que me gusta que me den como cajón que no cierra?

Negué con la cabeza y me giré para sentarme en el sillón a serenarme. Me notaba el jodido pulso en la garganta. La conversación se nos iba de las manos, y el problema era que yo seguía echándole leña al fuego para que no parase.

—No pienso tener esta conversación contigo.

La escuché caminar en mi dirección con los pasos acelerados.

—Te ibas a reír —apuntó—. ¡No me lo creo! ¡Te ibas a reír! —repitió, y aguanté no hacerlo—. ¡Naím!

Me senté y respiré agónico al llegar. Naiara se detuvo en el lateral de la mesa, plantó las manos en el cristal, y juro por Dios que no quise fijarme en el escote que le marcaba unas tetas perfectas, ni grandes ni pequeñas, pero las vi. Me llevé las manos a la cara como si me estuviera desesperando, acto mentiroso, porque el que se desesperaba era yo, y le solté huraño:

—A trabajar. Y recuerda nuestro acuerdo: sin respirar.

—Entonces me muero.

—Pues muérete en silencio.

—¡Eres un borde!

Era como nosotros. Por Dios, era como Catriel y como yo. ¿Cuántas posibilidades había en el mundo de encontrarse a una persona afín? Aparté las manos de mi cara y fui a lanzarle una amenaza muda, pero dos golpes en la puerta se oyeron y ambos miramos hacia ese punto.

Y lo que no sabía yo era que estaba a punto de presenciar una lucha de egos, o de celos, ya no sabía.

10

Primera enemiga



NAIARA

Me giré veloz para ver a quién le daba paso el guaperas borde de mi jefe. Me sonaba de haberla visto en la planta de Catriel, de lejos, y observándome con un pelín de mala cara. Era evidente que no iba a llevarme bien con todo el edificio.

—Eva. —Ese fue el saludo seco de Naím.

—Señor Montero, aquí tiene la correspondencia urgente. —Me miró de reojo y fatal. No aparté las manos de la mesa del jefe, por joder—. No la he abierto. El señor Cortés me comentó que lo trajera a su despacho de manera inmediata. También tengo dos citas de reuniones más para el lunes, para que me las confirme y pueda agendarlas. Le he llamado, pero no he obtenido respuesta.

Naím extendió la mano y aceptó los sobres de Veritas y dos papeles doblados que le entregó. En esa segunda afirmación de la tal Eva, también hubo implícita una mirada de asco a mi persona.

¿Qué le había hecho yo a la capulla? Olía a que quería follarse al jefe a distancia.

La mujer lucía un pelo liso, por los hombros, castaño claro, igual que sus ojos, un vestido negro con el logotipo de la empresa en blanco, como iban todos los que estaban en administración o de cara al público en Veritas, unos taconazos blancos que, mínimo, medían siete centímetros —eran los típicos con los que caías de boca—, pero que la tía llevaba con un glamour que más quisiera yo, e iba maquillada con esmero. Eva seguro que se levantaba a las seis de la mañana para ponerse esas sombras en los ojos, contando con que entrara a las nueve. No me cabía la menor duda.

El sonido de Naím sacando lo que me pareció una tarjeta de un papel me sacó de mi repaso. La intrusa me contempló, preguntándome de manera muda si había terminado de repasarla de pies a cabeza.

—¿Cómo tenemos el lunes, Naiara?

Lo miré de inmediato. ¿Y yo qué coño sabía?

—¿El lunes?

Me observó con arrogancia y Eva se vanaglorió porque olió la bronca a distancia.

—Claro. Tú llevas el proyecto y también a mí contigo. —Eso me gustó y sonreí cabrona. Él lo pilló, porque era un zorro de la calle—. Debes saber cuándo puedo o no reunirme.

—Pero el lunes vienen algunos cargos importantes que precisan de sus atenciones, señor Montero.

—Puede encargarse Catriel —le dijo sin mirarla.

Con un golpe de cabeza me indicó que esperaba una respuesta. Me puse más tiesa que una escoba, moví parte de mi pelo hacia

atrás con un movimiento seco, en un acto chulesco, y le contesté a la recién llegada:

—El lunes está ocupadísimo, Eva.

Naím me contemplaba a mí, y yo sabía que disimulaba una risa. Eva me observaba con ganas de asesinarme y yo lo hacía con ella, solo que muy al contrario de sus sentimientos. Los míos eran más de triunfo. Naím le tendió los documentos de la reunión, arrastrándolos por la mesa.

—Pídele a Catriel que te los mire y pide un taxi para Naiara en quince minutos.

Naím retomó sus carpetas.

—¿Para mí? ¿Adónde voy?

—A dejar las gafas en la óptica —añadió tajante.

—Puedo hacerlo después… —Levantó la cabeza con una clara advertencia—. A la óptica. Voy a la óptica.

La voz firme, letal y celosa de Eva me hizo mirarla. El jefe se quedó con unos papeles a media altura, después de su respuesta dirigida a mí:

—Tienes una parada de taxis a dos calles de aquí. ¿No conoces los alrededores?

Le sonreí con falsedad. Sentía los ojos de Naím moverse de una a otra.

—Sí. Sé dónde está la parada, vengo todos los días.

Chasqueó la lengua con desagrado, en una mueca altanera.

—Ah, claro, que tampoco conducirás. —Le salió una risa típica de las personas clasistas. No entendí por qué iba a adivinar que no conducía, pero lo dejé pasar—. También tienes una app para pedirlos.

Fui a contestar, pero Naím se me adelantó:

—Y yo te he dicho que descuelgues el teléfono y le pidas el taxi a Naiara en quince minutos en la puerta. En la puerta, Eva.

Ella se quedó anclada, sin moverse del sitio, seguramente por el tono que no habría esperado de Naím. Yo lo contemplé. Lo que menos me apetecía era echarme enemigos en el tercer día de trabajo, y tenía toda la pinta.

—No hace falta, yo lo pedir…

Me interrumpió:

—Puedes marcharte, Eva. En quince minutos quiero el taxi —le exigió taxativo.

La interpelada asintió, me aniquiló con la mirada, y yo seguí sus pasos hasta que desapareció con cara de póquer. Un segundo después ya tenía a mi jefe repanchigado en el sillón, tamborileando una mano sobre la mesa y contemplándome.

—¿Qué le has hecho?

—¡¿Yo?! —Me señalé—. ¡Has sido tú!

—¿Yo? —Se apuntó con el dedo, ofuscado.

No cambió el semblante de pedante con puñales.

—He dicho que me pedía el taxi yo, Eminencia —le dije con enfado.

Me crucé de brazos y las tetas subieron irremediablemente. Tetas que él había mirado más de una vez de refilón.

—No quiero novietes en la oficina, y tampoco quiero peleas entre trabajadores.

Me descrucé de brazos, dispuesta a separarme de la mesa y a poner distancia entre los dos. La necesitábamos, o quizá solo era algo que estaba sintiendo yo. No. Solo yo no, porque había notado

un enorme bulto en medio de sus piernas cuando nos habíamos rozado. Si su amiguito estaba así normalmente, iba a ser difícil concentrarnos trabajando.

—Tranquilo, le arrancaré el pelo en silencio —murmuré mirándome las uñas de una mano.

—¿Qué has dicho? —rugió.

Lo observé con gracia y conteniendo una carcajada me separé.

—Nada.

—Naiara…

—Naím…

Me giré para que no me viera, fui a mi mesa cerca de la ventana y sentí sus ojos clavados en mi espalda. Ahí seguía la camisa rosa. Sonreí. Puede que no se la pusiera jamás, no obstante, yo intentaría que se quitase ese negro cuervo, como lo llamaba Catriel, para que tuviera más alegría y menos amargura.

Lo peor de todo era que me ponía mucho y muy cerda, y yo no podía pensar así de mi jefe, porque no me concentraba cuando trabajábamos juntos. Solo pensaba en las cincuenta maneras de quitarle la camisa con los dientes, de pasarle la lengua por esos abdominales que marcaban su vientre, seguir hacia abajo y descubrir el tamaño de… «¡¡Naiara, tu puta madre, hija!!». Solté el aire de golpe, ruidosamente y sin anestesia. Sí, también me gustaba mucho inventar y tenía que frenarme a base de regañar.

—El taxi no espera eternamente.

Me quedé sin respiración y con las dos manos a media altura, a punto de darme un ictus cuando lo oí en mi oreja izquierda.

—Tienes un puto graduado en cortesía de ogro con nivel fantasmal ¿o qué?

Giré el rostro hacia ese lado, encontrándomelo. También mordisquearía ese mentón de barba incipiente y me comería su boca muchas muchas veces.

—¿Acabas de llamarme ogro y fantasma en una misma frase?

—Casi me matas de un susto —me excusé.

—¿Sabes que eso es motivo de despido?

Puse los ojos en blanco. De nuevo, aprecié que una comisura de su labio intentaba levantarse y él la reprimía.

—Si me despides, te denuncio. —Negó con la cabeza, dándome a entender que no tenía sentido lo que le había dicho y le aclaré—: Por asustón.

Se tocó la muela con la lengua. Vi el recorrido con claridad desde fuera y deseé ser esa muela. Extendió sobre la mesa una tarjeta negra con el logotipo de la empresa y mi nombre, hasta que llegó a la altura de mis ojos.

—Esta visa es de la empresa. Puedes y debes usarla para todo: transporte para venir a trabajar, comidas, cafés, incluso los que traes por la mañana, y todos los gastos que surjan. Incluidas las gafas que te rompió el técnico de seguridad. No necesito justificantes ni facturas, de eso se encargan desde administración.

Boqueé como un pez, sin saber qué decirle. Él solo me observó. Al ver que no cogía la tarjeta, alcanzó mi muñeca izquierda, me la plantó en la mano y cerró mis dedos, envolviéndolos con los suyos. No logré identificar lo que ese simple gesto me hizo sentir, lo que experimenté. La piel se me erizó y Naím se dio cuenta de ello.

—Pero… Yo…

—El taxi —rugió malhumorado, me soltó y se giró para marcharse.

Contemplé la tarjeta con estupor. Y me sentí mal.

Los dos días en los que Naím no había aparecido, y Catriel lo había hecho de manera esporádica, había tenido tiempo suficiente para copiar en el lápiz de memoria la información que me daría los doce mil euros necesarios para el tratamiento experimental de Nailani. El resto ya vería cómo lo haría, pero lo que sí tenía claro era que no deseaba poner en riesgo un trabajo en el que me encontraba como en casa. Aquello me apasionaba, había encontrado un lugar en el que por fin la tecnología era mi aliada y podía disfrutarla como siempre había querido, y no siendo una simple hacker que hacía las cosas más mal que bien.

Y, sin embargo, me habían bastado diez minutos en dos plantas distintas para disponer de algunos datos parciales de clientes y proveedores, con nombres y contratos básicos, un par de accesos secundarios de cuentas de empleados con permisos limitados, un esquema general del organigrama de VeritasVR y algunos movimientos bancarios recientes, pues, esas, sin excepciones, habían sido las peticiones de Valeria Leus, la competencia.

Realmente pensé que nada ni nadie podría hacerle daño a Naím en su imperio, por mucho que hablaran de él o por mucho que fuera noticia en algunos de los lugares más reconocidos de Madrid. Hablaban de él en cada esquina, y, desde que murió su mujer, solo se escuchaba que vivía como un millonario atormentado que invertía parte de su dinero en pérdidas o que desviaba fondos para bandas criminales de Madrid. Se decía de todo.

—Naím —lo llamé sin girarme, con un tono más bajo de lo habitual. Gruñó como respuesta—. ¿Saldremos muy tarde después? No me importa, es solo que quiero ir a…

—Haz lo que tengas que hacer después de dejar las gafas, y vuelves.

Asentí. No sé si vio el movimiento o no, pero eso me bastó para recoger mi bolso y girarme en dirección a la salida. Me detuve antes de alcanzar la puerta, con un revuelo de energía y de sentimientos extraño. Lo enfrenté.

—¿Quieres que te traiga algo?

Levantó la cabeza de la carpeta que ojeaba en su mano, pareciéndome más prohibido incluso que antes. Más enigmático, más depredador, aunque él no se diera cuenta de ese detalle.

—Sí.

—Tú dirás.

Le costó decirlo en voz alta. Me sorprendió, no voy a negarlo. Cerró la carpeta de golpe, apoyó las manos sobre la mesa y me dejó estupefacta cuando me soltó:

—Pasa por tu casa y coge una bolsa con ropa. Cuando vengas, nos vamos a la mía. —Mostré mi desconcierto al abrir los ojos—. No es lo que estás pensando.

—No me has contratado de secretaria calentorra. Lo sabes, ¿no?

—¡Naiara! —bramó.

Aquello me dio gas para sacarlo de sus casillas. También se había convertido en mi hobby favorito.

—Te ha molado lo de la lista de emergencias, ¿a que sí?

—Para. —Me señaló con el dedo.

Yo me hice la interesante. Menuda capulla.

—Lamento decirte que no entras dentro de mi prototipo de hombre.

Apretó las muelas tanto que pensé que le estallarían. Señaló la puerta, indicándome que me marchase. No obedecí, lo contemplé con una sonrisa traviesa y ganas de gresca. Sus ojos hablaban y me decían la verdad. Las situaciones así lo divertían, aunque quisiera camuflarlo. Esta en particular había herido su ego de macho.

—Largo.

—¿De aquí o de la lista?

—¡¡Naiara!!

Solté una pequeña risita, me giré y salí del despacho con una alegría renovada. Tal vez, y solo tal vez, si el señor Montero me hubiera hecho ojitos, yo ya sería suya a la primera de cambio. Estaba bueno, y yo falta de sexo. Eso era así y punto.

Me tomé la licencia de bajar por el ascensor y, para cuando llegué a la calle, mi taxi no estaba. Era algo que también sabía. La zorrasca de Eva no iba a ponerme las cosas fáciles, pero me daba igual. Caminaría hasta la parada más cercana y me marcharía.

Salí del edificio, tomé la primera calle y me llevé un susto de órdago al encontrarme allí a Catriel.

—¿Adónde va mi escandinava favorita?

—Será porque no tienes otras —repuse con media sonrisa y continué mi paso—. Tengo un poco de prisa, Matón de Diseño.

—Tengo que salir. —Se hizo el interesante y se miró el reloj, cruzándose en mi camino hasta detenerme—. ¿Te llevo a algún sitio?

—No te preocupes, cogeré un taxi.

Lo adelanté, pero él fue más insistente:

—Te llevo. No me supone nada. —Extendió una mano hacia la derecha con media sonrisa—. ¿Vamos?

Y esa sonrisa ocultaba algo. Yo también sabía leer entre líneas y tanta insistencia repentina no colaba. No hice más hincapié en irme en el taxi y acepté con un breve cabeceo marcharme con él. Lo seguí sin mediar palabra hasta el interior de las oficinas, nos montamos en el ascensor de nuevo y descendimos hasta el garaje privado.

—¿Te ha comido la lengua el gato hoy?

Lo contemplé cuando las puertas se abrieron. Allí había solo dos coches: el suyo y el de Naím. No había que ser un experto para saber que nadie más de la empresa podía permitirse aquellos carrazos. Por no hablar de que estaban en una zona más reservada, apartados del resto del aparcamiento de los trabajadores. Se encontraban separados por un panel de hierro con pequeños agujeritos, lo que hacía inviable que nadie se colase.

—Estaba dándote los segundos suficientes para que recabases saliva —me jacté y rio ronco.

Esa mañana iba guapísimo, con un traje azul oscuro y una camisa celeste que resaltaba aquellos ojos tan iguales a los míos.

—Ya me parecía a mí. ¿Has hecho amigos?

El coche se abrió solo cuando se acercó a él. No quise hacerme la sorprendida, pero era una máquina, de la cual no sabía la marca, y de la que la mayoría de la gente se quedaría mirando según circulaba. Me detuve en mi puerta.

—Y enemigos, no te creas.

Se quitó la chaqueta, abrió la puerta y la lanzó dentro, sin dejar de mirarme con asombro.

—¿Enemigos? Pero ¿tú de dónde vienes, escandinava?

Solté un bufido por la nariz en forma de risa. Ahí iba la primera. Catriel en apariencia parecía no haber roto un plato y era el tío que cualquiera querría meter en su cama y en su vida, pero en el fondo él tenía un plan. Pretendía sacarme información.

Había sido sensata, como cada vez que comenzaba en un nuevo puesto. No daba más datos de los necesarios e intentaba por todos los medios que se desconocieran situaciones de mi vida personal. No por mí. Yo no tenía vida, tristemente. Lo hacía por proteger a Nailani. Era cierto que había tenido trabajos de mierda en los que su vida no corría peligro, aun así, me había parecido lo correcto apartarla del mundo hasta que se pusiera bien. Hasta que se curase. Porque iba a curarse.

Y, sin embargo, con aquellos dos hombres, había algo que me empujaba a confiar en ellos. A dejarme caer entre sus manos si era necesario, y, de hecho, había estado a punto de contarle a Naím que iba al hospital. A no rebatir ni esforzarme por hacerlo todo sola, de ahí que quizá no hubiera barajado las opciones para después de pagar la reserva del tratamiento de Nailani. De ahí que lo hubiera dejado para un posible: «Ya veremos cómo lo hacemos», pero sí saliéndome de los asuntos turbios de la señora Valeria. Esa mujer era el demonio, y creí haber aceptado el trabajo equivocado.

Me había encargado también con cuidado de borrar cualquier rastro que en el día de mañana me involucrara con posibles represalias por parte de Nexusi, y todo eso iba a dejarlo más que preparado en cuanto llegara a mi estudio y limpiara el lápiz que debía entregarle a la señora.

—La chica que tienes en administración, Eva —repunté para que supiera de quién hablábamos y me subí—, quiere follarse a tu jefe.

Rio abiertamente y arrancó. La bestia rugió como tal. Madre mía, qué bien olía el coche.

—Y entiendo que ha visto una competencia en ti. Porque tú no quieres follarte al jefazo.

Lo miré de sopetón mientras tomaba la salida.

—Catriel, ¡claro que no quiero cepillarme a Naím! ¿Te estás escuchando? —Un diminuto «Ajá» salió de su boca—. Además, ya le he dejado claro que no es mi tipo.

Frenó en seco antes de salir de la rampa, se giró en el asiento y levantó la mano para que hablara.

—¿Cómo ha sido eso? —Entrecerré los ojos sin entenderlo—. ¿Por qué le has dicho que no es tu tipo? ¿Cómo que Naím no es tu tipo? ¿Y quién es tu tipo, condenada? ¡¿No será Axel?!

Me llevé la mano al puente de la nariz por el avasallamiento de preguntas y le solté lo que pensaba:

—¿Por qué me preguntas a mí cómo ha salido esa conversación y no a él?

—Porque estoy hablando contigo, obvio.

—Llego tarde —le recordé—. Naím está esperándome para que vayamos a su casa y tengo que ir a la mía a recoger ropa y todo.

—¡¡¿Que te vas a la casa del jefazo?!! ¿A qué?, ¿no era el señor Montero?, ¿te ha dejado que lo tutees al final? No conozco a nadie en la empresa que lo haga.

Estaba expectante y yo me encontraba anonadada de tanta pregunta, lo cual reforzaba mi teoría sobre que los dos eran algo más que simple trabajador-jefe o mano derecha. Esos eran amigos. Y me jugaba el cuello.

—Pareces una metralleta, Catriel. No sé ni por dónde empezar.

Todo cambió a la velocidad del rayo, todavía en la rampa de Veritas y sin habernos movido de allí.

—Bájate del coche.

—¿Qué? —le pregunté estupefacta.

—Que te bajes del coche, cojones.

Dio marcha atrás y aparcó de nuevo.

—¿Cómo voy a bajarme del coche si estás conduciendo?

—Se me ha olvidado un asunto importante en el despacho —se excusó, o a mí me sonó a eso.

Sacó su teléfono y marcó. Alguien descolgó al otro lado de la línea y le ordenó:

—Eva —puse los ojos en blanco de manera irremediable; estaba haciendo mucho eso—, en un minuto quiero un taxi en la puerta para Naiara. Un minuto.

Y colgó.

—Lamento decirte que Eva tenía que haberme pedido uno hace veinte, y no lo ha llamado. —Frunció el ceño—. Te he dicho que se ha convertido en mi enemiga porque quiere follarse a tu jefe. No me has dejado explicarme.

Movió un solo dedo y sentenció:

—Bájate del coche y sube tu trasero hasta la calle. Si el taxi no está, me llamas.

Chasqueé la lengua y abrí la puerta. ¿Qué coño le sucedía? ¿Y cómo iba a llamarlo si no tenía su teléfono? Bah. Agarré mi bolso y comencé a caminar por la rampa, sin esperarlo y sin despedirme. ¿Para qué me hacía perder el tiempo? Me llamó a grito pelado, a lo que respondí elevando un dedo en el aire para darle a entender que estaba bien.

En esa ocasión, el taxi sí estaba allí, y lo primero que hice fue poner rumbo al hospital antes siquiera de parar en el estudio. Tenía la óptica en la misma calle y solo me quedaría correr para no tardar en exceso. Tiraría de la tarjeta que me había dado Naím, con reparo porque no estaba acostumbrada, pero era eso o las piernas, pues me quedaban dos viajes en el metro y se acabó.

Había rebuscado toda la chatarrilla en casa, después de comprarle la camisa a Naím. Tras eso, y viendo que tenía que llevar los dos cafés a Catriel y a Naím, me había tocado pedirle algunas propinas que Nailani guardaba en el hospital de las enfermeras. Algunos días le pasaban la mano para que pudieran comprarse chuches en una tiendecilla que había en la entrada. Con todas y con esas, me quedaban dos con cincuenta para terminar el mes, al que le quedaban las dos semanas finales de septiembre.

Un suplicio.

Debía valorar las opciones de meterme a puta como extra o para situaciones complicadas de ese calibre. «Ya no vas a tenerlas. No seas pesimista», me decía constantemente, pero cambiar el pensamiento intrusivo era complicado.

Aterricé corriendo en la puerta de mi hermana, con el pulso en la garganta y la respiración a tres mil. Me notaba asfixiada y a punto de desmayarme.

—Cloc, cloc —llamé despacio, con nuestra contraseña particular.

—Cloc, cloc. —Escuché y sonreí.

Entré como un huracán, levanté los brazos en señal de triunfo porque había conseguido mi meta, que era llegar allí, solté el bolso, me desinfecté las manos en el dispensador de la entrada y corrí para

abrazarme a ella, que estaba sentada en un enorme butacón viendo los dibujos y desayunando.

—¡Hola, Nai! ¿Qué bollito te ha tocado hoy? —se interesó.

Sonreí. Desde que había llegado a Veritas, me encontraba en mi mesa todas las mañanas un café con azúcar y un dulce de la pastelería que había en la acera de enfrente, recién hecho.

—El de crema.

—¡Og! —Se relamió—. Y tú vas y le regalas una camisa rosa. ¿Qué te ha dicho?

—No me ha despedido. —La besé en la frente y la abracé como a un osito—. Y no es mi jefe el que me pone el desayuno en la mesa.

—Nooo. ¡Claro que es él, pava!

Un pensamiento fugaz me atenazó. No sabía quién lo hacía, pero si era Naím… ¿Por qué? No, no podía ser él.

—No es él, deja de buscar historias de amor en mi trabajo.

—Bueno, pues entonces será el rubio guaperas.

—¿Catriel? —Me reí de lo irónico que sonaba eso, después de que me hubiera echado casi a patadas de su coche—. No lo veo tan detallista. ¿Cómo estás?

—Mmm… —Se golpeó la barbilla—. Pues entonces ha sido el chico nuevo, ¡Axel!

—¡Nai! ¡Para ya!

—A alguien tienes que gustarle mucho para que sea tan detallista.

—Eres una romanticona, y lamento decirte que no. Venga, cuéntame qué has hecho hoy, que el finde no voy a poder venir.

—¿Por qué?

—Tengo que trabajar en el proyecto chulo que te conté. Y me iré con Naím a su casa para definirlo. No nos quedan muchos días.

Abrió la boca con sorpresa, me mostró una sonrisa impropia de una niña de diez años y me preguntó con coloretes:

—¿Te va a besar?

—¡¡Nai!!

No sabía yo que un fin de semana pudiera cundir tanto para todo.

Para que fuera inolvidable.

Para que me hiciera pensar.

Para que me hiciera dudar.

11

La caña



NAÍM

Me encontraba dándole golpes al bolígrafo sobre el cristal cuando la puerta del despacho se abrió como si entrase un tornado por ella. No me molesté ni en levantar la vista para saber que se trataba de Catriel, quien, por cierto, venía hasta sin chaqueta.

—¡Tú, pedazo de cabrón!

También señalándome con el dedo. Solté el bolígrafo y me llevé las manos a la cara, con un temblor inusual en ellas. Me la froté, nervioso, y tiré de la corbata para deshacerme de ella.

—Aura, cierra la puerta y no dejes entrar a nadie.

—Sistema bloqueado, Naím.

Catriel llegó a la mesa con sus largas zancadas, dejó caer las manos y me miró, casi escupiendo. Extendió una mano para que aligerara con algo que no comprendí, hasta que me informó:

—Desembucha. ¿Por qué Eva quiere follarte?, ¿por qué la Khaleesi te ha dicho que no eres su prototipo de tío? y, muy importante, ¿por

qué te la llevas a tu casa?

Lo contemplé como si no lo viera.

—Me he empalmado, Catriel.

Abrió la boca. La cerró. Se sentó en la silla. Se pasó una mano por la boca. Me miró.

—No me lo esperaba.

—Ni yo —resolví.

Nos quedamos en silencio unos segundos; él con una mano en la barbilla y yo en la mía. Él asimilando mi comentario, y yo…, yo asimilando que algo estaba pasando, con la camisa rosa de Naiara sobre la mesa. Porque me había levantado para cogerla.

—Entiendo que tu camisa ha muerto. —No lo puso ni en duda.

—En un cubo con lejía.

Mi amigo respiró ruidosamente, estiró las manos, me pidió las mías con un golpe seco y se las entregué.

—Está bien, Naím. Esto —cabeceó hacia la camisa— es una señal para que abandones el luto. —Gruñí y él apretó mis manos—. Sí, es una señal, amigo, para que lo abandones, para que hagas tu puta vida, para que dejes de consumirte y para que seas el tío que yo conocí.

Le aparté la mirada.

—Ese tío del que hablas se murió hace un año.

—Ese tío del que hablo va a llevarse a una chati a su casa este fin de semana. Yo ya pensaba que te habían cambiado, pero veo que no.

Lo contemplé amenazante.

—No vayas por ahí, Catriel. —Me solté de su agarre—. Naiara viene a mi casa porque tú me dijiste que teníamos que lanzar el

proyecto ya. Vamos a trabajar. Fin.

—Y a follar.

—A trabajar —rugí.

—Y a follar. Porque te has empalmado. Con ella —recalcó—. Y a la escandinava le gustas. Me lo dice mi olfato de depredador.

—A ver si vas a tener un moco.

Nos miramos con seriedad. Y rompimos en una carcajada histérica con puñetazos y todo incluidos en la mesa. Estaba fuera de tono, pero es que me lo había puesto a huevo. Me limpié las lágrimas del ataque repentino, me serené y apoyé la cabeza en el sillón. Qué difícil era pasar un duelo, qué complicado era rehacer tu vida. Qué complicado era salir adelante.

—No quiero olvidarla.

Sus ojos brillaron y esperó unos segundos antes de contestarme:

—No vas a olvidar a Vega, Naím. Pero las pequeñas acciones van a ser las que te saquen del pozo en el que te has metido. Acciones pequeñas como ponerte una camisa rosa. —La elevó en el aire.

Me observé. Llevaba un año de negro. Incluso la ropa interior era negra, y se me revolvió el estómago al imaginarme de otros colores, como antes. El azul me apasionaba, por ejemplo. El azul como el color de los ojos de Naiara.

—Me siento mal cada vez que tengo un pensamiento así.

—¿Te refieres a un pensamiento hacia la Khaleesi? —Asentí—. Porque te gusta, Naím. Es normal que te gusten otras personas. Lo anormal es ser como tú y perdurar con el luto un jodido año.

—Pero yo quería a Vega. La quiero.

—Y nadie va a decir que dejes de quererla por desear a otra mujer. Eres humano, ¡hostias!

Tomé la determinación en ese momento de cambiar. De hacerlo por mí, por él, por su desesperación cada vez que salía el tema, pero sobre todo por ese momento en el que sí sabía que había posibilidades. Quizá Naiara solo era la cuerda que me sacaba del pozo, no lo sabía, y, sin embargo, debía intentarlo. Y mi primera acción ya la había llevado a cabo sin darme cuenta: llevar a una mujer a casa. A mi casa.

Catriel asintió, como si estuviera leyéndome el pensamiento.

—Ha sido sin pensar. En ningún momento he tenido intenciones de nada, te lo juro. —Pareció una excusa desesperada.

—Pero te la ha puesto dura.

—No sé cómo ha pasado eso —le aseguré obviando su tono bromista.

—Y yo no sé cómo no te has muerto de no usarla.

Extendió las manos de nuevo, buscando las mías. Se las acepté sin dudar, como de costumbre también. Mientras nos manteníamos en silencio, tomé una segunda decisión: donaría toda la ropa de Vega a un orfanato. Y empezaría con esa limpieza ese mismo fin de semana, cuando nos fuéramos a descansar. Total, con tres o cuatro horas me bastaba para dormir y así Naiara podría descansar más tiempo.

—¿Vas a contarme lo de Eva? —Fruncí el ceño—. La chati dice que te quiere follar. Esas han sido sus palabras.

—¿Eso te ha dicho el nuevo neón de la oficina?

—Desembucha, hijoputa.

Sonreí, Catriel se levantó y sirvió dos vasos de una bebida que estaba prohibida tan temprano, pero que agradecí. No solo le conté conforme habían ocurrido los hechos con Eva, sino todo lo anterior

con Naiara, pues para mí tenía mucha importancia, incluyendo que esa energía vibrante que sentía cada vez que estaba con ella me aseguraba que no solo me sucedía a mí. Lo veía en su piel de gallina. Lo había visto cada vez que ocurría. De ese tema saltamos a otro bien distinto, uno por el que no me había interesado hasta ese momento:

—¿Has averiguado dónde vive?

—No. Me ha parecido más importante venir a verte —objetó.

Naiara había omitido información en su currículo, y en su tarjeta sanitaria o DNI venía otra dirección que debía de ser antigua. La habíamos investigado y pertenecía a otra persona. Ahora era todo digital y había datos que no necesitábamos pedir, por lo que sonaba un poco raro que le preguntara la dirección de su casa, y yo ya empezaba a sentir curiosidad por más información suya. Como la tontería que le había soltado de los novietes en Veritas, con el fin de descubrir si tenía pareja o no. «Estás muy mal, Naím».

Se nos fue media mañana, o eso me pareció a mí, cuando se oyó la puerta de fondo, con dos toques en seco. Era ella.

—¿Naím?

Catriel me miró, elevó ambas cejas, se levantó y añadió antes de encaminarse hacia allí:

—Yo le daba aquí —tocó la mesa—, allí —señaló el sillón bajo, cercano a la mesa de Naiara— y después iba recorriendo todas las plantas hasta que llegase a mi casa. Fíjate lo que te digo. Iba a ponerme el primero en la puta lista de emergencias. Y, amigo, esa lista la quemaba. Sin alternativas.

Reí y negué con la cabeza, retomando mi seriedad. Paso a paso habría que trabajarlo todo, lo sabía, y le ordené a Aura que

desbloqueara la puerta y el despacho. Lo hizo de inmediato, y un breve clic sonó antes de que se abriera. Naiara entró con las mejillas rojas, la respiración entrecortada y el pecho subiéndole y bajándole deprisa.

—¿Se ha roto el ascensor, Khaleesi?

—He tardado lo menos que he podido —casi arrolló a Catriel; tiró el bolso de cualquier manera en su sillón—, y sabe Dios lo que he corrido. ¿Tú no te ibas? —El giro hacia mi amigo fue mordaz.

—Tenía que resolver unos asuntos, pero sí, ya me voy. Es viernes, chati, y el cuerpo lo sabe. —Se rascó la cabeza, con maldad. Lo conocía tan bien…—. Ah, tú no lo sabes, porque estás con el jefazo y trabajas.

Naiara entrecerró los ojos, sonrió con falsedad y le sacó el dedo corazón sin contemplaciones. No lo había advertido, pero la sintonía que esos dos transmitían me gustó. No era fácil caerle bien a Catriel ni que a ti te cayera bien Catriel. Él no se mostraba tan extrovertido con todo el mundo, a no ser que le dieras muy buena vibra, como él lo llamaba.

—Adiós, Matón de Diseño. Te deseo un bonito fin de semana rebozado en pinchos.

—Pero… —Fue a salir—. Pinchos de los que se pueden comer, ¿o qué tipo de pinchos? Porque por un pinchito yo interpreto muchas situaciones.

Ella apretó los labios, contuvo la risa y se giró de cara a mí, dándolo por perdido. Catriel me guiñó un ojo antes de salir y me tiró un beso que inmediatamente supe que se había quedado con ganas de darme. Naiara miró la camisa, colocada en mi mesa.

—¿Va todo bien? —me preguntó.

—¿Por qué tendría que ir mal, según tú?

Chasqueó la lengua.

—Eres un borde —añadió con su tono habitual de cansancio cada vez que me decía eso. Me hizo gracia y contuve la sonrisa—. Te has quitado la corbata, la camisa rosa está en tu mesa y hay dos vasos de whisky a la una de la tarde. Por favor, dime que no tengo que lidiar con un jefe borracho.

Me levanté del sillón, con la camisa en la mano.

—Yo no soy un borracho.

Ella se acercó.

—No te he dicho que lo seas, señor antipático. —Suspiró—. Si es porque la camisa te da urticaria, la tiro ahora mismo. Paso de quedarme sin trabajo.

—¿Has dejado las gafas?

—Sí, Eminencia.

—No me llames así, NeónNai.

Abrió la boca con sorpresa y, esa vez, la comisura del labio se me curvó. Caminé hacia la salida, escuchando cómo recogía el bolso, los papeles del proyecto que había medio ordenado de la mesa y corría para llegar a mí.

—¿Me has gastado una broma, Naím? —No le hice caso y abrí la puerta—. Naím, dime que es mentira. ¿Has tenido un amago de risa? —Se coló por el lateral, hasta situarse delante de mí. La miré cuando elevó las manos a la altura de mi pecho, sin llegar a tocarme —. Sé que no debo ponerte una mano encima, y lo respeto, pero contéstame.

—Al ascensor.

Soltó el aire con enfado y se introdujo en el cubículo, con el ceño fruncido. Genial, íbamos a tener un fin de semana interesante. No me dio margen ni a llegar al garaje.

—Si vamos a compartir un fin de semana juntos, mínimo tendremos que establecer unas normas.

Giré el cuello muy despacio para mirarla.

—¿Normas?

—Sí, normas. Es lo que hace la gente cuando tiene compañeros de piso con carácter complicado. Establecer unas normas —añadió despacio, recalcando cada palabra de la última frase.

Me volví para estar casi de frente a ella. El olor dulzón volvió a marearme. ¿Cómo era posible que lo percibiera tanto?

—¿Estás insinuando que yo tengo un carácter complicado?

Abrió la boca y la cerró. Y por supuesto me demostró que sabía cómo salir de una situación embarrizada sin mancharse las manos.

—Los martes y los jueves. El resto de la semana no lo sé porque no te he visto, pero tienes tus días. Que no pasa nada —se apresuró a decir—. Vamos a trabajarlo juntos. Como un equipo.

El ascensor llegó, y ella no dudó en poner un pie fuera para salir la primera, convenciéndose a sí misma de lo último que había dicho. Yo solo la miré, divertido por dentro y ocultándolo por fuera. Algo que me urgía también cambiar, soltar. Volver a ser la persona que estiraba las comisuras de los labios sin miedo.

—Claro —ironicé—. Vamos a ser los nuevos y mejores amigos de Veritas.

—Eres un cascarrabias —rumió por lo bajo, en dirección al coche, aunque la escuché.

—¿Qué has dicho?

—¡Nada!

Sonreí porque no se giró para comprobarlo, y cuando llegaba el Aston se abrió. Naiara lo miró, esperando.

—¿Vas a subir? —cuestioné.

—¿Lleváis algún sensor que detecta que sois vosotros para que se abran? —me preguntó confusa—. ¿La puerta se abre como una puerta?

Negué con la cabeza, tragándome la carcajada que burbujeó en mi garganta. Me encaminé hasta llegar a su lado, muy cerca, y le rocé el brazo sin querer al tirar de la manilla. Abrí la boca con sarcasmo, mostrando una falsa sorpresa.

—La puerta se abre con la mano, y el coche con la llave. —Me toqué el bolsillo del pantalón, donde la llevaba.

Me miró, la miré y apreté los labios para no reírme. Se me fue la sonrisa y me giré para que no me viera. Tarde.

—Te has reído. ¡Ja! —Dio una palmada en el aire—. ¡Te has reído!

—Sube.

—¿Por qué te escondes?

—Que subas. —La observé por encima del techo—. Ya.

—Subo, subo. Pero te has reído.

Me señaló con el dedo antes de meterse en el interior. Cuando desapareció de mi campo de visión, me permití soltar la sonrisa contenida sin miedo y negué con la cabeza. Y, justo antes de montarme, Catriel apareció y aceleró sus pasos hasta que llegó a mí. Palmeó mi espalda dos veces, y sin pena ni gloria se acercó para plantarme el beso de la abuela en la mejilla. Lo miré con los ojos muy abiertos. Él me guiñó un ojo.

—Le vas a contar lo del orfanato —musitó y me palmeó la mejilla —. Suéltate la melena un poco. Te llamaré. —Se agachó—. ¡Adiós, Khaleesi, pórtate bien!

No vi el gesto de Naiara, aunque cuando entré me la encontré con una sonrisa preciosa y el cinturón puesto. Dejé la camisa en el asiento de atrás, me até el mío y arranqué.

—Has encontrado bien el cinturón, por lo que veo.

—Ju, ju, qué gracioso. Mi primera norma —suspiré con fastidio, ella ya tenía un dedo en alto—, en cuanto salgamos por esa puerta, somos amigos, no jefe y empleada.

Enarqué una ceja.

—Vamos a trabajar. ¿Eso no te da una pista de lo que somos? —Nos señalé y aceleré.

—Sí, pero podemos ser dos amigos organizando un proyecto. Como en el cole.

—El problema es que no es para el cole, es para un trabajo.

Resopló.

—Estoy segura de que, debajo de esa capa cubierta por espinas de cactus, hay un tío guay que no va con un palo de escoba metido por el culo. —Fui a abrir la boca, pero no me dio tiempo cuando elevó las manos—. ¡Se acabó el tiempo!

—Yo no… —Empecé a coger tono huraño.

—¡Se. Ha. Terminado. El. Tiempo! Lo dejas para el lunes.

—Me lo apunto —le aseguré y me levantó un dedo en alto, pasota —. ¿Qué quieres comer?

Se quedó en silencio unos segundos. Tenía las manos entrelazadas, encima de sus piernas, y yo no quería mirarla demasiado para no ponerme más nervioso de lo que ya estaba. No

lo aparentaba, no, sin embargo, notaba la piel erizada, igual que la de ella. De eso sí me había percatado en cuanto la había rozado.

—Yo he traído mi comida —añadió con duda.

—¿Para todo el fin de semana? —me alarmé. ¿Cómo iba a ponerme a cocinar yo? ¡Si no sabía ni encender la vitro!

—No, joder. Me he traído la comida para ahora. Pero, si quieres ir a algún sitio, por mí no hay problema, te espero fuera.

Le quité hierro al asunto y fui rápido uniendo detalles. Que no se trajera café a la oficina ni nada para desayunar aunque llegara a las seis de la mañana, los cafés que llevaba para Catriel y para mí de otra cafetería que no era la que estaba más cerca de las oficinas, el no haber arreglado las gafas todavía…

—Te invito yo. Como amigo —repunté para darle más confianza—. Deja lo que hayas traído para otro día.

Me contempló. Mucho. Lo sentí mientras conducía sin rumbo, y me vi en la obligación de levantar las dos manos sin apartarlas del volante, indicándole que me diera pistas para ir. Ella seguía mirándome.

—Vale. —Solté el aire contenido—. ¿Dónde quieres ir?

—¿Dónde quieres ir tú? Elige.

—Si vas a estar así de simpático, puedes ir a la plaza Mayor y nos comemos un bocadillo de calamares con una caña.

Aguanté otra sonrisa, aunque puse rumbo adonde me había indicado. Me gustaba la elección, pese a no habérselo dicho.

—¿No quieres ir a un restaurante? ¿Con aire acondicionado? —cuestioné gruñón.

—No. Yo quiero un bocadillo de calamares con una caña, ¿quieres ir tú al restaurante de pitiminí? Entonces ¿para qué me preguntas?

Cruzó los brazos a la altura del pecho y me pareció más guapa, más atractiva e irresistible. Y no quise pensar en la cantidad de cosas que podría hacerle en el coche, con aquel vestido beis. Ni en la magnitud de gemidos que podrían salir de su boca en cualquier calle del centro. Me pasé una mano por el mentón, tratando de detener los pensamientos que iban a mil y no podía parar.

—Pues vamos a por el bocadillo de calamares y la caña.

La vi sonreír de reojo, y lo más gracioso de todo es que yo estaba sudando, aun con el aire acondicionado a tope. Vi cómo se acomodó en el asiento, de cara a la ventanilla y con una mano en la barbilla. Me pareció increíble que consiguiera mantener la boca cerrada durante más de quince minutos seguidos.

En silencio, llegamos a un aparcamiento en la zona lateral del bar donde pensaba ir. Me bajé, me deshice de la chaqueta y de la corbata y lo dejé en la parte trasera. Me fijé en la calle, en la zona que pisábamos. Eso provocó un inevitable recuerdo con Catriel, cuando éramos unos adolescentes que corrían por allí y terminaban en el bar adonde íbamos a ir en segundos. Era nuestro premio, nuestra manera de celebrar una meta que habíamos creído inalcanzable.

—Me abruma estar en silencio tantos minutos. Te he dado cuartelillo.

Solté un bufido por la nariz y la miré.

—Ya veo que, aparte de tener agujeros en la cara, tienes complejo de loro.

—Y tú de tumba —fruncí el ceño y sonrió—, amigo.

Empujé la puerta de uno de los bares más antiguos de Madrid, en el que servían aquellos bocadillos de calamares por excelencia y el

cual estaba de bote en bote. A Naiara le brillaron los ojos, y eso era porque conocía el lugar. Era reconocido en el mundo entero. No vi a Juan, su dueño, e imaginé que estaría dando órdenes en la cocina.

Pronto recordé el motivo de alejarme de la sociedad, de no dejarme ver demasiado en público, y más aún después de la nefasta fiesta y el asesinato de Vega. Las miradas. Me sentía como un famoso. Se giraban, dejaban lo que hacían para observarme y cuchichear, y, por si fuera poco, había un periódico a la entrada con mi cara en portada, entrando en el club privado de las criptomonedas. «Naím Montero vuelve a jugársela ilegalmente». Qué sabrían ellos. Inventaban más que podían. Y no iba a enfadarme. El aire era más cortante, más seco en el bar.

«No vas a cabrearte». No debía hacerlo y tuve el impulso de darme la vuelta y salir de allí sin mirar atrás. Fui a girarme para decirle a Naiara que buscaríamos otro lugar. Ella ya estaba con la vista clavada en mí. Y no fue eso lo único que me clavó, sino que se pasó por el arco del triunfo lo de tocarme, me sostuvo del antebrazo y me giró a la posición que estaba antes, de frente al bar.

Me demostró que la paciencia no era uno de sus fuertes. Pasó por mi lado, se detuvo en la mesa de al lado, en el hombre que me observaba por encima del periódico, se lo arrancó de las manos, hizo una bola de papel con la portada y el resto lo tiró al suelo. Ni corta ni perezosa, lo apretó hasta convertirlo en una bola que entró perfectamente en la caña del tipo.

Y se lo metió en el vaso, lo empujó con el dedo y lo hundió en la cerveza. Sin dejar de mirarlo.

—Que te aproveche.

El hombre boqueó como un pez y fui a separarla de la mesa. Si aquel tío se levantaba, al que le tocaba partirle la cara era a mí. Pero nada de eso ocurrió, porque el dueño del bar salió a grito pelado:

—¡¡Naím!! ¡¡Mi amigo, Naím!!

Dio dos palmadas en el aire. Mientras, yo lo miré e intenté saludarlo, al lado de Naiara ya, para pedirle que quitara esa cara de asesina a lo *Kill Bill*. No me atreví a decirle nada, pues elevó las pestañas y el resto del bar agachó la cabeza, intuí que creyéndose las próximas presas de la rubia.

—Vamos a por nuestros bocadillos —rugió.

Naiara dio un salto y se sentó en uno de los taburetes de la barra, yo me coloqué a su lado, todavía sin salir de mi asombro por lo que había pasado, y Juan llegó a nuestro encuentro.

—¡Naím! Joder, cuánto tiempo, chaval. ¿Cómo estás? —Me tendió una mano que apreté con fuerza—. ¿Y el rubio descarado? Hace tiempo que no lo veo.

—Bien, estamos bien los dos. Veo que todo sigue igual por aquí. —Le sonreí con sinceridad y atisbé de soslayo que Naiara me observaba.

—Ya sabes, seguimos trabajando y no me puedo quejar, Naím. ¡No me puedo quejar! ¡Cómo me alegro de verte! —Miró a mi acompañante—. Chica, qué suerte tienes. Este ha aprendido en la verdadera escuela. No te fíes de sus apariencias de niño pijo. ¡Marchando lo mejor para vosotros!

Y se alejó con la misma alegría que siempre lo caracterizó cuando Catriel y yo aparecíamos en el bar, a veces con las monedas justas, a veces con algunas de menos, pero él jamás nos dejó sin comer. No cuando acudimos en su ayuda. Carraspeé incómodo por lo que había

dado a entender entre Naiara y yo, y por lo que había dejado entrever sobre mi vida. Me apoyé en la barra y la miré.

—Gracias, valkiria.

Juro que lo dije sin pensar. Ella me miró de sopetón, asombrada.

—¿Por qué me llamas así?

—Porque casi te partes la cara por mí. Pero si quieres otra explicación, porque tu pelo es tan rubio que pareces escandinava.

Me contempló en silencio, a los ojos y sin decir nada demasiados segundos.

—¿Sabes lo que hacían las valkirias, Naím? No eran princesas de cuento. Ellas elegían a los guerreros caídos para llevarlos al Valhalla, así que ten cuidado conmigo. —Se inclinó apenas hacia mí, con los ojos brillando, aunque cambió a ese tono bromista para destensar el ambiente.

—Ya me ha quedado claro que no estaré en tu lista, así que me quedo más tranquilo —le dije cogiendo la caña que nos habían puesto en la barra.

Fue a darle un trago a su cerveza con la sonrisa implantada en los labios, y no quise mirar, pero la vista se me fue con disimulo hacia sus muslos, los cuales se veían mucho más al haberse sentado en el taburete. Sentí que necesitaba desatarme el botón de la camisa. No lo medité y me llevé la mano libre para hacerlo, apartando la vista para que no me pillara.

—Ibas a marcharte.

Me quedé estático al escucharla. La miré de nuevo, ahora sin perder el contacto visual y muy cerca de ella, ya que llegaron tres personas más y tuvimos que juntarnos. Demasiado. Un paso más y

tendría que colarme entre sus piernas o casi cubrirla para entrar en la barra. Me fijé en que su piel se estremecía de inmediato.

—¿Por qué te erizas cada vez que me acerco?

—Nuestra norma será una pregunta, una respuesta. —Elevó un dedo y gruñí. Le miré los labios—. ¿Por qué ibas a marcharte?

Era una absurdez mentirle. Si no me hubiera tocado y después adelantado, habría salido por la puerta despavorido.

—Las normas no puedes inventártelas cuando te vengan en gana. ¡Ni siquiera las hemos establecido! —me quejé. Nuestro bocadillo de calamares llegó y ella movió los ojos mientras le daba un mordisco para que respondiese—. Es obvio.

—No te hacía yo un cobarde.

—No soy un cobarde —rugí. Aunque un poco sí lo estaba siendo con todo en la vida—. ¿Por qué te erizas cada vez que me acerco?

Terminó de masticar, se limpió la boca con la servilleta y me soltó sin filtros:

—No lo sé. Me imagino que es por la atracción o por la alerta.

El corazón me palpitó. El señor de al lado me empujó, quedándome más cerca de ella.

—¿Qué quieres decir?

—Eso son dos preguntas. —Bufé—. Me toca. ¿A ti te pasa lo mismo?

—Sí.

Fui escueto, pero es que ansiaba la respuesta. Las mejillas se le tiñeron de rojo y deseé morderlas.

—Se supone que cuando sientes atracción hay sonrisas, miradas sostenidas, calor… Y, si es incomodidad… —alcanzó la caña, yo estaba expectante—, hay rigidez, ganas de alejarse.

Me ahogaba. A mí el calor me tenía asfixiado y las ganas de sostenerle la mirada eran más que intensas. La respuesta era muy obvia y las palabras de Catriel me vinieron a la mente de golpe: «Le gustas, lo dice mi olfato». Y el mío, porque no estaba atrofiado, lo seguía teniendo desarrollado, aunque pasase de él.

—¿Y qué es lo que sientes tú, Naiara?

12

La tabla de normas



NAIARA

«Tierra trágame y escúpeme en Punta Cana, lejos de semejante hombre».

—Que el bocadillo de calamares se te enfría —resolví y me giré de cara a la barra para no mirarlo.

¿Por qué parecía que sus ojos iban a atravesarme en cualquier momento? No quise ni fijarme en la media sonrisa que perfilaron sus labios, pero el condenado era un cabrón que sabía lo que se hacía. Deseé con todas mis fuerzas que cambiara de tema, y me alivié lo que no estaba en los escritos cuando comimos hablando del proyecto, con el sonido de la gente a nuestro alrededor. Y encima el tema había sido impulsado por él.

Había tensión, una barbaridad, no obstante, no me veía capacitada para responderle a la pregunta no contestada, ya que, si por mí fuera, habría saltado sobre él el primer día que lo conocí. Estaba bueno a rabiar, ya era hora de que lo admitiera con todas las

de la ley y en voz alta en mi cabeza. «Quisiera ser ese calamar para pasar por tu boca». Y ahí ya estaba delirando. Noté la rojez en las mejillas de nuevo.

—… después te lo diré.

—¿El qué? —me interesé, atontada por el puto pensamiento intrusivo.

—¿En qué estabas pensando?

Me abaniqué y le di un trago a mi segunda caña. Llevaba sin beber no sabía ni cuánto tiempo, y por mi bien esperaba detenerme antes de cometer una locura.

—Aquí hace un calor infernal.

—Te decía que ahora después te comentaré dónde vamos a presentar el proyecto en primicia. —Se hizo escuchar por encima del bullicio.

En el bar ya no cabía ni una mosca. Y yo, a veces torpe por naturaleza, tuve mi momento épico. Prometo que no estaba borracha. El pie se me coló por el apoyadero del taburete, y, como mi mano se disponía a ser un abanico, me precipité hacia delante. ¿Y delante quién estaba? Pues el tío al que le aplasté las tetas contra el cuerpo y al mismo que le puse las manos en el pecho a modo de sujeción. Le cambió la cara y empezó a entrar en pánico, tal y como le había pasado al pisar el bar, solo que él no podía verse con mis ojos.

—No me toques.

Y no fue gruñón, fue más una solicitud susurrante para que apartara mis manos de él.

—Si aparto las manos, te estamparé los morros, ¿prefieres beso o manos?

—Naiara, ni se te ocurra besarme —demandó suplicante y de carrerilla.

—Vale, otra parte prohibida de ti —espeté con sarcasmo—. Si te suelto, me escalabraré y tendré que cogerme la baja. Mi jefe no va a entenderlo. Llevo tres días en la empresa.

Se dio cuenta de que no lo había hecho aposta, sino que el pie lo tenía entrelazado con el taburete. Y nos fuimos de Guatemala a Guatepeor. Naím sujetó mis muñecas para apartar mis manos de su pecho, yo abrí los ojos mucho porque dilucidé cómo mis dientes se esparcían por el suelo del bar y…

Mis manos en el aire, a punto de caer.

Las de su Eminencia en mi cintura, sin permitir que eso sucediese.

Yo rodeándole el cuello, como si fuera mi salvavidas.

Mi pulso en la garganta, sus labios cerca. Mis ojos ahí, los suyos sobre mi boca… Su cálido aliento mareándome, su perfume dejándome sin respiración. Mi sexo contrayéndose, mojándose al imaginarse una posibilidad y, de nuevo, sentí aquella dureza que cortaba el aire en mi vientre, apretándome. Fue efímera, porque todo ocurrió en los dos brevísimos segundos en los que Naím separó su cadera, como si quemara estar cerca de mí. Tragué saliva, inmersa en sus ojos oscuros, sin parpadear e hipnotizada por su belleza.

—Naiara… —susurró sobre mis labios, aunque pronto salió del trance para gruñirme—: Suéltame.

Inhalé una buena cantidad de aire, deposité el pie capturado por el taburete en el suelo y, con toda la dignidad de la que fui capaz, le dije para cortar la tensión:

—No has sabido cómo hacerlo para que no me pille la baja.

—No nos viene bien. —Llamó al dueño con un movimiento de mano y me apartó la mirada.

Busqué mi bolso, colgado debajo de la barra del bar, y me reprendí por haber sido tan idiota y haber dejado ver tanto. Solo me había faltado babear. «Imbécil».

—Voy al baño un momento.

No me esperaba que me acompañara, obvio, era Naím y me lo demostró con un seco asentimiento de cabeza. Vi cómo le pasaba un billete de cincuenta euros al dueño y le decía que no le diera la vuelta. Suspiré, sin querer darles paso a los pensamientos de lo que haría yo con lo que sobraba. Llegar a fin de mes, por ejemplo.

Cerré la puerta del baño y me apoyé en ella. Sí, en la típica que estaba de mierda hasta las cejas. Lo necesitaba. Inhalé aire con mucha fuerza, cerré los ojos y me salió un suspiro de los que suelen darte cuando has llorado durante horas. Me acerqué al lavabo, extendí las manos y me noté un temblor inusual. ¿Por qué temblaba? No logré evitar rememorar la conversación estrella de las tensiones, de la piel de gallina. ¿Por qué iba a erizarme? Menuda pregunta más idiota.

Me gustaba, como a todo bicho viviente con dos ojos en la cara. Naím era el hombre por excelencia que te girabas en mitad de la calle a mirar, si no, que se lo dijeran a todo el bar. Y encima me había llamado valkiria, como Nailani. ¿Sería eso una señal del destino? Sí, a mi ratona pequeña le gustaba mucho lo esotérico, lo místico y las brujas. Y los cuentos de princesas, eso no podía faltar. Pero las princesas tenían que ser guerreras con espadas, si no, no valía.

Eché un poco de agua en mi cuello, dejé las manos en el mármol de nuevo y miré hacia abajo. Todavía llevaba en el bolso el lápiz que debía entregarle a Valeria. ¿Lo hacía? ¿Se lo contaba a Naím? No. No podía contárselo. Me pondría de patitas en la calle. Nos conocíamos de tres días y medio, una semana casi, para ser más exactos. ¿Cómo le contaba lo que me había llevado a entrar allí? ¿Y qué hacía con el dinero de la entrada de Nailani? En la situación en la que estaba nadie me daría un crédito. Andaba endeudada hasta las cejas, y el próximo mes se me juntarían cuatro letras del alquiler. Estaba jodida, y mucho me temía que a este ritmo me veía viviendo en los cartones del metro.

—No te puedes agobiar ahora —musité, con los ojos llenos de lágrimas.

No había sido un buen momento para que todos esos pensamientos llegaran de golpe, pero estar cada día con él, con ellos, me hacía replantearme muchas cosas. Y sabía que ese fin de semana iba a cambiarlo todo. Lo sentía en las tripas. Me abaniqué con las manos para que las lágrimas se disiparan.

Alguien llamó a la puerta y di un bote del susto.

—Naiara, ¿te encuentras bien?

«Y yo que pensaba que ya estaba esperándome en la calle…». Abrí de golpe, encontrándomelo casi encima. Lo miré y él lo hizo extrañado.

—Ya estoy. Se me ha metido algo en la lentilla.

Lo adelanté y me siguió de cerca.

—¿En la lentilla? —me preguntó extrañado y caí en mi error—. Esta mañana me has dicho que no tenías lentillas.

—Las he cogido cuando he ido a la óptica —resolví rápida, sin girarme porque mentí como una bellaca. Lo mío me estaba suponiendo ir sin gafas.

Intenté mantener la calma cuando salimos del bar, en silencio, hasta que llegamos al coche. Iba dándole vueltas a todo y a nada, pero lo que más me rallaba era la jodida tensión entre los dos que no se esfumaba. Y así era difícil concentrarse. Sumaba muchos problemas a diario, y ahora me había tocado la tómbola con mi jefe. Para colmo, me había propuesto ayudarlo de cualquier manera. Sí, también era empática por naturaleza. Demasiado.

Había oído cosas en la oficina. Que se había vuelto un ermitaño desde que murió su mujer, que no salía a la calle —esto me lo había demostrado su reacción en el bar—, que lo acribillaban a críticas por cualquier tontería, que estaba traumatizado, y ya de por sí todo lo que escuchaba con asiduidad sobre lo atormentado que estaba y el tema de sus negocios turbios en clubes secretos del Madrid más oscuro, con el supuesto fin de suministrar a bandas criminales. No cabía en mi cabeza que un tipo así hiciera cosas de ese calibre, pero… Los mayores criminales tenían aspecto de Naím y palabrería de Catriel.

—¿Te ha sentado mal el bocadillo? —se interesó.

Lo había visto por el reflejo del cristal mirarme más de una vez cuando atravesamos el paseo de la Castellana.

—¿Cómo soportas que hablen de ti constantemente?

No lo miré. Me quedé clavada en el reflejo de la ventanilla, aunque sí aprecié que me observaba un segundo antes de volver la vista a la carretera. Tardó lo suyo en responder. Y me sorprendió para bien que no fuera un borde.

—Al final te acostumbras.

—Pero dicen cosas muy feas de ti.

—Dicen cosas feas cuando les interesa, Naiara. Cuando somos pioneros en educación nos alaban.

—Alaban a Veritas. —Me giré para mirarlo. Se detuvo en un semáforo y volvió el rostro hacia mí. Me estremecí—. Contigo quieren acabar a toda costa.

—¿Adónde quieres llegar?

Le aguanté la mirada, sonreí de manera tímida y le pregunté:

—¿No vas a despedazarme ni nada de eso? Porque, si no puedes tocarme, no puedes cortarme a trozos —resolví con agilidad.

—No puedes tocarme tú. Yo sí —me rectificó y aceleró para continuar la marcha.

Eso me tensó de pies a cabeza. Pero sobre todo fue su tono: oscuro, directo, ronco. Desvié mi atención hacia la carretera de Burgos.

—Tampoco creo que puedas venderme, créeme, soy peleona.

Rompió el momento de tensión cuando me soltó sin filtros:

—¿Te asusta que sea un criminal? No deberías fiarte de todo lo que dicen en las noticias. Mienten más que hablan —rumió con un sabor amargo.

—Me dan miedo muchas cosas. Pero que mi jefe sea un descuartizador de pacotilla no.

No dijo nada, y yo me centré en mi pensamiento. A mí me daba miedo todo. Me daba miedo que Nailani muriera, verme sin recursos, sin trabajo y en la calle. Me daba miedo no poder afrontar sus terapias, no lograr ayudarla, perderla por no estar a la altura. Me daba miedo quedarme más sola de lo que ya lo estaba y me daba

miedo ser consciente de que era capaz de recurrir a lo que un día mis padres fueron si llegaba a ese extremo.

Y lo haría, lo tenía tan claro como el agua que bebía cada día. Ese había sido mi infierno y ese sería mi final, porque estaba dispuesta a pegarme el chutazo de mi vida para no despertarme jamás del colocón si Nailani desaparecía de mi vida.

¿Qué coño me pasaba? ¿Por qué no dejaban de asaltarme aquellos pensamientos? ¿Por qué estaba tan revuelta?

—Naiara, no soy un criminal.

Su tono determinante provocó que le prestara atención. Asentí sin pretender seguir con la conversación, me giré de cara a la ventanilla y, aunque lo sentí clavado en mí, disimulé que andaba a lo mío para darle un espacio silencioso.

No tardamos en coger el desvío de Alcobendas. Ya sabía que tenía una mansión en La Moraleja, también lo había investigado y, bueno, ¿quién no sabía en Madrid que Naím Montero vivía allí? Yo me conformaba con la caseta del perro, si es que tenía, para dormir. Las enormes casas ya iban sucediéndose unas tras otras en grandes construcciones, hasta que llegamos a una gigantesca puerta blanca. Detrás, un jardín impoluto, con setos y una estructura perfectos.

La primera impresión me golpeó como una bofetada silenciosa: la casa de Naím no era solo una mansión, era un manifiesto. Minimalista, moderna, de líneas rectas que parecían desafiantes contra el horizonte de La Moraleja. El hormigón claro y los ventanales infinitos reflejaban la luz de la tarde como si la hubieran diseñado para deslumbrar a cualquiera que se atreviera a mirarla.

La puerta se abrió, y aparcamos el coche negro frente a la entrada. Naím apagó el motor y abrimos a la vez. Me quedé

observando el contraste del vehículo, pues con esa bestia metálica que parecía beberse el sol no hacía más que recordarme quién era él: un hombre que no necesitaba gritar para imponer.

A su alrededor, el jardín parecía sacado de un sueño geométrico, con hileras de lavanda perfectamente recortadas, olivos centenarios y setos que daban un aire casi sagrado al lugar. Todo estaba en su sitio. Todo transmitía control.

Ir por aquel camino de piedra blanca, custodiado por setos y sombras alargadas de cipreses, era como caminar hacia otro mundo. Uno al que yo no pertenecía. Me miró un segundo para que lo siguiera, aunque yo ya había avanzado, viendo que él llevaba mi bolsa con el equipaje y los documentos del proyecto.

—Tienes una casa bonita, si me permites el comentario.

Se detuvo en seco y casi me choqué con él. Yo y mi manía de ir mirando al suelo.

—¿Por qué no iba a permitirte el comentario?

—No lo sé, gruñes por todo —objeté.

—Se suponía que al salir de Veritas era tu amigo, y no tu jefe.

Abrí la boca con sorpresa, quitándole hierro al asunto.

—¿Quién ha dicho nada de jefe? Camina —le ordené con su tono y se aguantó la sonrisa—. Odio que hagas eso.

—¿El qué? —se interesó retomando la marcha.

—No reírte cuando te apetezca. ¿Sabías que la risa es una medicina gratuita? No te imaginas la de beneficios que tiene.

Me miró, se detuvo y extendió su mano para que entrara en el porche.

—Reduce el estrés, activa endorfinas, mejora la memoria, rompe pensamientos obsesivos…, ¿quieres que siga? —cuestionó tras la

enumeración.

—¿Eso te lo ha dicho el psicólogo? —me interesé de cachondeo.

—Psiquiatra.

—Uf. Suena fuerte. —Prensó los labios para no reírse y sonreí—. ¿Algo que tenga que saber antes de entrar ahí?

Me contempló demasiado. Y sus ojos brillaron de una manera extraña que me removió la barriga y me aguijoneó el sexo. No podía tener esos pensamientos recurrentes, pero estaba poniéndomelos a tiro.

—No muerdo.

Di un paso con las manos sujetando mi bolso. Y menos mal, porque si no habría caído desplomada. Alcé la barbilla, más chula que un ocho, y le dije:

—Yo sí.

No di pie a que me contestase, me giré, dejándolo con cara de circunstancia —me esforzaba en conocerlo—, y esperé junto a la puerta.

Aguanté el aire en los pulmones cuando su brazo pasó por delante de mi pecho, sin tocarme, para abrir la puerta de entrada. Nos miramos. Enseguida accedió, pulsó unos códigos en el panel de la alarma y me invitó a entrar con una mano.

El interior de la casa no era menos intimidante que el exterior. La cocina parecía un catálogo de diseño: superficies de mármol claro, líneas rectas, luces empotradas que acariciaban cada rincón con un resplandor cálido. Todo estaba tan ordenado que daba miedo tocar algo, como si cualquier gesto pudiera desentonar en aquel equilibrio perfecto.

El salón, abierto junto a la cocina, mantenía la misma armonía. Un sillón interminable dominaba la estancia, frente a una pantalla de plasma que parecía un muro negro. El espacio era amplio, minimalista hasta lo extremo, como si cada mueble hubiese sido elegido aposta.

—Esto es el salón y la cocina. Allí hay un aseo. —Señaló la parte del fondo del salón—. Esa puerta da al garaje. —Apuntó hacia ella también—. Y subiendo esas escaleras hay tres dormitorios.

—¿Tres dormitorios para ti solo? —me interesé y lo seguí.

Se detuvo en seco.

—Nunca fue la idea.

Me sentí fatal de inmediato y me reprendí por ello. Cerré los ojos un segundo, los abrí y me mordí la lengua.

—Lo siento, Naím. No pretendía incomodarte.

—Y ese tema está prohibido también.

Retuve en la garganta la coletilla de decirle que iba a tener que hacerme una lista de prohibiciones, aunque me quedaba claro que no se tocaba, no se besaba y no se hablaba de sus planes de futuro pasados. Es decir, de los hijos que habría tenido con su mujer, de seguir con vida. Me sentí peor todavía por ser tan bocazas.

Lo seguí hasta las escaleras, subimos los cuatro peldaños y observé el pasillo de color crema desértico. La decoración era bonita pero simplona. Demasiado minimalista para la artista callejera que vivía dentro de mí. No abrí la boca, con miedo de cagarla una segunda vez.

—Esta es una habitación privada. —Me indicó la primera puerta cerrada del pasillo—. Esta segunda es la tuya. —Se detuvo cuando

llegamos y con un golpe de cabeza señaló la del final—. Y aquella es la mía.

Lo miré de reojo.

—Dime que no vas a ponerme normas para que no nos encontremos por la noche en el pasillo. A veces me levanto.

—¿Cómo que a veces te levantas? —Se acercó a mí para formular la pregunta y el calor llegó como un bofetón.

—Soy sonámbula.

Que se lo dijeran a la puerta de mi estudio. Disponía de siete cerraduras por dentro y las llaves las escondía estratégicamente por las noches, aunque claro, eso no significaba que no fuera a encontrarlas, pues la mente sabía dónde estaban. Había tenido algún que otro episodio chungo en mi antiguo barrio, y los vecinos me habían salvado de una catástrofe.

—¿Eso no será una excusa para presentarte en mi dormitorio?

Abrí la boca con exageración, aunque pensé que no estaba mal enfocado.

—Imagino que también está prohibido —adiviné, siguiéndole el juego.

Empujó la puerta de la habitación con una sonrisa contenida. La disimuló muy bien, sin embargo, yo ya empezaba a pillar ese gesto de apartar la mirada y apretar los labios en una fina línea para no reírse. Y sabía que cuando lo ejecutaba era porque la risa era inmediata.

Se volvió de cara a mí, con la enorme mano en la madera. Solo pensé en lo que podría hacerme esa mano y casi se me volvieron los ojos. Me estremecí y Naím lo vio.

—Por supuesto. —Me señaló la piel—. ¿Tienes frío?

Entré en el dormitorio con una sonrisa sinvergüenza, sujeté el pomo, le quité la bolsa de la mano, con cuidado de no tocarlo, y lo miré altiva.

—No. Tengo calor.

Y cerré, viendo cómo sus ojos se clavaban en mí. Acababa de darle la respuesta a la pregunta estrella de un rato antes, mientras comíamos.

Dejé escapar el aire entre los dientes con agonía, con el corazón latiéndome en el pecho a mil por hora y con la sensación de que me temblaba todo el cuerpo. También me imaginé que, si hacía un tumbapuertas, ni tan mal. Dio dos golpes en la puerta que provocaron que separara los pies del suelo del susto.

—Para clavarte media ferretería en la cara no tuviste tanto miedo. —Me reí—. Tengo otra norma.

—Ilumíname —le pedí apoyándome en la madera y mirando hacia la enorme habitación.

—Ponte cómoda para trabajar. —Se silenció unos segundos y apostilló—: Vamos a estar solos.

¿Era yo la que sacaba las cosas de contexto o a mí me olía a que ninguno de los dos sabíamos cómo tirarnos la caña? Había tensión, y no hacía falta ser sabio para decirnos que aquello se resolvía con un buen revolcón sobre la mesa o sobre donde se terciara. ¡Dios! Me obligué a dejar de pensar así, o no iba a poder mirarlo a la cara cuando saliera del dormitorio.

Escuché cómo se marchaba por el pasillo y se metía en su cuarto. Me retorcí las manos y solté el bolso en el suelo, aunque estuviera cansada de haber escuchado a las abuelas de mi barrio decir que, si ponías el bolso en el suelo, se te caía el dinero.

El dormitorio era tan perfecto que parecía irreal, por no hablar de las dimensiones que ocupaba. Era dos veces mi estudio. Dos. Todo pintado en tonos suaves, beis o crema, como si hubieran decidido borrar cualquier sombra de caos o desorden del espacio. La cama, impecable, parecía un santuario mullido al que me costaba acercarme sin sentir que iba a estropearlo con solo respirar, pero a la que al mismo tiempo me apetecía abrazar. Iba a dormir en un colchón de verdad. No podía creerlo.

Las luces eran cálidas, estratégicas, como si quisieran envolverme en una calma que no me pertenecía. Y las lámparas…, madre mía, parecían pelotas de golf gigantes colgadas en medio de la habitación y puestas en las mesitas de noche. Carísimas, seguro, aunque yo no dejaba de imaginarlas rodando por el suelo de un campo de minigolf cutre de barrio.

Me encaminé hasta el armario, solté la bolsa en una silla que había pegada a un escritorio y lo abrí.

—Ni un color que rompa la armonía —musité, aunque bien sabía yo que la tormenta se hallaba en el hombre que se había metido en la habitación del fondo, por mucho que quisiera camuflarlo bajo aquellos colores claros.

Me asomé a la terraza tras la cortina translúcida y el aire fresco me recordó que aquello no era un hotel de lujo, sino la casa de un hombre con más normas que paredes. Y ahora yo iba a dormir allí. En su casa.

Cerca de él.

Teniendo pensamientos pecaminosos de él. Y sin frenarlos.

Y, en el fondo, sabía que Naím reaccionaba de la misma forma, pese a que no la entendiera. Guardaba un luto y un trauma muy

grande, difícil de gestionar. Con aquellos pensamientos me tiré a la cama unos segundos y ronroneé como un gato al sentir el tacto. Oh, por favor, casi tuve un orgasmo al notar cómo el colchón se adaptaba a mi cuerpo y ya anticipé lo bien que dormiría esa noche.

No demoré ni quise ganarme la bronca del viernes tarde, pues no estaba de vacaciones. Así que me levanté renegando, me fui al baño que había en el dormitorio al fondo, tras el armario camuflado, me di una ducha con la hilera de jabones perfectamente colocados y dejé que el olor a Naím me embriagase.

Olía a él. Todo olía a él.

Abrí la bolsa sobre la cama, sin molestarme en colocar la ropa en el armario, saqué un vestido finito a la altura de los muslos, de color azul y con tirantes anchos, y me quedé descalza, sin saber si eso me estaba permitido en la casa de su Eminencia o no. Y yo me la jugué, porque era muy rebelde y me gustaba ir contra la ley. El pelo me lo cepillé y lo escurrí bien en una de las mullidas toallas que había apiladas en un mueble del baño. Me dieron ganas de comérmelas, porque parecían algodones de azúcar.

Inhalé con fuerza, antes de tomar la salida en busca de mi presa. Sin embargo, el camino del pasillo fue demasiado corto y la que se convirtió en la presa fui yo, porque el verdadero león se encontraba de espaldas, frente a una cafetera de ultimísima generación a la que solo le faltaba volar.

Me quedé de piedra.

Tenía una camiseta en la mano, sin ponérsela. La espalda… «Que alguien me clave un puñal». Su espalda era puro hierro definido con unas líneas tan perfectas que parecían un mapa de músculos. Mantenía la tela en la mano mientras miraba a un lado y a otro la

cafetera, pero eso no me despistó, no todavía. Un pantalón de deporte negro se había colgado de sus oblicuos, sí, colgado, porque parecía haberse caído ahí para marcarlos mucho más. Para que yo percibiera mucho más su culo apretado y redondo en el que le clavaría los dientes hasta que…

—Disculpa, no sabía que venías.

Se colocó la camiseta con rapidez, negra también, permitiéndome ver solo la mitad de su esplendoroso y marcado pecho y vientre. No quería pensar de manera indecente más veces, pero es que…, es que…, es que… Qué chupetones tenía de arriba abajo y de abajo arriba. E iba descalzo. Lo que me faltaba para desintegrarme el pensamiento.

—No importa —añadí con la garganta seca y un hilo de voz. Me había pillado en todo el ajo de inspección y yo salí del paso en mi línea—: Me gusta ver tablas de lavar la ropa.

Negó con la cabeza, y supe de inmediato que eso le había subido el ánimo un poco. Señaló la cafetera para no contestarme.

—¿Sabes cómo funciona?

Me atreví a bajar un paso para acercarme a la cafetera, y a él. Me fijé en el aparatejo negro, coloqué mis brazos en jarra y eso ocasionó que el vestido se me subiera un poco. Naím miró el movimiento, y yo lo vi de soslayo.

—¿Tienes una cafetera y no sabes cómo se usa? —cuestioné.

Se lo pensó, aunque al final habló:

—Como somos amigos —asentí al ver que se callaba—, te diré que me lo hacen todo. Y tengo algunos problemas porque Lidia y Abraham no están.

Comprendí que Lidia y Abraham eran las personas que se encargaban de la mansión. Me mordí el labio inferior, meditando mi respuesta.

—¿No sabes hacerte un café? —Intenté que no sonara mal.

Entrecerró los ojos.

—No sé usar esa cafetera.

—Vale, borde. —Esto último lo susurré y suspiré seguidamente.

Me acerqué a la cafetera, poniéndome por delante de él, muy pegada a su cuerpo. Nos separaba un palmo justo.

—¿Qué has dicho? —me preguntó en el oído, demasiado cerca. Demasiado ronco.

Solo moví mis ojos para mirarlo. Lo tenía a un centímetro y el corazón se me aceleró.

—Nada. —Fue un susurro, y quise cambiar de tema con rapidez para romper la tensión, o íbamos a explotar—: ¿Tienes una pizarra?

—¿Una pizarra? ¿Para qué? —se extrañó.

—Si vamos a estar tiempo juntos, tenemos que hacer la tabla de normas.

Me dieron ganas de decirle que la primera podría ser echar un polvo para romper la jodida tensión que nos devoraba. Pero eso iba a quedar fatal, ¿verdad?

13

Despierta



NAÍM

Un paso atrás. Solo tenía que dar un paso atrás. No debía acercarme tanto a ella, no de esa manera que intimidaba, y más todavía si entrecerraba el ceño o prensaba los labios de esa forma que parecía estar cabreado con la vida todo el día.

Crucé los brazos a la altura del pecho. Me arrepentí de inmediato cuando Naiara miró esa zona, creí que también intimidante. No los bajé, claro, porque el gesto habría quedado de idiota, pero es que estaba haciéndoseme todo difícil con ella. Y todavía sentía el nudo en la garganta que no me dejaba tragar bien desde que habíamos cruzado la puerta de casa.

Me había supuesto un suplicio entrar, dejarla pasar y que no se me notara que me temblaba la vida. Había tenido un breve pico de pánico al acceder a mi dormitorio, el cual había provocado que llamara a Mateo con urgencia para exponerle el caso. Me había alabado, por supuesto, por dar el paso de llevar a una mujer a casa,

pero es que nadie parecía darse cuenta de que íbamos a trabajar. O a lo mejor el que no se daba cuenta era yo, ya no sabía.

Naiara poseía una lengua vivaz, mortífera cuando quería, y una palabrería que, entre broma y broma, la verdad asoma. Y que le gustaba era una obviedad. También le había contado a Mateo el rollo de la piel erizada, de la tensión cada vez que nos acercábamos, y él había hecho más hincapié en que lo dejara fluir. ¿Es que se había puesto de acuerdo con el Ken de Cuatro Torres?

Me había explotado en toda la cara al entrar al vestidor para coger la ropa de deporte. Me había topado con las prendas de Vega y había terminado en el suelo del vestidor con medio ataque al corazón y las gotas de CBD en la lengua. Y todo era porque no entendía el motivo de haber estado bien hasta ese momento. A bien me refería a no precisar de la presencia de una mujer en mi vida para nada.

Hasta que había llegado aquella valkiria de ojos azules.

«Se supone que cuando sientes atracción hay sonrisas, miradas sostenidas, calor…». Su frase estrella en el bar me atravesó, también el momento vivido hacía una hora escasa en la puerta del dormitorio: «Tengo calor». Cómo me había cerrado y cómo me había venido a la cabeza lo que el Naím de unos años atrás hubiera hecho con esa provocación.

Lo peor era que notaba que esa bestia que dormía en mí se desataba. Lo hacía con rapidez y con ganas, con obsesión, con compulsión de ser lo que había olvidado. De retomar su vida. De resurgir de las cenizas.

Un chasqueo de dedos en el aire me devolvió a la cocina, a la cafetera, a ella.

—¡Despierta! Eminencia, que estamos con el café y se nos va la tarde.

La miré, y supe que los ojos se me habían oscurecido por cómo dio un paso atrás y tragó saliva. Una saliva que vi perfectamente descender por su garganta, que me dieron ganas de lamer, de morder. «Despierta». Era un mensaje, tal vez de mi Vega, para que despertase de una maldita vez y dejara de vivir en automático.

Me descrucé de brazos y di un paso hacia ella. No se movió, y el instinto me vibró en el pecho con más fuerza. ¡Dios! La habría sujetado del pelo, arrastrado hacia mí y subido a la isla para hacerle cosas indecentes antes de ese café. Me abofeteé mentalmente, porque en ese pensamiento mi lengua ya estaba dentro de sus pliegues y los saboreaba.

—¿Qué?

Como un lerdo.

—Mi primera norma de la tabla: yo te hago el café y tú sonríes cuando te nazca.

—Eso es chantaje.

Puso cara de aburrimiento.

—Tú chantajeas constantemente y nadie te dice nada.

Pasó por mi lado, me apartó con la mano y me rozó con la cadera para llegar a la cafetera. La sostuve de la muñeca en un acto reflejo. Se giró y contempló el agarre suave.

—Te empeñas en tocarme, lo sabes, ¿verdad?

—Apartarte no es tocarte —me contradijo con cara de lista.

Me acerqué un poco más, casi sobreponiéndome encima. El calor regresó de manera sofocante, y mis ganas de subirla a la isla se intensificaron.

—Me has empujado con la cadera.

Le apreté más la muñeca mientras le decía aquello y me pegué un centímetro, el justo que casi recaía sobre su boca. Un paso más, solo uno…

—Ves fantasmas donde no los hay, Eminencia —susurró descendiendo su mirada hasta mi boca.

—Veo lo que hay, valkiria —hablé en el mismo tono.

No me esperé su siguiente movimiento ni que hubiera retenido tanto mi contestación. Fue ella la que acortó la distancia que nos separaba, se pegó a mi pecho, miró hacia arriba quedándose muy cerca de mi boca y cogió la mano que tenía libre para apresarla como tenía yo la otra suya.

—La siguiente norma es que, si tú me tocas, yo te toco.

Escuché los latidos de mi corazón rebotándome en los oídos, aunque no separé la vista de ella, ya con un matiz depredador que había olvidado. Su pecho subía y bajaba vertiginosamente, y lo que me rozó la camisa no fue su sujetador. Fueron unos pezones duros, erectos, y uno de ellos perforado por un pirsin como los que decoraban su rostro.

—Todavía no he aceptado la primera —añadí sin dejar de contemplarla.

—Pues no te suelto.

Movió los hombros con desinterés y me mordí la lengua. Dejé que los segundos transcurrieran en un silencio tenso, cargado de tensión sexual y ganas de estallar, porque ya era inevitable e insostenible lo que ocurría cada vez que nos acercábamos tanto. Comprobé que su piel se encontraba erizada y esbocé una sonrisa. Naiara le daba vueltas a algo, aunque no logré adivinar a qué.

—No voy a ser yo quien haga un comentario al respecto sobre eso. —Me referí a su piel y ella lo cazó al vuelo—. Y ya me ha quedado claro que tienes un pirsin en la teta.

No separó la vista de mí cuando solventó:

—Se llama tensión sexual no resuelta, Naím. —Se separó, asombrosamente sin las mejillas calientes, y se volvió de cara a la cafetera—. ¿Lo quieres como siempre?

Me quedé sin argumentos. Y eso era muy difícil. Me buscó con la mirada y yo entrecerré los ojos.

—Con leche. ¿Tensión sexual?

Puso los ojos en blanco, suspiró y se dio la vuelta. Movió la cabeza como había hecho yo minutos antes y eso me hizo gracia. No tenía ni idea de cómo funcionaba la máquina.

—Casi siempre suele ser por eso, si te gusta la persona, pero, ojo, puede que no sea tu caso. —Noté cierta duda en su tono—. Se supone que, de todos los botones, el normal es… ¡este!

Y lo pulsó convencida. Me acerqué a su lado, viendo que salía el café con leche.

—Eso ha sido suerte.

Me observó.

—Correcto. Ni puta idea. —Extrajo el vaso y me lo tendió—. Tu café con leche. ¿Nos ponemos ya con el proyecto? Quiero contarte algo.

Dejé en el aire el tema de la tensión sexual y cómo había dudado de que me gustase. ¿A quién en su sano juicio no le gustaría una mujer como Naiara? Me quedé estático mientras la oía hablar de fondo, sin saber en qué momento me había convertido en el depredador de Naím y no en el atormentado de Naím. Ahora era el

momento idóneo para darle la razón a Catriel en todo, y pensé en mandarle un mensaje de esos que le encantaban, uno en el que, cito, le pondría: «Solo estoy pensando con la polla».

Yo no decía palabrotas, no las necesitaba, pero en la cama era otro cantar. Otro cantar reprimido que siempre había tenido que reservar para mí, sobre todo desde que conocí a Vega. A ella el vocabulario soez y la mala lengua nunca le gustaron, e imaginé que terminé acostumbrándome a eso, a comportarme como ella quería hasta cuando nos acostábamos. Y ahora me resultaba complicado rescatar esa parte de mi carácter.

Regresé al presente cuando Naiara dio un salto sobre uno de los taburetes de la isla y se sentó. El vestido se le quedó más corto de lo que hubiera imaginado y se me secó la garganta. Traté de concentrarme en lo que debíamos hacer, para dejar de pensar en todas las posturas que podían hacerse sobre la isla de la cocina. No quería comparar, pero es que me venía el pensamiento solo, y con Vega tampoco había sido posible, pues nosotros no salíamos del dormitorio.

Naiara movió las manos de la carpeta plastificada y fotocopiada de Vega. Sabía lo que contenía de memoria. No había sorpresas ahí dentro, solo las cenizas de lo que mi mujer había empezado, en realidad. Bocetos sin pulir, esquemas incompletos, notas dispersas que apenas marcaban la dirección de algo más grande. No era un proyecto terminado ni mucho menos; era la semilla, y yo sabía que Naiara tenía potencial para hacerla germinar.

El pelo mojado de Naiara se montó sobre su pecho de manera salvaje y, de nuevo, deseé introducir los dedos en aquella espesura

para sentirlo. Estaba desconcentrado. A ese paso me iba a ser más factible beberme un vaso de algo más fuerte que un café.

—Lo que había en esa carpeta era un esqueleto —me informó sin apartar los ojos de la mesa y moviendo los papeles—, pero yo puedo darle cuerpo. Vega dejó una idea brillante: conectar a los chicos con la historia como si la vivieran en primera persona. Las ruinas romanas son la clave, no solo como escenario, sino como puerta de entrada.

—¿Y tú quieres…? —Moví la mano en el aire, porque en el fondo estaba atontado con su belleza y las ganas inmensas de ella.

—Mi propuesta es recrear la vida cotidiana de aquella época, que los alumnos puedan caminar por un foro romano, escuchar a los comerciantes, sentir el bullicio de las termas, hasta discutir en el Senado. —Se exaltó al decirlo, como si estuviera viviéndolo en primera persona—. Todo inmersivo, ¡todo interactivo! No como observadores, sino como protagonistas. Puedo usar lo que Vega dejó como base para construir entornos estables, aplicar IA adaptativa que responda a las emociones del usuario y vincularlo con el programa educativo. Así no será solo mirar piedras, será vivir la historia. Hacer que no se olvide el pasado, que cada niño pueda llevarlo grabado como una experiencia real.

—Basándonos en el Alto Imperio romano —murmuré—. Me gusta. Es la etapa de mayor esplendor. Con ciudades en auge, comercio, foros, termas, teatros. Muy visual y rica para recrear en realidad virtual.

Naiara sonrió de oreja a oreja y me tendió un papel. En él indicaba todas las opciones que implementaría en el proyecto, entre

ellas la ingeniería invisible para optimizar el código y hacer que el entorno funcionara en tiempo real sin colapsar.

—Podríamos hacer la interacción emocional al integrar a Aura para que los alumnos no solo vean, sino que sientan la historia. ¿Te imaginas, Naím? ¡Es una puta pasada!

Revisé el papel, leyendo el impacto narrativo de convertir los bocetos de Vega en una experiencia inmersiva completa, lista para presentarse en centros educativos. En cómo aquella deslenguada iba a convertirlo en una experiencia viva. Y me gustó. Me gustó tanto que sentí el corazón bombearme de manera frenética, indicándome que estaba en el camino correcto.

Que era la persona correcta.

Se había dedicado a conocer las plantas y a las personas adecuadas dentro de la empresa para llevar a cabo el procedimiento de lo que me mostraba, para darme una prueba consistente de lo que deseaba hacer con el proyecto. Esperó expectante a que le respondiera.

Me senté en un taburete sin prisa, dejándola con las dudas. Soplé el café, dándome cuenta de que no le había ofrecido ni azúcar. Me giré, extendí el brazo y abrí el armario inferior, de donde saqué el bote y dos cucharillas del cajón, sin necesidad de levantarme.

—Esto sí sé dónde está. Pero tengo otra norma.

Hundió los hombros y la euforia se le evaporó.

—Tú dirás —añadió entre dientes.

—Te acepto el proyecto si te encargas de la cena.

Intentó no reírse y usó mis propias palabras:

—Eso es chantaje.

—Es posible, pero ¿aceptas o no? —la vacilé.

Se mojó los labios en un gesto, a mi parecer, sensual. Me dieron ganas de morderlos, aunque para eso no estaba preparado.

—Acepto y subo la apuesta. —Torcí la cabeza sin entenderla—. Me ofrezco para la vacante de cocinera y lo que se tercie mientras vuelven Lidia y Abraham por un módico plus.

—No hay ninguna vacante. —Soné huraño.

Puso morros y murmuró entre dientes:

—Bueno… Pues te morirás de hambre.

Lo de que Lidia y Abraham lo hacían todo lo había pillado al vuelo.

—Pediré la comida a domicilio.

—Pues te comerá la mierda.

—¡Sé coger una escoba! —ladré y ella sonrió.

—Irás a la oficina con la ropa sucia y oliendo a cochino.

Eso no me gustó y torcí la nariz. La lavadora y yo no nos llevábamos bien tampoco. No la había puesto en marcha ni una sola vez en la vida, pues, cuando estaba con Catriel, era él quien se encargaba de esas cosas.

—No van a tardar tanto. —Me armé de valor para soltar aquello, aunque en el fondo sabía que no era cierto. Lidia me había mandado un mensaje esa misma mañana para decirme que todo seguía igual.

Naiara estiró los brazos, dio una palmada en el aire y añadió:

—Muy bien, señor Montero. Mi oferta es válida hasta las doce de la noche, como la Cenicienta. Y ahora, ¡a trabajar!

Nos dieron más de las diez de la noche rodeados de carpetas abiertas, folios desperdigados y notas que ya empezaban a formar pequeños montículos sobre la mesa del salón. Nos habíamos desplazado allí por petición mía, y maldita fuera la hora en la que lo hice. Naiara llevaba un rato en la alfombra del suelo, en la posición

de un indio y con el vestido entre las piernas para cubrirse. Y a mí cada vez me podían más las ganas de cometer una locura.

Repasamos un esqueleto de proyecto en esas hojas: líneas vagas, ideas potentes, pero apenas hiladas, organizando prioridades, descartando duplicados y buscando un rumbo. No era el momento de enchufar máquinas ni encender pantallas; antes teníamos que ordenar la visión, trazar un mapa claro de lo que presentaríamos. Mi plan era arrancar al día siguiente con las primeras pruebas inmersivas en mi despacho, pero aquella noche nos limitaríamos a poner orden en el caos, a desgranar todas las partes.

Tuve que respirar varias veces antes de atreverme a soltarle la bomba a la que llevaba dándole vueltas desde que Catriel me lo había dicho. No era fácil, no por lo menos si debías compartir tus asuntos personales.

—Todo esto quiero que lo visualicemos muy bien para la presentación. Podríamos hacer una simulación más larga. Un viaje inversivo pero transformando el barrio del centro. Que no vean las paredes desconchadas ni los callejones donde se pierden. Sino parques, bibliotecas, estudios, escenarios. Quiero que vean el porvenir que les espera si deciden no repetir la historia que parece estar destinada a ellos.

Me miró. Y por Dios que me dieron ganas de levantar la mesa baja de un manotazo y tirarme sobre ella. Retuve mis instintos, por mucho que me pesara. No comprendía qué me pasaba, no sabía si era su olor, pero me encontraba descontrolado.

Soltó el bolígrafo sobre las hojas.

—¿Dónde te gustaría presentar el proyecto?

—Normalmente… —Se me atascó la garganta al pensar en el último que intentamos presentar, hacía casi un año—. Se hacen fiestas rimbombantes para estas situaciones. Altos cargos, ministros, famosos, competencias. Todo el mundo está ahí para ver lo que has hecho.

Hice una mueca de desagrado. Ella apoyó un codo en su rodilla y la barbilla en la mano.

—Y quieres que este sea diferente.

—Es un homenaje a Vega. —Soné huraño.

—Lo sé, y me parece bien —añadió en tono suave.

No quería ser tan borde con ella. No de esa manera porque me daba la sensación de estar desvalorizándola constantemente en el proyecto, por mucho que hiciera. Y eso no era así. Naiara estaba aportándolo todo. Vega había tenido la idea, sí, era su alma la que estaba ahí, su estructura, pero ya.

—En realidad no…

—¡Hostia, la empanada!

Y se levantó como un rayo, salvándome de decir que la presentación allí no era un homenaje real a Vega, sino un cierre de ciclos para Catriel y para mí. Nos lo merecíamos.

Suspiré aliviado, viéndola correr hacia la cocina. También habíamos tenido media hora para preparar la empanada, porque yo me había empeñado en ayudarla bajo sus indicaciones. Debía ponerme las pilas para ser una persona independiente, o estaba muerto.

Naiara había dado saltos de alegría cuando le dije que podía tocar la cocina a su antojo, y me sorprendió descubrir que era una verdadera cocinera, tal y como me había contado, pese a que yo no

lo creyera a la primera. Cada segundo que transcurría era una constatación más grande para que le dijera que sí, que aceptaba.

Y no quería pensar en lo que eso supondría para los dos.

Nos habíamos rozado dos veces sin querer en la cocina, y las dos veces había tenido instintos de sentarla sobre la encimera y subirle el vestido. Bien sabía yo que me había contenido y había tratado de desviar el pensamiento a otra historia.

—¡Que me queeemo!

Aparté los papeles de la mesa a un lado, ella llegó, soltó una tabla y colocó la empanada que olía a gloria sobre los dos. Me levanté para coger unas bebidas.

—¿Qué te apetece beber? —Movió los hombros con desinterés—. ¿Cerveza, vino, agua?

Se quedó mirándome unos segundos.

—Si quieres emborracharme, dímelo ya.

Esbocé una pequeña sonrisa y me giré.

—Te he dado la opción de agua. Pero acabas de elegir cerveza.

—¡Ja! ¡Te has reído! ¡Ahora sí, te has reído!

—Claro, si no, me quedo sin café. Ha sido tu primera norma —comenté abriendo la nevera.

«Naím, deja de entrar al trapo».

Retrocedí al cogerlas, sin escuchar contestación por su parte. Estaba concentrada cortando la empanada de atún y pisto. Al llegar, le dejé la cerveza al lado y me echó un breve vistazo con un «Gracias» musitado. Yo me quedé demasiado fijo en esos labios, en sus pírsines, en ella. En la pregunta estrella de qué era lo que Naiara tenía que me atraía como si fuera una polilla yendo a la luz.

—Quiero que se presente en el Hogar San Gabriel.

Dejó la empanada en su mano a medio camino y me contempló, sin querer mostrar sorpresa pero haciéndolo de manera inevitable. Naiara sabía leer entre líneas.

—En el orfanato de Pan Bendito. —Asentí, sin parpadear—. ¿Por qué?

—Porque Catriel y yo nos criamos allí.

Otro extenso silencio recorrió el salón de punta a punta. Vi cómo se mordía la lengua, aunque al final la contención no le sirvió de nada y yo ya anticipé que venía la pregunta del millón:

—¿Puedo preg…?

—No.

Cogió aire en grandes cantidades.

—Vale. Otro tema prohibido. —Se llevó el trozo de empanada a la boca, y antes de morderla añadió—: Voy a necesitar una agenda para las normas y los temas prohibidos. Me parece muy bien que quieras hacerlo allí, le damos una oportunidad a los chavales.

No entré al tema porque al final hablaría más y no era mi intención. No de momento. Suficiente había dicho ya, teniendo en cuenta que del pasado de Catriel y de mí no existía nada porque nos habíamos encargado de borrarlo del mapa por medios poco ortodoxos pero efectivos.

Me llevé la empanada a la boca y no reprimí el sonido de satisfacción que salió de mi garganta. Sí, desde luego tenía un aprobado en la cocina, y eso que no contaba con sus herramientas.

—Esto está buenísimo —la alabé.

—A ver con quién te piensas que estás hablando, Eminencia.

—No me llames así —la advertí con un dedo en alto.

Alzó ambas cejas.

—¿O qué?

Mordió su empanada, sin quitarme los ojos de encima. A mí ese gesto me pareció de lo más provocativo y tragué saliva de manera disimulada. De manera disimulada también iba a tener que colocarme el paquete.

—O no te contrato. —Hice un movimiento de cabeza, vacilándola. Abrió la boca, soltó la empanada, se levantó y se sentó a mi lado.

Lo que me faltaba para ponerme más nervioso de lo que ya estaba.

—¿Me lo estás diciendo de verdad?

Pareció agitada, y medité el motivo por el cual Naiara necesitaría dos trabajos para poder sobrevivir, sin embargo, no la juzgué. Sus razones tendría.

—Solo con una condición. —Movió la mano para que se la contara —. Te dejaré venir mientras Lidia y Abraham no están si me enseñas. A todo.

Sonrió, me tendió la mano y añadió:

—Si a tu novio no le molesta tenerme por aquí dando vueltas, trato hecho.

—¡¿A mi novio?! —me exalté—. ¡¿Te refieres a Catriel?!

Me moví incluso del asiento. Ella sonrió perversa.

—Acabas de decir que él y tú sois del Hogar San Gabriel. Y eso quiere decir que lleváis toda la vida juntos.

—Estoy casado, Naiara —gruñí.

—Estabas. —Me escoció, y se me tuvo que notar—. Lo siento.

Me tragué el nudo que se me formó en la garganta. Estaba, porque Vega ya no vivía conmigo, ya no respiraba conmigo.

—Estaba… —pronuncié dándome una palmadita en la espalda por atreverme a hacerlo. Era la primera vez—. Catriel es mi amigo, es mi hermano, ¡no mi novio!

El tono se me fue agriando según avanzaba la conversación. También el ceño, que lo fruncí en exceso y ella rio. Elevó las palmas de las manos en son de paz y asintió, cambiando de tema al proyecto para que lo olvidáramos. Sin embargo, no supe por qué me dio en la nariz que había sido una prueba como la mía con los novietes.

Y después de cenar cada uno tomamos caminos distintos. Ella lo hizo antes que yo, deseándome unas buenas noches de las que no estaba seguro. No respondí, ya que era consciente de que dormir iba a convertirse en el mismo suplicio de siempre. Y allí me hallaba yo, a las tres de la mañana, dando vueltas de un lado para otro con un único pensamiento: la rubia que tenía a pocos metros de mí.

No podía dejar de pensar en ella, en el movimiento de sus labios al masticar, en su euforia al compartirme el proyecto, en su voz, en sus curvas, en su rostro, en sus ojos… En qué sentiría al tocarla, al lamerla, al…

—¡Mierda!

Seguido de ese susurro le di un manotazo a la cama y me obligué a calmarme. Llevé las manos a mis sienes, las presioné y cerré los ojos, tratando de respirar. Necesitaba un vaso de whisky. Algo, lo que fuera para quedarme inconsciente. Pero ¿qué coño me pasaba? Con esos pensamientos en danza, ya había llegado a la puerta, la abría y salía como un huracán hacia la cocina, en busca de esa botella.

Y se terminó la huida en cuanto descendí los escalones que separaban el pasillo del siguiente espacio.

Estaba allí.

Naiara estaba allí.

Solo nos alumbraban unas tenues luces de led celestes que había repartidas en las esquinas de los techos, con el fin de no dejar la vivienda completamente a oscuras. Eran como las de emergencia pero más modernas y suaves. Distinguí sus iris brillantes y el corazón me latió bravo en el pecho. «No des un paso más», me ordené, y fue tarde cuando ya avanzaba como un depredador hacia ella.

—No podía dormir y he venido a por un poco de agu…

Ni siquiera le di tiempo. Se detuvo en su explicación cuando me detuve frente a ella, imponente, con el pecho subiendo y bajándome a una velocidad de vértigo, sin mediar las consecuencias y sin saber quién había poseído al Naím que soltó a bocajarro:

—Naiara, voy a tocarte de una manera muy sucia si no corres.

Recé para que no se marchara. Juro que recé para que no lo hiciera, y, para mi no sorpresa, me contestó con un hilo de voz:

—Me gusta el peligro, Naím.

Iba a reventarme el pecho y las manos comenzaron a temblarme. Alargué una de ellas, alcancé su muñeca y la giré, de manera que quedó de cara al sofá, atrapada entre este y mi torso desnudo. Me acerqué a su oído, embriagándome con aquel olor dulzón que me llevaba cuesta abajo y sin frenos.

—¿Eso es un sí?

Sentía su pulso en la muñeca, en aquel abrazo improvisado. Entonces me percaté de que únicamente iba cubierta con una

camiseta grande de dormir. Ni vestidos coquetos ni pijamas de encaje.

—Eso es un sí —musitó con la respiración entrecortada.

—Nada de esto habrá pasado mañana —sentencié.

Su culo se restregó contra mi miembro duro. Me afané en buscar su otra mano y las coloqué sobre los cojines del cabezal del sillón, apreciando su cuerpo moverse por la respiración agitada. Estaba perdiendo la cabeza, pero es que no podía parar. No podía.

Deslicé mis manos por sus hombros sintiendo una corriente. Sentía en el tacto de los dedos su erizamiento mientras descendía por su cuerpo. Introduje la cabeza en el hueco de su cuello, rozando su pelo con mi nariz, oliéndolo, impregnándome de él. Y di el siguiente paso sin pensarlo: separé los labios y besé su cuello.

Jadeó al mismo tiempo que mis manos llegaban a sus nalgas y las apretaban con saña, con ganas, marcando un territorio que no me pertenecía pero con el que iba a obsesionarme. Y no estaba siendo visionario, lo había vaticinado desde el primer día en que la vi.

«Despierta», me recordé.

Mordí su cuello, después mi lengua bailó al son de un fuego abrasador que rugió en mis entrañas. Su respiración acelerada me convirtió en el animal que era, aunque todo empeoró cuando colé una de mis piernas por en medio de las suyas. Deslicé una mano al interior y… no había ropa que cubriera su sexo.

—No puede ser… —Jadeé agónico, a punto de explotar sin haberme tocado.

—Naím… —gimió sin haberla tocado tampoco.

Las manos se me fueron solas hacia el interior de sus muslos, los acaricié con pericia y presioné mis dedos en su carne, sintiéndola a

ella, hasta que llegué a su centro caliente, palpitante, mojado. Entreabrí los labios para coger aire y me preparé para desplazar la palma de la mano de arriba abajo.

—¿Cómo se le llama a esto, Naiara? —le pregunté ronco en el oído, y le coloqué la mano libre en la cintura.

Giró el rostro, y aunque no la vi sentí el calor de sus mejillas. Me buscó con la mirada y me encontró tan cerca que sobrevoló mis labios. Bastó que alzase medio centímetro el mentón para recordarle que esa zona estaba prohibida.

—Se llama: si tú me tocas —jadeó al pellizcarle el clítoris—, yo te toco.

14

Arrepentimiento en caída



NAIARA

Esa no era yo.

O por lo menos no era la Naiara que se habría atrevido a ser así de descarada con su amigo-jefe. ¿Era posible que me hubiera pasado con alguna especia en la empanada? Ya no lo sabía, pero estaba desatada y con unas ganas incontenibles de él. Y no me avergonzaba tener que mirarlo al día siguiente, con una luz potente. Yo lo que estaba era loca por correrme sobre la mano que se restregaba en mi coño y sobre ese dedo que no dejaba de presionar mi botoncito mágico durante minutos interminables.

Lo movía, paraba. Deslizaba la mano dos veces y, cuando ya casi caía en picado, se detenía. Y yo gruñía. Y notaba la sonrisa del cabrón en su boca, pegada ahora a mi hombro.

Lo empujé con el trasero y me clavé el mástil. Lo intuía grande, y eso que todavía no había tenido el gusto de conocerlo. Escuché su respiración entrecortada, me volví de cara a él, provocando que

sacara la mano de la cueva, y cogí la gomilla de su pantalón de deporte hasta pegarlo a mí. Asombrosamente se dejó.

Tuve solo unos segundos para descender mi mano libre por su costado, y, cuando ya casi llegaba a la nuca, sentí que me izaba del trasero con un movimiento brusco que terminó con mis piernas enroscadas alrededor de su cintura y nosotros en movimiento hacia la mesa del salón comedor. No apartó la mirada de mí mientras barría con la mano las carpetas y los papeles que habíamos ordenado para el día siguiente. Los tiró al suelo sin miramientos, me soltó sobre el cristal y se abalanzó como un poseso a mi cuello, subiendo con las manos mi camiseta de dormir.

Bendita la hora en la que no me había dormido, y bendita la hora en la que se me había ocurrido dormir sin bragas.

Arrastré el culo hasta llegar al borde, deseosa de tocarlo. Lo abracé con mis piernas, lo pegué a mí y se detuvo. Aproveché ese momento para pasear mi lengua sinuosa por sus pectorales hasta llegar a uno de sus pezones, y, mientras lo lamía y lo mordía con descaro, la mano que ya se había colado en sus pantalones agarró aquel miembro duro, a punto de explotar.

Apreté su glande. Lo escuché gruñir y jadear al mismo tiempo, pero hubo algo que cambió. Se detuvo, como si lo hubiera atado de manos y de piernas, y noté un pequeño pero firme temblor en sus extremidades superiores. Aflojé la intensidad de mis caricias, sin saber qué le sucedía, y deslicé la mano con suavidad por toda su envergadura una y otra vez. Arriba y abajo. Despacio y contenida.

Sedienta y salivando por él.

Lo escuché también respirar con dificultad cuando las sacudidas fueron más certeras, más rápidas, más feroces.

Tras unos largos minutos, subí la piel hacia arriba, lenta, comedida, sin entender el cambio en la tensión de sus músculos, y me atreví a separarme para mirarlo a los ojos, demasiado cerca. Solo veía oscuridad, deseo y un placer inmenso que me mostraba la contención de Naím.

Las ganas de mí. Las que me había tenido desde el primer día que nuestros ojos se cruzaron en la sala de juntas.

Mis labios casi recayeron sobre los suyos. Tragué saliva al ser consciente de que me contemplaba estático cuando me detuve muy cerca de la zona prohibida, y murmuré con confianza sobre su boca:

—Prometo no besarte.

Odiaba eso, para qué íbamos a mentirnos. Era una parte fundamental para mí y yo adoraba besar. Pese a creer que tenía miedo de que rompiera el reglamento, trató de calmarse y controlarse. Solté su falo, llevé las manos hacia arriba para sostenerlo de las mejillas y preguntarle si se encontraba bien, pero todo cambió en un visto y no visto.

Me alentó para que terminara tumbada en la mesa, agarró mis muñecas con posesión, me las colocó por detrás de la cabeza con una mano y con la otra tiró de mi tobillo, dejándome expuesta. Chorreaba de deseo por él, y él por mí.

Se acomodó en medio de mis piernas, y desde ese instante adiviné que tampoco me follaría como en mi cabeza imaginaba. Respiré con más agitación, levantó mi camiseta de dormir de nuevo y atacó mis pezones al tiempo que su mano maestra se colaba entre los pliegues de mi coño y regresaba a masturbarlo sin compasión.

Me retorcí, deseosa de correrme y estallar en su mano cuando introdujo dos enormes dedos que me llenaron. No quise pensar en

qué haría con su polla cuando la tuviera en mi poder. Se me hizo la boca agua al pensarlo.

—Naím… Oh, joder —gemí, muerta de deseo.

—Me encanta esto. —Tiró con los dientes de la anilla de mi pezón derecho y me estremecí.

—Pues verás cuando me dejes enseñarte el de la lengua.

Casi no podía hablar de los espasmos incontrolables. De las sacudidas, de cómo movía mis caderas en busca del placer absoluto, y, aun así, me quedé prendada de su mirada cuando la alzó por encima de sus pestañas, sin dejar de profanar mi sexo y con la lengua puesta en la anilla.

Sí, lo había entendido bien y sonreí. Dio un tirón en plan cabrón a mi pezón y se esmeró en sujetarme las muñecas por encima de la cabeza para que no lo tocara. Lo permití, porque no podía irme a la cama con semejante calentón y porque… ¡Oh, Dios! ¿Adónde iba? Soltó mis muñecas, mis manos quedaron a ambos lados y me sentó, sacó mi culo hacia fuera y se echó casi sobre mí, ahora manteniéndome sujeta en la espalda. Se bajó el pantalón lo justo para sacársela.

Tragué saliva cuando noté la punta caliente de su polla en mi clítoris. Y comenzó a balancearla, a moverla en círculos. Mojada, ardiendo, deseosa.

¡Oh, joder! ¡Qué puta agonía!

—Naím…, ¡no puedo más! —Jadeé, a punto de que me diera un ictus.

—Muévete, valkiria —susurró sin apartar su verga, sin parar de restregarse—. Naiara, muévete.

Y aquello se descontroló.

Yo jamás había hecho algo semejante, y fue una de las situaciones más explosivas que viví. Dancé como aquel dios me había pedido, permitiendo que mis movimientos se acompasaran a los suyos, solo rozándome por fuera, sin llegar a penetrarme y jugando en mi botón mágico o restregándose con frenesí. Me recostó un poco más, simulando que me follaba desde fuera, y yo lo seguí. Lo seguí porque estaba desquiciada, escondiendo la cabeza en su cuello y sin saber la cantidad de palabrotas que ya había soltado por la boca y la cantidad de rugidos y gemidos que había escuchado de él, aunque sí supe que contenidos. ¡Joder! ¿Por qué no lo hacía y listo?

No quise rogarle. No todavía.

Y me corrí. Lo hice como una condenada y de una manera bestial, a la vez que notaba un chorro ardiendo en mi vientre. Su semen. Hasta la última gota.

Me empapé las piernas de líquido, la mesa e incluso llegó al suelo. Sus ojos me encontraron, y no me avergoncé porque yo sí sabía lo que me había ocurrido, a pesar de que llevaba bastante tiempo sin experimentarlo. Y aquel canalla también lo sabía porque sonrió de manera disimulada.

Sin dejar de mirarme, llevó dos dedos a mi sexo, los hundió y di un respingo por los calambres que todavía recorrían mi cuerpo. Se los llevó a la boca, muy cerca de la mía, los chupó con arrogancia y después, ni corto ni perezoso, delineó mis labios y los introdujo en la mía.

—Eres una caja de sorpresas, valkiria. Una caja de sorpresas. —Le atrapé los dedos con los dientes, desafiante. Él movió la cabeza hacia el pasillo—. Descansa. Yo recojo.

Se separó, dejándome desangelada. Se recompuso los pantalones y seguí sus pasos con la mirada, hasta que abrió el enorme ventanal del salón y se marchó a la calle. Entendí que ese mensaje era para que desapareciera de allí y lo dejara solo, aunque me dio remordimiento que se quedara todo manga por hombro. Sin embargo, ni sabía dónde estaba el cubo de la fregona ni sabía dónde estaban los productos de la limpieza en la casa, y dudaba mucho que fuera una buena idea ir a preguntarle.

Me bajé de la mesa en un salto, tiré de la tela de mi camiseta y me limpié como pude. Después recogí los papeles del suelo en silencio, mirando por encima de mis pestañas de vez en cuando. En una de las ocasiones lo pillé con las manos en la cabeza y me sentí fatal. Cerré los ojos, agachada de cuclillas como estaba.

—Genial, Nai. Genial —ironicé en un murmullo.

Al levantarme, me fijé en que Naím mantenía una postura rígida, apoyado en la barandilla que separaba el porche de la piscina que había visto de refilón. Su espalda estaba tensa y su cabeza contemplaba un punto perdido en el agua. Chasqueé la lengua, con las carpetas todavía entre las manos. Las deposité sobre la mesa y me marché sin hacer ruido, aunque en el fondo sabía que él me escuchaba y esperaba a que desapareciera.

Cuando traspasé la puerta del dormitorio, me llevé una mano al pecho, con los ojos muy abiertos del shock que empezaba a apoderarse de la Naiara coherente, y me miré. Iba llena de nuestros fluidos hasta arriba, sudorosa, y olía a sexo. Me encaminé hacia la ducha, permitiendo también que el arrepentimiento en caída libre me atropellase.

Naím había dicho que nada de aquello habría ocurrido mañana, y esperaba, por el bien de los dos, que así fuera. Ahora, en frío, la situación tomaba otro matiz. Se volvía más peligrosa. Y yo tenía tanta información en la cabeza que no me cabía nada más.

La ducha no surtió el efecto deseado: no dormí más de dos cabezadas entre las cinco de la mañana y las siete. A las ocho y media ya estaba que me llevaban los demonios entre las sábanas, y eso que el colchón era comodísimo.

Me cambié de ropa. Esa vez me puse unos pantalones cortos de deporte y un top de color rosa chicle. Abrí la ventana del dormitorio y me apoyé en la balaustrada que daba a los jardines, con el móvil en la mano. Me entretuve en eliminar las cincuenta llamadas perdidas —sin exagerar— que tenía de Ramón, el dueño de mi estudio. Llevaba una semana insistente, y ya era la cuarta vez que me decía que debía desalojar el piso.

Le envié un mensaje rápido para decirle que había encontrado trabajo, que me diera solo dos semanas más y en el primer cobro le abonaba tres letras. Recé para que fuera comprensible y no me dejara de patitas en la calle.

También aproveché para mandarle un wasap a mi ratona. Le conté que Naím había aceptado mi proyecto del Alto Imperio romano, que estaba feliz y que quería presentarlo en el Hogar San Gabriel de Pan Bendito. Aquello me había asombrado más de lo que quise aparentar, aunque al final me salió bien porque Naím se había pensado que la pregunta era por él, y no por mí. En parte sí había querido reconducirlo a ello.

No deseaba contarle nada de mi vida. No de momento. Y sabía que jugaba sucio al preguntarle y bromear, a veces, con lo de los

temas prohibidos, pero continuaba creyendo que lo mejor para Nailani era preservar su intimidad hasta que se curara.

Y nuestros orígenes no eran un camino de rosas.

Por no hablar de todo lo que había tenido que hacer desde que nuestros padres nos abandonaron para estudiar, formarme y ser quien era. No todas las vías habían sido legales, y eso tampoco deseaba compartirlo.

Me apetecía conocer la verdad sobre Naím Montero, pero aquel hombre tenía una lista interminable de prohibidos y yo era demasiado nueva en su vida para que me los contara todos. Comprensible.

El olor a café me puso alerta y nerviosa a partes iguales. ¿Ya estaba levantado? Claro, había dicho varias veces que no dormía demasiado. Moví las manos para removerme la energía como había hecho el primer día en las oficinas, cuando me estampé con Catriel. Recordar al rubio me sacó una sonrisa. Obvio que sabía que no eran novios, pero ya me había confirmado mis sospechas: eran más que amigos.

Enfrenté la puerta y me persigné como habría hecho Nailani, todo dramática. Me reí después de eso, porque si algo me caracterizaba era lo echada para adelante que solía ser. Por alto, por muy bueno y por mucho que me pusiera aquel macizo de tío que me había hecho guarrerías prohibidas hacía solo unas horas. Recordarlas me aguijoneaba el vientre y el sexo, ocasionándome una sensación de deseo que pedía más.

Solté el aire y abrí.

—¡Vamos, Nai! ¡Dale duro! —me animé.

Enfilé el pasillo y respiré antes de bajar los escalones. Me reí al encontrarlo de cara a la vitro, con los brazos en jarra, y con la sensación de estar perdido como el día anterior con la cafetera. Se rascó la sien y después plantó ese mismo dedo sobre sus labios. Joder, lo que deseaba yo morder y besar esos labios hasta desfallecer.

—¿Problemillas con la vitro? Buenos días.

Se giró, me repasó de la cabeza a los pies y al contrario sin disimulo y asintió.

—Buenos días. Tengo que pegar pósits.

Su tono me adelantó que había buen humor y nada recriminatorio ni que lo hiciera estar tirante. Eso solo significaba que había cumplido su palabra con respecto a sus comentarios sobre el día siguiente: nada habría ocurrido. Me acerqué a él con ligereza.

—Vale, pues pondremos notas. Dámelas. —Le tendí la mano, sin mirarlo.

Noté que la piel se me erizaba de inmediato al estar tan cerca de su cuerpo. No sentí nada en la palma, por lo que giré el rostro y me lo encontré fijo en mí. Moví la cabeza y salió de un embobamiento que me gustó.

—Voy.

Cuando se marchó sonreí disimulada. La noche anterior, mientras preparábamos la empanada, me había dado permiso para rebuscar en los cajones de la cocina que me hicieran falta, y yo me había encargado de ubicarlo todo al dedillo. Tenía buena memoria.

Lo sentí detrás de mi espalda. Vi la mano por mi lado izquierdo, me dejó el bloque de pósit y un boli sobre la encimera y me coloqué

para escribir dónde se encendía la placa. Ese movimiento rozó su pantalón y quise morirme.

—Estos vamos a hacerlos pequeños para ponerlos en las esquinas. Cuando te los aprendas de memoria, los quitas. —Lo miré de reojo. Él estaba muy pendiente. Era obvio que había pasado por alto el roce para no desfallecer. Me puse frente a la vitro, elevé el boli en alto, tipo profe, y le pedí la mano sin palabras. Me la dio—: Enciendes aquí. —Coloqué mi palma sobre su enorme mano—. Y ahora vienes a la ruleta platillo volante y la mueves al punto que quieras.

Deslicé su mano de derecha a izquierda, pasando del nueve al cero y al contrario. Lo había llamado platillo volante porque era todo muy tecnológico y raro, pero igual de fácil que cualquier vitrocerámica. El contacto de su piel me quemó, aunque más lo hicieron sus ojos, que no se apartaban de mí.

—¿Platillo volante? —me preguntó desviando el tema.

Giré la cabeza. Se encontraba tan cerca… Me faltó el puto aire y me mojé los labios, que él miró antes de hablar.

—¿Tienes IA en casa? —me interesé cambiando el foco de atención también.

—Primero vamos a desayunar.

Me dio un vuelco el estómago. Sentí sus palabras tan calientes, tan desesperadas y deseosas como lo estaba yo. Asentí, le quité la atención y le coloqué una sartén, habiendo observado antes que había sacado dos huevos.

—¿A qué te ayudo?

Movió los hombros sin saber qué contestarme.

—Se supone que eres tú la que tienes que enseñarme. Hoy y mañana es de prueba. El lunes empiezas oficialmente.

Reí y negué con la cabeza.

—Vale. Tú haces los huevos rotos y yo preparo unas tostadas con algo de fruta. ¿Te apetece? —Señalé el café—. Eso te ha salido estupendo. Cuidado que me quedo sin tus sonrisas.

A veces me inquietaba la manera de mirarme, porque no sabía si me analizaba, si quería decirme algo o si me devoraba con los ojos con las mismas ganas que le tenía yo. De lo que sí estaba segura era de que le brillaban.

No argumentó nada, y con indicaciones y varias interferencias por mi parte conseguimos un desayuno de campeones para enfrentar el día. Desayunamos en la isla. Desde mi posición me fijé en la mesa del comedor, en las carpetas que habría colocado él —ya que no estaban como yo las había dejado de madrugada— y en el cubo de la fregona que reposaba en una de las esquinas de la estancia.

Entre nosotros pareció no haber pasado nada. Para mi sorpresa, me sacó tema de conversación sobre algunas áreas de Veritas por las que tendría que pasar con el proyecto y aquello me bastó para gastarle unas cuantas bromas que destensaron el ambiente y lo recondujeron a su cauce.

—Vamos a mi despacho.

Lo medité un segundo, pues no tenía muy claro dónde estaba, ya que la mansión no contaba con más habitaciones de las que había visto. Pensé en la posibilidad de que estuviera en la calle, en algún almacén que no hubiera visto, pero no nos dirigimos allí, sino a una puerta que daba a una zona que desconocía.

—Dime que es una Batcueva.

Sonrió y me encantó, de hecho, me quedé ensimismada en la puerta, sin moverme.

—No exactamente. —Me contempló con gracia—. Es mejor.

Abrió y recordé que esa zona era el sótano que no había visto el día anterior. El garaje tenía ese olor denso a hormigón húmedo y a motor apagado que aún guardaba calor. No sabía cuándo había metido el vehículo, pero estaba dentro.

Yo pensé que iríamos hacia algún rincón lleno de herramientas y polvo, un despacho alejado en ese lugar, pero Naím se detuvo frente a una puerta metálica sin letreros, tan anodina que cualquiera juraría que escondía trastos olvidados.

—Tercera norma: no vas a contarle a nadie lo que veas aquí dentro, o tendré que torturarte.

Elevé la barbilla, sin moverme, y lo chuleé:

—¿Y cómo piensas torturarme? Porque yo soy dura de roer, no te creas.

—Conozco algunas maneras de torturarte, NeónNai.

Sonó mal. Sonó rematadamente erótico. Y deseé clavarme de rodillas en el suelo y abrir los brazos como Jesucristo para decirle que me hiciera lo que le viniera en gana, o el lunes estaba en todos los periódicos. Me mordí la lengua para no reírme y él frunció el ceño.

—Abre —le pedí.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada.

—No, dímelo. —Se volvió de cara a mí y bajó la mano que imaginé que abría la puerta.

—Ojos que no ven… —cabeceé para quitarle hierro al asunto y que entráramos—, hostia que te pegas.

Frunció el ceño.

—Eso no es así.

—¡Abre ya y deja de querer entrar en mis pensamientos! —Me reí.

Cuando la abrió, tuve que contener el aire. Aquello no era un cuarto cualquiera. Era un jodido templo.

El espacio se desplegaba en blanco, inmaculado, como un laboratorio futurista escondido bajo tierra. Todo brillaba con esa luz clara que no dejaba sombras, como si quisieran eliminar cualquier rastro humano en favor de la perfección. Las paredes lisas parecían absorber el ruido de nuestros pasos, y el centro lo dominaba una pantalla gigantesca que iba de suelo a techo, tan desmesurada que no se parecía a un monitor: era una ventana al futuro, rodeada de una mesa circular. Frente a ella había un sillón largo, de diseño minimalista, con apoyos blancos también y una estructura que parecía más una máquina que un mueble; estaba hecho para resistir sesiones de inmersión, no para dar descanso.

Las estanterías laterales guardaban dispositivos alineados con precisión quirúrgica: cascos de realidad virtual, guantes hápticos, interfaces neuronales. Nada sobraba, nada estaba fuera de sitio. Había un orden obsesivo que hablaba más de Naím que cualquier palabra suya. Y entonces lo vi; el núcleo de Aura. No la proyección de su voz ni el avatar femenino que flotaba en las pantallas, sino su verdadero cuerpo. Un bloque de servidores transparentes en cuyo interior destellaban circuitos como venas azules, pulsando en cadencias casi orgánicas. Latía. Lo juro, latía.

—Eso…, esa… es… —balbuceé sin poder dar un paso al interior.

—Bienvenida a mi casa, NeónNai.

Miré a Naím con los ojos como platos, incapaz de salir del shock. Me acerqué unos pasos, titubeante, sin dejar de contemplar el cuerpo azul de Aura. Con la boca abierta, me giré para ver a su creador, quien me observaba con las manos en los bolsillos y semblante entusiasta.

—Hola, Aura. Me has reconocido… —musité perpleja.

—Reconozco tus patrones porque te tengo grabada en el sistema, NeónNai. Y, ahora, si me permites, te recomendaría que tomaras una pausa y te calmaras. Tu ritmo cardiaco es elevado.

Incapaz de pronunciar una palabra, me aproximé hasta estar frente a ella, con el corazón latiéndome a mil por hora y el olor a Naím envolviéndome. Estaba cerca. Muy cerca, y ya no diferenciaba qué era lo que me ponía más nerviosa.

—Aquí la inventé.

No me hizo falta mirarlo para saber que se había colocado a mi espalda. Lo sentía por la inminente corriente, por el calor, por mi piel.

—La idea fue tuya… —susurré al viento.

—Fue un trabajo en equipo, aunque Vega… —se detuvo un instante— siempre fue la parte artística. La que hablaba del futuro, de una educación mejor.

«La historiadora. La chica pija». Y no estaba juzgando, pese a que él se desvalorizaba y la ponía a ella en un pedestal. Lo había investigado. Vega era la cara visible de Veritas, sí, pero antes de eso era la niña mimada de una familia de gente de poder madrileña. De repente, una chispa se incendió en mi cabeza y no fui capaz de retener mi lengua.

Me giré para mirarlo.

—Y tú fuiste la mente brillante. El que se dedicó a cumplir los sueños de ella. —Su rictus cambió a uno más serio—. El chico de la calle que se merecía algo mejor.

Contuve decirle que él era el chico de la calle que no estaba a su altura, a la de la familia de Vega, pues sí había descubierto que no tenían relación apenas con la familia de ella mientras estuvo viva.

El ambiente cambió. Se tornó enrarecido y siniestro, distinto. Mi comentario le había molestado y yo me entristecí al ser consciente de que sí, de que no se valoraba lo suficiente como para decir a boca llena que Aura era suya. Que había sido ideada por una cabeza y por nadie más.

Me dolió ver cómo me daba la espalda.

Cómo se alejaba, después de lo que habíamos empezado a compartir.

De la sintonía que habíamos entonado juntos.

—A trabajar.

Sonó seco, distante, mordaz.

—Naím… —intenté disculparme.

Se detuvo, miró hacia la izquierda, por encima de su hombro, y sentenció taxativo:

—Está prohibido, Naiara. Hablar de Vega está prohibido. Ponlo en el número uno de tu lista.

Todavía me sentí peor cuando me cayó mal. No él, sino su mujer muerta, porque estaba comenzando a descubrir al verdadero Naím.

Al hombre que había querido hacer pequeño una mujer llamada Vega.

Y eso iba a cambiarlo yo, porque tenía dos ovarios. Y bien grandes.

15

El Alto Imperio romano



NAIARA

Pasamos toda la mañana encerrados en aquella Batcueva particular rodeados de pantallas, papeles y tazas de café a medio terminar, incluyendo algunos *snacks* que nos habíamos pillado de la cocina para no detenernos mucho, y sin hablar más de lo necesario y estricto. O sea, sin salirnos del proyecto, del «¿quieres descansar?» y poco más. De hecho, se había sentado a la otra punta e intentaba evitarme a toda costa.

No insistí. Preferí darle su espacio y que me hablara cuando quisiera.

Revisamos los esquemas, limpiamos errores de concepto y dimos forma a lo que, por primera vez, empezaba a parecer un proyecto real. No se trataba solo de elegir qué imágenes o recreaciones queríamos mostrar, sino de estructurar un viaje inmersivo que pudiera tener sentido para los chicos: desde cómo iban a colocarse las gafas, hasta la secuencia que verían en sus primeros minutos

dentro del entorno virtual. Hablamos de los detalles técnicos, de los permisos que harían falta, incluso de los riesgos.

Nos encontrábamos rodeados de cables, gafas de realidad mixta y pantallas flotantes que parecían devolvernos un reflejo de otro mundo, ayudados en cada paso por Aura, quien iba grabando todo en una memoria independiente. Como si el Proyecto 360 se quedara blindado solo para nosotros tres.

Y yo sentía latir bajo mis manos el proyecto, cada vez que conseguía encajar una idea, cada vez que veía en los ojos de Naím ese brillo contenido que intentaba disimular aunque estuviera cabreado conmigo.

El plan no era complicado: preparar las primeras pruebas inmersivas para que, en una semana, tuviéramos algo que mostrar en los centros escolares. Una recreación sencilla, sí, pero capaz de emocionar. Chavales paseando por un foro romano, tocando piedras invisibles, escuchando voces que parecían rescatadas de siglos atrás, rememorando la historia y viendo el arte que podían aprender. Esto último era un extra para el orfanato, para que aquellos niños del Hogar San Gabriel tuvieran un incentivo al salir de allí. Para que quisieran luchar por un futuro.

Eso me llevó a otra cuestión. ¿Qué habría sido de Naím tras estar allí? Si tenía tanto interés en empezar el proyecto de esa manera… Me enteraría, pero ya adelantaba que tanto Catriel como él no lo habían tenido fácil. Me lo habían contado sus ojos silenciosos y dolidos cuando le había dicho lo de Vega.

No lo sabía, pero cada decisión que tomaba, cada vez que me dejaba añadir una idea, era como si también me permitiera

acompañarle en esa batalla contra sus propios fantasmas. Era como si reforzara mi idea de ayudarlo contracorriente.

Mi teléfono sonó de nuevo, esa vez en el bolsillo de mi pantalón. Me lo había guardado porque había recibido una llamada del tipo que se encargaba de los asuntos de la señora Leus, Viktor Drago. Un tipo de aspecto intimidante al que había investigado y del que había descubierto como socio de Valeria y amante de alguien cercano a la dueña de Nexusi, solo que esa persona no había determinado quién era en el servidor. Por cercanía, intuí que sería la propia Valeria. Debía entregarle el lápiz, y comenzó a asustarme un poco haberme sentido observada durante toda la semana, e incluso el día anterior cuando habíamos llegado a la mansión de Naím.

Ya me había encargado de limpiar el dispositivo y, para mi mala fortuna y empatía con el dichoso ser que habitaba la misma sala que yo cabreado, había eliminado la información parcialmente o la había sustituido por una falsa. Todavía no tenía ni idea de a quién me enfrentaba, pero iba a tardar poco en descubrir que Valeria no era una cualquiera ni era un trabajo más de los que siempre hacía.

—¿Puedes apagar el teléfono?

Me giré hecha un basilisco por su tono impertinente, sin recapacitar sobre la posición en la que estaba Naím: a mi derecha y muy cerca. No me dejé intimidar, aunque me dio un vuelco al corazón cuando me lo encontré a un palmo.

—No. No puedo. ¿Tienes algún problema?

—Me molesta —gruñó con el rostro imperturbable.

Me crucé de brazos y los coloqué por debajo de las tetas. Las miró.

—Y a mí me molesta que tengas esa cara de pasa, y no te pido que te pongas una bolsa.

Se acercó hacia delante, para estar más cerca de mi cara.

—Yo no tengo cara de pasa.

—Revenida, encima —apostillé.

—Me estás cabreando.

—Ya estás cabreado, Eminencia.

—Que no me llames así —soltó entre dientes.

Alcé más la barbilla, a punto de fusionarme con él.

—¿O qué?

Nos contemplamos con fijeza durante una eternidad. Él sin quitar su ceño fruncido, y yo sin dar mi brazo a torcer. Los cubitos de Aura me despistaban y me hacían gracia, aunque no podía permitir que eso rompiera la conexión con Naím y que… Me restregué. Como una calentorra sin miramientos me restregué por su paquetón, orgullosa de mí.

El ceño se le relajó para cambiarse por uno de asombro. No se lo había esperado y, siendo sinceros, yo tampoco me había esperado actuar de aquella manera.

—Si me permitís el consejo, creo que estáis un poco tensos. Haría una pausa y después retomaría el Proyecto 360 por donde lo dejamos. ¿Os parece bien?

Me pasé la lengua por los labios, más chula que un ocho. Fui a girarme, dispuesta a dejarlo con dos palmos de narices con su sorpresa por mi descaro, pero ocurrió lo que a Naiara Ramos le habría pasado en cualquier situación: que algo se enganchó en mi pirsin del ombligo.

—Me cago en la puta que parió…

Miré hacia abajo, viendo que se me había enganchado un hilo de la camiseta negra de Naím. Esbozó una sonrisa, como un capullo arrogante.

—Vaya, parece que tienes un problema.

Lo miré altanera.

—¿Sabes cómo solucionaré yo este problema? —le dije como una psicópata, pero en realidad estaba nerviosa. Agarré con fuerza su camiseta, sujeté el hilo para no rajarme la piel y me restregué, para no variar—. De un tirón seco.

Ese tirón seco no hizo efecto porque se había liado en varios hilos juntos del bajo. Fue el momento idóneo para fijarme en que su entrepierna se abultaba. Y también el momento de saber que yo estaba tan húmeda como él. Me copié de su gesto y fruncí el ceño, estresada por no deshacerlo. Eran los nervios.

—Me habrías decepcionado si no llegas a tener un pirsin en el ombligo.

Lo miré incrédula. Negué con la cabeza y retomé mi intentona por deshacerme de sus hilos. El pirsin me lo había tenido que ver la noche anterior mientras… ¡Oh, joder! Mientras nos restregábamos como dos desquiciados sobre la mesa de su salón. No podía pensarlo porque me calentaba más rápido que una hoguera.

—¡A tomar por culo! Me quito la bola.

Fui a sujetar la bolita de arriba del pirsin para sacarlo, aunque ya lo había enredado más. Me notaba las mejillas ardiendo, las pulsaciones más aceleradas y…

—Déjame a mí.

Su mano me sujetó la muñeca y todo cambió en cuestión de segundos. Lo miré, encontrándome los ojos de ese Naím, del

depredador, del hombre que me había hecho perder la cordura la madrugada anterior. Entreabrí los labios, tragué saliva, sin comprender lo que pasaba por su cabeza, e intenté normalizar mis pulsaciones.

Me soltó, sujetó los hilillos de la N en negro que decoraba la prenda y en la que se había enganchado el pirsin. Los rompió en un abrir y cerrar de ojos y, cuando pensé que ya podía girarme para que me diera el aire, clavó una rodilla en el suelo.

Fue hasta mi pirsin, buscando los hilos.

—¿Por qué estás tan nerviosa?

Traté de no tartamudear.

—Yo no estoy nerviosa. —Soné tenaz.

Me observó a través de sus pestañas. Sus ojos brillaban de deseo contenido y casi me desmayé. Sin dejar de contemplarme, la mano que sacaba los hilos del pirsin se deslizó hasta abajo y se detuvo en mi coño, por encima de la tela. Dio un golpe firme, dando de lleno en el botoncito mágico. Y yo me quise morir.

—¿Estás mojada, Naiara?

¿Cómo le mentía en eso? Si la única opción de la que disponía era alejarme corriendo para que no lo comprobara por él mismo. Respiré agitada, sintiendo que la Naiara que me poseía cuando estaba con él aparecía.

—Compruébalo tú mismo.

Sonrió ladino. Sabiéndose ganador, sabiéndose vencedor de las batallas. Y no dudó. Siguió el recorrido de su mano hasta que tocó el filo de mi pantalón, coló la mano por el interior y traspasó la barrera de mi tanga.

Y ese dedo que me llevaría a la perdición se introdujo de inmediato, porque yo estaba más que lista para recibirlo. Noté cómo me ardía la cara, aun así, no aparté mi mirada de él mientras el descarado deslizaba su dedo juguetón por mi abertura, mojándolo y sin dejar de contemplarme.

Para mi desilusión, sacó el dedo, se levantó y se quedó a un palmo de mi rostro, sobrevolando mis labios. «Bésame», le rogué, deseando que lo hiciera. Que rompiera todo lo que le impedía ser él en esencia pura. Pero tampoco fue así, aunque no me esperé la reacción que tuvo.

—Voy a comerme ese coño mojado, valkiria —susurró sobre mi boca.

Sus manos no tardaron en estar en mi pantalón, empujarlo hacia abajo con la ropa interior y dejarlo por las rodillas. No tuve tiempo de decirle ni media palabra cuando me alzó por el trasero, me colocó en la mesa de Aura y se arrodilló. Me pareció más fiero que nunca, más atractivo y poderoso que nunca.

Tiró de las prendas hasta sacarlas por mis pies descalzos, las lanzó al suelo y abrió mis piernas para no privarse de nada. Noté que la rojez me llegaba hasta las orejas, pero no dudé ni por un instante en abrirlas y quedarme con el trasero al borde, facilitándole el acceso.

No lograba respirar bien.

No sabía dónde poner las manos para no tocarlo, recordando lo que había pasado el día anterior. Cómo me había apartado de su contacto.

Expectante, deseé que su lengua se colara entre mis pliegues, sin embargo, Naím fue más despacio, saboreando cada momento para

ponerme histérica. Su lengua descendió por mi pierna derecha hasta llegar a la cara interna de mi muslo, lo lamió, lo besó y subió por mi monte de Venus para escalar al otro muslo, sin siquiera llegar a rozarme. ¡Dios!

Oí a mi espalda un sonido que me indicó que Aura se había desconectado, o eso fue lo que creí cuando los cubitos azules desaparecieron. No pensé más en aquello, pues la respiración del hombre que se encontraba postrado me golpeó de lleno y me agité. Siguió con la tortura, y dos de sus dedos recorrieron en vertical hacia abajo los laterales de mi entrada, presionándola hacia dentro, hasta deslizarse a la parte trasera. Me moví por instinto hacia atrás y vi perfectamente cómo sonrió.

—¿Esta es una zona prohibida, Naiara?

Su tono… Ay, joder con su puto tono. Tan ronco, tan sexy, tan Naím Montero.

Dos dedos subieron con parsimonia hacia arriba, por mis pliegues, mientras que su aliento me daba de lleno en el clítoris y me ocasionaba un escalofrío.

—Igual de prohibida que tu boca —conseguí contestarle.

Tragué saliva y eché la cabeza hacia atrás cuando los coló en mi interior con brusquedad. Los puso en forma de gancho y apretó como si estuviera diciéndole a mi sexo: «Ven aquí». Y no me esperé que se levantara, sin sacar los dedos de mi interior, se posicionara muy cerca de mi rostro, a un escaso centímetro, introdujera la mano libre por mi pelo revuelto y lo apretara con fuerza. Mis manos continuaron en la mesa, como si estuvieran pegadas con cemento.

—¿Quieres besarme, valkiria? —me preguntó rozando mis labios.

Era un cabrón de los buenos. Ya no porque estuviera torturándome a mí, no creía que lo hiciera por eso, pero sí que podía leer en sus ojos el sufrimiento y las ganas que tenía de comerme la boca. La cadena que lo retenía del cuello para que no se lanzara a mis labios, y lo mal que lo pasaba debatiéndose entre lo correcto y el deseo.

Entre su puto duelo y dejarse llevar.

Me moví hacia delante, buscando más fricción de sus dedos. Buscando correrme de manera desesperada, pues para mi desgracia también sabía que no tendría ni la oportunidad de tocarlo.

—Quiero hacerte lo que me dejes, Eminencia.

Entrecerró los ojos.

—No me llames así. —Clavó los dedos con fuerza y di un pequeño bote.

—¿O qué? —lo reté.

Sonrió con perversión y atacó mi cuello con saña. El impulso provocó que quitara las manos de mi anclaje y me desenfrenara. Colé las manos entre los dos, lo sujeté del pelo con fuerza y tiré de él hacia atrás para separarlo y mirarlo a los ojos. Había un fuego abrasador en los suyos. En los míos intuí la valentía que había tenido para hacer aquello, aunque también la vergüenza de haberlo hecho sin pensar. No reculé, o me habría perdido en la profundidad oscura de sus pozos negros.

Jadeé cuando restregó su pantalón contra mi coño empapado, seguido de un rugido por su parte.

—Deja de ponerme trampas —le solicité agónica.

Estaba tan cerca que si quería podía romper la puta regla de no besarlo y… Me leyó el pensamiento, pues se separó y me dejó

desamparada al desaparecer por mi cuerpo hacia abajo, de camino al centro de mis piernas. Solté un sonoro bufido. Me duró lo que tardó en meterme la lengua hasta el fondo.

Abrí los ojos extasiada, con las manos otra vez puestas en la jodida mesa, y mi mirada se clavó en el hombre que tenía de rodillas concentrado en su tarea. Maltrató mi botón mágico con maestría, presionándolo y haciendo círculos imposibles para volverme loca con su dedo, hasta que minutos después sacó la lengua, arrastró mi esencia y la subió a la zona donde sus dedos habían hinchado mi clítoris.

Creí que me moría.

—Naím… —lo llamé entre dientes, a sabiendas de que jugaba conmigo a su antojo para que no me corriera.

—Te dije que tenía muchas maneras de torturarte.

—Yo no quiero que me tortures. Lo que quiero es que me folles de una vez.

Levantó la cabeza, e incluso yo me asusté al escucharme tan firme. ¿Eso había salido de mi boca? Pues sí, con todas las de la ley. Y me desboqué. Puede que la razón fuera la tensión que había estado soportando toda la tarde con su malhumor, que hubiera explotado por las ganas que me tenía, demostrándome que me deseaba igual que yo lo deseaba a él, la prohibición… Querer tener lo que no podía. ¡Ay, no lo sabía!

Aquello ocasionó una serie de circunstancias catastróficas que alteraron mi buen humor característico.

Me resbalé por la mesa, empujándolo hacia atrás. Me coloqué a horcajadas sobre él, viendo cómo se asombraba y asustaba a partes iguales por mi gesto desenfrenado. Envolví de nuevo su cuello y me

lancé a él para besarlo en el cuello con intensidad mientras mis manos danzaban por el interior de su camiseta buscando tocarlo. Él intentó sujetar mis muñecas.

—Naiara… —gimió—. Naiara, ¿qué haces?

Me aparté y sobrevolé sus labios.

—A mí no me da miedo follarte, Naím. Porque después nada de esto habrá ocurrido.

Usé sus mismas palabras, a ver si con eso destensaba la tensión que habían adquirido sus hombros, pero fue en vano. Él me contempló estático, como si algo se hubiera apoderado de su cuerpo y no fuera el hombre que me había devorado con los ojos y con la boca, pese a estar duro como una piedra mientras me frotaba contra él.

—Naiara… —Había lujuria contenida en su tono, y eso no podía negarlo.

Llevé la mano a su polla, dispuesta a tocarla y clavarme en ella hasta la empuñadura.

—Vamos, Naím, suéltate de una jodida vez —susurré sobre su boca.

Ciega por el deseo, contoneé mis caderas en su cintura sin notar su tacto, sintiendo el frío que más y más rápido se acercaba a mí, pese a que intentaba detenerlo. ¿Qué había pasado de un momento a otro? Dejé que una de mis manos acariciara el contorno de su brazo musculado, y la otra derecha se atrevió a colarse entre los pantalones y apretar aquel miembro que deseaba probar y sentir de lleno en mi interior.

Y, rematándome en un golpe mortal, cuando ya estaba confiada y pensando que cedería, apresó mis muñecas con garra mientras

lamía su mentón, me apretó para que me detuviera y lo miré agitada.

—Catriel ha llegado.

Me descompuse y el cuerpo se me aflojó. ¿Qué coño…?

—¿Qué? —le pregunté como una idiota, sintiéndome como tal.

—Vístete. Te espero en el salón.

Me empujó con cuidado hacia atrás, me soltó de rodillas en el suelo y me quedé estática, sin moverme, sin prestar ni siquiera atención a cómo se había levantado del suelo. Cuando la puerta se cerró, me senté, sintiéndome ridícula, penosa y todos los adjetivos que definieran mi estado en aquel momento. También me dieron ganas de llorar, y, aunque no fuera a hacerlo, la impotencia y el enfado tomaron una buena parte de cada una de mis terminaciones.

Escuché la alegría del rubio en la planta de arriba, pero lo que no oí fue el timbre que indicara que había llegado. ¿Cómo sabía que estaba allí? ¿Y por qué no me había dicho que cenaríamos los tres? El enfado tomó más consistencia, y me vi desbocada mientras recogía lo que habíamos organizado para nada, mi ridiculez y yo. Me vi dándome manotazos mientras me ponía las bragas y el pantalón. Terminé de adecentarlo todo antes de subir.

Entré en el aseo del despacho, me lavé las manos y me eché agua en la cara para disimular el cabreo. Nada, no había manera, porque se me notaba a leguas. «Que te jodan, Naím», pensé con ganas y con la certeza de decírselo.

Ni una vez más iba a permitir que ocurriera nada de aquello. Éramos lo que éramos, y, como no sabía qué coño quería de mí, pasaba. Pasaba una mierda de él.

Había dejado de escucharlos en la planta de arriba, claro indicativo también de que hablaban y, si eran amigos, hablaban de mí y de lo que había pasado los días que no se habían visto. Comprensible.

—¡Khaleeesiiiiii! ¡He traído comida chinaaa!

No logré ni siquiera sonreír con el tono distendido del rubio. Miré hacia atrás al ver que los cubitos azules de Aura se formaban de nuevo en una apariencia de mujer elegante, de ojos oscuros y pelo igual. Apagué la luz de manera manual y cerré la puerta, notándome en la cara el morro.

Respiré varias veces antes de abrir el acceso al salón-cocina, sin embargo, me fue imposible aplacar la mirada salvaje de quien estaba dolida por lo que había ocurrido. Y allí estaba el condenado, sacando con su amigo la cena de las bolsas en la isla de la cocina y emplatándola para llevársela a la mesa baja del salón.

Se giró, y nuestras miradas se cruzaron. Fue un segundo, porque le aparté la mía con muy mala hostia.

—¡Ey! ¿Dónde está mi escandinava favorita?

—Porque no tienes otra, Matón de Diseño. —Sonreí de manera forzada al llegar a él—. ¿A qué te ayudo?

Me gustó verlo con ropa de deporte, marcando cuerpo y sin la corbata que lo hacía rematadamente espectacular. Y millonario. A los dos, en realidad. Del mundo del que yo no venía y en el que nunca encajaría. Me tragué el nudo de la garganta cuando noté que Naím llegaba.

—¿Te gusta la comida china? —Asentí—. ¿A qué viene esa cara? ¿La has explotado todo el finde o qué? —Sonó bromista y el aire se tensó—. Puedes sentarte, son los últimos.

Cogí dos platos, me pasé la lengua por los dientes y me quedé con ella entre los dientes, en silencio. Naím no respiraba, y ya puse en duda que le hubiera contado la última anécdota. Quizá no había tenido tiempo para hacerlo. No lo sabía y me daba igual.

Me giré por el lado que no tenía que ver a su amigo y fui hasta la mesita baja del salón, con la respiración a mil y ganas de partirle la cara a Naím. «Relájate, Nai. No pasa nada. Ya sabes lo que tienes que hacer con él. Distancia».

El pensamiento se me fue al traste cuando solté los platos, y al levantarme sentí su mano en mi codo para girarme.

—Naiara…

No le di tiempo ni a terminar la frase. Me giré a punto de echar espuma por la boca y me aparté de él con un brusco movimiento.

—No me toques. —Mi tono mordaz fue acompañado de una mano en alto.

—Naiara, déjame que te lo expli… —intentó murmurar.

Me acerqué a él un paso, quedándome muy cerca de su rostro, y crucé los brazos por debajo del pecho, protegiéndome de él. Hizo el amago de acercarse a mí y yo retrocedí por inercia.

—Esto… —añadió Catriel, evidentemente enterándose de todo—. Voy a por unas cervezas. ¿Te gusta la cerveza? —La pregunta fue para mí, pero no le contesté—. Es igual, te la traigo.

—Que te jodan, Naím —le musité con coraje y añadí—: No quiero, Catriel. Me encuentro un poco mal y voy a pasar de cenar. Gracias.

—Naiara… —Naím trató de acercarse; yo me dispuse a marcharme a mi dormitorio.

El rubio nos contempló flipando.

—Que os aproveche. Buenas noches.

Y me alejé más rápida que el viento, sin mirar a ninguno de los dos y con las lágrimas apelotonadas en los ojos. Ya no sabía si había actuado como una niñata o verdaderamente estaba jodida por lo que había hecho. Quizá por no entenderlo, más bien. Cerré la puerta de la habitación con cuidado, aunque ganas no me faltaron de dar un buen portazo que retumbara en toda la mansión. Me apoyé en la madera, cerré los ojos y me dije que lo mejor era darme un baño y meterme en la cama a dormir todo lo que no había descansado.

Lo llevé a rajatabla.

No sabía qué hora era, pero me desperté sobresaltada al oír un enorme estruendo que fue en cadena. Abrí los ojos como platos, con la sensación de haber dormido media vida y sin ánimos de levantarme. Me giré hacia el otro lado, pensando que, si se le había caído el cabecero en la cabeza —el cual no sabía si tenía o no—, me daba igual y que bien podría haberse escalabrado.

Sí, que hubiera dormido como un lirón no significaba que lo hubiera perdonado. Estaba enfadada y juraría que había soñado que lo abofeteaba. Me acurruqué con más ganas, abracé la mullida almohada y cerré los ojos con la intención de seguir durmiendo.

Otro ruido provocó que los abriera de nuevo. Esa vez, un quejido, o eso me pareció. Aquello hizo que todas las alarmas de la Naiara prudente y protectora se activaran y me senté en la cama de golpe. Resoplé, miré hacia la puerta y me cagué en mi estampa al saber que no sería capaz de dormirme a gusto, ni por lo primero que había oído ni por lo segundo.

—¡Me cago en mí! —me quejé apartando la sábana.

Puse un pie en el suelo, me acerqué descalza a la puerta y la abrí. No sabía tampoco si Catriel se habría quedado a dormir o no, porque

ni siquiera los había escuchado después de cambiarme la camiseta de dormir y, esa noche, ponerme unas bragas. Me asomé al pasillo.

—¿Naím? —Silencio—. ¿Catriel?

Nada. Salí, en dirección a uno de los dormitorios que no había pisado. Toqué a la puerta y le pregunté:

—¿Naím? ¿Estás bien?

Silencio de nuevo. El vello de la nuca se me erizó. Como esa sensación que sabes que no puedes evadir porque vas a cagarla si lo haces. Carraspeé, pegué la oreja a la puerta con miedo de escuchar lo que no debiese, y me hice todo tipo de conjeturas. La primera: me imaginé al rubio con él en el mismo cuarto, de manera inevitable.

—¿Naím? —No abrió ni contestó, pero un gemido bajo fue suficiente para que empujara el pomo sin pensarlo más.

No fue un gemido de placer, sino agónico.

Y al abrir no me encontré nada, eso fue lo peor. La cama estaba hecha, en la mesita había algo al lado de una lamparita y… Ese gemido era de una persona que no podía respirar. Giré la vista hacia el sonido y me lo encontré tras una puerta de cristal, en el suelo. ¡El vestidor!

—¡¡Naím!! ¡¡Naím!!

Corrí. Como alma que lleva el diablo, empujé el cristal del vestidor y salté la pilonera de bolsas que había en el camino. ¿Estaba guardando ropa? ¡Era la ropa de su mujer! Entonces vi el estropicio, el ruido que había oído: se habían caído la mitad de las barras de uno de los armarios, y con ellas todas las prendas y zapatos de la siguiente. Se encontraba todo lleno de las pertenencias de Vega, y Naím tenía a su lado un rollo de sacos. Me tiré de rodillas frente a él.

—¡¿Qué te pasa?! ¿Naím? —Lo sujeté de las mejillas—. ¡¿Qué te pasa?!

Miré a ambos lados, buscando ayuda o saber qué coño hacer para sacarlo de… ¡de lo que fuera que estaba dándole! Tenía las manos muy rígidas, a ambos lados del cuerpo, se encontraba de rodillas y me buscaba con la mirada sin poder apenas articular una palabra.

—Ca… lla… ma… lla…

Las respiraciones eran cada vez más erráticas. ¡Joder! ¡Me había dejado el puto teléfono en la habitación!

—¿A Catriel? —Soné alarmadísima, pero es que estaba aterrorizada—. ¡¿Llamo a Catriel?! —Asintió, y sin darme tiempo se desplomó hacia atrás—. ¡¡Naím!! ¡Naím! ¿Qué te pasa? ¡Me estás asustando!

El corazón me latía frenético. Me lancé sobre él, lo sujeté de los hombros para intentar sentarlo, y fue entonces cuando unos extraños espasmos empezaron a recorrerle el cuerpo. Me castañearon los dientes, me levanté de un salto para ponerme cerca de él, y antes de salir despavorida me agaché para que me viera.

—Naím, por lo que más quieras, no se te ocurra morirte, que me muero.

No lo vi. Salí disparada y ni me molesté en bordear la cama, sino que salté sobre ella y me tiré al colchón para alcanzar su teléfono, en la mesita de noche. Al lado vi de refilón que había un pañuelo de mujer. No me hizo falta imaginarme que también sería de Vega, ya que en la cama había una pequeña caja con un teléfono dentro que también supuse que sería de ella.

—¡Mierda! —bramé al ver que el móvil de Naím no podía desbloquearlo.

Retrocedí sobre mis pasos, a punto de caerme por la histeria, salté la montonera de bolsas y me tiré al suelo, detrás de él. Le di al botón del lateral del aparato, se lo coloqué en la cara para el reconocimiento facial y se desbloqueó al instante. Me fui directa a las llamadas, encontrándome la de Catriel la primera y como teléfono para avisos de emergencia. Lo pulsé y lo solté en el suelo.

—Vamos, Naím, por favor —le supliqué con un hilo de voz—, aguanta.

Le coloqué la cabeza en mis rodillas, llevé mis dedos a su cuello y le busqué el pulso, apreciando que sus respiraciones eran cada vez más rápidas. Catriel no contestaba, y a mí iba a darme un jodido infarto. ¡A tomar por culo!, llamaría a emergencias.

—Dime la clave para abrir la casa. —La cabeza se le fue—. ¡Naím! ¡Por Dios! ¡No puedo ayudarte, joder! —Me desesperé y apoyé mi frente en la suya, con las lágrimas contenidas.

Un gemido doloroso salió de sus labios.

—U… no…, uno…, nue… ve…, u…

—Uno, uno, nueve, ¿uno? —le pregunté esto último, esperando que me confirmara si tenía algún número más.

Asintió.

—On… ce.

Y se desmayó.

16

El alma rota



NAÍM

—Te dije que había que actuar despacio, Naím. No de golpe.

El tono de Mateo intentó no sonar a regañina, pero lo fue. Catriel resopló, tirado en el sillón de al lado en observación, con la mascarilla de oxígeno en la mano y toda la intención de plantársela de nuevo en la boca si llegaba la enfermera. Que no hacía falta, porque ya se había enterado toda la planta de que allí estábamos tres personas y que, de las tres, el propio Catriel había sido quien había chantajeado al de seguridad para que hiciera la vista gorda.

Me mantuve con la cabeza apoyada en el sillón, como lo había estado desde que había abierto los ojos, hacía varias horas ya. Me había dado una crisis nerviosa con síncope. «Suma y sigue». Arreglaba una cosa y rompía otra. Lo más gracioso de aquello era que no dejaba de pensar en la mujer que había visto histérica mientras iba perdiendo la consciencia. Me quité la máscara de oxígeno, la mía en funcionamiento.

—¿Has llamado a Naiara?

Mi amigo resopló como un toro.

—¡No! No he llamado a Naiara de los cojones. ¡Ponte el puto oxígeno! —Me plantó la máscara de nuevo y miró a Mateo—. ¡Esa es la que lo ha llevado a hacerlo todo de golpe!

—¿Naiara? —me preguntó extrañado mi psiquiatra—. Con la chica ibas bien, ¿no? Me refiero, habíamos quedado…

—¡Habíamos quedado en que tenía que follar y ya está! ¡Ya después haría todo lo demás! —se exaltó Catriel y yo exploté.

Me arranqué el oxígeno de un manotazo y bramé:

—¡¡¡Que no puedo!!!

Los dos me miraron. Cerré los ojos porque creí que el corazón se me salía de la garganta con aquel berrido. Noté que el ojo me temblaba, y, aunque no lo vi, supe que Mateo estaba pidiéndole calma a mi amigo con la mano. Era su gesto estrella para que no nos liáramos a puñetazos. Alguna habíamos tenido ya.

Había perdido el norte, mis principios cuando salí al salón y ataqué de esa manera a Naiara. Había echado a perder el tiempo que me había fustigado pasando el duelo, un duelo que no superaba y… me había dado cuenta de que, estando con Naiara, no había recordado a Vega con la misma intensidad.

Eso me dolió, porque el primer pensamiento fue que la olvidaría. Y yo no quería que eso sucediese. Había perdido la cabeza por un calentón que no había tenido en casi un año, y, cuando entré en el dormitorio tras lo ocurrido, me llevé las manos a la cabeza y necesité una bolsa para soplar y más de dos horas para calmar unos nervios que ni con Mateo al teléfono ni con las gotas de CBD se me

calmaban. Entré histérico, con las manos temblando y la pura necesidad de haber cometido una locura mayor.

Y yo ya no era así.

Retomé la atención en las dos personas que llevaban horas conmigo en observación desde que llegamos. Lo recordaba a trozos, como si mi mente hubiera decidido borrar la mitad. Primero había estado el pitido, intermitente, machacón, clavándose en mis oídos como un martillo. Después, la luz blanca moviéndose sobre mí, demasiado fría, demasiado rápida, cortándome la vista. Sentía el traqueteo metálico bajo la espalda y el aire entrando a empujones en mis pulmones, irregular, torpe, como si alguien me obligara a seguir respirando cuando yo no quería. Abrí los ojos y todo se me nubló: rostros borrosos inclinados sobre mí, voces que no lograba entender, órdenes dichas a gritos. Tardé en comprender dónde estaba. Una ambulancia. Y lo peor no había sido el miedo, sino ver a Catriel asustado, con el pánico reflejado en esos ojos azules que tanto amaba y por los que habría dado mi vida.

Porque yo no quería verlo sufrir, pero juro por Dios que lo habría matado en aquella sala. No había dejado de soltar una idiotez tras otra, y ya no diferenciaba si el humor le salía por los nervios o porque de verdad lo pensaba, aunque en ese momento estuviera de morro por mi comentario anterior.

—Naím, está muy bien que el instinto sexual se despierte en ti con otras mujeres. Eso es un gran paso —apoyó Mateo, con su tono profesional y comedido de siempre—, y eso no quita que tengas tus recaídas, pero debemos afrontar el desapego con tranquilidad.

—Esta mierda se la habría quitado en un fin de semana conmigo.

Bufé por la impertinencia de Catriel quien, cabreado, miraba hacia el otro lado. No podía disimular el enfado, siempre se le notaba en los gestos de la cara.

—Catriel, es aceptable que tengas tus propios medios —terció Mateo—, pero debes comprender que cada uno precisa de su tiempo para atravesar o aceptar un duelo.

—Tú es que eres mago —solté déspota.

Mi amigo me miró furibundo, dio un manotazo en el sillón y tiró la máscara del oxígeno al suelo.

—¡No soy un puto mago, gilipollas!

—Catriel, no solucionemos esto así… —Mateo trató de mediar, pero mi amigo no lo dejó:

—¡Tú eres un imbécil que se ha encerrado con sus proyectos secretos de mierda y la búsqueda de la verdad! ¿Qué puta verdad, Naím? ¡Te está consumiendo! ¡¿Es que no lo ves?!

Me dolió que hablara del proyecto secreto cuando sabía que era de suma importancia para mí, y quizá para el resto del mundo algún día. Imperturbable, me quité el oxígeno, lo solté en el sillón y le solté tenaz:

—Nadie te ha pedido ayuda.

Apretó la mandíbula, molesto. Se acercó a un palmo de mí, con el puño y ganas de pegarme.

—¿Y quién iba a ayudarte, Naím? ¿Quién pollas iba a ayudarte? —repitió como el chulo de barrio que era. Que éramos.

Lo contemplé sin pestañear. Mateo carraspeó, incómodo, tal vez pensándose si entrar de nuevo en la disputa o mantenerse al margen. Alcé el mentón con altanería, y amenazante le espeté:

—Vete si no quieres que te parta la cara.

Entrecerró los ojos en ese gesto tan característico y similar de los dos.

—Cuando tú tengas cojones, capullo.

Yo sabía cuál sería su siguiente movimiento. Llevaba toda la vida viviendo con él, lo único que nos faltaba era consumar el matrimonio para constatar que lo habíamos hecho desde siempre. Se apartó con los ojos llenos de lágrimas, se giró y se marchó de la sala de observación haciendo ruido, pues antes de llegar a la salida se encargó de tirar una bandeja de curas que había encima de un carrito. Muy a su estilo.

Me quedé en silencio unos minutos, los suficientes para digerir que íbamos a atravesar una crisis y que, en parte, aquello se debía a los nervios de lo ocurrido. No lo había visto, pero él mismo me había contado cómo había llegado a casa, a la vez que la ambulancia que Naiara se había encargado de llamar, ya que él no le había cogido el teléfono a la primera. Y Catriel había entrado como una avalancha, sin mirar a nadie y arrasando con todo a su paso, apartando a la escandinava, como él la había bautizado, para comprobar que tenía pulso y que estaba vivo.

También se había encargado de pedirle a Naiara que recogiera sus cosas a la velocidad de la luz, la había metido en un taxi a altas horas de la madrugada y la había mandado para su casa mientras los de la ambulancia me ponían todos los aparatos y me trasladaban al vehículo. Todo eso con los nervios de punta, y todavía sin saber partes de lo que había sucedido, pues, hasta llegar a observación y encontrarme mejor, no pude contarle que el desencadenante había sido deshacerme de la ropa de Vega.

Me separé del sillón con tensión en el cuerpo.

—El fin de semana no he escuchado el audio de Vega.

Mi confesión pilló a Mateo desprevenido. Me miró con la esperanza en los ojos. Se tenía el cielo ganado conmigo. Catriel lo había llamado desde la ambulancia, y no había dudado en vestirse y aparecer en la puerta de urgencias. De hecho, cuando nosotros llegamos, él ya estaba allí.

—Explícame eso. —Se reacomodó en la silla.

—No me he acordado, Mateo. —Me fustigué.

—Quieres decir… que, mientras Naiara ha estado en tu casa, ¿no has recordado poner el audio de Vega? —Negué y él sonrió con verdadera alegría—. Naím, eso es maravilloso. —Lo miré espantado —. Entiéndeme, para tu recuperación es esencial.

—Por eso lo guardé en la caja. Iba a entregárselo al zoquete que se ha marchado. Con su pañuelo.

—¿Y cómo te sientes al saber que desconocerás lo que Catriel hará con sus pertenencias?

Sentí el nudo en la garganta y me apoyé de nuevo en el cabezal del sillón.

—Creo que ese ha sido el desencadenante. Meter su ropa, sus zapatos, todas sus cosas en bolsas… —Moví los hombros, me costaba hablar—. Pero el teléfono era desprender una parte de mí. De nosotros. Si le daba eso, ya no me quedaría nada de Vega.

—No. De Vega siempre tendrás algo, y es el recuerdo, Naím. Eso no se puede olvidar. La llevas en tu corazón. Recuerda que no la quieres menos porque rehagas tu vida. —Hizo una larga pausa que no interrumpí, hasta que añadió—: Escucha, voy a salir a por un café y regreso, ¿quieres que lo busque?

Asentí, sin estar convencido, aunque tenía claro que Catriel siempre volvería. Podíamos cabrearnos, pero no era definitivo. Lo vi alejarse, con aquel porte de cincuentón guaperas que mi amigo y yo siempre decíamos que Mateo poseía y que, sin querer, atraía las miradas de todas las féminas con las que se cruzaba. No falló, porque en dirección a la salida tuvo algunos giros de cabeza.

Yo no tenía espacio en la mente para nadie más que no fuera la rubia que había dejado a medias, cabreada también y, por qué no decirlo, la misma que me había dicho que me jodiesen. Me hizo gracia, aunque no lo demostré. Y quise ir a por ella, pero me pudo más contenerme pese a las insistencias de Catriel.

El tío me soltó dos preservativos encima de la mesita del salón y yo lo fulminé con la mirada. Seguido de eso, cenamos y argumentó que tenía que hacer cosas. Yo sabía que era mentira. Que quería dejarme solo con ella. Y, en vez de entrar en esa habitación y follármela hasta que amaneciera, había decidido que era mejor encerrarme en mi dormitorio a recoger las pertenencias de Vega para cerrar un ciclo de mi vida.

Para avanzar sin miedo.

Todo me había salido del revés. Ahora la única compañía que tenía era una mascarilla de oxígeno para garantizar que el cerebro recibía aporte suficiente mientras se recuperaba del síncope.

—Señor Montero, la doctora me ha pasado el informe. Puede marcharse a su casa ya.

La enfermera me tendió un documento con el alta, lo comprobé y me fijé en que me había dado unas pautas y me había recetado pastillas que no sacaría; también me había apuntado su número de

teléfono al final de la hoja. Resoplé. ¿Estaba confabulando el mundo para que despertara de verdad?

Agarré la bolsa con el pijama y me levanté. Catriel no había osado salir de mi casa sin una ropa de deporte para cambiarme, y, por muy extraño que pareciera, ponérmela en el baño del hospital me generó una sensación extraña. Como si el negro deseara salir de mi vida para darle paso a una alternativa mejor. Para darle más luz, más brillo.

Al llegar a la salida, me encontré a Mateo hablando por teléfono y a Catriel con las manos en los bolsillos mirando al frente. La rigidez en sus hombros me indicó que sabía que había llegado. No se giró para comprobarlo.

—¿Quieres el teléfono de la doctora? —Le tendí el papel, que no aceptó.

—No me gustan las pelirrojas.

—Pues te deseo que te enamores de una pelirroja, con pecas —le dije con inquina, sabiendo que las odiaba— y que termines teniendo tres hijos con ella.

Se giró con mala cara.

—Te vas a comer una mierda más grande que yo. —Nos miramos, en silencio, diciéndonos todo—. Lo siento. Sé que no debo invalidarte.

Su tono había cambiado. Estaba arrepentido de verdad. Cabeceé despacio, deseando no partirme la cara con él, no como lo había amenazado minutos antes.

—Y yo quiero darte las gracias por empujarme. Sin ti sería un despojo.

Apretó los labios en esa mueca contenida que indicaba que todavía llevaba el susto en el cuerpo, me giré y tiré de él para abrazarlo. Enterró la cabeza en mi cuello en un gesto cómplice, de alivio por saber que continuaba vivo. Me lo confirmaron sus palabras:

—Me has dado un susto de muerte, cabronazo.

—No entraba en mis planes que me diera un síncope.

—Si tenías intenciones de limpiar, podrías haberme dicho que me quedara contigo a dormir.

Me separé, permití que me diera el beso de la abuela en la mejilla y se lo devolví, importándome muy poco que la gente nos viera. Le gustó el gesto y a mí me sorprendió sentirme mejor que nunca al hacerlo. Después, palmeé su espalda a lo machote, para no perder la costumbre.

—Bastante haces ya.

—Bueno… Hoy quiero llevarte a un sitio, peeero —movió los pies de atrás adelante y Mateo llegó a nosotros— Mateo va a pasar de ser tu psiquiatra a venirse de cervezas, creo yo.

El aludido sonrió y me palmeó el hombro.

—Vamos a tu casa. Te echaremos una mano con las pertenencias de Vega, y después te vendrá bien un paseo con Catriel.

El tono no me tranquilizó. Al contrario, creí que era mejor no salir del hospital para que no me diera otro síncope, porque casi me aseguraba uno nuevo cuando llegara al que había sido nuestro hogar.

Mateo se dedicó durante todo el camino a prepararme para el momento, dándome las mismas pautas que ya me había dado en terapia cada vez que cruzaba una crisis. Enfrentar la entrada de casa

no fue fácil, aunque menos lo fue llegar a la zona principal, a lo esencial: el pasillo. El que desembocaba en la habitación que habíamos compartido Vega y yo.

—Hoy solo sacaremos las cosas del dormitorio y del baño. ¿Te parece bien? —No podía hablar—. Tienes que contestarme, Naím. Si no lo haces, daremos la vuelta y lo dejaremos para otro día.

Miré a Catriel, quien me observaba con los ojos suplicantes y un claro «Avanza, por favor» en el semblante. A él lo desarmaba verme así, y a mí me destrozaba hacerle daño.

Fui el primero en dar el paso, el primero en acceder al dormitorio, en ver el caos que había sembrado y la cantidad de horas que nos quedaban allí para recoger. Catriel se colocó a mi lado, me contempló y añadió:

—Ve con Mateo al vestidor. Yo me encargaré del baño. ¿Vale?

Ni siquiera había sido capaz de quitar su cepillo de dientes, su perfume, su maquillaje. Nada. No había tocado ni un simple cajón porque al abrirlo me llegaban los recuerdos que un día me hicieron feliz.

Vega poniéndose guapa, cepillándose el pelo, mirándome de reojo mientras me duchaba, poniéndose aquel perfume que tanto anhelaba.

—Sí.

Fue una afirmación susurrante, como si no quisiera salir de mi garganta. El corazón me latía a una velocidad de vértigo, y pronto me encontré en el vestidor, con Mateo como ancla, en silencio, con la bolsa negra abierta mientras yo introducía la ropa de mi mujer en ella.

Y lloré.

Las lágrimas fueron cayendo silenciosas, en enormes goterones que impactaron con mi camiseta informal mientras sacaba las decenas de conjuntos de ropa interior que le había quitado en ese mismo dormitorio, viendo que la ropa había quedado oculta en la pilonera de bolsas negras de la entrada.

Un hipido gigantesco me atascó la garganta cuando barrí con las estanterías de los zapatos. Esos que la habían mantenido durante tantos años de su vida, los que había vestido con suma elegancia cada día en la oficina, en cada evento, en cada presentación. Cerré los ojos, abatido por el dolor, sintiéndome más vulnerable que nunca.

Me ahogaba, me asfixiaba en un llanto tan deprimente como asustadizo. Estaba roto. Tenía el alma rota. El corazón quebrado. ¿Quién en su sano juicio iba a quererme de esa manera? ¿Quién arriesgaría su vida con un tío con más problemas que cabeza?

Vega.

Ella era la única que me había querido por encima de todo. La única que me había demostrado que el amor podía con todo, incluso con la familia que la tuvo entre algodones hasta que me conoció y yo le enseñé la calle. Yo la enseñé a ser independiente, a vivir con riesgo, con emoción. ¿Y en qué me había convertido?

En un hombre inservible.

—Naím, paremos un rato.

Mateo soltó la bolsa en el suelo. Las lágrimas no cesaron, al contrario, se hicieron más fuertes junto a mis hipidos, a mis respiraciones erráticas de nuevo. ¿Era posible que te dieran dos síncopes en un día? Estaba a punto de comprobarlo.

Entonces miré la puerta, viendo a Catriel emborronado por el llanto.

Él también lloraba en silencio.

Y lloraba por mí.

Me arrepentí de inmediato al haber pensado que nadie me querría como Vega. Él lo hacía. Catriel no me quería, Catriel me amaba, lo nuestro iba mucho más allá de lo corriente entre dos hermanos o amigos. Iba más lejos que cualquier frontera.

No me detuve, permitiendo que la rabia y la tristeza hicieran una alianza para recoger el resto de las pertenencias de mi mujer. Abrí cajones, los lancé a la otra punta del vestidor sin importarme los daños, le arranqué la bolsa de las manos a Mateo, que me contemplaba con una pena infinita, y lo metí todo mal y pronto.

Por mi salud mental debía acabar con aquello, ahora más que nunca. Ahora que estaba dispuesto a avanzar, a despertar. A vivir.

No lo vi hasta que sentí que sus manos me frenaban en seco. Catriel me sujetó de los antebrazos en un momento crítico. Mi garganta había comenzado a soltar unos lamentos que no controlé, y esos lamentos terminaron conmigo de rodillas en el suelo, destrozado y con la cabeza entre mis manos.

Catriel se agachó para estar a mi altura, y ni siquiera supe cuándo Mateo nos dejó a solas, pero lo hizo por petición de mi amigo, porque eso sí lo escuché. No se alejó, sino que se quedó en el dormitorio mientras mi ancla firme me sostenía e intentaba apartarme las manos de la cara para abrazarme. Lo consiguió, porque si había algo que a Catriel no se le resistía eran los propósitos.

—Escúchame, Cuervo del Consejo, tú puedes. Tú puedes con todo lo que te propongas.

—No… —gemí, en las últimas y sin fuerzas.

Me sujetó de las mejillas para que lo mirara.

—Sí. Y yo estoy aquí, Naím. Siempre. Los dos juntos, hasta el infinito y más allá. ¿Te acuerdas?

Levantó la muñeca derecha con la fecha: «15-9-2005». Me sujetó de mi muñeca izquierda, la elevó y la pegó a la suya. Sollocé, recordando el momento en el que nos hicimos ese tatuaje, jurándonos fidelidad hasta la muerte, como si nos hubiéramos casado.

Ese fue uno de los días más importantes de nuestras vidas.

Ese fue el día en el que nos escapamos del orfanato.

—Naím, dime que te acuerdas. ¿Qué putas es esto? —Movió el tatuaje en el aire.

—Nuestra libertad —musité.

Soltó mi muñeca y sonrió, permitiendo que las lágrimas corrieran por su rostro también.

—¡Eso es, cabrón! ¡Nuestra jodida libertad! Y te la mereces entera. Así que levanta del suelo y terminemos con esto, porque voy a recordarte quiénes fuimos nosotros hace muchos años.

La mirada se me iluminó. Me dejé abrazar y lo acompañé con ese sentimiento que te cruje el alma, sabiendo que el detonante para morirme casi no era la ropa, los enseres de Vega. Era el teléfono, su último recuerdo, su pañuelo. Ese que, en cuanto me puse de pie, salí a por él.

Mateo estaba allí, esperando.

Catriel se quedó a mi espalda.

Y alcancé la caja de la cama. También el pañuelo.

Noté que una parte de mí se desprendía en el momento en el que me giré y se lo tendí a Catriel. Las manos me temblaron y ni siquiera me vi capacitado para argumentar nada. Para decirle una simple palabra.

Él tampoco añadió nada. Una caída de ojos bastó y desapareció del dormitorio con el aparato y el pañuelo. Mateo se acercó, tratando de buscar la manera de consolarme, aunque con la misma tristeza que habíamos sembrado en el ambiente.

—Lo estás haciendo muy bien, Naím.

Yo no quería hacerlo bien.

Ahora solo deseaba arrancarme la sensación de malestar haciendo lo que mejor sabía, y retroceder en el tiempo no me pareció una mala idea. No durante unos días, pues alargarlo sería un crimen después de lo que habíamos construido.

Ser ladrón no era un trabajo bien visto.

17

Mi nuevo amigo



NAIARA

Eran las doce de la mañana del miércoles. Miércoles.

Desde la madrugada del domingo llevaba sin saber nada de Naím. No tenía los teléfonos de ninguno de los dos y, aunque me hice la simpática con Eva el lunes para que me diera sus números, argumentó que solo tenía el de Catriel de la empresa, y que ese estaba sobre la mesa de su despacho. Nadie en toda la puta oficina tenía el teléfono de Naím. ¡Era de traca! Por no hablar de que mi enemiga en sentencia me contempló como si fuera un vil insecto. Tenía sus motivos, pero los descubrí después. El caso fue que todo el mundo me miraba cuando entré en las oficinas. Algunos me juzgaban y no entendía el motivo. Hice la petición en la planta de Catriel con la antipática de Eva y subí a la once. A mi oficina. Y ahí me encontré con el periódico que Eva le dejaba todas las mañanas. En la mesa de Naím.

Casi me dio un infarto al ver el titular y en portada: «La nueva ladrona de corazones se zampa al viudo más rico de Madrid y su bocadillo de calamares». Había soltado el periódico sin poder creérmelo y lo había cogido por segunda vez para releerlo. Sí, me habían llamado ladrona de corazones y de fortunas en la prensa rosa amarillista. El título tenía gancho, había que admitirlo. El cuerpo del mensaje me dejó fuera de onda, y entonces comprendí que Eva estuviera un pelín cabreada.

Crónica Madrileña

EL VIUDO DE ORO SE RINDE AL AMOR

EN LA PLAZA MAYOR

Un bocadillo de calamares, una mirada y un instante congelado: Naím Montero ya no camina solo por Madrid.

Las campanas de la plaza Mayor parecían marcar el compás de una historia de amor en construcción. El viudo más deseado de la capital, Naím Montero, fue sorprendido compartiendo una tarde informal con una misteriosa acompañante, de la que poco se sabe pero de la que todos hablan.

Los flashes no perdonaron y captaron lo que podría ser el inicio de un romance de película: un gesto cercano, un roce casi fortuito, los brazos de él envolviéndola como si no quisiera dejarla caer. Los comensales, ajenos a lo que ocurría, seguían a lo suyo mientras las cámaras inmortalizaban la escena que ya corre por las redacciones del corazón.

¿Se trata de un simple encuentro casual o estamos ante la mujer que ha conseguido devolverle la sonrisa al hombre que lo perdió todo? Lo cierto es que Montero parecía relajado, feliz, casi humano, mientras ella, la cazafortunas de calamares, respondía con una complicidad imposible de fingir.

Madrid lo confirma: Naím Montero ha vuelto al juego del amor. Y, esta vez, los testigos son los calamares.

No supe cómo tomarme aquello, porque tal vez el que decían que había vuelto al juego del amor estaba con un pie en el hoyo, más muerto que vivo, y yo sin saberlo. No me atreví a preguntarle a nadie más del edificio. Tampoco deseaba poner en evidencia a Naím, en el caso de que apareciera, hasta que no supiera qué hacer con la absurdez que habían publicado. A mí me la bufaba por tiempos, pero entendía que a él no, y mucho menos después de lo que había pasado.

Desesperada, había llamado a algunos hospitales de Madrid, intentando dar con su paradero. Con la ayuda de Ana, la enfermera de los labios como morcillas de Burgos, lo conseguí. Me dijeron que no podían darme ningún tipo de información y que, en el caso de acudir, no me dejarían entrar porque no era familiar. El resumen era que no había conseguido nada y mi estado de nervios fue muy grave cuando llegué a casa.

Ese era otro punto que me enfadó muchísimo. Comprendía que no nos conocíamos de nada, pero de ahí a que Catriel me exigiera la dirección de mi estudio y que me hiciera preparar la bolsa en dos minutos para meterme en un taxi… Me dieron ganas de darle dos guantazos.

¿Y cómo solté todos esos nervios y esa frustración que llevaba dentro? Pues el lunes por la tarde, cuando ya no podía más y los nervios me explotaron, con mi nuevo y recién estrenado amigo. Cabía destacar que la carpeta del proyecto me la había encontrado en mi mesa el lunes a primera hora, lo cual me indicaba que el rubio sí se había tomado la molestia de mandar a alguien para que me dejara el trabajo. Eso, que trabajara, pero no pasaba nada si me

daba un ictus por no saber si Naím estaba vivo o no, para qué. Véase la ironía.

—¡Plin! —El sonido fue acompañado de un toque en mi ceño para estirarlo.

—¡Para! Me desconcentras —le pedí retomando las pruebas que habíamos hecho en la mansión de Naím.

—Cada vez que piensas en algo que no debes, ese ceño se vuelve un *shar pei*.

Reí ampliamente. Era el bonito y maravilloso efecto Axel.

Aquel había sido mi nuevo amigo —el único—, un lunes por la tarde en el que la desesperación me pudo y me encontré con un ataque de ansiedad en los bancos de la entrada al edificio. Había más de quinientos trabajadores allí, sí, pero, de todos los que pasaron por mi lado, ninguno se detuvo para preguntar cuál era el drama de mi vida al verme llorar desconsolada y casi sin respiración. Supuse que con ser la nueva amante del millonario más reconocido de Madrid ya tenía suficiente.

Y me desahogué como jamás en la vida se me habría ocurrido hacerlo con nadie, después de todo lo que había preservado mi intimidad y la de mi hermana. O quizá aquello no había sucedido nunca porque no había tenido la oportunidad. No lo sabía, pero Axel fue mi muro de contención. El tío que preguntó un «¿Te encuentras bien?», se sentó a mi lado y esperó a que, entre hipidos e hipidos, fuera respondiendo de manera escueta hasta terminar soltando lo que me había llevado a estar allí como si el chico de ojos verdosos fuera la barca que te recogía en mitad de un océano.

Y al hacerlo me arrepentí. Me sentí estúpida. ¿Cómo se me ocurría contarle a un desconocido mis problemas? ¿Las confesiones

inconfesables que podrían llevarme incluso a la cárcel? Él vio el terror en mis ojos, e intentó que me calmara cuando un segundo ataque de ansiedad me amenazó con estallar.

—Te juro que no voy a contar nada, Nai —añadió con una mano en mi rodilla y la otra en su corazón.

Me quedé estática al fustigarme de nuevo. ¿Cómo había explotado? El labio me tembló. ¿Y si ahora se lo contaba a Naím?

O si le decía que era una mentirosa que había entrado allí porque su deber, y lo que más anhelaba su corazón, era salvar a su hermana.

Y para ello me quedaban cuatro días. Los llevaba memorizados.

A Axel le había contado lo mínimo: que debía entregar una información breve de la empresa a la competencia y que tras eso me desvincularía de cualquier otro trabajo que precisaran de mí. Toda esa vomitera llegó porque parte de ese ataque a las cuatro de la tarde se debía a que el Lince me había citado para el miércoles, de manera ineludible, para entregarle el lápiz. Y su tono no había sido nada amigable, después de haber esquivado más de una llamada de él y de Valeria.

—¿Has encontrado ya el vestido cortalientos?

Le di un codazo cuando me soltó la pregunta en un susurro en el oído, justo cuando me ponía las gafas de realidad virtual. Desde ese día no se había separado de mí, pese a que la semana anterior tampoco había podido hacerlo. Catriel se había encargado de ponerlo como mi supervisor de apoyo del proyecto y debíamos organizarlo todo juntos.

—No sé si tengo de eso.

Esa cuestión por parte de Axel me llevó a la segunda fase de mi ataque de ansiedad: Naím. Solo tuvo que mirarme a la cara para saber que habíamos excedido las líneas de jefe-empleada. Axel se llevó las manos al pelo, se dio un tirón fuerte en un gesto que acostumbraba a ver desde que lo había conocido la semana anterior, negó con la cabeza y yo asentí a su ritmo. La conversación fue corta pero intensa, y aunque no quise entrar en terreno pantanoso, desesperada, también lo hice mientras me comía mi almuerzo de casa en el parque, con él.

«Y yo que pensaba que todo esto venía por el bocadillo de calamares». Esa fue la frase estrella que me sacó una carcajada histérica en medio del caos que era mi vida. Pero tras eso hubo algo: un abrazo sentido, un beso en la sien, un suspiro pesado, una broma y un «Nai, estoy contigo, aunque no te conozca». Con haberme llamado Nai, ya me había ganado.

Como Naím con llamarme valkiria.

Porque era algo muy nuestro, muy privado y especial entre Nailani y yo.

—¿Vamos de compras?

Lo busqué con las gafas, sin verlo.

—Cámbiame la pantalla dos y cinco —le pedí—. ¿Te gusta ir de tiendas?

Se colocó delante de mis gafas, a tan solo unos centímetros de mí, y me contempló con aquellos ojos pardos, grandes y vivaces. Tenía unos hoyuelos que marcaban su rostro cada vez que sonreía, y esa sonrisa era una perdición que te dejaba colgada en cuanto la mirabas dos veces.

Era guapo. Rematadamente guapo con aquella camiseta informal blanca y los vaqueros desgastados llenos de rotos, igual que los míos. Axel gozaba de un cuerpo bien trabajado que se machacaba en el gimnasio cinco días a la semana desde las seis de la mañana. Sí, yo también le había hecho preguntas y no me había enfrentado a un muro de hormigón, sino a una persona de carne y hueso.

—Lo odio, rubita. ¿Qué pregunta es esa? ¿A qué puto tío le gustan las compras?

—Alguno hay. Entonces ¿para qué te ofreces?

—¿Para que no vayas sola? —Movió las manos a ambos lados, dando a entender la evidencia.

Le quité las gafas, pasé por su lado dándole un breve empujón como el que le dabas al chico que te gustaba en el instituto y me dirigí a la cabina de pruebas. Los dos ignoramos durante esos días que allí había más gente trabajando y que nos contemplaban. Que atraíamos las miradas y que seguramente estarían haciéndose preguntas.

—Ya veremos, morenito —lo piqué de broma, con el mismo tono que usaba él cada vez que hacía referencia a mi pelo.

Ese mismo lunes, me había encontrado un sobre encima de un escritorio vacío. Y digo vacío porque no había nada: ni café ni bollito, lo cual descartaba que Axel o la estúpida de Eva fueran los que subían el delicioso desayuno. Ahora solo me quedaban dos personas en el entramado, y estaba deseando compartirlo con Nailani para apostar.

Casi me jugaba la cabeza a que Naím no era, así que yo diría que era Catriel el que se encargaba de ello. Por otro lado, el contenido de ese sobre era una invitación que había recibido todo el edificio:

una gala el viernes. Por el aniversario de la muerte de la cofundadora de Veritas, Vega Cabrera.

Ni siquiera sabía si yo debía estar allí o si era demasiado pronto. Sobre todo después de…, después de lo que había pasado con el que era su marido. ¿Era una falta de respeto? ¡Ah, yo qué sabía!

La cabina estaba fría, con ese zumbido eléctrico de las máquinas que nunca descansaban. Me coloqué las gafas, me olvidé del cúmulo de la semana y el mundo desapareció cuando Axel apagó las luces, se colocó las suyas y accionó un botón táctil de la pared. De pronto, ya no estaba entre paredes blancas y cables ocultos, sino en medio de una calle romana, con columnas altísimas que parecían sostener el cielo. La piedra bajo mis pies era tan real que juraría que si la rozaba con las manos me dejaría polvo entre los dedos. Sonreí. Era lo más maravilloso que había experimentado.

—Tranquila, rubita virtual —bromeó Axel, detrás de mí—, no te vayas a estrellar contra el suelo.

Sonreí, aunque él no pudiera verlo. Me moví un paso, y el foro se abrió a mi alrededor, lleno de gente digital que charlaba, vendía, regateaba. Alargué la mano instintivamente, intentando tocar un ánfora, cuando sentí que Axel me giraba y me pegaba a su pecho.

—¡Ey! —me exalté, quitándome las gafas a medias. Axel estaba a un palmo, con esa sonrisa despreocupada.

—Te ibas a chocar con la pared —explicó poniéndose entre mí y el muro, como si quisiera evitar el golpe—. Venga, ponte las gafas y dime si sería tu romano.

Su cercanía me sobresaltó más que la inmersión y las alarmas resonaron en mi cuerpo con instintos depredadores. Unos que había tenido en contadas ocasiones, porque yo de relaciones no sabía

nada y lo único que había pasado por mi vida habían sido amigos con derecho a roce, o follamigos como se los conocía ahora. Los de la lista de emergencias.

La cabina era pequeña, y de repente todo me pareció demasiado estrecho: su hombro rozando el mío, su voz tan cerca que la sentí más que escucharla, el olor que desprendía, sus labios gorditos, sus atenciones…

—Relájate, estoy de guardia —añadió en tono de broma—. No quiero entrar en tu lista de emergencias y adelantar puestos.

Me mordí el labio y atrapé el labret, recuperando la compostura e intentando no reírme por el gesto que hizo con los ojos. Me coloqué de nuevo las gafas y lo ignoré como pude, pero el calor de su proximidad seguía ahí, demasiado real, demasiado humano, en contraste con las ruinas perfectas del Imperio que flotaban. Así llegaron las siete de la tarde, y, con algo más tangible y guardado en una memoria, me adelanté para subir al despacho de Naím y dejar sobre la montonera de papeles la información del proyecto, por si regresaba en algún momento.

—Nai. —Me giré casi en la salida. Moví la cabeza para que continuara—: ¿Quieres que vaya contigo?

Abrí los ojos de manera desmesurada y caminé con urgencia hacia él. Lo sostuve del codo y lo amenacé con convicción:

—Axel, ni se te ocurra. Escúchame bien, ¡ni se te ocurra! —susurré para que no me captaran las cámaras.

—Te acompaño a dejar eso y salimos juntos, ¿te parece?

—No —rebatí, consciente de lo que sucedería.

—Hemos quedado después para ir a ver a Nailani. Tengo un regalo en el coche y…

—Nos veremos allí. —Levanté un dedo acusador, aunque él fue desapareciendo por el pasillo sin mirar atrás—. Axel, que no se te pase por la cabeza, o vas a enfadarme.

Hice de tripas corazón. Decir que no estaba nerviosa era mentira, llevaba todo el día con un nudo en el estómago. Era un trabajo más, pero me encontraba entre la espada y la pared. Entre la vida de mi hermana y la lealtad a un desconocido.

Con ese pensamiento, dejé la memoria en el primer cajón de Naím junto a una nota. Lo había vaciado por mi cuenta y le había pedido a Aura que creara una contraseña única para los dos, con el fin de que nadie más pudiera meter las narices donde no debía. Me marché de las oficinas y caminé casi veinte minutos con la sensación de que alguien iba detrás de mí, como solía ocurrirme cada vez que pisaba la calle.

Me detuve en el banco acordado, sola, en mitad de la noche y sin un alma en la zona, a excepción de los vehículos que pasaban por la avenida. No esperé demasiado, pues pronto un coche de alta gama se detuvo enfrente y su conductor se bajó.

Me puse de pie. Viktor Drago, alias el Lince, se aproximó de manera temeraria bajo esa masa de músculos que daba vértigo contemplar, vestido de negro impoluto y con una única referencia que lo hacía distinto: un reloj demasiado llamativo y grande.

—¿Es que no tienes el teléfono a mano?

El tono me puso alerta.

—Eh… Sí, pero…

—Ni peros ni nada, Andrea. No quiero que vuelvas a colgarme ni una puta vez más.

Tragué saliva, sin saber cómo salir de la situación. Para ellos era Andrea París, una identidad falsa que había creado años atrás para todos los trabajos como hacker. Me había encargado de modificar mis verdaderos datos cuando me pasaron el currículo para entrar en Veritas, con las necesidades de la empresa y sin que Nexusi se percatara del cambio. De esa manera continuaba protegiendo a Nailani de cara al mundo, pero en realidad nos protegía a las dos de ser descubiertas. Si la policía se enteraba de la mitad de los trabajos que hacía, acabaría en chirona.

Me metí la mano en el bolsillo del pantalón y encontré el lápiz que me dieron en su día. Se lo tendí sin contestar a sus malas formas y a su tono de perro rabioso. Decidí que lo mejor era salir del paso como solía hacerlo: evadiéndolo.

—Esto…, Viktor, ¿el dinero?

Me tiró una bolsa negra que ni siquiera había visto en el pecho, con demasiada fuerza y arrogancia. Me dio la sensación de que el cabreo era algo permanente en su forma de ser. No me gustó.

—Por la cuenta que te trae, más te vale haber hecho tu trabajo bien. Te llamaremos para continuar.

Fue una amenaza en toda regla. Una como no me habían hecho nunca. Tragué saliva mientras él se giraba para marcharse, con derrota por la coletilla de su despedida. Antes de que desapareciera, lo informé con la voz temblorosa:

—¡Viktor! —Me observó como si fuera una pulga, por encima de su hombro—. No voy a poder hacer más trabajos de momento, estoy ocupada.

«Respira, Nai, respira».

Sin embargo, el aire me faltó cuando el mastodonte se volvió de cara a mí, retrocedió los pasos que nos separaban, se quedó a un escaso palmo de mi cara y siseó entre dientes:

—Pues dejas los otros trabajos.

Me dio miedo contestarle, tampoco es que me diera tiempo, porque después de eso lo siguiente que aconteció fueron sus dedos aprisionando los laterales de mi mandíbula, levantándome del suelo con una fuerza desmesurada y mis pies colgando en el aire.

—¡Eh! ¡Suel… táme! —Lo golpeé en los antebrazos, duros como piedras.

Apretó los dientes, marcando todos los músculos de la cara. Creí que me mataba.

—Esto no es nada comparado con lo que te pasará como busques una excusa, estúpida.

Me arreó un puñetazo en las costillas con la mano libre, me soltó y caí al suelo desplomada, con un dolor lacerante que me dejó sin respiración. Pero ¿qué coño…? Dios mío, cuando descubrieran lo que había en el lápiz me quitaban la vida.

Lo vi alejarse sin mirar atrás. Valeria, en el coche, impertérrita, en la misma posición, y, recabando todo el aire que me fue posible, las lágrimas escaparon de mis ojos al saber que mi intuición no fallaba y que me había avisado desde el primer día. No se había alejado el vehículo cuando oí los pasos de una persona correr, e instintivamente supe quién era, pese a conocerlo muy poco.

—¡Nai! ¡Nai! —Se tiró de rodillas al suelo, asustado. Escondió la bolsa del dinero entre sus piernas y enmarcó mis mejillas con urgencia y preocupación—. ¿Estás bien? Por favor, ¡dime que estás bien! ¡Te dije que venía contigo! ¡Joder!

Tosí, me sorbí los mocos y me colgué de sus hombros para levantarme.

—Agarra la bolsa como si se te fuera la vida en ello, ¡por lo que más quieras!

—¡Encima bromeas! —Se enfadó—. ¿Qué coño ha pasado?

—¿Acabas de llegar?

—Te he dicho que me esperaras —me recriminó—. ¡Llevo diez minutos buscándote en la avenida contraria! ¡La pasta está en la bolsa! ¡¿Cómo vas a entregarle eso al hospital, Nai?!

Le coloqué una mano en el pecho para que se calmara, aunque yo estaba histérica. De repente, caí en la cuenta de que no podía presentarme delante de la doctora y soltarle una bolsa con doce mil euros para decirle que me mandara a Suiza. Porque ese dinero ya era negro y podía ir directamente a la cárcel. La desesperación me había llevado a no pensar, a proceder sin ver los pros y los contras y… Quise que la tierra me tragara.

—Quieren que siga trabajando para ellos, Axel.

Me miró con los ojos muy abiertos y los nervios reflejados en cada una de sus terminaciones.

—¡Joder! ¡Joder, joder, joder! Cómo se te está poniendo la mandíbula de morada. ¡Me cago en su puta madre!

—Axel —lo llamé, con unas ganas de vomitar horribles. Pareció funcionarme el tono, porque dejó de pasarse la mano por el pelo y me contempló—. ¿Qué hago ahora?

Se llevó un puño a la boca, lo meditó unos segundos, miró a ambos lados de la calle y sentenció:

—Primero saldremos de aquí. Después iremos a ver a Nailani y… lamento decirte que, o encontramos a un chungo que quiera

ayudarnos, o solo tienes a una persona que podría ayudarte con este lío.

Esa persona se llamaba Naím Montero.

Y no hacía falta que él me dijera su nombre.

18

Es más como tú



NAIARA

El día anterior tuve dificultades para que Nailani no se percatara de mi pésimo estado de ánimo. Después del incidente con Viktor, las marcas en la mandíbula se intensificaron. Mi miedo también. No sabía cómo era capaz de mantenerme en pie cuando llegamos al hospital, pero de lo que sí fui consciente fue de que no logré parar de temblar ni aunque Axel me abrazara antes de entrar.

Mi hermana le hizo un montón de preguntas, también a mí de manera muda, pues ella sabía que las dos éramos un pequeño secreto para el mundo, aunque no supiera ni la mitad de a qué se dedicaba su hermana para sobrevivir. En su cabeza de diez años solo me veía trabajando con ordenadores, sí. Ay…, si me cazaba la policía, no quería hacer la cuenta de los años que me meterían en el talego. Y luego llegaron las dudas con Axel, pero a Nailani se le pasaron pronto porque el recién estrenado hombre que había llegado al hospital era guapo, le había llevado un arsenal de pinturas

de óleo con sus respectivos lienzos, y ella sí que había sacado la parte detectivesca que llevaba en las venas para informarse, lo primero, de si era el encargado de subirme el bollito al despacho todas las mañanas. Se llevó una decepción al descubrir que no, pero le gustó la respuesta de Axel cuando le comentó que lo haría siempre que le tocara en su planta.

Después de eso llegó una mirada que me tranquilizó lo suficiente para darme cuenta de que, al final, no era quien estaba, era quien se quedaba. Y Axel se había quedado desde el primer día que había pisado Veritas a mi lado, de manera inconsciente y en la sombra, pero permanente. Me arrepentía a momentos de haberle contado la verdad, era desconfiada por naturaleza —o más bien la vida no me había dado más opciones que serlo—, aunque cuando pasaban cinco minutos con él esa sensación cambiaba y llegaba una calma inexplicable que me decía que había hecho lo correcto.

Que haber encontrado un amigo era lo correcto.

Transcurrieron un par de horas hasta que Nailani se durmió agotada, murmurando y haciendo preguntas en susurros que ya apenas entendíamos. Me desmoroné inevitablemente al ser consciente de que seguía haciendo las cosas bien, pese a estar traicionando la confianza de Naím. Debía decírselo, y me prometí hacerlo cuanto antes. Por lo menos antes de que saltara la información que le había dado al hombre de Valeria.

Al salir del hospital nos dirigimos con más pánico que otra cosa a mi estudio, y Axel se ofreció a coger un taxi en la misma puerta para que me destensara. Habíamos dejado la bolsa del dinero siempre cerca de nosotros, y él había argumentado que era la ropa de deporte del gimnasio. Casi me da un infarto cuando Nailani le pidió

que le enseñara los cacharros que llevaba dentro, y menos mal que Axel tuvo salida y le contestó que lo único que podía pasar si abría la bolsa era que moriríamos.

Y mirando el dinero sobre la encimera del minúsculo estudio nos tiramos más de diez minutos cuando llegamos y lo colocamos allí, sin saber qué hacer y con resoplidos de fondo como única compañía. Lo habíamos hecho montones, contado y recontado por si faltaba algo, dándonos las dos de la mañana. Sí, doce mil euros clavados. El gran dilema era que no me quedaban opciones ni tiempo para actuar: el día se acercaba y ese viernes debía dejarle la reserva a la doctora Rodríguez. Doctora que se suponía que mañana estaría a mediodía, pues le habían dejado una nota indicándole que acudiría de urgencia para hablar con ella.

Tecleé todos los arreglos que había detectado esa mañana en la estructura de la fase cuatro del proyecto y alargué la mano cuando uno de los chavales de la planta de Axel me traspasó la carpeta informativa de la reunión con el Hogar San Gabriel. Le sonreí con una muestra de agradecimiento, momento en el que un olor característico me hizo sonreír.

—¡Buenas tardes, rubita!

—Un poco más y llegas a la hora de irnos. —Toqué el panel colgante sin mirarlo, aunque lo vi por el reflejo del cristal.

Era guapo. Y él lo sabía.

Se detuvo a mi lado, se giró con chulería y apoyó el trasero en la mesa para terminar cruzando los brazos a la altura del pecho. Olía de una manera indescriptible, y atraía tanto que me fue inevitable no mirarlo y descender mis ojos hasta su boca. Se percató de ese gesto y sonrió.

—Me han entretenido supervisando otra simulación VR.

—¿No será la pelirroja con culo de melocotón? —Reí, retomando mis tareas. Me lo había contado una tarde mientras tomábamos café.

Se arrastró por la mesa un poco más y me puso nerviosa.

—No voy a negarte que tengo ganas de hincarle el diente a ese culo, pero si es algo que te pone muy celosa… —Giré el rostro hacia él. Estaba a dos palmos—. Tú estás la primera en mi lista, y creo que eso lo sabes.

Entreabrí los labios para contestarle, sin dejar de observarlo de manera alterna, como él lo hacía. Admitía que me encantaba ese juego, y que con alguien como Axel era todo mucho más fácil porque te seguía la corriente o la impulsaba.

—¿Estás haciéndome una declaración? Nos conocemos de dos semanas contadas, morenito —susurré con picardía.

Se separó, dio un paso y se quedó a un palmo de mi cara. Ahora sí que lo tenía delante y me dieron ganas de abalanzarme a esa boca que gritaba clemencia en silencio.

—Tú estás soltándote la melena, yo solo he venido a ver qué hacías.

—¿Estás llamándome buscona? —lo piqué.

—Me dejo buscar, tranquila, no hace falta que te esfuerces.

Solté una carcajada espontánea, sabiéndome observada y corroborando de reojo cómo algunos de los compañeros nos miraban por encima de sus mesas. Quise seguirle el juego, retomar la postura chulesca, pero me fue imposible porque lo intenté dos veces y la risa me aflojó las piernas. Axel rio y me encandilé de

aquel gesto, como cada vez que lo hacía. Conseguí serenarme, el dedo en alto para ganar autoridad.

—Te voy a decir una co…

No me dio tiempo a decirle nada. Alguien que no esperé ni por asomo entró en la zona como un huracán y detuvo las conversaciones de todos los trabajadores, incluida la mía.

—Todos fuera. ¡Ya! —remató, por si no nos había quedado claro.

Abrí los ojos como platos al verlo. El corazón me latió a una velocidad prohibida, aunque más lo hizo cuando vi qué era lo que llevaba puesto: la camisa rosa. La que le había comprado al destrozar la suya. Rosa. El hombre de negro, el luto andante, llevaba una camisa rosa de Primark. No sabía por qué me emocioné más, si por ver que estaba vivo, por el detalle de la prenda, por el aura de arrogancia y tío poderoso que lo envolvía o por que se me habían frito todas las neuronas con el simple hecho de contemplar su mirada, fija en mí.

Caminó con paso decidido, con el de un hombre que sabe que alberga el poder de recomponer o destruir a quien quiera. Los metros de distancia hasta donde yo estaba se hicieron eternos, pero él no pareció perder el rumbo ni la determinación.

Los trabajadores salieron a tropel.

El codazo de Axel me indicó que debíamos marcharnos.

Mis ojos se colgaron de los suyos, expectantes.

Su mirada siguió el movimiento de Axel y regresó a mí con dureza.

Noté que un escalofrío me recorría las entrañas.

Y tragué saliva antes de poner rumbo a la salida, rompiendo la conexión que habíamos creado. Me faltaba el aire y no había sido consciente hasta ese momento de lo mucho que lo había echado de

menos. Entonces recordé lo mal que lo había pasado al no saber cómo se encontraba, al recordar mi desesperación, lo que me había llevado a llorar en el hombro del hombre que ahora iba a sujetar mi mano para que saliéramos de la planta. Mano que se quedó en el aire cuando la atronadora voz de Naím sentenció:

—Tú no.

Me sentí pequeña. Sola y desamparada. Y Axel lo percibió cuando nuestra unión no llegó a efectuarse bajo la atenta mirada del jefe. Me arrepentí de inmediato de haberle puesto esa cara, porque Axel albergaba un corazón noble y lo demostró de nuevo:

—Señor Montero, si quiere puedo quedarm…

El señor Montero no estaba por la labor de aguantar ni una réplica más. Por si fuera poco, a Naím no le hacía falta un séquito detrás; él solo se bastaba para ahuyentar a una planta entera. Se metió las manos en los bolsillos, a unos metros de distancia de nosotros, y contempló a mi amigo.

—¿Te he hablado a ti?

—Ha dicho: «Tú no». —Salió del paso, ganándose una mirada fulminante—. Puede entenderse como…

Naím lo interrumpió:

—¿Te he mirado a ti, acaso?

—No lo tengo claro.

—Axel… —murmuré, para que no siguiera jugándosela.

Y Naím avanzó con largas zancadas. Concisas y directas hasta que se quedó frente a mi amigo. Gozaban de la misma altura y aquello me atascó la respiración porque, literalmente, estaban midiéndosela. Axel no se inmutó, al contrario, elevó el mentón con altanería, a la espera, y Naím solo lo observó.

—¿Te llamas Naiara? —le preguntó el hombre por el que empezaba a suspirar.

Lo veía todo como si estuviera en un partido de tenis y me atreví a dar un paso. Axel se giró un centímetro para estar frente a frente.

—Axel Moreno, señor Montero. —Le tendió la mano con arrogancia y chulería—. Y llevo seis años trabajando para usted.

Naím echó hacia delante su frente, evadiendo la mano. Apretó la mandíbula y espetó:

—Puede ser que te queden sesenta segundos para terminar el contrato.

Demostré mi asombro en el rostro, adelanté un paso sin importarme lo que pudiera parecer y, viendo la sonrisa canalla de Axel, y me colé por el medio de los dos, que se encontraban muy cerca.

—¡Nada, nada! Ya se iba. ¿A que ya te ibas? —Me giré con rapidez para suplicarle a Axel que se fuera. Pero no estaba por la labor.

Se cruzó de brazos, a la defensiva.

—Si quiere usted prescindir del mejor especialista en integraciones, adelante.

El pánico me atenazó las entrañas. No lo vi, pero el roce de mi espalda con el pecho de Naím fue suficiente para saber que había avanzado, dejándome atrapada entre los dos.

—Nadie es imprescindible. Y vas a comprobarlo por ti…

Abrí los ojos como platos y, sin saber de dónde me salió la fuerza, extendí una mano hacia atrás y cogí la muñeca de Naím sin pedir permiso. Tiré de él, negué con la cabeza sin dejar de mirar a Axel e indicándole que lo mataría con mis propias manos de manera muda.

Me desplacé entre los dos con paso decidido y solté una verborrea inventada y de carrerilla mientras arrastraba a Naím conmigo:

—¡Vamos! No puedo perder el tiempo, se me ha hecho tardísimo y, ya que estás aquí, invirtámoslo en algo productivo. Tengo algo que va a encantarte. Ya estoy en los retoques finales del proyecto, solo necesito que los revises y los integres. También tengo —abrí la puerta de la primera cabina de realidad virtual a mi derecha, con el corazón en la garganta y viendo por el rabillo del ojo que Axel abandonaba la sala con lentitud— que comentarte un par…

—Naiara, suéltame —sentenció ceñudo y huraño—. No he terminado de hablar con ese patán.

Fue a tirar de mi mano. Yo fui más veloz.

Lo empujé al interior, cerré la puerta y antes de que pudiera salir ordené:

—Aura, bloquea la puerta doce de la cabina VR. —Me crucé de brazos como había hecho mi amigo antes, nerviosa por estar en un espacio tan reducido con él y con el corazón en la garganta—. Sí, sí has terminado de hablar con Axel. Se llama Axel, no patán —le recalqué con mal tono y los dientes apretados por su comportamiento.

Naím se dispuso a coger la manivela, como si no me hubiera escuchado, cuando Aura sonó en los altavoces.

—Sistema bloqueado, NeónNai.

Tragué saliva al ver que nos habíamos quedado definitivamente solos en la sala. Me fijé en su ancha espalda, en la oscuridad que continuaba envolviéndolo aunque llevara aquella camisa rosa que le quedaba perfecta, en sus brazos apretados en la tela. En la rigidez de un cuerpo que deseaba investigar de la cabeza a los pies, en el

que había estado pensando durante todos los días sin interrupciones.

Y temblé cuando se volvió de cara a mí.

No era atractivo. Es que podía derretir polos enteros si se lo proponía. Y lo peor de aquello fue darme cuenta de que no era un hombre hecho para mí. Sí para pasar el rato, pero no el príncipe que Nailani —y yo, tal vez— buscaba continuamente en mi vida.

—¿Qué haces? —Sus ojos oscuros brillaron con la poca luz de la cabina, pero no le ordenó a Aura que abriese.

Era un diablo vestido de manera elegante.

—Evitar un despido.

Fui sincera. Retrocedí un paso cuando él lo dio hacia mí, quedándome entre la pared y a dos pasos de distancia hasta Naím. Entrecerró los ojos, sin dejar de mirarme con fijeza e inspeccionándome. Recordé el sufrimiento que me había hecho pasar desde la semana anterior, sin saber si estaba muerto o no, y entonces todo el anhelo por un roce o el temblor de mis hombros menguó y se sustituyó por enfado. Eso sí, la piel erizada continuó en su sitio, sabiendo que lo tenía muy muy cerca.

—¿Y quién eres tú para evitar un despido? —cuestionó déspota.

—Naiara Ramos, la tía que necesitas para terminar el proyecto de tu mujer. —Fui hiriente, y la cara le cambió lo justo para que me diera cuenta de ello—. Y ese al que ibas a despedir es el hombre que necesitamos para terminar de desarrollar 360.

Otro paso.

—¿La nómina doscientos cincuenta y seis es imprescindible para 360 o para tu cama? Disculpa si no me queda claro —soltó con falsa modestia.

Mantuve los labios en una fina línea, y ahora la que avanzó el único paso que nos separaba fui yo. Naím se metió las manos en los bolsillos, en aquel gesto que me desarmaba. Le daba un aire desenfadado y tenaz a partes iguales, y eso no hacía sino acrecentar las ganas que tenía de él.

Alcé la barbilla para que percibiera mi determinación. Por el brillo en sus ojos supe que ahí estaba la contención de su sonrisa.

—Que te jodan, Naím.

Descrucé mis brazos sin esperar una respuesta, alargué la mano al monitor que había en la entrada y dejé pulsado el dedo pulgar para que la puerta se desbloqueara, todo eso sin quitarle los ojos de encima a la persona que parpadeaba.

Tuve la intención de marcharme de allí sin decirle nada. Después de todo lo que había pasado… Después de la media semana que llevaba calentándome la cabeza… Y entonces su pecho se pegó tanto a mí que me aplastó contra la puerta de salida. Fue su aliento el que se coló por mi oreja, y juro que si no me dio un infarto al sentirlo ahí fue de milagro.

—No me has contestado.

Dejé la vista clavada en la puerta, con la frente pegada a ella. Tragué saliva de manera imperceptible.

—No tengo que contestarte —musité.

Apretó su cuerpo contra el mío y noté el bulto entre sus piernas. Creí que me desmayaba. Su aliento rozó de nuevo mi oreja, acompañado de sus labios que se quedaron muy cerca de la piel. Me vi en la obligación de cerrar los ojos.

—Sí, sí tienes que contestarme.

Apreté los dientes otra vez. A ese paso, me los partía.

—¿Por qué?

Tardó muy poco en soltar una bomba que no quise comprender. Uno, por no sacar conclusiones precipitadas, y dos, por no hacerme ilusiones de qué podría significar aquello.

—Porque no me gusta compartir lo que es mío.

Giré la cabeza para mirarlo por encima de mi hombro. Podría haberme lanzado a su boca si hubiera querido y, sin embargo…

—El problema es que yo no soy tuya, Naím.

Abrí de golpe, con el corazón bombeándome más fuerte que nunca. ¿Había dicho lo que había creído? ¿Había soltado la frase que se marcaban en un libro de novela romántica porque era la más puta tóxica del mundo mundial? Sí. La había dicho.

«No me gusta compartir lo que es mío». ¿Yo era suya? ¿Y cuándo había sido confirmada esa información? El pulso se acrecentó en mi garganta al saber que me pisaba los talones. Lo noté como una energía envolvente, de esas que llenan los espacios y arrancan suspiros.

Mierda, tenía que subir a nuestra planta a por mis pertenencias, y no había manera de darle esquinazo. Creí conveniente subir las escaleras para despistarlo. Lo subestimé. Me sujetó del brazo y tiró de mí hacia los ascensores privados. Me zafé de su agarre con malas maneras, fulminándolo con la mirada también.

—¿Has regresado de entre los muertos sin modales y diciendo tonterías?

Esperó paciente a que las puertas se abrieran, avispado por si decidía salir corriendo en el último momento. Lo supe al ver que se quedaba un paso detrás de mí, en guardia. No me faltaron ganas de

hacerlo, aunque dudaba que el resultado fuera exitoso si pretendía coger mi bolso.

—Me diste tu permiso para no preguntarte nada más. —Comprendí que se refería a tocarme y a la cercanía—. Y que yo sepa no lo has revocado.

—No lo sabes porque no me has visto —gruñí, enfadada.

Las puertas se abrieron y me empujó al interior. De repente, el cubículo se me hizo una trampa para ratones. Aunque la ratona mayor, que era yo claramente, estaba mojada y deseosa de tirarse a sus brazos. Sentí un latigazo en el corazón que provocó una duda muda. Me gustaba, sí, pero solo me gustaba, ¿verdad?

—Si quieres preparo un anexo y te lo grapas con el contrato, valkiria.

—¡No me llames así! —ladré, y mis dos cejas casi se juntaron.

Se aproximó al botón, lo pulsó y se giró para ponerse delante de mí, sin dudar. Las piernas me temblaron cuando el ascensor comenzó a subir, un mareo se apoderó de mi cabeza y creí que perdía el conocimiento cuando una de sus manos subió hasta sujetar mi barbilla con los dedos. La alzó, ocasionando que fijara mi vista en la suya.

Había pasión contenida, anhelo, tristeza, esperanza. Había una mezcla difícil de explicar en los ojos tan hermosos, llamativos e hipnotizantes de Naím. Y estaba muy cerca de mí. Demasiado.

—¿Cómo quieres que te llame?

El susurro me alteró la sangre y me llenó los ojos de una capa acuosa que no quise derramar. Cuánto había sufrido sin saber si se encontraba bien o no, y ni siquiera había sido capaz de llamarme. Ni un simple mensaje que dijera que estaba vivo. Su gesto cambió, y a

lo mejor yo permití que esa mirada reflejase más de lo que había pretendido en primera instancia. Chasqueé la lengua, me deshice de su mano con un suave toque y salí, salvada por la campana de las puertas del ascensor.

—Me he tomado la licencia también —apostillé con saña, avanzando por el pasillo y sabiendo que me seguía— de despejarte uno de los cajones de la mesa. He creado una contraseña que solo sabe Aura. Dentro tienes toda la información del proyecto.

—¿Te marchas? —me preguntó colocándose a mi lado.

Abrí el despacho con la seguridad del panel inteligente, el cual registraba cada entrada y salida de allí.

—Sí.

—¿No ibas a explicarme 360?

—Yo no he dicho eso. Te he informado de dónde está.

—Pero prefiero que me lo cuentes tú.

Lo miré antes de dar un paso al interior vacío.

—Me parece genial, pero yo he quedado hoy.

—¿Con el patán de la nómina doscientos cincuenta y seis?

—¿Te refieres a todos tus trabajadores por su nómina? —Fruncí el ceño, sin ganas de seguir con la cháchara.

Me adelanté, llegué a mi mesa ordenada al dedillo y recogí los pocos documentos esparcidos antes de colgarme el bolso. Naím se pegó a mi espalda; por Dios, qué bien olía. Sentí su cercanía y el vello de la nuca se me erizó.

—¿Qué te ha pasado en la mandíbula?

La tensión se notó en mis hombros; él lo vio. Me mojé los labios sin girarme, fingiendo que recogía más papeles.

—Nada que tengas que saber —solté tozuda y me coloqué las gafas en el puente de la nariz, en un gesto nervioso.

Su mano se posó en mi cadera izquierda y me quedé estática. La respiración se me aceleró; su aliento rozó mi cuello. Iba a desmayarme. El enfado por sus ausencias se evaporó.

—Si ha sido ese anormal…

Me asustó lo que podría seguir a esa frase, así que lo interrumpí girándome de golpe y quedando entre la mesa y su cuerpo:

—¡Axel no me ha hecho nada!

—Te gusta —dictaminó con los ojos entrecerrados.

—Y a ti te gusta la estirada de Eva. ¿Qué más da y por qué hablamos de esto? —pregunté exasperada, atrapada y muy caliente.

Juntó su rostro casi al mío.

—¿He estado tres días fuera de juego y ya me has buscado suplente?

Me dolió, y se notó. Lo empujé con fuerza, me separé apretando los dientes y lo señalé.

—¿Tú qué te piensas, capullo?

—Vaya. —Rio sin filtros y me colgué de esa risa—. Hoy estás que lo das todo.

—¿Que lo doy todo? Lo que voy a darte es un guantazo, Naím.

Su chulería me desarmó. ¿Cómo podía ser tan cabrón y tan perdonavidas a la vez? «Recuerda tu enfado. Sigue ahí». Sus ojos volvieron a mostrar deseo, ganas de subirme a la mesa y hacerme suya.

—¿Quieres pegarme? —Se pasó un dedo por los labios vacilón—. ¿Sabes que eso es ilegal?

Me armé de coraje, aunque en realidad quería tirarme a sus brazos. Escupí lo primero que se me ocurrió, algo que le doliera y dejara claro que nunca sería suficiente para él.

—Pues denúnciame. Mira, te doy un consejo de amiga: invitas a Eva a cenar. ¡Seguro que lo desea! —exageré—. Es más como tú y te vendrá bien para despejar las neuronas. Igual se te activan.

Dio un paso hacia mí con la mirada amenazante.

—¿Qué quieres decir con que es más como yo?

Me puse un dedo en la barbilla, fingiendo meditar. Por su tono parecía ofendido, pero no rebajé ni un ápice mi dramatismo. Estaba cabreada, herida; lo único que quería era largarme.

—Es más arrogante, más… gilipollas. —Crucé los brazos para protegerme, y cuando quiso hablar lo corté con la mano en alto—: A mí me pega alguien menos estirado y con más corazón. Más Axel y menos Naím. Él seguro que me habría llamado para decir que estaba vivo.

Su rostro cambió radicalmente. Entendió al fin lo que ocurría.

—Naiara…

Mi nombre murió en sus labios. La puerta que no habíamos cerrado se abrió y la impertinente de Eva apareció, ocupando el espacio.

—¡Señor Montero! —exclamó, envuelta en un vestido beis y tacones de infarto.

Naím intentó retirarse. Aproveché antes de que lo hiciera y, viendo a la intrusa parada, le dije en voz baja:

—Eres un mierda sin sentimientos. Que te jodan, Naím.

Agarré el bolso con malas maneras, sin importarme que Eva me viera.

—Estaba preocupada, no le he visto desde la semana pasada. ¿Va todo bien?

Naím no habló. Estaba fijísimo en mí, y le importaba un bledo que Eva esperara una respuesta. Me giré y vi maldad en sus iris cuando anunció:

—Sí, Eva, estoy bien. ¿Tienes planes esta noche?

Apreté la mandíbula. Lo había provocado, lo había buscado, y ahora me quemaba. Les deseé a los dos que se fueran al carajo y me marché como una tormenta a punto de estallar.

19

El Ribera y el centollo



NAÍM

—A ver si lo he entendido…

Agarré el vaso de whisky y me lo bebí de un trago. Las nueve menos diez marcaba el reloj. Dejé el vidrio sobre la mesa del despacho con un golpetazo, me llevé las manos al mentón y bufé.

—Todo lo que digas sobra. Ya está hecho, y da gracias que no estoy con una crisis existencial y la cabeza dentro de un cubo de hielo.

Catriel se movió en mi sillón; yo estaba sentado al otro lado. Se desató el nudo de la corbata, la dejó en la mesa, alcanzó su vaso y le dio un trago.

—O no haces nada, o vas a por todas, Cuervo del Consejo rosa —apuntó, y resoplé.

Qué raro me había sentido esa mañana al colocarme la camisa y verme en el espejo. No era yo, sino el reflejo de la persona que

había sido años atrás. Incluso percibí que el rostro se iluminaba por el simple hecho de terminar con el luto.

Ya no quedaba nada de Vega, de mi Vega, en casa. El siguiente paso, según Mateo, era admitir que ya no estaba, dejarla marchar y aceptar que era viudo, que había pasado once años de mi vida casado con la persona perfecta, aunque el total de haberla disfrutado hubiera sido de dieciséis. El último día, con una foto de ella, recordé que la conocí con quince, siendo una niña que se enamoró de un maleante que vivía en la calle, que robaba flores para ella o que la buscaba a escondidas de los padres. El típico sueño de una adolescente con las hormonas revueltas.

Y la dejé marchar entre lágrimas de amargura, desde la entrada de mi casa y con el apoyo de las dos personas que habían estado conmigo desde el principio: Catriel, infinitamente y hasta la muerte, y Mateo, por obligación y ahora también un poco por devoción.

—Habíamos quedado en que dabas el paso con la Khaleesi, y te has ido por los cerros de Úbeda.

Naiara me gustaba. Me atraía, y yo necesitaba limpiar mi espacio para dejarla entrar, de la manera que fuera, pero tenía que hacerlo por guardarle un mínimo de respeto a Vega, aunque ya no estuviera. Me mordí el labio con nerviosismo, notando que la mano me temblaba. Las nueve menos cinco.

—Te dije que la llamaras —le recriminé apuntándolo con el dedo —. Y no me hiciste caso.

—¡Venga ya! —Elevó los brazos en el aire—. ¡Ahora voy a tener yo la culpa!

—Si lo hubieras hecho… —me levanté; Eva estaría en la puerta del edificio—, yo no habría dejado ganar a mi orgullo y no me tendría

que ir a cenar con la de administración.

Puso cara de sinvergüenza. Lo ignoré y me coloqué la chaqueta del traje negro. Una cosa era cambiar algo del *outfit* y otra usar varios colores a la primera de cambio.

—Bueno, puedes aprovechar la ocasión y sacar a la bestia de los pantalones. Que cuando uses la polla, se te cae a trozos.

—¡Catriel!

—Compra condones.

Le di la espalda y moví la mano en el aire para quitarle importancia. No obstante, no llegué a la puerta cuando me detuvo de nuevo al decirme:

—He llamado al Nano para que nos haga una investigación. —Giré la cabeza por encima del hombro.

—¿Sobre qué?

Se levantó con pachorra y caminó hacia mí.

—La he estado siguiendo desde que empezó a trabajar aquí. Me pegas tus desconfianzas con la gente. —Se detuvo a mi lado—. A mí también hay cosas en su manera de actuar que no me cuadran.

Me quedé unos segundos en silencio, evaluándolo. ¿Quería descubrirlo o no? ¿Prefería vivir en la inopia o no? Cabeceé quedo.

—Habla.

—Va todos los días al Hospital del Niño Jesús, a horas distintas, y casi siempre por las noches, excepto los días que ha estado contigo.

—¿A qué te refieres?

—Creo que se ve con alguien allí o que su pareja trabaja en el hospital.

—Me dijo que no estaba con nadie. —Noté mi tono enfurruñado.

—Tú no vas a un hospital todas las noches a pasearte. Quizá trabaja en seguridad.

Apreté los puños, sintiendo un burbujeo olvidado en el estómago. Lo ignoré.

—Ella sabrá. La culpa no es mía. —Le quité hierro al asunto. Si estaba siendo infiel era su problema, no el mío—. ¿Para eso molestas al Nano?

Catriel negó con la cabeza.

—El tío de nombre impronunciable, Eirjif Long —se inventó—, el jefe del museo de Oslo.

—Eirik Lönn —lo corregí, porque yo sí me acordaba a la perfección.

—Ese. —Negó con la cabeza—. No existe.

—¿Cómo que no existe? —Me giré para quedar frente a frente. Volvió a negar, esa vez con más énfasis—. ¿Qué le has pedido al Nano exactamente? Puede haber un fallo en el nombre y ya está.

Pareció meditarlo, aunque al final lo soltó:

—Que busque quién es Naiara Ramos, o por lo menos la Naiara que conocemos. No la que pone en ese currículo, porque yo no he encontrado por mis medios más datos de ella. Y eso es raro, Naím.

No dije nada. Catriel había apostado por ella, yo lo había admitido, y ahora probablemente estaba enganchándome a una mujer que no sabía si me había mentido o no. E igualmente necesitaba tocarla, besarla y hacerla mía de maneras impensables, y me agarraba a que todo debía ser una confusión por parte de las bases de datos.

—Llámame si descubres algo —le pedí, dispuesto a marcharme.

Tocó mi hombro con cariño antes de salir.

—Que esto no te condicione. Solo quería decírtelo, aunque es muy probable que haya un fallo con el nombre y ya. —Me dio el beso de la abuela y me alegró que pensara lo mismo que yo—. No vayas a llevarte a Eva a tu casa, por lo que más quieras.

Sonreí y negué con la cabeza, soltándole la última cuando ya estaba en el pasillo, camino a tomar el ascensor:

—Voy a poner la mansión en venta mañana.

Los ojos de mi amigo se iluminaron. Dejé de verlo cuando me introduje en el cubículo y me apoyé en el panel frío de mi espalda. Lo había decidido en el mismo momento en el que puse un pie en la Gran Vía de Madrid, con Catriel, para recordarnos esos momentos de quiénes éramos. Esos en los que nos vestíamos como dos sintecho.

Me puse la misma sudadera raída que había visto mil veces en los brazos de otros chicos de la calle: la capucha hasta la frente, el cuello apretado, la mirada escondida tras las gafas de sol. Catriel hizo lo propio al otro lado y, cuando nos miramos, hubo un pacto silencioso. Éramos dos sombras más en Gran Vía, dos cuerpos que nadie leería como antiguos dueños de empresas o directores ejecutivos. Nos mimetizamos con los sintecho que dormitaban en los portalones, fingimos cansancio, olimos a ciudad, bajamos la voz hasta el susurro.

La calle de noche tenía otra música. Letreros brillando, escaparates que respiraban lujo, turistas que seguían su ruta y no veían nada más. Nosotros sí. Caminamos entre reflejos y ventanales, midiendo tiempos, mirando hacia dentro más con la memoria que con las manos. No planeábamos tragedias ni asaltos cinematográficos; lo que hacíamos era viejo como nosotros:

recuperar lo que había quedado fuera de lugar, lo que a veces el mundo dejaba perder por indiferencia.

No iba a contar trucos a las personas a las que ayudaba —no me interesaba enseñar cómo se rompían cerraduras o se forzaban cajas —, pero sí podía decir lo que sentí al hacerlo: la cabeza fría, la costumbre de la supervivencia y esa rabia en el pecho cuando sabes que algo injusto está ahí, a mano, y nadie lo reclama.

Salimos con bolsas que pesaban más de lo que parecían, con manos llenas de lo que no necesitábamos pero que sabíamos convertir en algo necesario. Cuando pasamos por la plaza, las sombras de los durmientes nos miraron sin sorpresa —no éramos héroes, éramos conocidos—. Las abrimos con cautela y empezamos a repartir mantas, paquetes de comida, algo de dinero envuelto en papel que nadie notaría si lo miraba desde lejos. Vi la cara de un hombre que llevaba años durmiendo allí. Primero llegó el escepticismo, luego el gesto de no creer y, finalmente, las lágrimas torpes que intentó secar con el dorso de la mano.

Catriel, como siempre, convirtió la escena en un chiste para quebrar la gravedad.

—Robando a ricos para dárselo a los pobres. Suena a leyenda urbana.

Yo sonreí. Aquello no borraba nuestro pasado ni inventaba nuestro futuro, pero por un rato hacía que la noche tuviera sentido. Y ahora nosotros ya no lo necesitábamos para sobrevivir. Aquella gente sí. Aquella gente moría en las calles de hambre, de frío, de miedo, y no podíamos ayudar solos por nuestros medios a todo el mundo, pese a que lo intentábamos cada semana.

Cuando la distribución terminó y nos alejamos, el aire nocturno me pegó en la cara y me recordó quién era y de dónde venía. No había heroísmo limpio en lo que hacíamos; era expiación, pago de viejas deudas, un intento torpe de equilibrar una balanza que ya no sabíamos si existía. Catriel me dio un codazo y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que éramos los mismos que habíamos huido del Hogar San Gabriel, con la oportunidad de cambiar el sentido de aquel robo: de supervivencia a generosidad.

Caminamos de regreso como dos chicos que volvían a casa por una ruta prohibida; nuestras sudaderas olían distinto y las manos me temblaban un poco menos.

En el fondo supe que lo que habíamos hecho no arreglaba nada grande, pero en las caras de quien recibió la manta o la comida había una rendija de calor que justificaba todo. Aquella noche volví a ser el chico que no quería olvidar a su gente, y por un rato eso bastó.

Me quedé estático cuando las puertas del ascensor se abrieron. A lo lejos, la estirada e impaciente de Eva cambiaba el peso de un pie a otro, miraba su reloj de pulsera y veía que llegaba diez minutos tarde con mala cara. Entonces deseé que quisiera marcharse, que no tuviera ganas de cenar, y ahí podría coger otro rumbo bien distinto.

Iría a por Naiara.

Y terminaría lo que no fui capaz la semana anterior, cuando la había tenido ardiendo encima de mis brazos, a horcajadas, clamándome lo que tanto deseaba. Lo que tanto me había costado admitir que me moría de ganas por hacer. Y sabía dónde encontrarla, pues Catriel me había pasado la dirección del sitio donde vivía y lo tenía anotado en mis notas.

—Disculpa el retraso —le dije a su espalda.

Dio un pequeño respingo al escucharme y se giró veloz. ¿Cuándo se había cambiado? Ahora lucía un vestido rojo pasión, con unos tacones diferentes y se había maquillado —más—. La sonrisa le llegó de oreja a oreja, y me permití deleitarme con su belleza. Eva era una de esas mujeres todopoderosas de las que te girabas a mirar.

Y ya está.

No despertaban nada en mí sus ojos marrones, sus labios prominentes pintados de un color carmín ni aquel buen cuerpo del que gozaba. Se colocó el pelo castaño por detrás del hombro y dijo con una sonrisa más amplia todavía:

—No hay nada que perdonar. Es un hombre ocupado.

Complaciente.

Un «Hum» muy bajo sirvió como respuesta. La adelanté, apreciando de soslayo las ganas que tenía de montarse encima de mí y declararme amor eterno al día siguiente. Ni de broma. Aislé los pensamientos y la mirada de gata que Eva me lanzaba cada vez que tenía oportunidad, e inmediatamente empecé a sentirme mal porque no sabía qué demonios hacía yo en una cita que ni me iba ni me venía. Encima no tenía ni ganas.

Eso me pasaba por orgulloso y por querer darle en las narices a la mujer a la que yo sí quería someter a mi voluntad hasta que me pidiera clemencia. Era un listo, véase la ironía.

—¿Dónde quieres ir a cenar? Y puedes tutearme fuera del trabajo.

Abrí la puerta del coche y señalé con la mano la suya para que se montase. Vi en su mirada la decepción de que no hubiera ido como un caballero a abrírsela. El recuerdo de Naiara al preguntarme cómo se abría el coche casi me sacó una sonrisa y la reprimí de inmediato.

Tenía que dejar de colarse en todos mis pensamientos. No iba a estar la noche entera haciendo comparaciones sin permiso.

—Pues… —Se colocó un dedo en la mejilla, haciéndose la interesante. Yo ya sabía que había visto el sitio desde que le había propuesto cenar—. Yo pensaba que iríamos donde tú quisieras y…

—Me da igual dónde cenemos, Eva —la interrumpí sin contemplaciones.

—Está bien. —No le dio importancia a mi tono seco—. En Alcalá hay una marisquería espectacular, además está muy cerca de mi casa.

La miré. Eva se giró como si no hubiera roto un plato en la vida, aunque aquello fuera una clara invitación. Omití el comentario de decirle que estaba bien, por si tenía que irse andando mientras yo me marchaba a la mía, y puse rumbo hacia la marisquería.

—De acuerdo, pues vamos allí.

De un bocadillo de calamares a una marisquería. Bien podían explotar los periodistas si me veían ahora. Ni siquiera me había dado tiempo a hablar con Naiara sobre ese tema.

Y el camino fue tedioso solo los cinco primeros minutos en los que la tensión se podía cortar con un cuchillo. Yo conducía, centrado en la carretera, y Eva permanecía en silencio, contemplando Madrid en la oscuridad de la noche, silenciosa, sumergida en sus pensamientos o tal vez desnudándome con anticipación.

Lo mejor que hice fue formular la pregunta estrella para las personas yoístas:

—¿Qué tal llevas la semana? Puedes hablar, no está prohibido.

Rio como una hiena falsa, recordándome esas citas forzadas que salían en la tele en la que uno de los dos reía únicamente por seguir

la corriente al otro. No me gustó. Lo dejé pasar, concienciándome de que solo sería esa cena y ya no tendríamos que vernos más, solo en el trabajo.

Naiara no reía por obligación. Lo hacía espontánea, y tenía la risa más bonita que había escuchado en la vida.

Madre mía lo cansina que era Eva. Si llego a saberlo, me meto la lengua en el culo. Si tardamos veinticinco minutos en llegar a la marisquería, veinte se los pasó sin parar de hablar, ni siquiera cuando aparqué en el reservado de la entrada para clientes de alto nivel. La cuenta no iba a bajar de los trescientos euros, mínimo.

Ni siquiera me dio margen a participar ni a interactuar. Que no pensaba hacerlo, pero no creía tampoco que Eva tuviera charla para contarme su vida, hasta que capté el mensaje cuando nos sentamos a la mesa: estaba poniéndome al día de su familia y entorno, para que supiera de primera mano quién era ella.

—Es que en el trabajo no conoces a la persona ni de lejos. —Ese comentario fue seguido de una sonrisa mientras se enroscaba el pelo en un dedo—. Como te iba diciendo, mi hermana trabaja como profesora en Londres. Viajo de vez en cuando allí. Londres es una ciudad maravillosa y grande, ¿has estado alguna vez? —me preguntó, por fin. Negué con la cabeza simplemente—. ¡Oh!, te apasionaría. Su gente, lo maravilloso que es todo, la comida…

Blablablá. Contuve el aire, sentado en la silla y sin perder el contacto visual. La intimidaba, de eso no me cabía la menor duda, porque apartaba su mirada para dirigirla a otro punto de la sala en cuanto tenía la oportunidad. Y a Naiara no la intimidaba, la descarada me echaba pulsos constantemente y eso… Eso me ponía como una moto.

Me rasqué el pelo y le pedí un segundo con la mano, sin abrir la boca y poniendo cara de preocupación. El *maître* llegó para tendernos dos cartas, yo saqué el teléfono y le mandé un mensaje a Catriel de auxilio. En él únicamente le pedí que me sacara de allí.

El *maître* se inclinó un poco, con esa cortesía de manual que parecía ensayada frente al espejo.

—Señor Montero, esta noche tenemos algo excepcional: un Vega Sicilia Único. Una joya de la Ribera del Duero, apenas hay unas cuantas botellas disponibles en la ciudad.

Iba a negarme con un gesto, pero Eva se adelantó como si esperara la ocasión para brillar un poco más.

—¡Oh, Naím, ese vino es excepcional! —añadió demasiado alto, como si todos debieran escucharla—. En todas las catas privadas a las que he asistido, siempre es el más aclamado. Tienes que probarlo. —El *maître* la miró con aprobación, encantado de tener una clienta que parecía entendida. Yo, en cambio, apoyé el codo sobre la mesa y me limité a observarla—. Tráigalo —ordenó ella, antes de que yo abriera la boca—. Al señor Montero solo se le sirve lo mejor, y este vino es historia en una copa.

Esperé unos segundos, dejando que su entusiasmo se inflara hasta el ridículo.

—Claro, Eva —solté con sequedad—. Porque, si hay alguien en esta mesa capaz de distinguir un Vega Sicilia Único de un vino de tetrabrik, seguro que eres tú.

Su risa sonó estridente, nerviosa, y el *maître* disimuló con una inclinación de cabeza antes de retirarse. A mí, en cambio, el silencio que quedó en la mesa me supo más auténtico que cualquier vino, por caro que fuera.

Pues no, la cuenta acababa de pasar de los trescientos a casi los setecientos en un pestañeo. El teléfono me vibró en el bolsillo del pantalón.

—¿Qué te apetece cenar?

Sentí el filo de su zapato rozarme la rodilla. No podía ser tan descarada. La observé y sus mejillas se tornaron de un rojo intenso con rapidez. No, ya lo decía yo, Eva era más de no llamar la atención y en casa, como…, como Vega. La comparación me reventó el higadillo, pero si aquello había llegado a mi mente era porque había otra persona que me había desgranado todos los esquemas. El teléfono vibró por segunda vez.

—Perdón —se apresuró a decir—. He cruzado la pierna y te he dado sin querer. Estas mesas son tan pequeñas. —Rio con histeria—. Bueno, ¿qué vas a pedir?

Repasé la lista sin contestar. La carta era un desfile interminable de ostras, percebes y centollos, cada plato con un apellido rimbombante y un precio que rozaba lo obsceno. Me cansé de leer en la tercera línea. Gambas, cigalas, almejas…, todo sabía a mar y a excusa para alargar una cena que yo no quería tener. «Eso te pasa por orgulloso». Me dieron ganas de insultarme fuertemente, pero lo contuve a raya. No eran necesarias las palabrotas para saber lo petardo que había sido.

Cerré el menú de un golpe seco.

—Me da igual. —Mentira—. Discúlpame un momento.

—Sí, claro, no te preocupes. Yo tengo buen ojo con los centollos. —Otra vez esa risa histérica que quería borrar de mi cabeza—. Ve tranquilo, yo me encargo de todo.

Típica esposa perfecta. Eso fue lo que pareció, y me repatearon las entrañas, porque, hacía muy pocas horas, otra me había llamado «mierda» y me había dicho que me jodieran, todo en la misma frase y con ganas de que me saliera un sarpullido. Sonreí como un idiota al recordarla.

Abrí la puerta que daba a una enorme terraza en la marisquería. Un reservado exclusivo para los clientes que salían allí a hacer sus negocios envueltos en la oscuridad de la noche. Saqué el móvil del bolsillo y busqué el contacto que me quemaba en las manos.

«Naiara».

Dejé el dedo sobre el icono verde, a un paso de pulsarlo. Sentí el corazón en la garganta, lo escuché en los oídos. ¿Qué me sucedía? Tragué saliva, sin apartar la vista del móvil y con la intención de llamarla para pedirle que viniera conmigo a casa. Que tenía un regalo para ella.

Me había atrevido a investigar las cámaras de Veritas, a ver el acercamiento con Axel y a escuchar los comentarios que le habían contado a Catriel, que era el guay de la empresa. Uno de los trabajadores le había dicho a mi amigo que la relación de Naiara y Axel era muy cercana y que habían estado hablando algo sobre ir de tiendas para que ella se comprara un vestido para el viernes.

Para el homenaje por la muerte de Vega que Catriel había llevado en silencio sin mí. Se tenía el cielo ganado. Pues, mientras tanto, yo me había dedicado a comprarle un vestido a la mujer que casi me había mandado a freír espárragos en el despacho, pese a haber llegado a las oficinas con ganas de verla, de abrazarla, de sentirla, de…, de todo. Y ella estaba dolida, como era normal.

Y había sentido la inestabilidad de los celos en el estómago, porque así se llamaban y no podía ocultarlo más. Por primera vez en mi vida, ese sentimiento rastrero había aparecido con algo que en realidad no me pertenecía ni siquiera, por mucho que le hubiera dicho lo contrario. Por mucho que hubiera afirmado que era mía con esa arrogancia que me quemaba en las venas.

«Es mía», me recordé como un neandertal, con el dedo todavía a punto de llamarla.

Tenía que salir de allí. Debía ir a buscarla por mi salud mental.

Le mandé un mensaje más rápido a Catriel, diciéndole que en un minuto me llamara con la excusa que quisiera, pero que me sacara el culo de allí. Retrocedí sobre mis pasos, llegué a la mesa con la misma seriedad que portaba continuamente y me senté. Eva me miró, con la copa en la mano. Cerró los ojos para hacerse la interesante oliendo el vino.

—Es… exquisito. Fíjate cómo huele y…

Sujeté la copa, me la coloqué en los labios y le di un trago gigantesco, como si fuera una caña. Otra comparación. Y no es que no supiera catar un vino, es que no me apetecía y Eva me tenía hasta las narices. Vi su sorpresa en la mirada cuando despegué el vidrio.

—Está bueno.

—Sí. —Risita nerviosa—. Bueno, y ¿qué planes tienes para estas Navidades?

Fruncí el ceño y ella tragó saliva como si hubiera cometido un pecado.

—No lo sé. Estamos en septiembre.

La risita…

—Ya, claro, en fin. Es que a mi familia le encanta la Navidad —lo exageró—, aunque yo la odio. Y había pensado en darme un viaje a Italia. Es uno de los países que más me gustan y que nunca he visitado y…

Otra vez, dejé de escucharla. ¿Estaba diciéndome que la llevara a Italia? Por Dios bendito, qué cena más tediosa, y qué mujer más plasta. Cuando el teléfono me vibró en el bolsillo, casi se me saltan las lágrimas, porque ella seguía hablando. Le pedí un minuto con la mano y descolgué:

—Dime.

—A ver, ¿qué te pasa con la de admi? ¿Es una cansina?

—¿Qué estás diciendo? —exageré, colocando la servilleta de tela sobre la mesa y poniendo cara de preocupación.

Eva se alarmó con rapidez y miró al resto de los comensales por mi subida en el tono de voz. Era una de las cosas que no te importaban cuando tenías dinero: dar el cante en sitios de aquel estilo, porque todo estaba perdonado.

—Buah, te vas a largar. Eso ha sonado a que te has puesto dramático.

—¡¿Se ha quemado el servidor?!

—Flipa. Para que se caiga el mundo, Cuervo del Consejo —se jactó—. Dime por lo menos que vas a otra parte. Empieza por N y termina por A.

—Voy para allá —dictaminé aguantándome la risa y levantándome de la silla.

—¡Tooomaaa! ¡Hemos despertado a la bestia! Esto tengo que contárselo a Mate…

Colgué, dando por sentada la euforia de mi amigo. Ya le agradecería en otro momento haberme sacado de allí. Alargué la mano hasta la chaqueta, percibiendo cómo Eva me contemplaba estupefacta, me la coloqué con agilidad y le solté la excusa a la velocidad del rayo:

—Lo siento mucho, Eva, pero tengo que marcharme de inmediato.

Abrió la boca, la volvió a cerrar y pasó del enfado a una muestra comprensible incomprensible para mí, viva la redundancia.

—No te preocupes, lo primero es lo primero. —Sonrió falsa y se le notó.

—¿Vives muy lejos de aquí? —le pregunté de carrerilla.

—No. Te lo he dicho antes, solo a un par de calles.

—Bien. Si lo necesitas, coge un taxi. Hablaré con el *maître* para que lo ponga en mi cuenta. Disfruta de la cena, lo siento, Eva.

Elevó las manos, las cuales tenía apoyadas en la mesa, y con una mueca que apretó sus labios añadió:

—Está bien.

Salí de allí triunfante, con la convicción de haber hecho lo correcto y la libertad de no tener que aguantar una cita que no había querido en ningún momento. Miré la hora en el móvil: las diez y cuarto de la noche. La hora perfecta para coger algo de cena a medio camino y presentarme en su casa.

Busqué la dirección.

A Lavapiés que iba, de nuevo, a darle un giro a mi vida de ciento ochenta grados, como llevaba haciendo desde que la conocía.

20

Nueva adicción



NAÍM

El bloque de Naiara no podía ser más distinto a lo que yo llamaba casa. Una fachada gris, desconchada en los bordes, con balcones que parecían sostenerse por pura costumbre y ropa tendida como banderas de derrota. El portal tenía un cristal rajado y un marco metálico que había visto mejores días, probablemente en los noventa.

En la planta baja, justo en la esquina, un kebab. El olor a fritanga y especias se colaba en la calle, mezclado con el humo de los coches y la humedad de Lavapiés. Dos chavales apoyados en la pared compartían un kebab envuelto en papel grasiento, riéndose de algo, y bien podían haberse parecido a Catriel y a mí en nuestros tiempos. El cartel de neón parpadeaba con el nombre de Doner House, como si la electricidad también se cansara de alimentar aquel sitio.

Me quedé un momento frente al portal, con la sensación de que todo el bloque estaba a punto de venirse abajo, pero aún resistía por

pura terquedad. No hacía falta entrar para saber que dentro olía a moho, a escaleras mal fregadas y a esa mezcla agria de comida recalentada y vidas demasiado juntas. Nada que ver con la limpieza quirúrgica de La Moraleja. Allí todo era ruido, olor y grietas. Allí vivía ella.

Miré la bolsa del sitio grasiento en el que por supuesto había cogido los *durum* más grandes para cenar, con sus patatas fritas y dos refrescos. También había hecho otra parada en la farmacia de guardia de la acera de enfrente y me había sorprendido al encontrarme cajas y cajas de condones de todos los sabores, gustos y colores. ¿Eso cuándo había salido al mercado?

Empujé la puerta con el corazón latiéndome en la garganta. Estaba nervioso, no iba a negarlo. La disposición que tenía era muy clara y no pensaba retroceder, pese a que las manos me temblaran e intentase disimularlo. «Tercera planta». Miré las escaleras. Sí, el bloque por dentro se encontraba en las mismas condiciones que por fuera; si sobrevivía era de milagro.

Llegué con el pulso acelerado y la incertidumbre de si me mandaría a paseo. Estaba enfadada y yo deseoso de ella. Tragué saliva antes de tocar la puerta más brillante de todo el edificio, que parecía un poco más pequeña que las demás, como si fuera una especie de cuarto de trastos y no una vivienda como tal.

Toqué con el puño dos veces.

No escuché nada, y a los pocos segundos algo se movió en el interior, la puerta retumbó y me extrañé.

—¿Naiara? —pregunté acercándome a la madera.

Cerrojos. Bastantes. ¿Por qué tenía tantas cerraduras? Vale que no parecía el bloque más seguro de todo Lavapiés, pero de ahí a tener

tanta seguridad… La puerta se abrió y todo pensamiento intrusivo se evaporó cuando la vi, con una coleta malhecha de haberse quedado dormida, la mirada adormilada, las gafas mal puestas y una camiseta larga como pijama.

—¿Naím? —se extrañó, se quitó las gafas y se rascó los ojos—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo…?

Apretó los párpados y soltó un bufido sardónico. Se habría dado cuenta de que el saber dónde vivía había sido cortesía de Catriel. Separó los labios de nuevo y volvió a cerrarlos.

—¿Estabas dormida a las diez de la noche?

—Mmm… —Movió la cabeza de manera negativa, como si me diera a entender que era evidente. No me respondió a eso—. ¿Por qué estás aquí?

En efecto, solo me bastó con mirar por encima de su hombro para ver que, si vivía en menos de quince metros cuadrados, era de pura chiripa. Di una zancada sin esperar su invitación y despertó de golpe.

—¿Aquí te mueves en círculos? —Entré ojeándolo todo y casi quedándome encima de ella—. ¿Dónde duermes?, ¿en el suelo? Dime que no pagas por este cuchitril. ¿Esa es la ventilación que tienes? —Señalé una ventanilla ridícula que daba al edificio gris de enfrente.

El apartamento de Naiara no era un apartamento, era una caja de zapatos disfrazada de hogar. Quince metros mal contados, donde cada objeto parecía pelearse por un centímetro de aire. Lo primero que tuve que asimilar fue el absurdo de la cama: encajada contra la pared con un sistema improvisado, como si fuera una muralla que bloqueaba la entrada. Había que plegarla hacia arriba para que la

puerta pudiera abrirse del todo. Ni en los orfanatos de Pan Bendito recordaba algo así.

El resto del espacio no era mejor. Una mesa diminuta servía de escritorio, comedor y almacén de papeles al mismo tiempo; la cocina era apenas una hornilla eléctrica al lado de un fregadero con la pintura desconchada. El único armario se veía derrotado por el peso de pocas prendas de ropa y colgadores improvisados en las paredes suplían lo que faltaba. En el aire flotaba un olor mezclado a detergente, especias del kebab de abajo y humedad vieja que nunca se iba, camuflada con su esencia. Con ese olor dulzón que empezaba a apasionarme hasta el delirio.

Me quedé quieto en el centro del estudio —si es que podía llamarse centro— y tuve la sensación de que cualquier movimiento brusco haría chocar las paredes conmigo. Era un espacio que hablaba de supervivencia, no de vida. Y, sin embargo, había detalles que no encajaban con la miseria: una manta doblada con cuidado, unos pósits de colores alineados en la pared con notas en letra pequeña y un portátil apagado, como si toda su vida estuviera sostenida por la pantalla de aquel aparato, con varias memorias de colores a su lateral.

—Claro, pasa, tranquilo. No sé qué haces aquí, pero entra, como si fuera tu casa —ironizó, con la puerta todavía sujeta en una de sus manos.

Yo había entrado arrollando hasta el aire. La contemplé con estupefacción mientras cerraba, solté la bolsa en la mesa multiusos y le pregunté sin dar vueltas:

—¿Cuánto pagas por esto?

—¿Qué haces aquí? —Se cruzó de brazos y la camiseta se le levantó lo justo para percatarme de que no llevaba ropa interior.

Vio el movimiento de mis ojos, soltó el aire contenido y descruzó los brazos, muy cerca de mí. El sitio no nos daba para mucho más.

—Naiara…

—Naím…

—Contéstame primero y ahora te lo digo —contraataqué y bufó.

—Seiscientos euros.

—¿Seiscientos euros por esto? —repetí en voz alta, incapaz de contener la risa seca. El sitio apenas tenía espacio para estirar los brazos sin golpear una pared, y la cama había que plegarla como si fuera un truco de feria para abrir la puerta—. En Lavapiés no alquilan un piso, venden ataúdes sin ventana. Y tú encima lo pagas como si fuera un ático en Serrano.

La miré de reojo, aún incrédulo. En mis tiempos, con esa cantidad hubiéramos podido alquilar un piso entero en Pan Bendito. Con goteras, sí, pero con espacio para respirar. Naiara arqueó una ceja, con esa chispa que siempre le encendía la lengua más rápido que el viento.

—Pues al menos mi ataúd tiene más vida que tu mausoleo en La Moraleja. —Resopló, elevó la barbilla y me instó para que continuara —. ¿Tú no estabas en una cita?

Entrecerré los ojos y di un paso. No era muy difícil llegar hasta ella.

—Me has mandado al matadero con la de administración. Eso no te lo perdono.

Puso cara de circunstancia, aunque había diversión en sus ojos. Soltó las gafas en la mesa, se cruzó de brazos y la camiseta se le

subió de nuevo. Yo ya no aguantaba más el agobio, la tensión y los nervios.

—Has sido tú el que ha querido irse al matadero con la guapa de Eva.

Otro paso más. Me aproximé muy cerca de su rostro.

—Me has dicho que era un mierda —rugí.

—Lo eres.

—Lo siento. —No se lo esperó y frunció el ceño sin apartarme la vista, tozuda—. No quiero que sirva de excusa, pero te juro que le pedí a Catriel que te llamara mientras estuve en el hospital.

Ella tampoco se quedó atrás con la sinceridad.

—Llevo con ansiedad desde el domingo, Naím. No sabía si te habías muerto. No me vale —gruñó y apretó más los brazos en su pecho.

Me sentí mal por ello, pues también la había visto llorar por las cámaras de seguridad de Veritas, también había visto uno de esos ataques de ansiedad incontrolados el lunes de esa semana y cómo se había marchado a la calle con el Axel de los huevos.

—Haré lo que sea para que me perdones.

No respondió, pero sí que vi sus hombros descender abatidos, quizá dando por sentado que lo haría de verdad. Que se lo decía de corazón.

Sin aguantar más la presión en el pecho, lo que me latía el corazón y las ganas que tenía de tocarla, alcé la mano y delineé el contorno de su mandíbula con mis dedos. Cerró los ojos momentáneamente y me pegué más, casi fusionándome con su cuerpo, para que sintiera el calor que emanaba del mío, para que notara lo que provocaba en mí y las ganas que tenía de ella. Abrió

los ojos cuando acercaba mis labios al lóbulo de su oreja. Tiré de él con cautela y descruzó los brazos para dejarlos laxos a ambos lados de su cuerpo con un suspiro de gozo.

—Naím…

—No sé qué me has hecho, pero no he dejado de pensar en ti.

—Esper…

Se erizó entera cuando planté mi boca en el contorno de su cuello y lo besé con ardor mientras mis manos volaban hasta sus caderas y la sujetaban con vehemencia. Me restregué con ella, deseoso de algo que jamás habría imaginado. Se me atascó la garganta al ser consciente de ello; aun así, no detuve mis besos ni mis mordiscos, solo para decírselo:

—Naiara, tócame.

Aquello rompió una de nuestras normas y la dejó traspuesta. Una barrera, y esa noche estaba dispuesto a reventar una más con ella. Sentí sus manos en las solapas de mi chaqueta con confianza, tiró de la tela hacia atrás y la ayudé para que me la quitara con movimientos desenfrenados. Ascendí mi lengua con delirio por su cuello, hasta que llegué a sus labios y los sobrevolé, rozándolos, deseándolos. «Naím, despacio», me frené.

Su respiración me demostró que lo anhelaba tanto como yo, pero ese no era el día y había aprendido a no hacerlo todo de golpe por mi salud mental y la de las personas que me querían.

—No me pongas la miel en los labios y me la quites —musitó sobre mi boca, moviendo sus labios también.

El roce me extasió.

—Te prometo que esa miel será tuya.

No comprendí el motivo de haberle soltado eso mientras desabrochaba los botones de mi camisa y la abría con las puntas de sus dedos provocándome unos calambres deliciosos. Paseó sus manos por mi pecho, recreándose en los movimientos, mimando cada parte, permitiéndose tocarme por las veces que se lo había prohibido. Y yo solo la miré, muy cerca de su boca, controlando los instintos más primitivos de volverme un demente. Dudó, aunque al final lo que más me gustaba de ella era la valentía que la poseía en cualquier circunstancia.

—¿Puedo besarte? Menos en la zona prohibida —matizó y sonreí.

Cabeceé con lentitud de manera afirmativa. De inmediato, la calidez de sus esponjosos labios se impregnó en mi pezón derecho y el contacto con la bola de metal de su lengua me provocó un escalofrío placentero. Su boca jugaba con los dos pezones sin contemplaciones; sus manos siguieron otro recorrido y descendieron hasta mis pantalones, los desabrocharon y fue deshaciéndose de la ropa hasta alcanzarme la polla.

Mis manos recorrieron la silueta de su curva, aterrizaron en su trasero desnudo, lo amasé y jadeé agónico cuando se disponía a morder mi cuello, colocándose de puntillas. Colé un dedo en el interior de su sexo, comprobando su excitación. Eso me volvió loco.

—Estás empapada…

Soltó mi cuello, alzó la barbilla para llegar a mis labios y me preguntó susurrante:

—Naím, ¿a qué has venido?

Sus ojos azules brillaron tanto que me hipnotizaron. Eran preciosos en conjunto con aquel rostro con los pírsines que la hacían

diferente, especial. Le di un puntapié a mis zapatos, deshaciéndome de los pantalones y del resto de la ropa en el proceso.

—He venido a follarte hasta que me supliques que pare, Naiara.

La humedad de su coño me empapó el dedo que aún bailaba en su interior.

—No me gusta suplicar. —Contoneó las caderas sobre mi mano, provocativa.

—Puedes ir pensando en quemar tu lista de emergencias —rugí, sumando un dedo más.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso por qué? —Sujetó mi miembro con fuerza, presionó con su pulgar mi glande y apreté los dientes cuando deslizó la piel hacia abajo.

Me acerqué a sus labios de nuevo, sobrevolándolos.

—Porque, después de esta noche, no vas a volver a estar con nadie más.

Sonrió traviesa, aunque intuí que sí había entendido por dónde iba el doble sentido de mis palabras.

—Tú tampoco.

Con la mano libre, tiré de su camiseta hacia arriba, la lancé junto al montón de ropa a nuestros pies y estiré la mano para llegar a la bolsa donde tenía los condones. Naiara saltó sobre mis brazos mientras yo me afanaba en mi cometido, y siguió con su reguero de besos por todas las partes del cuerpo donde pudo. Me rozó con el pirsin del pezón y creí morir cuando la sujeté con fuerza, la giré y la deposité sobre la mesa multiusos de mi espalda, tirando la ropa, el bolso y el resto de lo que había. Sentí que me ardía la piel, las manos y la vida.

Los movimientos de ella fueron frenéticos, ansiosos cuando abrió las piernas y me arropó entre ellas, clavándome sus talones en el trasero para juntarme a su cuerpo. La escuchaba gemir cada vez que se rozaba con mi verga y nos empapábamos de nuestros fluidos que clamaban a gritos una unión. Sus manos reptaron por mi pecho, se aposentaron en mi pelo y tiraron de él hacia atrás mientras mordisqueaba con lascivia y ganas mi mentón. Pero se detuvo de repente y me alarmé.

—No tomo anticonceptivos y no tengo condones.

Le temblaban las manos, al igual que a mí. La única diferencia era que yo trataba de mantener a raya, no solo los temblores, sino también los pensamientos intrusivos que pudieran aparecer para romper el momento y hacerme desaparecer. No. No iba a hacerlo. Me había mentalizado desde la semana anterior y pensaba curarme de verdad.

Pensaba vivir.

El pecho le subía y le bajaba demasiado rápido. Igual que a mí.

Moví la caja de preservativos en el aire.

—¿Y esa lista de emergencias va sin protección? —No obvié el gesto duro que implanté en mi rostro.

Chasqueó la lengua, sin darme muchos detalles.

—Digamos que la lista tiene un poco de polvo. —Reí ronco y tiró de mi cuello para pegarme más—. No suelo acostarme con el primero que se cruza en mi camino.

Eso me gustó e intenté que no se notara en mi semblante.

—He tomado una sabia decisión, entonces. —Moví la caja de nuevo en el aire.

—Acertadísima. —Jadeó al restregarse de nuevo y me quitó la caja de las manos—. Entiendo que no hay preliminares.

Me pegué a ella hasta la extenuación. Enseguida mi polla quiso enterrarse en el lugar ansiado y tuve que retenerme, pese al jadeo de Naiara al advertir la posibilidad. Rasgó con las manos el envoltorio y temí no recordar cómo se ponía aquella goma del diablo.

—Entiendes muy bien —murmuré ronco, atacando el pirsin de su pezón.

Mis manos se anclaron a unas caderas estrechas y definidas, y mis dedos masajearon su piel con ganas de fusionarla conmigo. Tiró de mi mentón hacia arriba y me tendió la goma.

—Naím, fóllame ya.

Me llegaron muchos pensamientos de golpe, todos relacionados con el placer inmediato que sentí al tenerla, al verla bajo la luz tenue de una lamparita que había encendida en la mesita improvisada, encajada en la pared. Era, sencillamente, perfecta.

Y era mía.

Me coloqué el condón, no sin antes mirar la gomilla bien y tiré de ella hacia abajo, rezando para no correrme como un adolescente. La observé, muy cerca de mí, con las manos enlazadas en mi cuello y las piernas firmemente apretadas a ambos lados de mis costados. Movió las caderas con deseo y noté mi falo en su entrada.

Y el mundo se me vino abajo por un instante.

Lo noté en mis extremidades, que se habían quedado ancladas a la espalda de Naiara, rígidas y asustadas. Todo cambió en los segundos en los que mi corazón bombeó más rápido de lo normal y

me vi en una cuenta progresiva a la que no quería ni podía llegar o estaba perdido. «Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete…».

Noté la pesadez en la mandíbula. No podía ser. No podía estar pasándome.

«Ocho, nueve, diez». La cuenta seguía en mi cabeza, y dejé de escuchar a la mujer que, entre mis brazos, me llamaba autoritaria. «Veinte, veintiuno, veintidós, veintitrés…».

De repente, una de sus manos tiró de la mía con fuerza y la colocó en su corazón, devolviéndome el aire, devolviéndome a la realidad. Me fijé en sus ojos cristalinos, en sus labios que se movían.

—Naím, estás conmigo. Soy Naiara, mírame. Escucha mi corazón.

Un suspiro doloroso me atravesó la garganta y lo retuve cuando alcé los ojos y me encontré de frente con los suyos firmes, dispuestos a ayudarme sin conocerme, sin saber qué me ocurría o qué había paralizado mi determinación, aunque el deseo continuara feroz entre mis piernas. Ella selló los labios, los apretó y, sin dejar de mirarme, arrastró el culo hasta pegarse por completo a mí. Eso solo provocó una situación: que nuestros sexos se buscaran con deseo.

Ella asintió. Notaba su entrada palpitante, sentía en mi mano el latido frenético de su corazón, de uno vivo, de uno que latía porque yo estaba allí.

Y yo asentí sin desviar mi mirada, con su mano sobre la mía y sin titubear, hasta que una de ellas me sostuvo por la nuca mientras empujaba su cadera y yo me enterraba en su interior escuchando su breve jadeo y mi gemido agónico. Cerré los ojos momentáneamente al sentir la estrechez de sus paredes.

—Mírame, Naím —me ordenó y obedecí, sin ser consciente de la presión a la que estaba sometiendo a su cadera izquierda con mis

dedos—. Y, ahora, fóllame para que se me olvide mi lista de emergencias.

Un burbujeo me subió por la garganta como si aquello hubiera sido el pistoletazo de salida. Como si llegar al final, como si penetrarla hasta el fondo, estático, hubiera sido el detonante para perder la razón.

Con la respiración a mil, solté el agarre que me había servido como ancla en su corazón, la sostuve de la nuca también y salí despacio de ella, notando cada centímetro de su cavidad para rememorarlo cada vez que tuviera ocasión. Rugí, sediento de beberme sus gemidos, y me enterré con gozo hasta el fondo, de una estocada certera que recibió gustosa. Sus manos descendieron hasta mis antebrazos cuando echó la cabeza hacia atrás y arqueó la espalda. Y yo creí que podía morirme. La electricidad que sentía mi cuerpo cada vez que entraba y salía de ella no era común, no la había sentido en la vida y solo debía mirarla para ver que su piel estaba tan erizada como de costumbre, solo que ahora se deshacía como una salvaje entre mis brazos.

—¡Oh, joder! Naím, me corro —gimió clavándome las uñas en los antebrazos.

Uno, dos, tres, cuatro. Dentro, fuera, dentro, fuera. Con la diferencia de que aquella cuenta me acercaba más a un orgasmo apoteósico que a una catarsis. Doblé una de sus rodillas para ganar más profundidad y miré nuestra perfecta unión, con el desenfreno palpable en mis terminaciones. Me concentré en aguantar lo indecente.

—Como cajón que no cierra, decías —murmuré con los dientes apretados, introduciéndome en ella con bestialidad.

La mesa se movió, y con ella nosotros. Naiara danzó con sus caderas buscando la misma profundidad que yo le daba con golpes certeros en el centro de su sexo, y los acompañé de mis dedos marcando su clítoris. La empujé hacia atrás, hasta tenerla tumbada en la mesa, eso sí, con la cabeza en suspenso porque no daba para más. Apreté su vientre cuando abandoné su botón y bombeé aquel cuerpo con lujuria, escuchándola gemir y soltar un taco detrás de otro. Y eso me sacó una sonrisa olvidada.

—Naím, ¡por lo que más quieras! —bramó y se irguió al saber que le había cortado el orgasmo.

—Me has mandado con otra en vez de pedirme que viniera contigo. —Jadeé, risueño por el juego y la cara de enfado.

—¡Has sido tú! —Empujó su cadera con arrogancia y gemí.

—Me tienes al límite, deja de hacer eso… —musité buscando su cuello y la miré cuando tiró de mi pelo hacia atrás.

Entrecerró los ojos y subió como una fiera hasta que se colgó de mis brazos. Aquello ocasionó que terminásemos de pie, follando como locos por el estudio diminuto, apoyándonos en paredes, muebles y todo lo que se terciara a nuestro paso. No logré discernir la cantidad de veces que Naiara se corrió, pero lo hizo a lo bestia y sin contener los gritos extasiados que la poseyeron. Yo tampoco.

Me dejé llevar por un orgasmo infinito mientras me cabalgaba con majestuosidad sobre la única silla que había. Y esa silla terminó hecha añicos por nuestra euforia, sin detener la rienda suelta del encuentro.

Mientras yo apretaba sus nalgas con garra.

Mientras me vibraba el pecho, la garganta.

Mientras me faltaba el aire.

Y sentí que me liberaba, que la necesitaba más que a nada en ese momento de mi vida, que no era una más. Fui consciente de que no solo me gustaba ella en sí, que no me atraía, que probablemente lo que me estaba ocurriendo era que comenzaba a enamorarme de la Naiara que besaba cada centímetro de mi cuerpo sin importarle mi tormenta, mi oscuridad.

Solo tenía dos opciones: salir corriendo en dirección contraria o quedarme. Y creí haber tomado la acertada.

Metí los dedos en su mata de pelo, tiré de ella hacia abajo y la atraje hacia mi pecho, todavía en el suelo, con los trozos de la silla a nuestros pies y una risa idiota en los labios.

—Podríamos haber bajado la cama antes de empezar —objetó, con las piernas a ambos lados de mi cuerpo—. Pero ya será en otra ocasión.

Todavía estaba enterrado en ella, palpitando y sin aliento.

—¿Eso es un «hasta mañana», valkiria? —le pregunté recogiendo su pelo detrás de la oreja.

Sus ojos se clavaron con intensidad en mí y sonrió pilluela.

—Después de un polvo no es recomendable quedarse.

—¿Quién dice eso? —gruñí.

Movió los hombros con desinterés e hizo círculos invisibles en mi pecho.

—No lo sé, pero da igual porque esto mañana no habrá pasado.

Usó mis palabras y sonreí, deteniendo su mano para que me mirara.

—Muchas cosas vamos a tener que obviar que no han pasado mañana. —Entrecerró los ojos, sin entenderme—. He traído cena.

—Muy caballeroso por tu parte, has empezado por el postre.

Moví mi verga, lista para empezar. Jadeó.

—Y he traído una caja de condones que no hemos gastado.

—Directo, me gustan los tíos con determinación —se jactó y reí—. También los que ríen sin temor.

Bordeó con su pulgar mi labio inferior y se prendó de mis ojos. Vi el anhelo por besarme y el corazón me latió en la garganta, indicándome que los nervios volvían a florecer. Sujeté su mano y la besé.

—Gracias.

Hubo una pequeña tensión silenciosa. No dijo nada, aunque supo que me refería a mi parálisis inicial. Asintió, se acercó, besó mi clavícula y cerré los ojos impregnándome de sus labios, de su contacto. De la nueva adicción que tendría a ella.

—Decide qué hacemos primero, porque creo que deberías cambiarte el condón para evitar bebés.

Me separé y la busqué.

—¿No acabas de echarme? —cuestioné.

—Mmm… Te doy una pequeña tregua.

La pequeña tregua se convirtió en las siete de la mañana.

21

Una proposición indecente



NAIARA

Iban a dar las dos del mediodía y todavía no había visto a Naím. Lo de la noche anterior… Lo de la noche anterior no tenía nombre, pero es que a mí me tenía subida a una nube y después me bajaba a una montaña rusa. Había sido impresionante, aunque no pudiera decirle que no tenía comparación con los pocos tíos con los que había estado. No pensaba herir su ego ni alentar más ese miedo que durante un instante lo había paralizado. Lo comprendía. Sus miedos, la incertidumbre de enterrar definitivamente a la mujer que lo había sido todo para él, aunque yo le tuviera unos celos horribles a Vega.

Naím jamás me miraría como la miraba a ella.

Jamás me amaría como la amaba a ella.

Y yo me había dado cuenta de algo, no porque me hubiera acostado con él, sino porque me lo decía la vocecilla interior que de vez en cuando me hablaba.

—¡Rubiiiaaa! ¿Rubia? —La voz de Axel me sacó de mis pensamientos. Miré hacia la puerta de la sala de juntas—. ¿Nai?

—Estoy aquí —lo informé, con la tablet en la mano y el holograma de cubitos de Aura a mi izquierda, sobre la mesa acristalada.

Axel entró como un elefante en una cacharrería.

—Joder, sí que te has escondido del tumulto de personas que hay dando vueltas por el edificio. —Solté un pequeño bufido en forma de sí—. ¿Qué haces aquí?

Me giré de cara a Aura, tratando de ocultar la molestia que sentía con el homenaje de Vega. Había decenas de empresas, con Catriel al mando, colocando flores en cada rincón, una estatua de mármol de Vega en la entrada de Veritas con una placa, la cual había tapado con un bordado rojo, pero que yo había visto al entrar a las nueve de la mañana; el catering paseaba corriendo de un lado a otro colocando copas porque todo se haría en la enorme sala de presentaciones que había en la planta baja, con cientos de invitados al acto. También había visto a una orquesta de música en directo colocando sus instrumentos, los nervios del Matón de Diseño por las nubes —como mi éxtasis con lo que había pasado el día anterior— y la capulla de Eva siguiéndolo como un perrito faldero para que todo estuviera al gusto del hombre al que pensaba pescar. Suspiré.

—Estoy rematando los detalles de la presentación oficial con Aura.

—Ah. —Se sentó a mi lado—. ¿Y esa cara? Aparte de que tienes unas ojeras que te llegan a los pies. ¿Has dormido? No sé nada de ti desde que te marchaste ayer de aquí, cabreada como una mona.

Me apoyé en la silla, miré al frente y suspiré de nuevo. No me servía de nada escondérselo.

—Aura, enseguida te hablo. Déjanos solos.

—De acuerdo, NeónNai. Vuelvo cuando me avises y retomamos la presentación.

Me giré en la silla. Estaba a la espera, con los ojos preocupados y la atención íntegra en mí.

—¿Está mal que no me guste el teatro del homenaje?

Axel movió los hombros en señal de no saberlo.

—Estaría bien que te importara una mierda. —Me observó con un brillo inusual—. ¿Qué pasa, Nai?

—Puede que esté cansada y me moleste todo. Será eso.

Me giré hacia la mesa, sin querer preocuparlo más. Demasiado tenía con aguantar mi histeria desde que ocurrió lo del Lince. Todavía no había conseguido localizar a la doctora Rodríguez, y el plazo se cumplía ese día. No había dejado de llamar al hospital desde que Naím salió por la puerta de mi estudio, dispuesta a soltarle la bolsa del dinero. Ya afrontaría la cárcel como fuera. No tenía tiempo, y a mi hermana se le agotaban los minutos de vida.

—Te has acostado con el energúmeno de tu jefe.

No fue una pregunta. Fue una afirmación que me dejó de piedra. Lo miré con lentitud, confusa.

—¿Se me nota en la cara?

Rio, y de nuevo amé esa sonrisa tan linda.

—Y estás enamorada de él, Nai.

Mi semblante cambió a uno más triste. Sí, esa era la verdad que no me quería reconocer, porque juraría que me había enamorado de Naím Montero en cuanto lo vi por primera vez en la misma sala en la que me encontraba. Entreabrí los labios para decirle algo a mi amigo, a ese que esperaba una respuesta atento, y, cuando fui a hacerlo, la puerta se abrió de par en par.

—¿Desde cuándo trabajas tú en esta planta?

Axel puso los ojos en blanco y tuve que reírme. Fui a contestar, pero Axel me detuvo con una mano a media altura.

—Ya puedo yo con él. —Se giró entusiasta—: ¡Señor Montero! Me apetecía verle, que el otro día se nos quedó una conversación pendiente.

Naím entrecerró los ojos y yo sonreí con timidez para que se calmara. Venía con buen humor, podía verlo camuflado en sus duros gestos de la cara.

—No me toques los huevos, Axel. Lárgate de aquí, antes de que te ponga el finiquito en la mesa.

Mi amigo sonrió canalla, se giró para mirarme y me preguntó:

—¿Nos vemos para comer?

Fui a decirle que sí, pero Naím se adelantó:

—No —soltó rotundo—. Que. Te. Largues —recalcó muy despacio.

Axel levantó las manos en son de paz, me guiñó un ojo y salió con pasos acelerados de la sala, sin quitarle la vista al jefe y siendo tan capullo como él. Retomé mi atención en la tablet. Fijarme más en el hombre que hoy había aparecido con una camisa de color celeste, sin chaqueta del traje y sin corbata, era un pecado capital. Me alegré de formar parte del abandono de su luto. Escuché la puerta cerrarse cuando mi amigo se marchó.

Naím se acercó por detrás sin hacer ruido. Pronto la corriente de energía me erizó la piel y sonreí.

—Buenas tardes, valkiria. —Fijé mis ojos en la mesa—. ¿Qué te apetece comer?

—¿Ese apelativo no está prohibido en horas de trabajo? —cuestioné.

El sexo me vibró cuando noté su cálido aliento en mi oreja, después, su boca descendiendo por mi cuello. Entreabrí los labios, notando la excitación casi de manera instantánea. ¿Cómo era posible que provocara eso en mí? Hasta la fecha, ningún tío había conseguido calentarme en segundos, y todavía andaba preguntándome cómo había sido capaz de lograr que me corriera. Si no era yo la que buscaba el orgasmo, jamás lo experimentaba.

—Puedes poner una queja en la planta once —murmuró ronco, sin dejar de desviarse hacia mi hombro.

—Y, si estas cosas las olvidamos al día siguiente, ¿qué pasa con las que ocurren al momento?

El pulso se me aceleró al verme entre la espada y la pared, con ganas de tirar lo que había sobre la mesa y darle rienda suelta a la imaginación con Naím entre mis piernas. Encima me contestó con otro tema.

—Tengo una proposición indecente.

Salté del asiento sin tiempo que perder, con intención de poner distancia. No fueron sus palabras, fue el tono. Recogí los dos papeles de la mesa y la tablet, como si de repente me hubiera dado miedo su presencia, y lo esquivé, dejándolo confuso. No era eso lo que sucedía, eran las palabras de Axel, que no se detenían en mi cabeza como un jodido martillo: «Estás enamorada de él». ¡Dios! Cuánto iba a sufrir. Tampoco pretendía ser una dramática, pero a la vista estaba que sería lo que ocurriría. ¿Dónde iba yo?

—Voy a terminar la presentación —me excusé con urgencia.

—Naiara —me llamó, aunque yo ya llegaba a la puerta. Mal, porque salió detrás de mí y el destino era su despacho—. Naiara, espera. —No me detuve, y me mató que su tono cambiara, supuse,

a ese que ocasionaba que el Naím que Vega había hecho inferior saliera a la luz—: ¿He hecho algo que te haya incomodado?

Apreté lo que llevaba en las manos contra mi pecho, cerré los ojos y me aguanté las lágrimas a raya. ¡Joder! Era una puta salvadora del mundo. ¿Y quién me salvaba a mí? «Mierda, mierda, mierda». Me giré y, aunque lo encontré con las manos a ambos lados del cuerpo, ya había aprendido a leerlo y sabía que debajo de esa capa de hombre poderoso y guapo se escondía el verdadero miedo a cometer un fallo. Dejé caer la barrera de mis brazos.

—Lo siento. No suelto el enfado de tener que coger tres metros distintos para llegar aquí, con esto de las obras, y a lo mejor estoy un poco nerviosa con la presentación —me inventé, aunque era verdad que había obras—. Se me pasará. ¿Tú estás bien?

Adelantó los pasos que lo separaban de mí y temblé, como cada vez que se acercaba con esa determinación.

—¿Y por qué no has cogido un taxi? —No quise contestarle que, a esas alturas, cuatro euros me alumbraban en la cartera—. Para eso tienes la tarjeta de la empresa, te lo dije.

—No quiero abusar.

Alzó ambas cejas y asintió sin estar convencido. En el fondo, me daba la sensación de que Naím sabía de sobra cuál era mi situación.

—¿Puedo invitarte a comer?

—Tengo mi comida ahí. —Señalé mi mesa. No iba a hacer ningún comentario de que estaba hasta el coño de comer arroz y pasta.

—La dejas para mañana. —Su tono autoritario provocó que arqueara una de mis cejas. Suspiró y cambió el tono—: Por favor.

Dejé sobre su mesa lo que llevaba en las manos y me apoyé.

—¿No prefieres estar aquí para terminar los preparativos del homenaje? —Le cambió un poco el rostro, de hecho, me apartó la mirada momentáneamente—. Disculpa, no pretendía incomodarte.

Fui a retomar mis pertenencias de su mesa, pero él fue más rápido. Se acercó, me sujetó las manos y eso hizo que las dejara de nuevo. Tenía su pecho justo delante y me dieron ganas de apoyarme en él, de refugiarme en él. Sí, me comían los celos por Vega. Ya está, ya lo había dicho.

—Estoy… —Se atascó—. Estoy preparado para pasar página esta noche y —me contempló con intensidad— tú estás siendo un apoyo fundamental en el proceso.

El corazón se me saltó un latido.

—¿Yo?…

No soltó mis muñecas. Deslizó las manos hasta que tocó las puntas de mis dedos y las entrelazó con las suyas.

—No estoy pidiéndote amor eterno, Naiara. Solo te estoy pidiendo que te quedes conmigo un poco más. —Aquello me hundió en la miseria, aunque tampoco lo demostré. Solo asentí como una idiota. Naím se llevó una mano a la boca y la besó—. ¿Puedo invitarte a comer?

Traté de serenarme con mi humor ácido, igual que el suyo. Acababa de decirme que era su pañuelo para los mocos y que, cuando ya no tuviera que sonarse más, entonces podría tirarme a la basura. Solo le había faltado añadir la coletilla de que iba a jurarle amor eterno a una persona más Vega y menos Naiara. Me reventaron las tripas y lo disimulé.

—Solo si me cuentas el chisme de Eva para poder reírme de ella.

Abrió los ojos como si no pudiera creérselo. Por dentro estaba destrozada.

—Eso es de ser muy mala.

—¡Venga ya! ¡Estás deseándolo!

Tiró de mí y me arropó entre sus brazos. «Por favor, no hagas esto o no querré salir de aquí nunca». Deseé que se portara como un cabrón, que fuera el Naím que había conocido el primer día; no obstante, para mi mala suerte, ese Naím también me había gustado más de lo que admití en su momento.

—¿Chino?, ¿japonés?, ¿algún restaurante en particular de Madrid?, ¿dónde quieres ir? Total, siempre habrá algún espabilado con un teléfono a mano para sacarnos en los periódicos al día siguiente.

No habíamos hablado del tema, pero me hizo gracia el repunte.

—¿Puedo elegir? —le pregunté y asintió—. Te recuerdo que la ladrona soy yo, así que tengo que buscar algo con estilo. —Me puse un dedo en la barbilla—. Mmm… Hace mucho que no como pizza.

—Pizza.

—Sí, pizza. ¿No te gusta? —Noté la rigidez de inmediato en sus hombros—. No pasa nada, puede ser otra cosa, me da igual, Naím.

Por favor, que me soltara ya. El problema era que mis manos también se habían enroscado en sus fuertes brazos.

—Vega odiaba la pizza, así que llevo sin comerla media vida.

La puta de Vega… Me encabroné y se me tuvo que notar.

—Pero ¿te gusta? —musité con dudas.

—Me encanta, es una de mis comidas favoritas. Sobre todo si lleva peperoni.

Sonreí de oreja a oreja y maldije a la jodida Vega desde su tumba. Por hacerlo tan inferior, por hacerla tan grande a ella. Una mierda

como la copa de un pino era lo que se merecía la muy pelleja, y no un homenaje.

—Pues entonces, hoy me convertiré en la ladrona de los peperoni de tu pizza.

Tardamos una hora y media en salir de allí, y no fue precisamente por recoger las dos cosas que me había dejado tiradas. Fue por su mirada oscura, por la tensión que se creó entre los dos. Acabé sobre su mesa, con una orden inamovible a Aura para que bloqueara la entrada al despacho y Naím encajado entre mis piernas subiéndome a la cima para hacer que cayera en picado entre besos robados —menos en la zona prohibida que yo deseaba besar—, caricias apretadas por la urgencia de poseernos y una lucha de poder que terminó con los dos revolcándonos por el despacho.

En el proceso de llegar hasta el garaje se vieron muchas situaciones. La primera fue la tensión en el ascensor. Esa casi provoca otra parada de emergencia, y gracias a que Catriel entró con su aire desinhibido e interrumpió el momento. Eso sí, nos inspeccionó a los dos como si supiera de sobra lo que había pasado. ¿Oleríamos a sexo? Todo era posible.

La siguiente planta en la que nos detuvimos fue en la suya. Los seguí por orden expresa de Naím, y a lo lejos vi la cara de idiota de Eva. Otra a la que empezaba a no tragar de ninguna de las maneras. Esa cara le cambió cuando me vio detrás de los dos hombres más irresistibles de Veritas, o por lo menos por los que suspiraba medio edificio.

—Señor Montero, ¿todo bien? —le preguntó con una sonrisa de lagartona.

Naím la miró, asintió sin contestar y se puso frente al mostrador de la susodicha para revisar los documentos que le había tendido Catriel.

—Estos son los papeles del homenaje de esta noche. Está todo revisado y… —Catriel se quedó mirando el cuello del jefe, pasó los ojos a mis labios y, ni corto ni perezoso, se mojó el dedo en saliva y se lo plantó en la zona para limpiárselo.

Y Eva lo vio.

Y me miró la boca, advirtiendo que era el mismo color rosado que yo llevaba en los labios.

La tensión recorrió la zona de punta a punta. El rubio chasqueó la lengua, en un gesto muy parecido a los míos mientras Naím firmaba los papeles, y soltó sin miramientos:

—Está el aire pesado. Naím, acompáñame un momentín a mi despacho.

—Pero nos vam… —Fue a señalar la salida. Yo me mantuve detrás de ellos, alejada.

—A mi despacho —reafirmó Catriel poniendo rumbo acelerado hacia allí.

Todo se quedó en silencio durante unos largos minutos. La aniquiladora mirada de Eva comenzó a ponerme nerviosa, así que la ignoré. A lo lejos vi a Axel moverse con el resto de los compañeros y se me escapó una sonrisa.

—Aparta tus manos de zorra de Naím si no quieres tener problemas.

El comentario me devolvió a la realidad y guie mi atención a la que acababa de soltarme aquella bomba.

—Disculpa, ¿estás hablándome a mí?

Cogió su móvil para disimular, lo miró y regresó la atención de manera dañina a su saco de boxeo: yo.

—No pienso repetírtelo una sola vez más, hippy sin estilo.

Abrí los ojos como platos, pero mi respuesta murió en mi boca cuando Naím regresó, seguido de Catriel, hablando en voz baja y ambos mirándome. Era obvio que el tema principal se llamaba Naiara.

—¿Nos vamos? —me preguntó extendiendo una mano en mi espalda.

—¿La empresa pone chalecos antibalas?

Frunció el ceño con confusión.

—¿Por qué ibas a querer un chaleco antibalas? —inquirió Naím con confusión.

—Yo seré tu escudo, chati. No puedo permitirme perder el café mañanero.

Sonreí al escuchar a Catriel, a mi izquierda. Caminamos en dirección al ascensor y, sin mirar atrás para no llamar la atención, me coloqué una mano en la espalda sin tocar la de Naím y le saqué el dedo corazón a Eva. También lo moví de un lado a otro, para que viera que iba a tocarme el higo. Y, antes de meterme en el ascensor, la mano de Naím atrapó la mía y tiró de ella hacia abajo, como si siempre hubiera sabido que estaba ahí. Lo miré ojiplática.

—¿Cómo…?

Catriel rio.

—A mí también me asombra que a veces tenga ojos en el culo, pero solo a veces. Porque luego se le ocurre ir a cenar con Eva —musitó esto último en mi oreja, cuando las puertas del ascensor se cerraban—. Con Eva.

—Con Eva —lo apoyé.

—Ya vale —rugió Naím.

Catriel se quedó en la tercera planta con la excusa de terminar de organizar el homenaje que se daría por la noche, y nosotros nos encaminamos hasta el garaje discutiendo los motivos por los que Eva quería asesinarme. Me gustó ver su humor ácido, las bromas fuera de tono y lo brillante que estaba en esa salsa.

—Te he comprado un detalle. Espero que no te importe.

—¿A mí? —cuestioné sorprendida, viendo que sacaba una caja de la parte de atrás del coche—. ¿Qué es?

—Ábrelo —me pidió con una sonrisa.

Sus manos fueron el apoyo para que destapara una caja negra con un lazo enorme dorado. La incertidumbre me jugó una mala pasada y los dedos me temblaron cuando quise quitar el papel de seda que cubría el regalo.

Un regalo.

A mí.

Los ojos se me llenaron de unas lágrimas que intenté ocultar a toda costa. No había tenido un regalo en todos los años de vida. No sabía qué era un cumpleaños, qué era Papá Noel o los Reyes Magos. No sabía qué era un regalo porque sí, por el simple hecho de tener un detalle.

La primera lágrima cayó tan gruesa como un puño sobre mi barbilla.

Era un vestido de color oro impresionante. Lo saqué de la caja, permitiendo que se desplegara hasta el suelo. Tenía adornos de encaje, partes transparentes en las que se apreciaba con claridad que los estampados quedarían como si estuvieran dibujados en la

piel. Otra lágrima cayó, más grande todavía. El nudo en la garganta se intensificó.

—¿Te gusta? Lo vi y me acordé de ti y creo que te quedará esp… Naiara, ¿qué pasa?

Apartó la caja y la soltó sobre el capó, me quitó el vestido de las manos y lo dejó de cualquier manera sobre la caja. Yo había llegado al punto de quebrarme, de tal manera que las lágrimas caían incesantes y sin control.

—Es precioso, gra… gracias —musité con un hipido. Me sorbí la nariz, con las manos todavía en alto y consciente de que me había quitado la tela de las manos.

Las suyas fueron las que ocuparon el lugar, hasta que encontró mi barbilla escondida y mirando al suelo. La alzó. Me contempló de cerca, como si hubiera descubierto algo que no había sabido reconocer hasta el momento, y me desarmó que lo dijera en voz alta:

—Es la primera vez que recibes un regalo.

Sollocé, incluso cuando tiró de mí para abrazarme.

—Solo una persona que lo ha vivido sabe lo que es —murmuré, dándole a entender que me había dejado ver más de lo que quería.

Noté su mano subir y bajar por mi espalda en una caricia suave. No pude evitar pensar en lo bien que nos veríamos los dos juntos.

—Haremos una nueva lista de normas.

Lo miré por encima de mis pestañas, con las manos en su pecho.

—Todavía tenemos una.

—No nos quedan prohibiciones que cumplir. —Sus ojos se clavaron en mi boca—. Solo una.

Deseé con todas mis fuerzas que lo hiciera, que me besara. No fue así.

—¿Y para qué queremos esa lista?

—Por cada cosa que yo te cuente mía, me debes una tuya.

—¿También entra en el contrato no firmado de ser tu follamiga-apoyo?

—Eso suena fatal. —El Naím tozudo salió.

—Bueno, es lo que somos.

—¿Y no podemos ser Naiara y Naím y ya está?

—Los N&N traumados. Está bien —gruñó—. Vale, ya paro. ¿Vamos a por esa pizza? Por supuesto, empiezas tú con el drama.

Traté de rebajar tensión al momento y creí conseguirlo cuando lo vi sonreír de medio lado. Habría devorado esa boca mil veces si me lo hubiera permitido. Y Naím me demostró que era un tipo duro, de esos que no se rompen por cualquier circunstancia, de los que aguantan hasta el final.

En el camino hasta el sitio donde iríamos a comer y en el restaurante, me contó de principio a fin lo que ocurrió en la gala que acabó con la vida de Vega. En realidad, no fue la gala lo que terminó con ella, sino un hombre que la policía había dado por perdido y que jamás habían encontrado entre las decenas de invitados de esa noche. Nada, ni un rastreo ni una pista. Me apunté mentalmente investigar por mis medios las fugas que esas cámaras podrían tener, porque todo apuntaba a un posible robo de información con la seguridad. No se lo comenté.

—Y con el caso cerrado nos dejaron sin opción a réplica.

—Es increíble cómo se desentienden. Y no digo que no hagan lo posible, pero permíteme que lo dude. —Cogí un segundo trozo de

pizza. A él lo vi feliz devorando aquel plato, de hecho, solo nos habíamos pedido esa comida y por partida doble.

—Por eso Catriel y yo nos buscamos las castañas y empezamos a investigar por nuestros propios medios.

Aquellos medios me pusieron los pelos de punta. Eso quería decir que tenían contactos y mi pensamiento de contarle la verdad se reforzó para hacerlo en cuanto pasara esa gala o presentáramos el proyecto; primero tendría que ver cómo lo encauzaba. De momento no tenía noticias de Valeria ni nada sobre Nexusi, eso significaba que había tirado con la basura que les había proporcionado. Bien, en ese aspecto, me había salido una jugada en condiciones.

Ahí me enteré de que no era la primera vez que se metían en el mundo de las criptomonedas. Que tenían una pista sobre el posible asesino de Vega y que habían descubierto incluso un nombre que los conducía a un tío del que no habían escuchado hablar en la vida. No me atreví a preguntarle cómo se llamaba ese hombre, porque si no habría pecado de atrevida o me habría descubierto, según se mirara. Con ello llegó la explicación de la pérdida de dinero a mansalva, sus traumas, sus problemas y todo lo relacionado con Vega.

Vega, Vega, Vega. Siempre Vega. Y deseé con más fuerza que nunca que esa noche lo enterrase todo de una maldita vez.

—Es hora de que pases página y seas feliz, Naím. —Alcancé su mano por encima de la mesa y la aceptó—. No digo que tengas que casarte, pero simplemente salir del agujero. Una camisa celeste —sonrió—, una sonrisa esporádica, ser menos gruñón.

—Eso viene de serie.

—Y buscar la felicidad en momentos únicos como una pizza.

Me sentí ridícula al darle esos consejos, cuando sabía perfectamente que después lloraría por las esquinas, pero lo hice con el corazón en una mano y la bondad en otra. Como siempre. Apretó mi mano, me contempló con expectación y me preguntó:

—¿Puedo hacerte la proposición indecente?

—¿Hay más? —inquirí con asombro.

Rio.

—¿Recuerdas que te pedí ayuda con el tema de las comidas y demás? —Asentí—. Lidia y Abraham no regresarán hasta dentro de un tiempo, la propuesta sigue en pie, y yo no me fío de nadie que no conozca mis síncopes.

—Gracias por no querer darle sustos a desconocidos —ironicé, todavía con su mano aferrada. Su dedo comenzó a dibujar círculos en mi dorso—. Imagino que por eso no has contratado a nadie más.

—Imaginas bien. —Tomó aire, lo soltó y, con ello, llegó una bomba —: Voy a vender la mansión la semana que viene, Naiara. Ya tengo un cliente. —Me quedé en shock.

—¡¿Vas a vender la mansión?! —me alarmé. No me lo esperaba.

—Sí. Es una de las cosas que más me ata a Vega, y ya es hora de soltarla. ¿Qué hago allí solo?

Lo pensé. Tenía toda la razón del mundo.

—Progresas adecuadamente, Eminencia.

Me dio una patada por debajo de la mesa y reí.

—He pensado en comprarme algo en la zona de la Castellana. El lunes me gustaría ir a la inmobiliaria para preguntar por los pisos y quería saber si… —Me miró fijamente y creí que me daba un infarto —. ¿Querrías venir conmigo?

Lo observé con confusión, aparté la mano con desgana, me la llevé a la barbilla y medité mi respuesta.

—Quieres que, aparte de ser tu follamiga, compañera de proyecto, cocinera y no sé qué más, ¿vaya a ver pisos contigo? —le pregunté con extrañeza.

—Hemos dicho que éramos los N&N traumados —me corrigió con dureza. Reí irónica.

—¿Y por eso quieres que vayamos juntos? —Me dejé caer en la silla del restaurante italiano.

Negó con la cabeza, y su respuesta casi me provoca una apoplejía:

—No. Quiero que seas mi compañera de piso cuando lo compre.

22

Perdóname, Vega



NAÍM

Me ajusté la corbata en el espejo del baño. Era de color oro.

—¿Estás bien? —me preguntó Mateo entrando en mi despacho—. ¿Quieres subir un poco la dosis de las gotas?

—No es necesario. —Me coloqué la chaqueta negra, viendo de reojo que se acercaba—. Tengo que hacer una cosa de última hora y después bajo.

Se detuvo en el marco de la puerta y cruzó los brazos a la altura del pecho.

—¿Tiene algo que ver que no te tomes las gotas extra una mujer con un vestido de color oro?

Lo miré de golpe.

—¿Naiara ya está aquí?

Sonrió.

—Ha llegado ahora mismo.

Tragué saliva de manera disimulada, intentando evitar que se me notara el brillo en los ojos. El aseo del italiano había sido testigo de la respuesta afirmativa de Naiara a mi proposición indecente, y precisamente no se lo había preguntado con palabras, sino a base de embestidas enloquecedoras. Me tembló el cuerpo al recordar los gemidos amortiguados en mi cuello, sus manos presionándome la camisa por el placer, la rojez en sus mejillas cuando salimos del aseo y medio restaurante nos miró.

—¿Y sigues esperando porque…? —cuestioné.

—Llevas una semana sin llamarme con una crisis.

Lo observé, pulsé el bote de perfume que guardaba en la única vitrina del aseo y cogí aire para soltarlo abruptamente después. Me detuve delante de él, aunque no cambió la postura.

—¿Y eso es malo o bueno?

—Contando con que has logrado soltar las pertenencias de Vega, incluso las más duras como el teléfono o el pañuelo —apuntó a conciencia y lo vi en sus ojos—, no sé cómo tomármelo. Por no hablar de que me ha comentado Catriel que vas a vender la mansión.

Carraspeé incómodo y pasé por su lado, empujándolo para que se apartara. Me fui directo al enorme ventanal para contemplar cómo los invitados y los trabajadores llegaban al edificio para el homenaje.

—¿Tiene algo de malo que no quiera quedarme en el mismo lugar que compartí con ella? —le pregunté con la vista clavada en él.

No contestó de inmediato. Escuché sus pasos lentos a mi espalda, y de reojo apreció su silueta moviéndose hasta que llegó a mi lado y se colocó de la misma forma.

—Lo que me preocupa es que no cierres una herida y conviertas una obsesión en otro trauma, Naím. No se trata de lo que está bien o no, pero ¿hasta dónde quieres llegar con Naiara?, ¿qué es Naiara en esta ecuación? Ella también tiene corazón, Naím. También puede sufrir, y te recuerdo que tú estás así por amor.

—Naiara no está enamorada de mí. No digas tonterías —le dije con aspereza.

Rio con sarcasmo. Me fijé más en aquel perfil de tío cincuentón bien trabajado por el gimnasio, en sus manos cuidadas, en la manera fina de vestir, de meditar cada respuesta antes de comunicarla. Mateo estaba hecho para ser psiquiatra, de eso no me cabía la menor duda.

—¿Qué sabes de ella? —Prensé los labios, pues el día anterior yo le había contado mucho y ella no había seguido nuestras normas. Nos habíamos ido por otros derroteros—. Entiendo por ese gesto que lo único que conoces son sus tetas.

Giré el rostro para mirarlo con mala cara.

—Acabas de descender tres escalones como psiquiatra. —Enarcó una ceja—. También conozco muy bien su coño, Mateo.

Ni se inmutó por mi tono irascible.

—Y me parece fantástico que hayas roto esa barrera. Pero, te repito, ¿qué sabes de ella? ¿Cómo identificas que no va a ser un daño colateral?

De nuevo, esa incomodidad que me hizo regresar la vista al enorme ventanal. Apreté la mandíbula.

—Naiara tiene a quien quiera comiendo de su mano. Te aseguro que no soy yo el tío por el que beberá los vientos.

Otra vez esa risa sardónica.

—Naiara viene del mismo barrio del que nacisteis tú y Catriel. —Me volví, estupefacto y sin parpadear—. A sus padres los conoces perfectamente; son los yonkis más yonkis de todo Pan Bendito. Y a Naiara también la conoces, porque estabais en el mismo colegio juntos hasta que tú te escapaste del orfanato con Catriel.

—¿Qué estás…? —lo interrumpí y no me dejó. Se volvió, tomando una posición más cruda y fue él quien me cortó:

—Sus padres son el Rata y la Flaca.

Me mareé. En Pan Bendito nadie los llamaba por su nombre. Así los conocía todo el barrio, así los señalaban los niños cuando los veían tambalearse por las calles. No hacía falta más para describirlos: él, siempre buscando trapicheos, escurridizo como una sombra sucia; ella, tan delgada y ausente que parecía un fantasma de sí misma. El matrimonio que abandonó a su hija. Una hija de la que todos hablaban… y de la que todos se reían en el colegio.

—Estás de broma —afirmé, aunque no cambié un ápice mi gesto.

Negó taciturno.

—Y lo más grave no es quiénes sean sus padres. Con ellos no tiene relación. —Cerré los ojos un segundo—. Unos años después de que vosotros salierais de allí, estas personas tuvieron otro hijo. —Lo insté para que continuara—. Nadie sabe el paradero, Naím. Solo que desapareció de Pan Bendito, como Naiara.

—Pero Naiara está aquí. Está en Madrid.

—Sí, y, aun así, no sabemos realmente quién es. Catriel y yo seguimos sin encontrar datos que nos acerquen a ella. ¿Eres consciente ahora de lo que ha sufrido esa chica para ser un daño colateral? ¿De que, quizá, si no existe información sobre ella es porque ha tenido que ocultarla?

Me llevé la mano al puente de la nariz y decidí que era hora de dar el tema por zanjado y omitir todas las preguntas que acababa de hacerme. Catriel estaba obsesionándose con el paradero de Naiara, y Mateo encima lo había seguido. Como si juntos pudieran hacer un gran equipo a lo CSI.

—No es un daño colateral siempre que ella esté de acuerdo. Y lo está. Fin del tema, Mateo.

Solo escuché a lo lejos el suspiro como último acompañante de la conversación. Cerré la puerta tras de mí y oí de fondo al portavoz del equipo de Vega mientras estaba en Veritas. Me detuve en el ascensor, con el pasillo desértico y el bullicio de fondo.

No.

Antes de bajar al acto, primero debía llegar al cielo de Veritas y acabar con lo que me había consumido tanto dinero y tiempo. Lo que me había llevado, de manera directa, a tener una obsesión por recuperar a Vega, lejos de que nadie excepto Catriel se enterara de que aquello existía. Y también debía dejarlo marchar si pretendía seguir adelante.

Pulsé el botón del ascensor.

La planta trece, que conectaba con la catorce desde el centro de la sala.

Una zona de acceso restringido solo a Catriel y a mí, con seguridad máxima que solo permitía entrar con la comprobación de la saliva. Allí había unos laboratorios ultraconfidenciales y el servidor de replicación emocional nunca visto. El proyecto secreto que había querido contarle a Vega después de la infructuosa fiesta que acabó con su vida.

El proyecto no nació con ningún nombre en particular. Al principio ni siquiera tenía nombre. Era una idea descabellada que pensé que jamás saldría de los planos tan rápido: crear una inteligencia capaz de replicar emociones humanas, de simular la presencia de alguien que ya no estaba. No para resucitar muertos, no, aquello vendría después. El planteamiento inicial era más limpio. Ayudar a la gente a sobrellevar el duelo, a no perderse en el vacío de una ausencia.

Soñaba con que alguien pudiera escuchar otra vez la voz de su madre, el consejo de un padre, la risa de un hijo. Que la tecnología devolviera algo parecido a compañía cuando la vida ya le había arrebatado demasiado.

Ese era el origen. Ético, casi noble. Una forma de demostrar que la realidad virtual podía ser un refugio y no solo un espectáculo. Pero lo ensucié. Lo torcí en el momento en que la muerte me tocó de cerca. Lo que empezó como un proyecto para el mundo entero terminó reducido a una sola persona.

A Vega.

A mi Vega.

Los ojos se me iluminaron cuando entré en la sala blanca, adornada únicamente por una mesa redonda en el centro y una urna de cristal redonda; dentro, una memoria larga con la información de Vega 0.1.

Aguanté el tipo, con los puños apretados a ambos lados del cuerpo, sin caminar, y me quedé a unos metros de distancia, observando. Inhalé de manera profunda y dije con la voz rota:

—Aura, inicia el proyecto.

—Accediendo al proyecto Vega 0.1.

Las luces descendieron una cuarta, apagando el lugar. A la derecha de la urna, los cubos azules se fueron encendiendo uno a uno, como latidos en mitad de la oscuridad. Primero un destello tímido, luego un conjunto ordenado que empezó a tomar forma. La silueta apareció fragmentada, como si el sistema no se atreviera a mostrarla completa. Hombros, cabello, la curva de su rostro reconstruyéndose pedazo a pedazo hasta que ya no quedaba duda: era ella.

Vega.

No la Vega de mis recuerdos ni la de las fotos. Era una versión translúcida, sostenida por el código de Aura, como si hubiera regresado envuelta en cristal líquido. Cuando abrió la boca, no dijo nada. Y eso me dolió más que cualquier palabra.

Me acerqué unos pasos, con las manos cerradas en puños para no temblar y aguantándolas con una fuerza imperiosa. Todo en mí pedía dejarla encendida, seguir mirando, seguir engañándome. Pero la razón me gritaba otra cosa: eso no era vida, no era ella. Era un eco que me mantenía atrapado en una obsesión compulsiva que me mataba con lentitud.

—Vega… —musité, roto.

Una lágrima cayó con peso sobre el cuello de mi chaqueta.

Su sonrisa se agrandó, mostrándome aquel brillo inventado que tanto trabajé durante noches y hasta la extenuación. Me perdí en la bondad de sus ojos, en su rostro redondeado, en sus mejillas perfectas. Y sentí cómo me temblaba el labio, cómo anunciaba un llanto inminente, acompañado de un ataque de ansiedad de los que no tenían parangón.

—Hola, amor.

Ese apelativo fue una puñalada en el corazón. Me lo desangró, me lo retorció con tanto dolor que pensé que no saldría de esa habitación vivo. Yo la había enseñado a hablar como Vega, a mirarme como Vega, a sonreír como Vega. Pero no era Vega. No respondía si no le preguntabas, no hablaba si no iniciabas tú una conversación.

No era un humano.

Y quedaba mucho para avanzar. Para poder ser el planteamiento de mi primera idea. Porque había algo que, mientras me ahogaba en mi propia miseria, sí tenía claro: no quería que fuera ella. No quería que fuera Vega.

Extendí la mano hacia el panel de control. Solo bastaba un gesto, un toque, y el sistema se apagaría. Los cubos volverían a ser luz inerte. Y, con ellos, la ilusión de que Vega seguía aquí. La dejaría descansar, y tal vez yo descansaría también de una vez por todas.

Sentí la garganta arder. La idea de desconectarla era como matarla otra vez, pero sabía que no podía continuar alimentando a un fantasma, a algo que no estaba vivo, que jamás regresaría. Cerré los ojos, inspiré hondo y pensé en lo que había soñado antes de todo, un proyecto para aliviar, no para condenar.

Y a mí estaba condenándome.

—Perdóname, Vega… —susurré, apenas en un hilo de voz, antes de empujar el interruptor.

Me quedé fijo, con el corazón latiéndome en la garganta y las ganas de llorar presentes, aunque más suaves que lo que en primera instancia pensé que me supondría aquello. Sin embargo, solo tenía que volver a encenderla y regresaría de nuevo. Solo era un botón y… «No», sentencié, más firme que nunca. Enterraba otra fase de mi

vida, una que no me pertenecía pero que había tenido que vivir, y la enterraba para ser feliz. Para respirar y sacar la cabeza del pozo en el que me había metido.

Sentí una presencia a mi espalda. Sin girarme ya sabía de quién se trataba y quién me había estado contemplando desde el momento en el que había puesto un pie allí. La misma persona que había vigilado las cámaras de seguridad los primeros meses para saber que agarraba una botella de cualquier bebida que me emborrachara lo suficiente como para casi morirme en la sala durante noches y noches interminables. Y ya no hablaba de la cantidad de cafeína que me había metido en vena cuando brilló en mi mente la idea de convertir el proyecto en una réplica de Vega.

—Destruye el proyecto —le ordené tratando de mantenerme entero.

Dio unos pasos sin titubear. Como siempre.

—Naím…

El susurro ya marcaba en su tono lo difícil que era la conversación.

—Lo empezaremos de nuevo cuando tengamos la suficiente financiación. Lo haremos bien, Catriel.

Me giré. Ahí estaba. Esa mirada rota, perdida. Esa mirada que buscaba con desesperación encontrar la profundidad de mis ojos tristes, la que me acompañaba en cada sentimiento. El tío que se dejaba la vida por mí, sin importarle cuál fuera la circunstancia.

No hubo una sola palabra de réplica. Extendió una mano, tiró de mi cuello y me abrazó como si se le fuera la vida en ello. Apoyó la frente en mi hombro, la levantó, me dio el beso de la abuela y me miró con los ojos llenos de lágrimas. Después de una palmada con la mano libre en mi otro hombro, añadió:

—Gracias por querer seguir aquí. Conmigo.

Intenté mostrarle un amago de sonrisa.

—Siempre, Ken de Cuatro Torres.

Y ahora sí lo decía de corazón. Ahora no quería morirme. Palmeé su espalda, dispuesto a salir de la sala con la determinación de quien sabe que ha hecho lo correcto, y con la sensación de haberme quitado una losa gigante de encima.

Y respiré.

Como llevaba sin hacerlo un año. Aquello no significaba borrar de mi memoria a Vega, de hecho la recordaría cada mañana cuando entrase en el edificio y viera la figura de ella coronando la entrada de Veritas.

Bajé por las escaleras mirando cada planta vacía, cada espacio construido con amor y devoción. Me dejé envolver por el sonido de la música lejana de la orquesta a la que me acercaba cada vez más y, en el último momento, cuando solo me quedaba una planta para llegar al homenaje, también supe que las personas que debían encauzar el reconocimiento a Vega eran el equipo que había estado con ella en cada proyecto. Ahí descubrí algo que me había negado a ver durante todos esos años: que yo siempre la había impulsado a ella, pero a mí me había impulsado el tío que llevaba pegado a mi culo desde que éramos unos niños.

Y dolió. Escoció mucho reconocerlo.

Llegué, y sin dudar un paso siguió a otro. La sala pareció más grande, más iluminada. También me dio la sensación de que la gente me contemplaba con más tristeza que el día de su muerte, que el día del entierro. «Uno, dos, tres, cuatro, cinco». La conocida cuenta tomó el protagonismo de cada respiración, de cada avance,

aunque no cambié un ápice mi gesto duro y sereno. Sin mostrar mi vulnerabilidad. Siendo el hombre que todos habían conocido un año atrás.

«Doce, trece, catorce». La bola en mi garganta se hizo más grande, más visible, difícil de digerir. La vista se me nubló y el aire comenzó a privarme de su capacidad. No podía permitírmelo. No podía caerme redondo. No ahora.

Catriel apareció de la nada y frente a mí, y se colocó en el escenario a la derecha, al lado del atril que había encendido con un micrófono esperándome. Detrás, la foto en grande de una sonriente Vega con ganas de vivir. El nudo apretó más mi garganta, con ganas de matarme. Las manos me temblaron, pese a que las llevaba a ambos lados del cuerpo y firmemente apretadas.

Traté de serenarme con las respiraciones por la nariz, y mi amigo evidenció lo que ocurría mientras llegaba al lugar de destino, a su lado. La música de fondo empezó a distorsionarse, comencé a ver borroso cuando solo me quedaban diez pasos. «Veintitrés, veinticuatro, veinticinco, veintiséis, veintisiete…». Noté que levemente los hombros se me iban hacia atrás. Corregí el gesto de inmediato.

Catriel dio un paso, con el miedo reflejado en su rostro.

Mi mano derecha se movió en un gesto que le pedía calma, aunque no estaba seguro. Iba a desmayarme. La corbata me ahogaba, el aire no me llegaba a los pulmones. No. Era imposible curarme por muchos pasos que diera, por mucho que hiciera, aquello que me sucedía no se evaporaba de la noche a la mañana. Mi amigo lo vio, lo percibió y dio otro paso con convicción.

«Veintiocho, veintinueve».

Caería redondo. Los ojos se me cerraron ligeramente, casi llegando a los escalones que separaban el escenario. «Treinta. Sangre. Mis manos llenas de sangre». Me tembló la mandíbula, noté el frío apoderarse de mi cuerpo, la rigidez subiendo por mi cuello. Atisbé movimiento en la zona derecha de la sala. Era Mateo, y corría hacia mí. Como si hubiera adivinado lo que me sucedía. Y, de repente, un ángel se detuvo a mi lado.

—Te acompaño.

No dudó ni preguntó. Envolvió su mano con la mía en un agarre seguro, sonrió con cariño y me instó a que subiéramos los escalones. Yo me había quedado prendado de sus ojos, de sus diamantes azules, de la belleza extrema de su rostro y de cómo me había reforzado una fuerza invisible con su sola presencia. Con su solo agarre.

Tragué saliva, intentando controlar la respiración. Busqué con la mirada a Catriel, quien cerró los ojos momentáneamente, asintió en dirección a Naiara y se lo agradeció en silencio. Tampoco ignoré que Mateo se había colocado detrás del escenario y me preguntaba si estaba bien con un dedo en alto. Le respondí que sí con un movimiento de cabeza quedo.

Deseaba salir de allí, e iba a hacerlo en dos minutos.

Apreté los dedos de Naiara en una muestra de agradecimiento infinita. Se soltó, pero no se bajó del escenario. Todo lo contrario. Se quedó a mi izquierda, y cuando me coloqué en el atril lo vi.

El reproche. Las caras de asco. Las de incomprensión. Las de superioridad de algunas personas, no de todas. El juicio mudo de que hubiera una persona a mi lado que no fuera mi mujer. El no guardarle el luto eternamente. Lo que de verdad pensaba la

sociedad, aunque te dijeran todos los días que debías buscar tu felicidad.

—Hoy no soy yo quien debe hablar —añadí, con la voz más seca de lo que hubiera querido—. Porque, aunque todos me vean aquí, todos saben que Vega no fue mi compañera exclusiva en Veritas. Fue el equipo que creyó en ella cuando apenas tenía una idea sobre la pizarra. Cuando juntos formaban uno a uno cada trabajo. —Me detuve y respiré hondo. Lo entendí en ese instante, como un golpe frío en el estómago: yo siempre había sido un fantasma a su sombra. Ella brillaba en cada sala, en cada proyecto, y yo me limitaba a seguirla—. Así que hoy, las palabras no deben salir de mi boca. Deben salir de las vuestras. —Señalé a su equipo—. De quienes compartisteis con ella cada hora, cada logro, cada fracaso. Gracias por venir esta noche.

Me aparté despacio del atril y sentí, por primera vez, que el silencio no era derrota, sino respeto. Los aplausos sonaron como una ola cercana mientras descendía los escalones y enfilaba mi camino hacia la salida, con decisión, deteniéndome solo con las personas que me paraban para saludarme.

No obstante, mi atención se desesperó cuando, al fijarme en el resto de los asistentes, solo vi a Catriel hablando con algunos trabajadores, a Mateo con un par de empleadas, pero a Naiara no la encontré por ningún sitio.

¿Dónde estaba?

23

Verdades ocultas



NAIARA

Me había pasado media vida encajando regular en los sitios. Bueno, media vida no, toda la vida.

Y aquella noche fue una de ellas.

Con algunos trabajadores me llevaba estupendamente, pero parecían rodearse de gente de poder y les cambiaba la neurona. A mí me la traía floja, porque era tan sencillo como tomar decisiones sencillas: salir del homenaje con mi copa de champán y sentarme en la calle a ver la Torre de Cristal de noche. Era preciosa.

Me senté en el mismo banco donde había vomitado mi vida con Axel y sonreí. La lentilla me molestó en el ojo derecho y me rasqué. Debía habituarme más a ellas, ya que estaban recién compradas y me las había puesto en contadas ocasiones. Le di un trago a la copa y me fijé en que se habían dejado un paquete de tabaco con un mechero dentro. ¿Por qué no? Cogí la cajetilla y saqué uno, dispuesta a que el humo llenara mis pulmones.

—¿Sabes que el tabaco no calma los nervios? —Aguanté un amago de sonrisa, dándole una segunda calada.

—¿Tú no deberías estar ahí dentro? —Señalé el edificio. Naím cogió la cajetilla, sacó otro y se lo encendió. Solo le faltaba ponerse un cigarro en la boca para darle un aspecto más peligroso y tentador —. Pareces un malote.

—No has contestado a mi pregunta. —Me miró inquisitivo.

Me quedé congelada en sus ojos oscuros, tan idénticos a la noche sin estrellas que nos acompañaba. Le di otra calada, notando el sabor amargo del cigarro en los labios, en la lengua, en la garganta. Aparté la vista al frente, incapaz de seguir manteniéndole el pulso. Sujeté el tubito con el dedo corazón y el pulgar, y este primero me sirvió de impulso para lanzarlo lejos de mí.

—Está asqueroso. —Rio ronco. Me encantaba cuando hacía eso. El silencio que nos acompañó fue el impulsor para desatar la conversación que teníamos pendiente, la que había dejado a medias cuando él me había confiado tanto—. Me crie en el barrio de Pan Bendito. Tuve una infancia muy dura en la que no existieron los regalos ni el cariño —comenté con tristeza, contemplando aquel hermoso vestido—. Aprendí a ser una luchadora, a sobrevivir de cualquier manera porque mis padres se gastaban todos sus ahorros en jeringuillas, e incluso de vez en cuando usaban nuestra casa de narcopiso. —Cerré los ojos, rememorando algunos momentos dolorosos.

»Aprendí a encajar puertas muy pequeña, a esconderme durante días para que los amigos de mis padres colocados no abusaran de mí, a soportar ser el hazmerreír de un colegio entero porque mi ropa estaba rota, mis zapatos llenos de agujeros o mi higiene no era la

adecuada. —Lo miré, con los ojos llenos de lágrimas. Él estaba fijo en mí, serio y con los labios convertidos en una línea—. Y, cuando fui creciendo, tuve un rayo de esperanza y me convertí en la salvadora de su mundo y del mío, aunque la vida me siguiera llenando de pruebas duras. Sobreviví, Naím. Sobreviví y seguiré haciéndolo.

Supe, de manera inmediata, que había llegado el momento de contárselo. De decirle que Nailani existía, de explicarle los motivos que me habían llevado a estar allí, a entrar en Veritas. De suplicarle, si hacía falta, que me perdonara. Le enseñaría las pruebas suficientes para que me creyera, para que constatara que, aunque no había podido ocultarlo todo, había transferido un mínimo de información que no le afectaría. Y creí que Naím sería un hombre comprensivo, que entendería los motivos, así que, con miedo, me envalentoné.

—Naím, yo… —Agaché la cabeza un segundo—. Tengo que cont…

—He descubierto algo hoy, y me ha reventado el higadillo —me interrumpió. Tiró su cigarro e imitó mi gesto.

—¿Ese es el motivo de que casi te diera un cataclismo ahí dentro?

Agradecí que no hiciera un comentario sobre mi penosa vida. También agradecí que no me hubiera dado tiempo a contarle la verdad; me quedaban más segundos para respirar y calmarme. A todo eso, anoté mentalmente que debía hablar con él sobre las grabaciones que había conseguido de la noche en la que habían asesinado a Vega. Las tenía en una memoria en el bolso, y, aunque todavía no las había visto, pensaba hacerlo esa misma noche cuando llegara a casa para dárselas el lunes.

—Ya ni siquiera comprendo el motivo de mi estrés postraumático. No ahora.

—Explícate.

Me contó lo que había supuesto entrar en la planta trece y catorce. Lo que tenía allí escondido, y mis ojos no pudieron abrirse más de la sorpresa. Pese a que el momento no era para tomárselo a broma, sonrió cuando me vio estupefacta, sin saber ni qué decir con respecto a la réplica emocional de Vega. Me impactó muchísimo que el efecto en él fuera mínimo, menos de lo esperado, pero más me impactó que un proyecto de esas características hubiera estado escondido y que nadie se hubiera enterado. ¿Hacer réplicas de las personas fallecidas? Eso… ¡Oh, Dios! ¡Eso sería un proyecto millonario! Después de aquella información, llegó el verdadero batacazo emocional, el que no habría esperado ni de lejos.

—… Y creo que todo esto me ha pasado porque he descubierto que, en realidad, era inferior a ella. Que siempre iba detrás de ella, ¿me entiendes? —Claro que lo entendía, pero no iba a decirle que su mujer muerta me caía muy mal. Asentí—. Yo creé esto con mis ideas —señaló la Torre de Cristal—, pero ella lo convirtió en algo personal, en lo que quiso, hasta que volví a retomarlo yo. Vega brillaba, era la cara bonita, era la historiadora, era el alma de Veritas. La chica de dinero, la mujer elegante. Durante todo ese tiempo a mí me valió, fue suficiente, y yo…

Se detuvo un segundo, ahora perdido en el edificio, aunque sin verlo.

—Y tú eras el chico de la calle, sin recursos, maleante y con cabeza para conseguir lo que te diera la gana. —Recordé la conversación en la Batcueva con amargura.

—Ladrón, Naiara. —Me miró y el corazón se me saltó dos latidos —. Yo era un ladrón que sobrevivía en la calle cuando se escapó del

orfanato. Para ninguna familia fuimos lo suficientemente llamativos, ni siquiera Catriel. La vida nos empujó a eso, hasta que tuve la oportunidad de conseguir unas becas que supe aprovechar, sumado a la disciplina y el talento con las matemáticas y la informática. —Hizo una breve pausa—. Y, aunque Vega nunca me lo dijera, para ella fui el títere que mover, el fantasma que la perseguía sin preguntar. Encima ni siquiera pude darle una familia ni con inseminaciones. Era lo que ella más quería. Y no servía ni para eso.

Me quedé sin palabras, con los ojos muy abiertos y casi sin respiración. Yo me había formado de manera autodidacta, sobreviviendo y perfeccionando mis habilidades como hacker en la vida real. Mi motivación siempre había sido salvar a Nailani, pero eso no podía contárselo así, como una bomba, no sin antes decirle lo que me había llevado a Veritas. Me retorcí las manos con nerviosismo, así que, antes de que lo notara y dispuesta a soltárselo de una jodida vez, me levanté del asiento y me llevé las manos a la frente en un acto desesperado.

Estaba contándome toda su vida y yo era una mentirosa a la que la mentira se le hacía cada vez más bola porque estaba puto enamorada de él. El pecho me ardió al saber que, aunque se hubiera dado cuenta de la manipulación directa de Vega, eso no quitaba que él siguiera queriéndola con la misma intensidad. Me había dicho claramente que no podía tener hijos, que era infértil e, incluso así, seguía juzgándose como si eso fuera culpa suya y no algo genético. Era de traca hasta dónde llegaba la inseguridad cuando otra persona provocaba que lo creyeras. Y ya no hablábamos de nuestras posiciones sociales, de cómo nos había mirado la sala al completo

cuando le había dado la mano, como si yo fuera una rata al lado de un auténtico caimán.

Unas finas gotas comenzaron a caerme en el rostro cuando bajé las manos. Genial, encima ahora se ponía a llover. Era un momento de drama perfecto para ello.

—Naiara, ¿estás bien? —Lo escuché levantarse y temblé.

Me mojé los labios, notando que las gotillas se convertían en gotones.

—Nos hemos dado mucha información para digerir —me inventé —. Será mejor que entres. Te estará buscando la gente.

No pensaba girarme ni de coña, pero ya se encargó él de hacerlo. Solo me miró a los ojos, sin soltar mi agarre en el brazo izquierdo, con cariño, con cuidado de no lastimarme. Se lo pensó muy bien antes de decir:

—¿Te ha dado miedo que sea un ladrón? —Solté un «Jum» acompañado de una ceja enarcada. Sonrió—. Ya decía yo. ¿Te ha asustado que te confíe un secreto por el cual tendría que matarte?

—¿Te refieres a lo que escondes en las plantas de arriba? —Moví el dedo de manera ascendente, sin mencionarlas. Asintió y yo negué con la cabeza.

—Entonces ¿qué pasa?

Me atreví a mirarlo a los ojos, los cuales seguían fijos en cada uno de mis movimientos. No quise preguntarle qué era lo que sentía con su descubrimiento con respecto a ser la sombra de Vega. Intuía que nada bueno, y eso había que pasarlo en soledad. Lo sabía por experiencia, cuando tuve que desengancharme de mis padres. Le coloqué las manos en los antebrazos duros como una piedra, viendo

lo guapo que estaba con aquella camisa blanca y la corbata de color oro, como mi vestido.

—Estás acercándote al verdadero Naím, y eso es bueno. Vas a conseguir lo que quieras, incluso salir de esas mierdas que te dan. Date tiempo para digerir todo esto, lo nuevo y lo viejo. —Apreté con mimo sus brazos. Las gotas parecieron más insistentes—. Pero no te rindas, por favor. Me gusta mucho cuando te ríes.

El silencio se extendió más de lo que habría imaginado. Que no me respondiera con el mismo tema ya era un indicativo de que acababa de aparcar la conversación, aunque no fuera tonto y supiera que algo rondaba mi cabeza.

—Todavía no te he dicho que estás preciosa con ese vestido.

Con la mano libre sujetó de manera posesiva mi cintura.

—Gracias. Me lo ha regalado alguien especial. —Coloqué una de las mías en su pecho.

La cercanía con él me ponía frenética, me alteraba la sangre y me volvía gilipollas. El tema de mis verdades pasó a un segundo plano. Lo pospuse en mi caja de almacenamiento de la cabeza para más tarde.

—Ah, ¿sí? ¿No será un delincuente?

Puse cara de interesante, siguiéndole el juego. Me acerqué a él, como si quisiera contarle un secreto. Con los tacones todavía no le llegaba a la altura, pero sí me acercaba más a sus labios que me volvían loca sin haberlos probado. Me quedé muy cerca de su oreja, poniéndome de puntillas, y le susurré:

—Es un ladrón disfrazado de empresario, pero a mí me pone muy cachonda y está muy bueno. —Soltó unas carcajadas que me erizaron la piel. Nos estábamos mojando—. Vete.

Después de esa orden, bajé una mano, le pellizqué el culo y él me empujó para que sintiera el bulto entre sus piernas.

—No quiero —musitó sobrevolando mis labios.

—Tienes que irte. La gente hablará. Estamos muy cerca.

—Que hablen. Total, ya has salido en los periódicos.

—Eres malo —susurré rozando su boca.

Cerré los ojos con un anhelo desgarrador, y la lluvia lloró como lo habría hecho yo cuando lo escuché taxativo:

—Naiara, voy a besarte.

Lo miré de golpe, como si hubiera perdido el juicio. No me dio tiempo a ver más que el reflejo de la determinación. Su boca impactó sobre la mía con tanta ferocidad que creí morir. Noté una de sus manos en mi nuca, presionando, mientras que la otra sostenía mi cintura firmemente para no caerme redonda. Lo habría hecho, sin lugar a duda.

La suavidad de sus labios me embriagó, su lengua ansiosa buscando la mía, la necesidad de conocernos a fondo, de marcar un antes y un después, de acabar con el último límite que había impuesto entre los dos. La tensión, el placer, el movimiento de nuestras bocas, cómo nos desgarrábamos con el beso.

Mis manos sobre sus mejillas.

La presión de la suya, que ya afianzaba mi pelo hasta convertirlo en un puño.

El escozor, los mordiscos desesperados. Nuestros dientes chocando.

—Naím. —Me obligué a separarlo, por su bien y por el mío.

—Vámonos —sentenció.

No dio lugar a réplica. Sostuvo una de mis manos con fuerza, tiró de mí y comenzó a dar largas zancadas hacia el edificio. Tiré de él para que se detuviera un segundo. ¡No podía entrar así!

—¡Naím, espera! —Se giró, desatado. Sonreí y me acerqué a él para borrarle el resto del pintalabios de la boca—. ¿Quieres poner el titular tú en el periódico?

Me cogió de la cintura con posesividad.

—¿Quieres salir tú en los periódicos otra vez?

—¡Para! —Le di un manotazo para que me soltara con una risa histérica, contando que nos quedaban pocos metros para la entrada.

—Vale, un beso más. —Se acercó a mi boca y sonreí, pausándome en sus labios, deleitándome con ellos, esa vez, mirándolo a los ojos —. Acabo —beso lento— de encontrar —beso— mi nuevo —beso con mordisco— pasatiempo favorito.

Sonreí, subida en una nube de la que no deseaba bajarme, con las bragas mojadas y las piernas temblorosas. ¿Podía ser el primer hombre en mi vida que me había besado de esa forma tan espectacular? Sí, de hecho, lo era. Le di un pellizco en el abdomen, al ver que no tenía intención alguna de separarse.

—Entra. Estás haciéndote de rogar.

—Es que estoy mejor aquí contigo.

—Pero nos estamos mojando —le recordé, sin poder borrar la sonrisa de la cara. Él también la tenía permanente.

Se acercó a mi oído y murmuró:

—Tienes tres minutos para recoger tus cosas y despedirte. Te espero en nuestro ascensor.

Lo miré de reojo, con la piel erizada por lo que parecía significar aquel tono ronco. Y lo que Naím ya sabía era que yo estaba

dispuesta a todo. Lo identificó en mis labios entreabiertos, en mi respiración acelerada, en mis ojos nublados por el deseo. El roce de sus labios precedió a un beso robado que ocasionó un brinco en mi corazón. Se separó y, sin dejar de mirarme, se metió en el edificio.

Me quedé allí, sin poder moverme y viendo cómo se desplazaba con la soltura innata de un líder. Con la galantería que Naím Montero poseía en todo su auge, sumada a un aura de felicidad que me alegró. Gran parte de esa alegría era debida a mí, a contarme sus cosas, a perder el control conmigo, a dejarse llevar.

Y yo estaba dispuesta a todo con él. A todo lo que quisiera darme.

Pero eso cambió cuando una presencia incómoda me erizó la nuca. Me giré hacia la izquierda y me asusté al darme cuenta de quién era, y no fui capaz de disimularlo. Su pérfida sonrisa se dibujó en el rostro operado mientras contemplaba a la misma persona que yo, a Naím.

El corazón me retumbó en los oídos con la amenaza de peligro encendida, y, aunque quise disimularlo, no fue suficiente para que aquella mujer no supiera qué era lo que pensaba o, mejor dicho, a quién buscaba por los alrededores. El simple hecho de pensar que el Lince podría estar cerca me aterraba. Las marcas cubiertas por el maquillaje daban cuenta de ello.

—Veo que te ha costado poco hacer tu trabajo.

Su tono… Lo había visto todo. Mi corazón continuaba frenético. Sellé mis labios sin intención de contestarle y notando las gotas de lluvia mojarme el pelo con más fuerza. Valeria se refugió cerca de la entrada, a solo un paso de mí. Lo justo para tapar su cabeza. Siguió sin mirarme, y yo me permití repasar aquella figura esquelética,

cubierta de pieles de animales, insensible, rígida y petulante. Qué repulsión me causaba esa mujer.

Y no me esperé el último golpe de sus palabras, como si su simple presencia hubiera bastado para hacerme más pequeña, para marcar la diferencia que había entre las dos. Para demostrarme quién ganaría siempre, pese a que ya lo había adivinado después del incidente con el Lince.

—Nos vemos, Naiara Ramos.

Eso casi me provoca que aquel latido, el que había vibrado tan fuerte que apenas me permitía oír el ruido de la calle, se detuviera.

No me había llamado Andrea París.

Me había llamado por mi nombre.

Oculté el asombro con la mirada al frente, sin titubear y sin girarme hacia ella. Y vi cómo su sonrisa se ensanchaba más mientras se encaminaba hacia el interior del edificio.

Busqué con los ojos desesperada a Naím, sin poder moverme y con la sensación de que la tierra se abría bajo mis pies. Él se despedía con una gran sonrisa en su boca de un matrimonio invitado, sin reparar en que Valeria llegaba casi a su altura y, justo antes de que ella llamara su atención, la muy capulla se giró y me contempló con maldad. Hasta que pasó desapercibida por su lado, sin decirle nada.

Me había amenazado, y había llegado el momento de contarle la verdad a Naím, aunque se cabreara, me denunciara o me echara a patadas de su vida. Y esa determinación se fue con la misma fuerza que llegó cuando mis ojos se toparon con los suyos en el camino.

Me observaba confuso pero anhelante.

Inquieto pero feliz.

Solté el aire a plomo y sonreí para que no lo notara, al ver que portaba en su mano mi pequeño bolso y un chal que había dejado perdido a saber dónde. ¿En qué momento lo había cogido?, ¿y cómo había sido tan rápido? No iba a cuestionárselo tampoco. Agarré el bajo de mi vestido y me adentré en el interior de la Torre de Cristal, con la vista clavada en el hombre por el que bebía los vientos y al que no pensaba joderle la noche.

«Hoy no», me dije, siendo egoísta de nuevo y permitiendo que mi miedo ganara la batalla otra vez. Adelanté los pasos con urgencia por seguirlo. Avanzaba entre la gente sin ningún tipo de problema, mientras que yo trataba de apartarlos para no perderlo de vista, para no dejar de contemplar aquella figura del demonio, bien vestida y perfecta que me llevaba a la locura. A los suspiros robados, a no dormir por las noches pensando en sus manos, en sus caricias. En él.

De reojo aprecié la figura de mármol de Vega. Era blanca, e inevitablemente no pude evitar el pensamiento intrusivo de lo mal que me caía, aunque estuviera muerta. En la cabeza de Naím seguía viva, en su corazón también. Suspiré, encontrándome la mirada afilada de Valeria tras la figura que habían inaugurado los de su equipo al terminar los discursos. Se llevaba una copa de champán a los labios, sin quitarme los ojos maliciosos de encima. Y aquella mirada solo me auguró unos problemas que no me paré a meditar.

Continué mi marcha hasta que llegué a nuestro ascensor lateral, por el que solíamos subir todos los días y sin encontrar a Axel en el camino para despedirme de él. Lo atisbé a lo lejos, riendo con un grupo de su misma planta, en toda su salsa, siendo él en su esencia.

Esos pasos que detuve para contemplar a mi amigo fueron suficientes para notar la mirada de Naím clavada en mí.

Y parecía estar en medio de dos aguas; no obstante, la verdad era bien distinta a la que el hombre que me observaba con fuego en los ojos se pensaba. Mi corazón solo latía por una persona, y era por el tipo atormentado que apretaba el botón del ascensor. Llegué a su altura, sin dejar de mirarlo. Había convertido su sonrisa en una línea fina y tampoco apartó sus ojos de mí.

Me introduje en el cubículo, sintiéndolo a mi espalda. Lo siguiente que noté fue su respiración en mi oído derecho y su mano en la cadera contraria. Clavó los dedos con ferocidad y contuve una sonrisa.

—¿Seguro que quieres estar aquí?

—¿Dónde iba a estar peor? —Lo miré de soslayo con media sonrisa por la ironía.

—Con tu amigucho.

—¿Celoso?

—Bastante.

—¿Y a qué se debe eso, Eminencia? —lo piqué.

Otro apretón de su mano en mi cadera provocó que jadeara bajito. Oí las puertas del ascensor cerrarse y las piernas me cimbrearon al saber qué sería lo que acontecería segundos después. Escuché que mis pertenencias, las cuales llevaba en la mano libre, caían al suelo. No vi venir el momento en el que me sujetó del recogido, tiró de él hacia atrás y me atravesó como si quisiera leerme el alma. Sus labios se acercaron de manera peligrosa y gemí de gozo.

—Eres mía, Naiara. Mía.

Su timbre posesivo me calentó, lejos de asustarme. Tomé el impulso de lanzarme a su boca y devorar aquellos labios irresistibles, embriagada por el olor a su perfume caro, enigmático, dominante. Giré mi cuerpo para atacar.

Me lancé a sus labios sin preguntar y sin esperas. Rodeé su cuello y fusioné mis manos en el amasijo de pelo, restregándome con impudicia contra su cuerpo, queriendo fusionarme, deseando desnudarlo allí mismo. Tiré con fuerza de sus mechones hacia atrás y lo contemplé con los ojos brillantes.

—Y tú eres mío, Naím Montero. Que no se te olvide.

Soné amenazante, y su sonrisa perversa me indicó que eso le había gustado. Empujó mi cuerpo con vehemencia hacia atrás, dejándome entre la pared del ascensor y su potente cuerpo. Una de sus manos delineó mi mejilla hasta llegar a mi labio inferior.

—¿Dónde iba a estar peor? —Usó mis palabras y sonreí delineando con mi dedo su pecho.

Mordí su dedo, con saña, notándome tan mojada que volví a restregarme contra él, buscándolo. No se hizo de rogar. Se perdió en mi boca, buscó mi lengua y batallamos a punto de provocar un incendio mientras yo tiraba de su chaqueta y comenzaba a quitarle la corbata, a desabrocharle los botones, a pellizcarlo con ansia, a desesperarme por poseerlo. Él subía mi vestido hacia arriba, colaba sus manos y masajeaba mis piernas ascendiendo por mi carne, apretándola con pasión, clavándome su entrepierna a cada momento para que lo sintiera, para que supiera qué era lo que se avecinaba.

—Naím… —Jadeé cuando sus dedos apartaron mi tanga. Mis manos se apretaron en puños en su camisa.

—No voy a esperar a que me digas que te folle, Naiara. —Sus ojos oscuros me atravesaron y salivé.

—Así me gusta, que vayas tomando las riendas —lo vacilé, y sentí un pellizco en mi clítoris.

Eché la cabeza hacia atrás y reí.

—Lamento decirte que solo tengo un condón en la cartera.

Tragué saliva antes de atreverme a soltarle lo que había acudido a mi mente de manera instantánea y sin pensar, pero lo hice:

—Creo que eso no es una preocupación.

Con Naím a veces sobraban las palabras. Él me había contado hacía relativamente minutos que no podía tener hijos, y yo recordaba que para trabajar en Veritas, junto al currículo, te pedían hasta una analítica.

—¿Confías en mí, sin más? —cuestionó, introduciendo ahora los dedos en mi interior. Bordeó mis labios con delirio y agonicé.

Moví la cadera, clavándome más, provocándolo más.

—Confío en ti, Naím. —Me obligué a tragar las emociones que se quedaron atascadas en mi garganta por el tono de mi voz, y solté un comentario para rebajar la tensión—: Si tuvieras alguna cosilla, los periodistas ya lo habrían hecho viral. —Sonrió y besó mis labios de manera pausada, sin dejar de mirarme con una devoción difícil de explicar.

¿Por qué me observaba así? El corazón me galopó a una velocidad vertiginosa. Quise esconder lo que mi rostro estaría diciéndole y lo que, con seguridad, él estaría adivinando: que comenzaba a sentir por él algo más fuerte que una simple atracción sexual. Y lo hice como bien sabía, volviéndolo loco y encontrando el punto exacto en el que llamaría toda su atención.

Mordí su cuello, apoyé una mano en su miembro por encima de la tela y lo masajeé, escuchando con claridad el gruñido ancestral que emergió de su garganta. Ascendí con mis dientes hasta su mentón, lo lamí con lascivia y delineé el perfil de su boca. Cómo había deseado sus labios y qué sensación más bonita era poder besarlos. Que fueran míos.

—Naiara… —Apretó los dientes cuando presioné su polla, esa vez con más garra.

—¿Estoy adelantando que se te vaya la cabeza? —me jacté, y seguí el recorrido de su mentón hacia el lóbulo de su oreja contraria.

—¿Quieres que se salve tu regalo?

Me detuve para mirarlo, con los ojos brillantes y la emoción palpitante por haber pensado siquiera en ese detalle. Las sensaciones se entremezclaron cuando su dedo presionó mi clítoris, sumado a las acometidas en el interior de mi sexo.

—Sí —musité emocionada.

Besó mi nariz, sacó la mano que me maltrataba de placer, y, cuando casi recaía sobre mi boca, el sonido que indicaba que las puertas del ascensor se abrían retumbó en el cubículo. Lo miré con el corazón en la garganta y se separó veloz, al mismo tiempo que yo ponía distancia e intentaba recomponer algo que era inexplicable y que… ¿Cuántos minutos habían pasado desde el arrebato? Y ¿habían pasado minutos, que era lo más preocupante?

—Cuervo del Conse… —Las palabras murieron en la boca de Catriel cuando nos miró. Lo hizo de hito en hito tras un silencio—. Te estaba buscando.

Naím no se había girado, y se pasaba la mano que no había estado en mi coño por el mentón. Estaba lleno de pintalabios en la

boca, en el cuello, en la barbilla… Me aguanté la risa, porque no había arreglo que lo arreglara. La corbata la tenía desecha, la camisa medio abierta y arrugada, la chaqueta estaba en el suelo. Pues eso, para no girarse.

Y yo… Yo me vi en el reflejo del ascensor. Era un cuadro. Moño deshecho, mejillas rojas a punto de estallar, vestido arrugado por ciertas partes, cuello con rojeces también, labios hinchados… Y esto último no lo había visto, me lo notaba yo.

—¡Nai! —Ese tono provocó que Naím se girara sin pena ni gloria y fulminara a un Axel eufórico que detenía su carrera al llegar al lado de Catriel—. ¡Coño! Que pensaba que te largabas sin despedirte. —Arrugó el entrecejo al verme, pero no dijo nada—. Nos vamos unos cuantos a tomarnos unas cervezas ahora, ¿te vienes?

El rubio no daba crédito, de hecho, lo vi arrugar la nariz, llevarse un dedo a esta y mirar a su amigo, dándole a entender que casi nos pilla en el ajo. No iba mal encaminado. Axel permanecía unos pasos por delante de Catriel, y, cuando me dispuse a contestarle, una voz más profunda se me adelantó:

—No.

Mi amigo mostró confusión por el tono determinante de Naím. Miré al contestón para reprenderlo.

—Eh… ¿No puedes? ¿O…? —Fui a contestarle por segunda vez, pero Naím volvió a interrumpirme:

—Ya tiene planes. ¿Te digo otra vez que no?

La pregunta fue más dura que todo lo anterior, y me adelanté un paso. Tomé a Axel de las manos, y tanto Naím como Catriel observaron el gesto de inmediato. No me molesté en aquello.

—Axel, nos vemos el lunes, ¿vale? Es que ya tengo planes y, aunque me apetezca un montón, ahora no puedo. Otro día, ¿te parece?

—Otro día… —rugió Naím, y Catriel carraspeó, Axel lo miró mal por encima de mi hombro y yo lo aniquilé de un vistazo.

Mi amigo hundió los hombros y asintió.

—Vale —dijo a regañadientes—. Pero ten cuidado con lo que vayas a hacer hoy. Que no me fío de tus nuevas compañías.

Un paso. Solo fue un paso el que oí por detrás. Solté a Axel y extendí la mano para sujetar a Naím, que ya había llegado a mi izquierda con intenciones de adelantarme y no sabía qué más. No quería tampoco descubrirlo.

—¿Algún problema?

Axel sonrió canalla, me guiñó un ojo con complicidad y añadió antes de marcharse:

—No hablaba con usted, *jefe*. Mi rubia levanta muchas pasiones.

Y lo miró fijamente, chuleándolo. Axel no lo sabía, pero estaba ganándose una hostia bien grande. Lo supe porque tuve que sostener del antebrazo a Naím, por segunda vez. Miré a mi amigo, rogándole que se marchara de allí y obedeció. Fue entonces cuando nos giramos hacia Catriel. Este sonreía gañán. Levantó las manos en son de paz y dictaminó:

—Yo me encargo de la celebración.

24

En las nubes



NAÍM

Una mirada bastó para que Catriel y yo nos comprendiéramos cuando las puertas del ascensor se cerraron y nos recolocamos con nuestras pertenencias. Y ahí supe que había llegado el momento de ser quien había ocultado durante un año.

Escuché cómo me retumbaban los latidos del corazón en el pecho, cómo se desbocaban con ganas de lanzarme hacia la mujer que, con la respiración agitada, observaba el color plateado de las puertas. Entonces la vi a través del reflejo.

Y me pareció la imagen más bella que había visto en mi vida.

Más impresionante y magnética que la de Vega.

Por primera vez, no dejé que mi mente me flagelara por lo que acababa de pensar. Giré el rostro, sediento de ella, imaginándome la escena como si de una película se tratase. Yo, con los ojos clavados en la mujer que deseaba y hecho un desastre; ella, sin ser capaz de

desviar la vista para mirarme —de momento—, porque sabía que yo lo hacía de manera intensa.

El ascensor descendió al garaje.

Y su rostro se giró en mi dirección, para mi poca sorpresa.

—O te arreglas esa camisa, o te la quitas —soltó con un golpe de cabeza, señalando la tela abierta.

Mi mirada se volvió más letal.

Un paso. Largo, conciso, directo a acortar la distancia que nos separaba.

—O me dices cómo se quita ese vestido, o te lo arranco —le dije con naturalidad.

No movió las manos, las cuales tenía cruzadas por delante del vientre, sujetas al bolso y al chal, aunque sí desvió la mirada unos segundos cuando una enorme carcajada emergió de su garganta.

Tuve que sonreír de manera inevitable.

Otro paso. Y ya solo me quedaba uno, pero es que yo me había quedado prendado de sus labios, de las expresiones de su cara al reír de esa manera, de su boca, de ella.

—Tiene cremallera —resolvió con los rescoldos de la risa—. Es sujetar y bajar.

Di el último paso, el ascensor llegó a la planta baja y me quedé observándola sin pestañear. Hubo algo que cambió en su mirada, o tal vez cambió en la mía, no lo supe, no obstante, de lo que sí fui consciente fue del pellizco que sentí en el estómago cuando separé los labios para decirle algo que llevaba clavado desde el primer día que la vi reír de aquella manera.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes la risa más bonita del mundo, Naiara?

La vi tragar saliva, también cómo sus ojos se iluminaron, pese a mantenerse a raya. No, no se lo habían dicho nunca, y me lo demostró el comentario que siguió a mi pregunta:

—¿Cuántas gotas de esas que te bebes te has tomado hoy? ¿Llevan drogas que deba saber?

Reí ronco, me acerqué la última zancada que me quedaba y aprecié cómo su piel se erizaba cuando soltó sus manos para dejarlas caer en mi pecho, con el bolso de mano y el chal incluidos en ellas. Ataqué su boca sin piedad, con el anhelo de quien lleva esperando una caricia milenios.

Naiara me respondió como una buena contrincante, aplastando sus labios contra los míos de manera desenfrenada mientras dábamos pasos torpes, nos pisábamos y nos tropezábamos intentando llegar al coche entre sobresaltos y risas nerviosas.

Y lo mejor de todo era que yo sentía algo, algo dentro del pecho. Me brincaba como nunca, me despertaba sensaciones muertas y no vividas, me hacía respirar sin miedo, sin una cuenta regresiva que me asfixiaba la garganta, con la energía que me había faltado durante toda la vida. Con la que no sabía que ni siquiera tenía.

Las manos de Naiara volaban por mi cuerpo, las colaba por mi camisa semiabierta —olvidándose de la chaqueta que me había vuelto a colocar—, pellizcaba mi piel y se afanaba en sentir cada centímetro, sin excepciones. Fui arrinconándola sin miramientos, hasta que se quedó entre la puerta del Aston y yo. Me separé de su boca, dándome cuenta de que no me gustaba la sensación de vacío que se apoderaba de mí al no estar con ella.

—¿En tu casa o en la mía? —Casi ladré.

Sonrió traviesa, me empujó con la cadera para que me separase y se giró. La contemplé confundido cuando se apartó el recogido a un lado y añadió:

—En su coche supersónico, señor Montero.

Ahora sentí el corazón en la garganta y la polla a punto de reventarme los pantalones. Era una invitación en toda regla, y no pensaba desaprovecharla por nada del mundo. Alcé la mano, agarré la cremallera con convicción y tiré de ella hacia abajo, ocasionando que el vestido elegante cayese a sus pies.

Como lo estaba yo.

Rendido, hambriento y… seguramente enamorado.

¿Me había colado hasta el fondo? Sí, debía admitirlo ya, no darle más vueltas. No me gustaba, me encantaba, me apasionaba. Y creí que me había apasionado desde que la vi en la sala de juntas del edificio. ¿Cómo no? ¿Quién en su sano juicio no lo haría con una mujer como ella?

Llevé mi boca a su hombro, lo besé, lo lamí, lo mordí, apreciando un conjunto sencillo de encaje rosa palo que deseé arrancarle con los dientes. La escuché jadear, con las manos apoyadas en el techo del coche, cuando las mías cubrieron parte de su trasero y lo masajearon, indicándole que estaban muy cerca de su preciado sexo.

—¿Quieres darme puerta después del coche, valkiria? —murmuré ronco en su oído y tiré del lóbulo de su oreja.

Giró el rostro y se quedó a un palmo de mi cara.

—No se me ocurriría, Eminencia. No ahora que no tengo normas y puedo lamerte de los pies a la cabeza.

Apreté la mandíbula con ganas y la imaginación en todo su apogeo, me agaché a por el vestido y recogí el bolso y el chal, los cuales habían terminado en el suelo por el arrebato. No me demoré en llegar al maletero, meterlo todo de aquella manera y cerrar.

Nuestras miradas se cruzaron ansiosas en la distancia, se desafiaron y fueron las propulsoras para que acabáramos en la parte trasera del coche, devorándonos como dos posesos y quitándonos la ropa a manotazos como si no hubiera un mañana.

Arrastré aquel tanga con ganas de partirlo, suspendido entre su cuerpo y la mano que me sostenía para no partirme la crisma. Mi boca no dejó de atacarla como si a cada instante la echase de menos, como si besarla a cada segundo no fuera suficiente, y creí que me corría como un chiquillo cuando su mano llegó a la cremallera de mi pantalón y la bajó.

No estaba duro como una piedra, se me partía.

—De sobeteo vamos bien, ¿no? —inquirió con humor y gruñí. Sonrió y apretó las piernas con garra a mi cintura, empujándome. Me quedé a un centímetro de distancia de su boca—. Naím…

Solté un jadeo cuando agarró mi falo y lo estrujó con maldad. La atravesé con mi mirada, apreté los dientes y me percaté de una cosa.

—O me salgo, o me sueltas, o el tanga es un impedimento.

Rio.

—Eres un gruñón. —Sus tacones se clavaron en mi espalda y me acercó ese centímetro que nos separaba.

—Naiara… —rugí.

—Y poco resolutivo para ser un ladrón, he de decir. —Sobrevoló mis labios.

Me dejé llevar y mordí su boca, ocasionando un pequeño gritito que murió en su garganta mientras al mismo tiempo una de mis manos se iba a la tela y se la arrancaba de un tirón seco, como un bestia.

—¿Mejor así? —Vacilé.

—Eres un chulo —se restregó con lascivia—, pero todavía no te siento dentro.

Ni siquiera lo medité. Empujé de una sola embestida y me introduje en ella con una rudeza apabullante, sintiéndola.

Piel con piel.

Sin barreras.

Y nos miramos, como si hubiéramos sido conscientes de ese detalle a la vez. Como si hubiese significado lo mismo para ambos.

Sus manos apretaron con ahínco el cuello de mi camisa cuando su espalda se arqueó, y el baile de nuestros cuerpos comenzó, tan apasionado, tan eufórico, tan desinhibido, que me asustó. ¿Cómo era posible seguir deseándola con más y más intensidad a cada segundo?

Dentro, fuera, dentro, fuera. Sus manos tirando de mi pelo, mi saliva deslizándose por sus tetas, su boca en mi cuello, mordiendo, lamiendo, besando cada parte, cada rincón que podía en aquel reducido espacio mientras nos dejábamos llevar por una ola de placer que empañaba los cristales del coche.

—Naím… —clamó, tras un primer orgasmo—, ¡oh, joder!

La mandíbula me dolió tanto de apretarla que casi se me saltaron los dientes por la presión. Deseaba correrme, pero no quería que terminara solo diez minutos después de haber entrado allí. Aquello debía ser eterno. Aquello debía durar mucho más de lo que las

ganas iban a permitirme. Me vibraba la piel, cada caricia que deslizaba era una vorágine de sentimientos distinta, un fuego que me quemaba, y yo deseaba morderla, apretarla como un animal, sin contenerme, sin…

—Hazlo.

La miré de golpe, sin dejar de moverme sobre ella, sin parar de darle placer. De dárnoslo. Le mostré mi confusión y sonrió, me empujó y se montó encima de mí para colocarse a horcajadas. Aquellos segundos en los que abandoné su cuerpo me parecieron eternos, y la parte más posesiva que dormitaba en mí fue la que la sostuvo de las caderas con vehemencia.

—¿Qué…? —Quise preguntarle, pero Naiara pareció tener un radar especial en la mente.

Me sujetó las mejillas con ambas manos, subió su cuerpo y se introdujo mi polla hasta el final. Gimió y sus labios se entreabrieron en una mueca hermosa, provocándome un escalofrío que me desarmó. Deslizó las manos por mi pecho, agarró mis pezones y los pellizcó a la vez mientras contoneaba sus caderas con unos movimientos sensuales y lentos que me llevaron al delirio. Jadeé agónico, al borde del infarto y con la contención por los suelos, hasta que sus manos sujetaron mis caderas y apretaron.

Apretaron con una fiereza desafiante.

Con valentía.

Y tiraron de ellas hacia abajo, buscando sus nalgas.

—Vuélvete loco, Naím. Fóllame como no te has follado a nadie.

Mis ojos brillaron; sus labios mostraron una sonrisa perversa que me hizo perder la poca cordura que me quedaba, pese a haber dudado en un primer momento. Y los perdí. Todos los papeles que

me quedaban. Me comporté como un animal, como el que siempre había vivido conmigo.

Mordí, lamí, besé y apreté hasta que me dolieron los dedos de la fuerza que ejercí en su carne. La moví a mi antojo mientras se corría sin descanso sobre mí, mientras convulsionaba extasiada de placer. Me dejé llevar por la corriente que me atravesó el pecho, descargando dentro de ella como un salvaje, afianzando su pelo y su nuca con tanta fuerza que temí lastimarla durante un solo segundo, justo en el que Naiara percibió que aflojaba.

Y no tardó en morderme el cuello como si fuera un aviso para que volviera en mí.

—Joder… —Jadeé con el corazón a toda velocidad, y me llevé las manos a la cara un instante.

Me dejé caer en el asiento, con la respiración a mil por hora, nuestros fluidos esparcidos por todo el coche, nuestras piernas, mis pantalones, y no quería mirar más porque le dio la risa nerviosa, y yo me enamoré de esa risa mucho más cuando dejé caer las manos en el asiento. La observé, esperando.

—¿Vas a contarme el chiste?

Todavía no había salido de mí, y, con cada rebote, aquello vibraba y parecía tener ganas de resurgir, aunque necesitara recuperarse.

—¿Has dicho joder? —Entrecerré los ojos—. Naím Montero ¿ha dicho joder? No es posible. Tú no dices palabrotas.

—A veces sí. —Le clavé los dedos en las costillas y rio más fuerte.

Se revolvió con la sonrisa instalada en la boca, las mejillas ardiendo y el recogido…, ya no existía recogido como tal.

—Me gusta el Naím que dice palabrotas. —Se acercó y me besó.

Ese contacto me supo a gloria después de una dura batalla. Dura pero placentera.

—Pero tú no has escuchado nada, o tendré que matarte. —Ronroneé sobre sus labios y le acaricié la espalda.

—Mmm. Entonces lo mismo te sale mejor guardarme en una urna, porque al final… Ni la guillotina me salva, con tanta cosa que sé.

Reí ronco y me siguió. Sin embargo, no pude esperar a que esa risa terminara, pues la interrumpí para volver a sentir su boca sobre la mía, como si fuera un adicto. El último contacto lo alargó más de lo normal, me miró a los ojos y lo hice como si supiera que necesitábamos mirarnos, vernos con intensidad.

—¿Este beso no será para embaucarme y que te pague la limpieza, Eminencia? —inquirió con gracia y la pellizqué con una risa tonta.

—¿No te he embaucado ya lo suficiente, NeónNai? —Se revolvió y me detuve cuando llegué a su oreja, donde guardé un mechón de pelo. Un silencio se hizo eco entre los dos—. Te vienes a mi casa. Por eso de la urna.

—Son horas extras. —Me clavó una uña en el pecho.

Le sujeté la muñeca, me llevé el dedo a la boca y lo mordí.

—O doscientos euros de limpieza. —Señalé el asiento.

—¿Tienes tarifa plana o qué?

Reí por la broma y tiré de ella para atraerla hasta mi cuello, donde se recostó. Apoyé el mentón sobre su coronilla y cerré los ojos unos instantes, sintiendo que el corazón me galopaba más rápido de lo que habría esperado. Había necesitado que dejara de mirarme para respirar, para no sentir que me ahogaba.

Para no evidenciar la realidad de que otra persona ocupaba el lugar que Vega había dejado.

De una Vega que comenzaba a no sentir como mi Vega.

Suspiré despacio, sintiendo las breves caricias de Naiara en mi abdomen, sintiendo su silencio, tal vez, pensando en algo muy parecido a lo mío. No lo sabía y tampoco me planteé por qué ese pensamiento me había llegado a la cabeza. ¿Cómo le preguntaba si ella sentía lo mismo que yo?, ¿y si me decía que no?, ¿y si para ella era un simple revolcón temporal?

Dos toquecitos en mi piel ocasionaron que la buscara, y cuando nuestros ojos se encontraron… me faltó el aliento.

—¿Me dices cómo pretendes que nos vayamos así?

Aguanté el amago de una sonrisa, moví los hombros con desinterés y lo solucioné.

—Tú te pones mi chaqueta. Así —meneé una mano en el aire—, sin tanga estás mucho mejor. —Rio—. Y yo me subo los pantalones del traje y a volar. Otra cosa no podemos hacer.

—Suena a guarrería. —Arrugó la nariz.

—Vamos a tener que bajar las ventanillas.

—Mucho —matizó.

—Muchísimo.

Tras eso llegó otro ataque de risa que me llenó un hueco del alma. Una parte de mí que había olvidado hacía demasiado tiempo: la de reír sin miedo, la de dejarme contagiar sin miedo. Conseguí encontrar un paquete de pañuelos escondido en la guantera, un poco tarde y cuando ya habíamos armado una buena para salir de la parte trasera y colocarnos delante con más escándalo que el pretendido. Ese revuelo se produjo debido a que, en la parte que

separaba el garaje de Catriel y mío, algunos trabajadores aparecieron a por sus coches y nos vieron. No era muy difícil adivinar que detrás del metal de agujeritos estábamos uno de los dos.

Hubo miradas cómplices de camino a la mansión, sonrisas robadas y comentarios que me llenaron y se quedaron en mi mente durante un buen rato, todos ellos productos del deseo que Naiara provocaba en mí, siendo consciente de ello. Y eso nos llevó a dar un paso tras otro cuando llegamos, de manera torpe y atropellada hasta la entrada de la casa, a intentar abrir la puerta a base de manotazos porque no fui capaz de meter la llave en la cerradura mientras Naiara se reía de mí por no lograrlo.

Me quitó las llaves y, al girarse para abrir, comprendí también que acababa de cederle las llaves de mi corazón sin que se diera cuenta.

Estaba jodido, como diría Catriel, ahora más que nunca.

Metí mi nariz en su cuello cuando giró la cerradura y murmuré:

—Creo que nos vendría bien una ducha.

—A mí se me está helando el culo —anunció.

—Se me ocurre alguna manera de calentarlo.

Le di un fuerte palmetazo y gritó con una risa histérica, poniendo un pie en el salón. La seguí, por supuesto, y pulsé los códigos para desactivar la alarma sin mirar, pues solo tenía ojos para una persona y tenía aspecto de valkiria.

Naiara se giró con las manos sosteniendo las solapas de la chaqueta y la sonrisa permanente en la cara mientras caminaba de espaldas, sin quitarme los ojos de encima. Me fijé en su cuerpo, en su figura definida pese a no ir al gimnasio —o por lo menos no era consciente de ello—, en su vientre plano, en el sujetador que

ocultaba las dos montañas perfectas que me volvían loco, en la curvatura de su cuello que tantas veces había lamido ya, y en todas las líneas que definían un rostro perfecto, dulce y travieso.

—¿Me analizas? —inquirió llegando casi a las escaleras del pasillo.

Me metí las manos en los bolsillos con arrogancia.

—Estoy pensando qué parte acompañar con el vino.

Chasqueó la lengua y me llevó a su terreno, como de costumbre.

—¿Estás en modo depredador? —bromeó.

—Tiene toda la pinta de que sí. —Avancé un paso más, sin titubear.

Ella lo retrocedió, subiendo un escalón.

—Lamento decirte que yo soy de cerveza.

Otro escalón, pero ocurrió algo. Hubo un cambio mínimo en mi rostro. Y Naiara lo notó. Fue un pensamiento fugaz, de esos que no piden permiso para entrar pero aparecen de la nada.

Vega era de vino.

Y yo me hice de vino también. Otro detalle más para mi lista. Ya no sabía si había idealizado a Vega y me había anclado a ella o me había llevado a su antojo por donde había querido.

Naiara entrecerró los ojos, y juraría que casi le vi en la punta de la lengua la pregunta sobre qué me pasaba. No le di tiempo a hacerlo. No quería que un momento como el que vivíamos se estropeara por mis recuerdos, por mis interrupciones cerebrales.

—Yo de ti correría —la amenacé, sacándome las manos de los bolsillos—. El depredador está recargado.

Apretó los labios en una risa.

—A ver si te piensas tú, ladronzuelo de tres al cuarto, que vas a darme miedo.

Enarqué ambas cejas y eché a correr detrás de ella cuando soltó un grito por la emoción del momento. Reí notando el corazón acelerado, olvidando lo que había solapado mi mente durante unos instantes y me concentré en quedarme en las nubes.

En esa nube en la que Naiara me tenía constantemente.

25

Una buena negociadora



NAÍM

No sabía cómo me sentía.

No después de lo que había pasado el día anterior.

Apreté el cuero del volante del coche, recordando cómo no había respetado ni el tiempo de llegar al baño, ya que la devoré con desenfreno y casi sin respiración. Me pregunté también cómo había sido capaz de no probar sus labios antes tantas veces.

Nos descontrolamos y los labios me ardieron, las manos me temblaron y la cabeza me amenazó con tener un cataclismo si no me enterraba en ella. No di lugar a que eso ocurriera y estallé como una bestia en el baño.

Yo. Quién iba a decírmelo. Y, aunque no quisiera hacerlo, me era inevitable regresar a las odiosas comparaciones. A la poca mecha que Naiara tenía, al poco miedo que experimentaba ya cada vez que era consciente de que dejaba de recordar a Vega porque solo

pensaba en la rubia a la que había apretado sobre mí como un animal.

Suspiré, entrando con el coche en el aparcamiento donde había quedado con Catriel. También me había jodido levantarme de la cama a las siete de la mañana para vernos. Un mensaje escueto con una ubicación había sido suficiente para dar el salto: «Es por Naiara». Y no sabía si para bien o para mal, pero allí estaba.

Ella no se había enterado.

Ella estaba mezclada con las sábanas de mi cama, de esa en la que había jurado y perjurado que jamás entraría una mujer que no fuera Vega. Naiara no solo había entrado con mi chaqueta como única prenda por los pasillos de la mansión, sino que había recorrido con los tacones, de espaldas y pegada a mi boca, los metros que separaban la entrada hasta llegar al dormitorio en el que se había quedado a dormir. Y había sido yo el impulsor que la había arrastrado hasta mi lugar sagrado, alzando su culo e instándola a que cruzara las piernas alrededor de mi cintura, sin palabras. Sin apartarme de ella. Sin dejar de besarla.

Detuve el coche, rememorando la sensación de enterrarme en ella sin ninguna barrera desde la noche anterior en el garaje de las oficinas. De haber sentido su piel, del contacto, de la cantidad de horas que habíamos estado mezclados, sudando, respirando el uno sobre el otro y… Me llevé una mano a la boca, nervioso. ¿Por qué deseaba hacerla mía con tanta intensidad?

Unos golpes insistentes en la ventanilla provocaron que me girara con mala cara. Era mi amigo. Abrí la puerta, ocultando lo mejor que sabía el batiburrillo de nervios que me atormentaban a las ocho y media de la mañana.

—Uuuh, buenos días, colega. ¿A qué viene esa cara de mala hostia?

Cerré con un portazo.

—A que he dormido una hora. ¿Qué hacemos aquí?

Movió los hombros con desinterés.

—Bueno, tú tampoco es que duermas mucho. ¿Qué más te da? —Abrió los ojos como platos y me señaló con el dedo—. ¡Tenías compañía! ¿La Khaleesi? Nuestro matrimonio se va a la mierda.

—A ver si te piensas que tengo una los martes y otra los jueves —bufé.

—Qué mal rollo traes, macho. —Hizo aspavientos con las manos, como si estuviera apartando algo invisible de mí—. Venga, que Mateo ha conseguido colarte.

—¿Colarme dónde, Catriel? —le pregunté exasperado, ahora siguiéndolo porque comenzó a caminar hacia el hospital.

Se detuvo, me miró con arrogancia y añadió:

—Que te estás ventilando a la chati nueva de la oficina y me parece perfecto, Cuervo del Consejo, pero que no sabemos apenas nada de ella. Y oculta cosas. —Reí con sarcasmo—. Sí, ríete, pero esto —señaló el edificio— no te lo había contado. Y ahora vamos a descubrir por qué.

Recordé, pues, el detalle que también había pasado por alto mientras retomábamos la marcha.

—¿Cuándo pensabas contarme que el Rata y la Flaca son los padres de Naiara? Porque querrás descubrir qué tormentosa mentira esconde —teatralicé—, pero te callas lo que te interesa.

Mi malhumor podía olerse en el ambiente, y lo que en realidad me jodía era no estar con ella para despertarla con mis besos, con mis

manos, con mi lengua… «Naím, ya». Catriel respiró hondo, se reajustó la chaqueta deportiva y añadió:

—Me preocupa nuestra desconexión. Vamos a tener que ir más a terapia —cambió de tercio y me dieron ganas de estrangularlo. Yo seguí en mis trece:

—Si Mateo lo sabe, tú lo sabes. Lo mismo te estás tomando las cervezas con él.

Se detuvo otra vez, casi llegando a la entrada del hospital Niño Jesús.

—¿Estás celosón? —se guaseó—. Consideré que no era apropiado decírtelo en el homenaje de Vega.

—Podías haberlo hecho después —rugí.

—¿Cuándo? —ironizó, dañino—. ¿Cuando casi te pillo follando en el ascensor? ¿Y luego tienes los santos cojones de recriminarme que me voy con Mateo de cervezas?

Entrecerré los ojos, le di un golpe en el hombro con el mío y lo adelanté. Accedí al hospital con una sensación que me pesó en el estómago, aunque me detuve en la entrada porque no sabía dónde tenía que ir. Fui a gruñir otra vez; sin embargo, a lo lejos me encontré a mi psiquiatra con aquella sonrisa de anuncio acercándose a nosotros.

—Buenos días. —Miró a ambos lados, como si estuviéramos haciendo algo ilegal—. La doctora Rodríguez está de baja. Vive a dos calles de aquí. —Otra vez esa mirada a los laterales, después a mí—. Podemos hacerle una visita si lo consideras después. Ahora tienes que subir a la sexta planta, puerta treinta. He hablado con una enfermera que se llama Ana. Catriel y yo vamos a ir a investigar. Tú encárgate de quien haya en esa habitación.

Entrecerré los ojos, sin comprender a qué estaba jugando. Los contemplé a los dos.

—¿No piensas decirme quién hay en esa habitación? —Intenté localizar el panel con las plantas, pero Mateo me devolvió a él.

—Creo que es mejor que lo descubras por ti mismo, Naím. Recuerda respirar.

No supe si aquello me lo dijo porque iba a la puerta treinta o por la persona que podría encontrarme detrás. Observé a Catriel, a quien vi tan fuera de juego como lo estaba yo. Mateo le hizo un movimiento con la cabeza, indicándole que lo siguiera. Mi amigo se acercó a mí, me plantó el beso de la abuela en la cara y me dio un abrazo por el lado.

—Ahora te veo y me cuentas.

Su tono fue preocupado, pero en ningún momento me preguntó si me acompañaba. Detalle que tomaba más relevancia y me ponía alerta con más fuerza. Fue entonces cuando vi el panel de entrada. El mismo que casi me apostaba el cuello que había visto mi amigo.

Planta seis: ONCOLOGÍA INFANTIL.

Los ojos se me quedaron clavados y las extremidades no me respondieron. Tragué saliva, estático, sin saber si era acertado continuar. Si quería descubrir de verdad los motivos que habían llevado a Naiara a ocultar parte de su verdad. Y, como la vida misma, la curiosidad de saber cuán grande sería aquel secreto que no me había dicho me pudo. Caminé hasta el ascensor más cercano, pulsé el botón con un regusto extraño en la barriga y miré a la gente que se subió sin verla. Como si estuviera disociado del entorno.

Se detuvo con un ruido seco y las puertas se abrieron con ese zumbido metálico que se te metía en la cabeza. El pasillo era largo,

demasiado blanco, con dibujos de colores pegados en las paredes: soles, nubes, animales que sonreían sin motivo. Un escalofrío me recorrió la espalda, por razones muy distintas por las que últimamente solía hacerlo. Contemplé un cartel azul a la izquierda: ONCOLOGÍA INFANTIL, PLANTA 6.

Noté cómo el aire me cambió en el pecho. Ese tipo de silencio, el de los hospitales de niños, pesaba distinto. No había el mismo miedo que en los demás, había algo más frágil, más injusto, y juraba que habría esperado encontrarme al marido con cuernos trabajando allí, antes que a un paciente. Todavía no lo sabía, pero si estaba en una habitación… el treinta nunca hubo perdido tanto sentido como en aquel momento. Ni siquiera apareció en mi cabeza esa cuenta regresiva que se había creado con el TOC tras la muerte de Vega.

Avancé despacio, con las manos en los bolsillos, intentando ignorar el pulso que me martilleaba en las sienes. Vi las indicaciones en todos los rincones sobre el aislamiento y avancé con pasos torpes hacia uno de los carros en las esquinas. Miré el material con los ojos desorbitados: patucos, batas, mascarillas, gel hidroalcohólico, gorros. Me lo coloqué todo a zarpazos, sin saber y sin mirar de soslayo si el resto de la planta —de las enfermeras, más bien— se reía de mí.

—Tiene que atarse la bata, señor Montero.

Cerré los ojos un segundo, sin girarme. Genial, me habían reconocido a la primera de cambio. Sujeté la cuerda diminuta y, cuando fui a cruzarla, no me llegó. Encima se partió por la mitad, por lo que la escondí para que no se viera y comencé mi caminata sin mirar a nadie.

Cada puerta tenía un número. Cada paso acrecentaba más el nudo en mi garganta. La asfixia. Y, cuando casi estaba dispuesto a dar media vuelta por no soportar la presión, vi el número treinta. El cuerpo se me tensó.

Treinta.

Y ni una cuenta atrás. Solo un bombeo incesante en el corazón que iba a perforarme los tímpanos. Me quedé quieto frente a ella. No lo busqué, no lo planeé. Simplemente estaba allí, sin saber si tocar, si no hacerlo, si marcharme por donde había llegado.

Toqué dos veces, de manera suave, como si no quisiera romper lo que hubiera dentro. Para mi sorpresa, nadie contestó. Inhalé una buena cantidad de aire por la nariz, abrí y empujé con decisión. No me esperé ni por asomo aquello.

Una niña.

Una niña concentrada en un cubo de Rubik, mordiéndose la lengua por la concentración, con los ojos clavados en el juego y unas prominentes ojeras. Sus cejas eran muy finas, el tono de su piel tan pálido que parecía que iba a desaparecer en cualquier momento y su cabeza estaba coronada por un pañuelo amarillo con unicornios. Me tragué el nudo de emociones, aguanté a raya las lágrimas que acudieron a mis ojos y… Su cabeza se alzó y me miró.

Aquellos ojos eran iguales a unos que conocía muy bien.

Eran idénticos a los de Naiara. Tenían el mismo azul, la misma intensidad. «No puede ser…». Las piernas me fallaron. La primera conclusión a la que llegué fue que la niña que había delante de mí era su hija. Una hija enferma que ocultaba en aquel hospital, que era la referencia nacional en oncología pediátrica. Creí que me desmayaba.

—Pensaba que eras la plasta de la enfermera, pero ya veo que no.

Ese pico de oro también era de Naiara.

Unas náuseas me atravesaron la garganta, amenazantes. No dejaba de mirarme, no apartaba esos ojazos del color del océano de mí, como si quisiera descubrir quién se encontraba debajo del disfraz que me había puesto.

—¿Quién eres tú? —le pregunté a bocajarro.

Enarcó una ceja, como Naiara. Barrí la estancia con una mirada, deseando encontrar algo que me indicara su nombre; fue ahí cuando el impacto apareció con más benevolencia, cuando vi una madera con un nombre: «Nai». ¿Tenía una hija y no me lo había contado? ¿Por qué? Eran tantas las preguntas que se me apelotonaron en la garganta que no logré ponerlas en orden.

Dejó el cubo a un lado, se cruzó de brazos, optando por unos gestos idénticos que me conocía a la perfección, y preguntó:

—Perdona, astronauta, pero el que ha entrado en mi habitación has sido tú. Aquí las preguntas las hago yo, o te piras.

Me dejó fuera de combate, cuestionándome si lo mejor no era darme la vuelta y correr en dirección contraria o esperarme a que Naiara llegase. No sabía ni siquiera si aquello estaba ni medio bien. ¡Claro que no estaba bien!

—Disculpa, yo… —La señalé con una mano, dispuesto a marcharme—. Volveré en otro momento.

Fui a girarme, pero me detuve cuando añadió:

—¿Tú no serás Naím, el de la Torre de Cristal? —Me volví y la miré confundido—. El cáncer no se pega. Puedes quitarte el disfraz.

El nudo se intensificó en mi pecho por la información. Me deshice del gorro mientras le decía:

—¿Qué sabes tú de eso? —Tiré de la bata.

Ella se movió en su asiento, en una mesa baja que había al lado de la cama.

—¿Tú le llevas el bollito a Nai todas las mañanas?

Fruncí el ceño.

—¿Qué tiene que ver eso ahora? —Di un paso para acercarme, quitándome la mascarilla—. ¿Quién eres tú?

Elevó el mentón como lo hacía Naiara, altanera y chula como ella sola. ¿Por qué la había llamado Nai, en vez de mamá?

—Mira, colega, yo no sé si en tu mundo de glamour funcionáis así o no. Pero en el mío, si yo te contesto —entrecerró los ojos para darle más énfasis—, tú me contestas.

Dudé. Me quedé en silencio unos segundos, aunque al final le pregunté:

—¿Cuántos años tienes?

—Diez.

—Interesante —murmuré pasmado.

Menuda lengua tenía con solo diez años. Apuntaba maneras.

—Que si le llevas el bollito a Nai —recalcó cada palabra y sonreí fuera de juego, llegando a la mesa.

Me agaché para estar a su altura.

—Te lo digo si me contestas.

—Tú primero.

—No, tú primero.

—No vale mentir —objetó desafiante.

—Lo mismo te digo.

—El bollito.

—¿Quién eres? —resoplé y resopló.

—Yo tengo menos años que tú, así que empiezan los mayores.

—En los juegos de mesa siempre empiezan los que tienen menos años. Eso es trampa —le dije, y ella me hizo un gesto con los ojos que indicaba que le importaba bien poco. Me instó con la cabeza para que respondiera y suspiré—. Sí. Yo soy quien le deja el desayuno.

—¡Ja! —Dio una palmada eufórica en el aire—. ¡Sabía yo que no era el rubio guaperas ni Axel!

Apreté los dientes al descubrir esa información.

—¿Cómo sabes quién es Axel?, ¿y quién es el rubio guaperas? ¡¿Catriel?! —me interesé entre dientes.

Elevó una mano para que me callara.

—Eso ya son muchas preguntas, y yo tengo un precio, Naím Montero.

Casi me caigo de espaldas. Traté de tranquilizarme, aunque me tuve que poner de pie.

—Todavía no me has dicho quién eres.

—Has empezado a hacer muchas preguntas. La culpa es tuya. —La aniquilé con la mirada. Levantó las manos en son de paz—. ¡De acueeerdooo! Me llamo Nailani, pero puedes llamarme Nai.

«Nailani, por eso tiene puesto Nai. Claro». No supe si reír o llorar. No todavía.

—¿Quién eres tú para Naiara? —Seguir ocultando que tenían relación era una idiotez, cuando ella había preguntado en referencia a ello.

—Eso va a costarte un desayuno en la cafetería del hospital.

—Hecho. —No vacilé.

—Te advierto que como mucho.

—Me da igual.

—Va a salirte muy caro —continuó con pillería.

Apoyé las manos en la mesa baja, acercándome.

—Te apuesto lo que quieras a que no comes más que yo.

Se pasó una mano por la barbilla de manera interesante y añadió:

—Ponme en la silla de ruedas, y vamos a comprobarlo.

Sonreí perverso, habiendo entendido que el humor de Naiara era muy parecido al de la niña que estaba delante de mí. Lo había percibido por el tacto inexistente que había tenido al hablar de la enfermedad, al hacerla suya de verdad.

—Vas a decirme quién eres para Naiara si quieres que eso pase, o no llegaremos a la cafetería.

Me miró. Muchísimo y en silencio. Al final ensanchó sus labios, mostrándome una sonrisa de dientes pequeños y bonitos. Era tan hermosa como Naiara.

—Un buen contrincante, ya era hora —murmuró y se fijó en mí—. Naiara es mi hermana mayor. ¿Vamos?

Y ella una buena negociadora.

Eso fue lo que me faltó para poder soltar el aire que había estado conteniendo, sostener el cuerpo delgado de Nailani entre mis brazos y subirla en la silla de ruedas, no sin antes notar en el pecho un puñal atravesándome por su situación. Aquello nos llevó a la cafetería, a comer de todo, casi hasta vomitar, y a pasar más de tres horas en una de las mesas más aisladas, sin dejar de hablar. Por supuesto, tuve que contarle muchas cosas para que soltara prenda, entre ellas, confesarle que me gustaba su hermana más de lo que había querido reconocer.

Tras despedirnos y prometerle que regresaría a verla, me senté en las escaleras traseras del hospital y enterré la cabeza entre las manos. ¿Qué había sido todo aquello? ¿Cómo podía tener tanta información? Lo peor era que no sabía de qué manera manejarla para no hacerle daño a Naiara, pues, aunque su vida había sido más dura que el resumen que me había hecho, en el fondo sentía que había algo más. En esa posición y con la cabeza como un bombo me había tirado más de quince minutos mientras llegaba mi amigo.

—¿Solo te ha dicho que sabe que se le dan muy bien los ordenadores? —me preguntó Catriel, una vez llegó y se sentó a mi lado.

—Y que cambia mucho de trabajos. —Suspiré.

—Ahí tenemos lo de los seis meses que encontré —me dijo y contempló el hospital.

—Ahora ya sabemos cuál es el motivo.

Nailani lo era. Sus tratamientos, sus operaciones, sus pruebas. Sus recaídas. Ella misma me lo había contado. Además, le había soltado a Catriel una verborrea de más de veinte minutos con el resumen de la vida de Naiara desde que era una cría, sumado a todo lo que le había sucedido a Nailani. Desde luego, a la negociadora del hospital se le había dado muy bien contármela con pelos y señales, y eso solo significaba que Naiara no se había guardado secretos para su hermana y le había explicado la realidad de por qué estaban solas contra el mundo.

—Y tampoco ha estado en Oslo nunca. —Negué con la cabeza—. O sea que eso reafirma que Jerkensen Lun —se inventó— es ficticio.

—Eirik Lönn —lo corregí sin alterar la voz y susurré al viento—: ¿Por qué me has mentido?…

El silencio se extendió entre los dos, pesado, punzante. Odioso. Hasta que otra voz que conocía muy bien se hizo eco en las escaleras traseras del hospital.

—Porque querría esconder a la hermana de los padres, seguramente. —Miré a Mateo; tenía un papel en la mano—. Ana, la enfermera de la niña, dice que la doctora Rodríguez lleva de baja el mismo tiempo que Naiara ha estado trabajando en Veritas.

—Eso es una casualidad que puede llevarnos a una pista —objetó mi amigo.

Me levanté y Catriel me imitó.

—Las casualidades no existen, quizá si se lo preguntas directamente… —dudó Mateo.

Yo solo los miré a los dos, sin saber qué pensar. Me ardía la cabeza.

—Tendría todo el sentido del mundo —murmuré al viento—. Lo de esconder a Nailani para que no la encontraran.

—Imagínate lo que podrían hacer esos dos degenerados por un pico de droga —rumió entre dientes Catriel, refiriéndose a los padres de ellas.

—Sí, pero inventarse ese currículo tampoco es la solución. —Mateo movió las manos en el aire, sin encontrarle la lógica.

Comencé a descender por las escaleras.

—No habría entrado jamás en Veritas sin ese currículo. Naiara necesitaba el trabajo. Además, creo que los dos fuimos conscientes de su situación por lo sorpresiva que había sido y sus gestos.

—Y aun así no nos extrañamos —apuntó Catriel.

Mateo se adelantó y nos observó a ambos.

—Y no está mal que el ego os jugara esa pasada, pero creo que deberíamos ir en busca de la doctora. La información siempre es poder. Y si ella no está contándotelo es porque no se siente segura.

Leía entre líneas a Mateo. No estaba de acuerdo, y en el fondo él sí dudaba de Naiara y su sinceridad. A mí, hasta el momento, me quedaba claro que haber ocultado a su hermana era un acto de amor puro y que cualquiera habría imitado. Sobre todo estando en una situación tan delicada como la suya.

—Iremos —sentenció Catriel—. Esta tarde tienes una visita en el centro para ver el piso de la Castellana. Creo que ahí tienes una oportunidad de oro para hablar con ella y ver qué te cuenta, si crees que es el momento.

Asentí, siguiendo los pasos de Catriel en dirección al aparcamiento. Mateo lo hizo a mi lado, instigador y esperando que siguiera con la conversación. Esa misma mañana, antes de llegar al hospital, había recibido un mensaje de uno de los vecinos colindantes de la mansión, de mi primer cliente. La querían de manera firme, y la compra sería rápida y sin intermediarios; en una semana podríamos estar firmando la escritura de venta. Ese detalle se lo había contado a Catriel en una nota de voz por WhatsApp, pero, claro, mi psiquiatra no tenía ni idea de que Naiara iba a ocupar una de las nuevas habitaciones de manera inmediata.

—¿Por qué tiene que ir Naiara contigo a la Castellana? —Seguí avanzando sin contestarle. La desconfianza cada vez era más palpable en su tono—. Naím.

—Ya te comenté que iba a vender la mansión. Tengo un comprador asegurado. —Adelanté a Catriel y tomé la salida, mirándolo de soslayo.

—Naím. —Su voz sonó seca y me detuve antes de cruzar la calle, siguiendo las indicaciones de Catriel, quien me hacía movimientos con la mano pegada al estómago para que no lo viera Mateo—. Dime que no se va a vivir contigo.

—¿Es aquí? —pregunté cuando llegué al portal y me centré en mi psiquiatra—. Hemos hecho un trato. Pero lo dejamos para otro día.

Quitarle importancia al tema no resultó muy elocuente por mi parte. Mateo entrecerró los ojos y nos apartó a los dos para que lo dejáramos al mando de lo que fuera que íbamos a hacer en aquel sitio. Movió la cabeza en señal a mi amigo; este miró a ambos lados de la calle y colocó un dispositivo en la cerradura que la abrió de manera automática. El clic sonó. Mateo fue el primero en entrar, se giró y me miró:

—Dados vuestros antecedentes, será mejor que me dejéis hablar a mí.

Entrecerré los ojos.

—Que yo sepa, jamás hemos agredido a nadie que no se lo haya merecido.

—Hablaré yo —soltó taxativo.

—¿Porque vamos a descubrir…? —me interesé, moviendo una mano en el aire.

—Por qué Naiara y esta doctora han actuado al mismo tiempo, y por qué la enfermera de la niña ha hecho tanto hincapié en que ella conocería más detalles de Naiara.

Entonces caí en la cuenta de que había algo que no les había contado, ni a uno ni a otro. Ese detalle era que Mateo no iba desencaminado a descubrir algo, pues Nailani me había explicado que tenían que haber salido esa misma semana hacia Suiza para un

nuevo tratamiento que la curaría definitivamente y, sin embargo, seguía en el hospital y su hermana sin dar con la doctora.

Todo se torció y me dejó más confuso de lo que ya lo estaba al llamar. Nos recibió una mujer con cara de psicópata y un cuchillo en la mano. Y eso no era lo más habitual.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen en mi casa? —preguntó de carrerilla, contemplándonos a los tres.

—Tiene cara de psicópata, Mateo —dije entre dientes.

—¿Doctora Rodríguez? ¿Es usted la doctora Rodríguez? —le preguntó Mateo, con las manos en alto.

La mujer no bajó el cuchillo, pero sí que dio los pasos atrás suficientes para que mi psiquiatra pudiera entrar en su casa.

—Mateo… —lo alertó Catriel.

—¡¿Quién coño son?! ¡He hecho lo que me han pedido! ¿Qué más quieren? —gritó—. ¡He tirado mi carrera por la borda!

El corazón empezó a bombearme tan fuerte que no atiné a saber si una neurona se me cruzaba con otra o si cortocircuitaba por no querer entenderla. ¿Qué había hecho aquella mujer? De repente, el corazón se me encogió mientras escuchaba a Mateo pedirle una calma que para ella era inexistente. Lucía unas ojeras que le llegaban a la barbilla, el pelo lo llevaba alborotado y se aferraba al cuchillo y a una bata de seda hecha jirones como si se le fuera la vida en ello.

—Señora Rodríguez, no sé de qué me habla. Nosotros solo hemos venido a preguntarle…

—¡¡Ya hice lo que me dijeron!! ¡Ya me inventé todo! ¡¿Qué más quieren?!

Y, tras eso, llegó un forcejeo, un cuchillo en el suelo, Catriel reduciéndola y yo paralizado al tener clara una sola cosa: fuera lo que fuese, la única perjudicada de lo que estaba diciendo la doctora era Naiara.

Y Nailani.

26

El jeque



NAIARA

Me desperté en unas sábanas suaves que no eran las mías. No picaban. No raspaban. El frío me traspasó la piel y me abracé al darme cuenta de que estaba sola. Me fijé en la puerta del baño cerrada y puse la oreja. ¿Estaría dentro? No, no parecía, aun así me levanté desnuda e indagué sin pudor. Lo que más me apetecía era encontrármelo y ver en sus ojos el reflejo del deseo que había visto durante toda la noche.

Hundí los hombros al ser consciente de que la casa estaba en silencio; lo más probable era que él ya no estuviera allí. Chasqueé la lengua, me introduje en la ducha y me estremecí cuando el agua cayó en cascada sobre mí. Los recuerdos del día anterior me taladraron la mente y provocaron que apretara las piernas mientras el agua se deslizaba por mi piel. ¿De dónde había salido esa pasión desvivida por tocarnos, por besarnos, por unirnos? Un escalofrío me

recorrió la espina dorsal, aunque supe que no era por su presencia, sino por su mero recuerdo.

Unos minutos después, salí envuelta en una toalla esponjosa de las que tampoco te hacían un *peeling* mientras te secabas, y me quedé con los brazos en jarra en medio de la habitación.

—Genial, ¿y ahora qué me pongo?

La pregunta se quedó en eso, en una pregunta, porque la vista se me clavó en una nota que había en la lamparita del lado donde había dormido Naím y que yo no había visto. Me acerqué cautelosa y la despegué. Era un pósit verde.

> A la derecha del vestidor tienes ropa nueva, junto a la mía. Espero que no te moleste el detalle, la compré cuando te regalé el vestido. Nos vemos luego, valkiria.

Pues sí, sí se había marchado y me pareció muy lógico que no me diese explicaciones de adónde, aunque estuviera en su casa. Sonreí por la justificación del vestido, como si no pretendiera sonar a psicópata. Repasé con los dedos la caligrafía. Era recta, dura, de alguien que no había tenido una letra perfecta pero sí se había esforzado mucho en corregirla. Tuve un amago de sonrisa nuevo, el mismo que desapareció cuando me enfrenté al vestidor que casi me supuso un infarto días atrás.

Lo recordé todo. Su mirada perdida, su falta de aire, la contraseña… Di unos pasos, y me quedé en la entrada.

Cómo se quedaba inconsciente en mis brazos.

Miré la parte izquierda, vacía. La de la odiosa de Vega, y que Dios me perdonara por tenerle celos a una muerta. Ya no sabía si era un halago que la ropa que me había comprado estuviera cerca de la

suya o una indirecta muy clara de que yo jamás ocuparía el lugar que tuvo su mujer. Me decantaba más por lo segundo que por lo primero, porque pensar mal se le da mejor al ser humano por naturaleza.

Me tragué la bola que me oprimía la garganta cuando fui capaz de desviar la atención de la parte de Vega a la de Naím. Cuando logré olvidar cómo Catriel me metió en un taxi y me mandó para mi apartamento. Y ahí, en compañía de la hilera de trajes perfectos, ahora mezclados con camisas de otros colores, había unas cuantas perchas con ropa.

Suspiré y se me saltaron las lágrimas. El condenado no me había regalado un vestido que a saber cuánto valía, me había comprado ropa para medio invierno. Me acerqué, metí las manos entre las prendas y descubrí tres pantalones, dos faldas largas, dos jerséis, tres camisas elegantes, una chaqueta de mi rollo —con muchas chapitas y pinchos plateados— y un abrigo largo de paño precioso. No contento con eso, al bajar la vista hacia la vitrina donde empezaban los cajones, descubrí que también había camisetas más informales de manga larga, ropa interior, unas botas de media caña y unas Converse de marca. Abrí el cajón al ver otro pósit, esa vez fucsia.

> Creo que me he pasado un poco. Solo quédatelo y no digas nada. Te prometo que lo hablo con mi psiquiatra.

Una sonrisa se instaló en mi boca al leer lo último, de hecho, escuché el tono desesperado con el que lo habría dicho.

Había comprendido de manera casi inmediata que Naím me leyó mucho antes de que yo me dejase. Mucho antes siquiera de que le

permitiera poner un pie en mi estudio, y ahí fue cuando me carcomió la duda. ¿Sabría también que todo lo que había dicho en mi currículo era mentira? Si no todo, gran parte de él. Pues una persona con aquella carrera lo más normal no era que estuviera sin un euro por la vida, ¿o sí? No, siendo yo, no era lo más lógico. Y eso solo me llevaba a la cuestión de que él sabía más de lo que me imaginaba, y suponía que esperaba que se lo contase.

Me senté a plomo en el banquito que había en medio del vestidor. Banco que no había visto la única vez que entré allí; resoplé, con dos prendas en la mano y me prometí que de ese día no pasaba. Tenía que hablar con él, aunque aquello supusiera dejar mi corazón destrozado en una bandeja.

Me vestí y salí al pasillo, sintiéndome sola y sin saber muy bien qué hacer mientras él regresaba, por no hablar de que era sábado y… El teléfono me sonó y aceleré para cogerlo, pues lo había dejado todo tirado la noche anterior en el salón. Sin embargo, algo me hizo frenar en mitad de mi avance.

Fue una puerta abierta.

La de la única habitación «prohibida» según Naím, el día que llegué. Me asomé por el hueco que había abierto, sin pretender ser osada y con el pulso acelerado al saber que pisaba terreno peligroso si llegaba. Pero lo que me encontré me dejó fuera de lugar.

Allí no había pertenencias de Vega escondidas para alimentar los traumas de Naím, allí lo que había era un cuadro de un *rottweiler* gigante, encima del cabecero de la cama y una firma muy particular que solo hacían grafiteros, donde leí: Catriel y Naím. No me impactó ver sus nombres allí, lo que me dejó fuera de lugar fue ver que

había tanto color en una habitación, si me fijaba en el resto de la mansión insulsa y desprovista de vida.

—Catriel… —musité, como si el pensamiento de a quién pertenecía esa habitación me hubiera llegado solo.

Eso era. Por eso estaba prohibido, para que no descubriera la relación que los unía. Ya era tarde para eso, claro, pero aquel dormitorio había pasado a un segundo plano mientras estuve allí.

Retomé la marcha hacia la cocina, y allí se me volvió a poner esa sonrisa idiota cuando me encontré otra nota pegada en la campana. Era de color amarillo. No dudé en cogerla cuando llegué.

> Prepárate un buen desayuno —sabes dónde está todo mejor que yo— y puedes entrar a la Batcueva mientras llego. Eso sí, quiero una recompensa después.
>
> La contraseña ya sabes cuál es, y te dejo mi teléfono para que lo guardes en tu agenda de favoritos ☺.

Me llevé la mano al pecho, no solo por el pósit, sino porque no había cambiado la alarma de su casa desde que tuvo el incidente y me había dado su teléfono. ¿Significaba eso que confiaba en mí? No quería, ni por asomo, pensar en el momento en el que le confesara por qué entré a trabajar en Veritas.

«Lo entenderá», me alenté, sabiendo que se enfadaría. ¿Quién no iba a enfadarse? El teléfono me sonó de nuevo y cuando fui a buscarlo me quedé estática y sin responder. La llamada que había tenido antes había sido de Ramón, el dueño del estudio, y quien llevaba llamándome días y días sin parar. La persona que había telefoneado mi número ahora era Valeria Leus.

Y no sería yo quien respondiese a esa llamada ni loca. No después de lo que había ocurrido con el Lince.

Las tripas se me apretaron con más fuerza y todo el hambre que había tenido para prepararme ese gran desayuno desapareció de un plumazo. Sí o sí debía contarle a Naím lo que me había llevado a Veritas. No dudaba de las capacidades y la maldad de Valeria para presentarse en las oficinas a contarle la verdad al que fue su sobrino político.

Había investigado el tema tras el incidente durante mi primer día allí y había descubierto que Valeria era la tía por parte de madre de Vega. Ya no me extrañaban sus aires de grandeza ni la familia de la que provenía Vega. Y, hablando de ella, parecía haberme quitado un gran peso de encima al ver que en la mansión quedaba muy poco de la mujer que todavía ocupaba el corazón del hombre por el que yo suspiraba.

Era duro decirlo, pero más lo era engañarse.

Fui directa a mi bolso, sin querer regodearme más en la mierda, lo abrí y extraje la memoria que había permanecido conmigo. Ahí estaban las cámaras oficiales de la noche en la que murió Vega. Sin parches ni fugas, tal y como había pensado que había sucedido. Tuve que escarbar bastante en la red hasta dar con ellas, pero al final conseguí localizarlas en un servidor externo de la seguridad del ático de Madrid donde se hizo la gala. Nada más que por la extensión de la grabación de la que disponía Naím —la cual yo había cogido en el mismo momento en el que copié los datos para Nexusi — y la diferencia de la que tenía la memoria, ya me indicaba que había gato encerrado. Que algo fallaba.

Anduve hacia la Batcueva sin demora, encendí las luces y los recuerdos de lo que ocurrió en aquella sala me golpearon. Aura me recibió en cuanto puse un pie en el interior:

—Hola, NeónNai, ¿en qué puedo ayudarte?

No pretendía que Aura se metiese en lo que iba a hacer, aunque fuera una tontería porque Naím podría ver todo lo que ocurría en su casa, sobre todo después de tocar el sistema. Y me dio igual. Podría enfadarse por inmiscuirme en su vida, no obstante, lo único que quería era ayudarlo.

—Hoy puedes tomarte el día libre.

—De acuerdo, te dejaré intimidad.

Sonreí por lo bien entrenada que aquel canalla la tenía. Me acerqué al ordenador central e introduje la memoria en el acceso, busqué la carpeta y abrí las dos grabaciones en paralelo. Había unos veinte minutos de diferencia entre una grabación y otra. Eso quería decir que alguien se había encargado de borrar una parte vital e iba a descubrir de cuál se trataba.

Lo que nunca imaginé fue lo que vi tras media hora comparando las cámaras.

Apoyé la barbilla en la mano con los ojos muy abiertos y los labios tan apretados que me hice daño. ¿Cómo era posible que…?

Rebobiné por tercera vez porque no me lo creía. La cámara del pasillo lateral tenía un ángulo raro, de esos que solo pillaban piernas y sombras, pero, cuando él apareció, no hizo falta verlo entero para saber que no era cualquier invitado.

El tío iba vestido como si la gala fuera solo un trámite para él, y lo sabía porque había trabajado con muchos árabes. Un *thawb* blanco, perfecto, sin una arruga. Encima llevaba un *bisht* negro con bordes

dorados, que se movía como si el aire lo respetara. El *ghutrah* blanco le caía a los lados de la cara y lo sujetaba un *agal* grueso, dorado. Y en la muñeca el brillo era casi ofensivo: un reloj que valía más que mi bloque entero. Mocasines negros de piel, demasiado caros para pisar un pasillo.

Yo ya estaba con las cejas por las nubes cuando, de pronto, Vega entró en el plano.

Vega. La Vega de Naím. Con un vestido de color tierra despampanante.

Y ahí se me heló la sangre.

No iba como una mujer que está huyendo del caos de una gala. Iba buscándolo a él. Se le notaba en la forma de caminar, en cómo se ajustó el vestido antes de llegar a su altura, en cómo ensalzó sus tetas para colocarlas, en la sonrisa que le subió a la cara en cuanto lo vio. Una sonrisa que no era para cámaras. Era de esas que una solo pone cuando ha echado de menos a alguien.

Él la agarró de la cintura sin pensarlo. Sin miedo. Como quien toca algo que es suyo desde hace tiempo. Y Vega se pegó a él como si el mundo no existiera. Y, antes de que parpadeara, estaban besándose, no un pico controlado, no. Un beso de esos que te dejan sin aire, de los que llevas semanas —o meses— acumulando.

Mis ojos no paraban de abrirse más y más por la sorpresa, y juro que creí que se me paraba el corazón. Vega. «La Vega perfecta de Naím».

Ella acarició la nuca del jeque árabe. Él le apretó la cintura con posesividad. Y la forma en la que se miraron… Joder, era pasión. Era rutina. Era historia.

Y yo estaba presenciándolo, con el corazón a mil, mirando cómo se metían en un cuarto lateral, de los destinados al personal, sin mirar atrás. No hacían falta subtítulos: iban directos a lo que iban y me lo verificó aquel hombre cuando subió el vestido de ella y, segundos después, sus cuerpos se juntaron.

Me quedé estática. Con la garganta seca, viendo parcialmente cómo echaban el polvo del quince en el cuartucho, como salvajes y sin miedo por si aparecía alguien y los pillaba.

¡No daba crédito, joder! Aquello no podía ser verdad. Dejé la mano que apoyaba mi barbilla caer, me pellizqué el brazo por si estaba inventándolo y me dejé caer en la silla, al darme cuenta de que no. Que era verdad. Que había sucedido.

Vega le había sido infiel a Naím. A Naím. Al puto hombre que lo tenía todo. Al colega que tenía un trauma de por vida, por ella. Por su muerte. Y resultaba ser que… Joder, joder, joder.

Me aparté del monitor un segundo, intentando ordenar la cabeza y llevándome las manos también a la zona, pero no pude.

Volví a rebobinar. Y volví a darle al Play. Porque en las grabaciones lo único que había de menos era aquello. Era el encuentro de Vega con el jeque árabe.

Necesitaba ver cada detalle, encontrarle la lógica al asunto e intentar que los ojos volvieran a tener su humedad corriente, porque iban a salírseme de las cuencas y me dolían. Mis manos regresaron a la cabeza, como si eso hiciera que pudiese pensar mejor.

Llevé un puño a la boca, dupliqué las pantallas de las grabaciones y busqué a Naím en la sala hasta que lo encontré. Los ojos se me llenaron de lágrimas al descubrirlo en la sala principal, riendo y bromeando con Catriel, con algunos invitados e incluso con los

trabajadores mientras le preguntaban cosas, imaginé que sobre la organización.

Mientras su mujer se follaba a otro tío a escondidas.

Tragué saliva, angustiada. Apreté los labios para contener el llanto por la crueldad de lo que vivía Naím por Vega, y de lo poco que se lo merecía aquella zorra mentirosa. Me dieron ganas de pegarle un puñetazo al ordenador y, cuando estuve a punto de soltar un par de palabrotas bien alto, una voz me sobresaltó.

—¿Naiara?

El aire se me cortó.

Ni siquiera había escuchado el coche, tampoco sus pasos, pero de lo que sí fui consciente fue de cómo cerré las pantallas duplicadas a toda mecha, evitando que lo viera. Los ojos se me abrieron mucho más, aunque las lágrimas no desaparecieron. Me giré como un vendaval en la silla y lo miré exaltada.

—¡Naím! No te he escuchado llegar.

Entrecerró la mirada.

—Soy silencioso. —Frunció el ceño—. ¿Estás bien?

—¡Sí! —Me levanté muy eufórica de la silla—. Bueno, ¡no! Es que no he desayunado.

Me detuve delante de él, con la sonrisa falsa implantada y los brazos en jarra. No le pasó inadvertido mi gesto de nerviosismo, no estaba ocultándolo demasiado bien, la verdad, y, cuando vi que movía la cabeza para mirar el ordenador, recé a todos los santos por que hubiera cerrado bien las pestañas que no había mirado.

—Te noto…

—Angustiosa —lo interrumpí, y se extrañó más—. Estoy un poco —hice el gesto como que iba a vomitar—, buag, buag. Lo mejor es

que me prepares un café, a ver si se me pasa.

Me miró. Yo lo sujeté del antebrazo. Y, al ver aquellos ojos oscuros tan bonitos, las lágrimas acudieron a mí de nuevo. Él las vio, y recé también para que lo achacara al malestar que le había dicho tener.

—Claro. Te lo preparo ahora mismo. Ya me has enseñado.

Y, aunque quiso ponerle un tono de humor, en su voz había algo… Miré hacia atrás, con la esperanza de no haberme dejado nada abierto, pero la mano de Naím en mi espalda no me permitió inspeccionar bien la zona y lo contemplé con otra sonrisa forzada para que no se diera cuenta. ¡Los nervios iban a provocarme un ictus!

Hubo algo que identifiqué en cuanto me senté en el taburete de la isla de la cocina: sus hombros tensos. Se había quitado la chaqueta del traje, y la camisa celeste le quedaba preciosa, aunque muy firme.

—Estás muy guapo de azul.

Detuvo su tarea, se quedó estático mirando a un punto de la pared y solo giró el rostro para contemplarme de reojo. Era la primera vez que lo veía sin nada de ropa negra.

—Supongo que gracias.

Sonreí. Terminó de prepararme el café, y yo no le perdí la pista mientras se encaminaba hasta mi posición, chocaba con mis rodillas y dejaba el café en la encimera, observándome también. Había algo que destacaba por encima de lo demás: estaba serio.

—¿Tú no quieres café? —le pregunté abriendo las piernas de manera disimulada.

Lo vio.

—No. —Fue escueto y sonreí de nuevo—. ¿Qué has hecho mientras no estaba?

Traté de que los nervios no me jugaran esa mala pasada.

—Pensar en tu recompensa para agradecerte esto. —Me señalé la ropa y también aproveché el momento para evadir lo que había visto en las cámaras, o por lo menos para que dejara de notárseme el malestar.

Se apretó más contra mi cuerpo, buscándome.

—¿Y has llegado a alguna conclusión? Más que nada porque tenemos que marcharnos. —Alcé ambas cejas, preguntándole de manera muda el lugar donde debíamos irnos—. ¿El piso de la Castellana?

Abrí la boca con sorpresa, cogí la cinturilla de su pantalón y lo junté a mi cuerpo hasta que se quedó completamente pegado a mí. Elevé la barbilla con altanería, me mordí el labio inferior y no tardé en colar la mano derecha entre el bóxer y su miembro duro.

Gruñó.

—Pues, si tenemos mucha prisa, se me ha ocurrido algo sobre la marcha.

No dejó de mirarme; yo tampoco a él.

—¿Qué se te ha ocurrido, Naiara? —murmuró peligroso.

Puse el pulgar en el glande, lo presioné y apreté mi mano alrededor de su tronco para sentirlo. La otra mano que tenía libre se encargó de desatarle el pantalón y liberar aquel falo húmedo y preparado para mis acometidas. Por un momento me nublé por el deseo, y me dieron ganas de ponerme de rodillas y saborearlo hasta la saciedad, de lamerlo y sentirlo en mi boca hasta el final. Y él se percató del cambio en mi mirada, de la agitación en mi pecho, del

escalofrío que indicaba lo erizada que estaba, quizá también de lo mojada que me ponía con solo mirarme, pues su mano subió a mi cuello, despacio, con una delicadeza que me rompió. No había nada de ese hombre duro, de su máscara de jefe, de su fachada de piedra. Era él. Solo él.

—Vuelves a estar erizada —musitó, acercándose tentador, mientras mi mano se movía de arriba abajo por su verga, cada vez con más dureza.

—Me erizo cada vez que estás cerca… —Jadeé, casi en su boca y rozando sus labios.

Era capaz de correrme yo antes que él, sin ni siquiera haberme tocado. Lo escuché rugir con fuerza, noté el cambio en su respiración cuando apreté con tantas ganas que la mano se me empapó de su esencia. De repente, sentí sus dedos por detrás de mis orejas, en una caricia que sostenía al titán que llevaba dentro, al que conocía muy bien desde el día anterior.

Del que me había enamorado hasta la saciedad.

Por el que agonizaba, por el que me ponía cachonda hasta decir basta.

Ahí demostré el poco autocontrol que tenía. Fue cuando los gemidos de Naím fueron más evidentes, cuando sus dientes rechinaron, cuando sus caderas impactaron contra mi mano, clamando más velocidad, deseando correrse y empaparme. No lo pensé, ni siquiera le pregunté, yo era mucho de improvisar.

Con la respiración a mil por hora, lo aparté de un empujón seco, me contempló con los labios entreabiertos y las mejillas ardiendo, y yo jadeé brava por ser la provocadora de tenerlo así. Por aquellos ojos negros que casi echaban fuego de las ganas que me tenían.

Me quité las gafas, y las lancé sobre la isla de la cocina. Salté del taburete y me clavé de rodillas, tal y como había imaginado desde un primer momento. Y aquella fue la guinda del pastel.

Lo vi en su mirada.

En su pecho, que se movió más rápido.

En su tono cuando gruñó:

—Naiara…

No iba a suplicarle. No iba a pedírselo. Era la primera vez que lo tendría en la boca, e iba a tomar lo que era mío, lo que consideraba que me pertenecía por derecho, hasta el momento. Alargué las manos, agarré su trasero provisto de ropa y lo empujé hasta tenerlo enfrente.

No dudé.

Lamí su tronco desde la base hasta el glande, sin sujetarlo, sin apartar la mirada de él ni por un instante, revolviéndome para que viera lo mucho que provocaba en mí. Y fue entonces cuando perdí el control por segunda vez.

Lo agarré con vehemencia, me lo introduje en la boca y lo saboreé, chupé y lamí tantas veces como pude, escuchando de fondo la banda sonora de sus gemidos, los golpes a la encimera de la cocina, la desesperación en cada movimiento involuntario de su cuerpo.

Le eché más leña al fuego al pellizcarle el culo, al cogerlo de la mano para que sujetara mi pelo con fuerza e hiciera lo que quisiera con él. Para que me bombeara la boca como le viniera en gana, para darle placer hasta que no aguantara más.

Lo noté tenso, tanto que supe que iba a explotar de manera inminente.

—Naiara, voy a correrme…

Apreté sus nalgas con ferocidad, mirándolo. Rugió como un animal, tiró de mi pelo hacia atrás, le di un manotazo con gracia y lo reconduje a su sitio para que acabara dentro de mí. Vi cómo apretaba la mandíbula con fuerza, su suspiro gigante y, entonces, el hombre que me había poseído de manera espectacular apareció.

—¡Joder, Naiara! —bramó.

Bombeó en mi boca sin detenerse, me sostuvo del pelo con garra y movió las caderas al compás de su placer, hasta que un chorro de líquido caliente me atravesó la garganta con la musicalidad de sus improperios y sus jadeos de fondo.

Aquello me calentó el alma.

Era la segunda vez que lo escuchaba decir palabrotas, aunque solo hubiera sido un «joder». Lo había hecho conmigo.

Conmigo.

Tocada y hundida. Así estaba con Naím Montero.

Por primera vez me molestó tener que marcharme corriendo, pues sabía que detrás de la visita al piso de la Castellana se habría abierto un abanico de confesiones.

Pero Nailani me necesitaba ese día, y tenía que encontrar a la doctora Rodríguez.

27

Nueva vida



NAÍM

Una nueva vida.

Era lo que me esperaba detrás de la puerta que habíamos cruzado, en el caso de decir que sí. La mujer de la inmobiliaria nos sacó por segunda vez al rellano y se dispuso a soltar el discurso de manual de nuevo, aunque dejé de escucharla. El ático estaba vacío, y solo había eco y paredes blancas, como si no hubiera pertenecido a nadie nunca.

Sentí que avanzaba en la vida, que no pasaba nada por vender la mansión, por hacer mi vida de nuevo. Por hacerlo sin Vega.

Naiara siguió a mi lado, como lo había hecho desde que llegamos, y el eco cambió.

Ella siempre lo cambiaba todo, incluso cuando no hacía nada.

—Madre mía… —murmuró mirando los ventanales gigantes que daban a la Castellana—. Es que esto es otro nivel, Maribel.

No contesté, aunque sí sonreí. Solo avancé hacia la enorme cristalera del salón y me quedé de frente a la calle, con las manos metidas en los bolsillos del traje azul. Desde allí la avenida parecía una maqueta perfecta: coches diminutos, árboles alineados, edificios que reflejaban la luz como si estuvieran en una postal.

El mundo desde arriba era más sencillo. O eso quería creer.

—Os recuerdo —repitió la vendedora con una risa tonta— que tiene doscientos ochenta metros de interior, setenta metros de terraza, las impresionantes vistas a la Castellana y a las torres, cocina de diseño, suelos radiantes, domótica —abrió mucho los ojos y miró a Naiara—, un garaje doble cubierto para dos coches.

—Ah, no, no —le dijo con rapidez—, yo no conduzco.

—Bueno, mujer, pues para el segundo coche del señor Montero. —Sonrió como una hiena, Naiara puso cara rara y me miró.

Su gesto al girarse de cara al ventanal, dándole la espalda a la de la inmobiliaria, me sacó otra sonrisa mal disimulada. Estaba poco hablador y receptivo, pero es que la noticia que debía de darle a Naiara me tenía el pecho comprimido.

Llevaba dándole vueltas a lo que había descubierto en la casa de la doctora todo el día, y, pese a que eso me abría unos cuantos interrogantes más sobre qué la habría puesto en aquella situación, debía contárselo, e iba a hacerlo mientras comíamos.

—¿Te imaginas viviendo aquí? —me preguntó sacándome de los pensamientos devastadores. Aparté el tema a un lado, tal vez por cobardía, o quizá porque no quería descubrir una verdad que podía hacerme más daño.

Giré la cabeza lo justo para verla. Tenía las manos en los bolsillos de su chaqueta nueva de pinchos, el pelo rubio cayéndole sobre los

hombros y ese gesto curioso de quien está conteniéndose para no poner los dedos en el cristal impoluto. Le salían subtítulos de la cara. Aquello me trajo de vuelta a Nailani, a lo mucho que se parecían, a la cara de pilluelas que ambas compartían. A entender por qué estaba protegiéndola de sus padres, o de lo que yo imaginé que estaría haciendo al ocultarla del mundo.

—Me imagino que tú odiarías lo sencillo —le dije con la voz seca.

Ella sonrió y se mordió el labio como había hecho en la cocina. Ese gesto me provocó un nerviosismo extraño y una punzada en la entrepierna.

—Lo pintaría entero el primer día. De arriba abajo, vaya —apuntó con convicción.

La de la inmobiliaria seguía hablando de calidades prémium, orientación sur y amplitud de espacios que no disponían otras de las viviendas del mismo edificio, sin percatarse de que estábamos en una conversación que precisaba de unos minutos a solas. Solo la escuché cuando añadió:

—Es perfecto para dos personas con posibilidad de tener una familia en un futuro.

Naiara me miró de reojo.

No dijo nada, pero el silencio entre nosotros tuvo un peso distinto. No incómodo, pero distinto, porque los dos sabíamos de sobra que eso no podía ser y, de todas formas, ni siquiera habíamos hablado de ser una pareja. ¿Qué inventaba la mujer?

—Yo creo que lo importante es ver la cocina —soltó Naiara para destensar el ambiente—. Ahí tienes que aprender, Eminencia.

Al girarse le di un pellizco en el cachete y dio un respingo seguido de una risa histérica. Caminamos hacia la cocina, seguidos de la de

la inmobiliaria. Era abierta, con una isla de mármol gris y armarios blancos, casi clínicos. A Naiara se le iluminó la cara como si hubiera descubierto un tesoro, por segunda vez.

—Esto es como tener un orgasmo. Igualito que mi fregadero con el mueble descolgado.

Me dio un codazo; la mujer de la inmobiliaria frunció el ceño, pero siguió hablando, como si con una vez que lo hubiera explicado no fuese suficiente.

—Te recuerdo que tú vives en un ataúd —musité picón.

—Ya, pero es mi ataúd, listillo. —Pasó a mi lado, en dirección a la puerta que daba al patio del ático—. Todavía no me has dicho qué te parece.

—¿Qué te parece a ti? —le pregunté, muy cerca de ella.

Se detuvo, y esa frenada ocasionó que mi pecho chocara con su espalda. El olor dulzón regresó, provocando que mi mente se embotara y me emborrachara de ella, de querer tocarla, de querer besarla como todavía no la había besado esa mañana. Pareció meditar su respuesta, hasta que añadió con mimo:

—Aquí no hay recuerdos que duelan, Naím. —Silencio—. Me parece perfecto, siempre que a ti te parezca perfecto. Será tu nueva vida.

El estómago me dio un vuelco cuando lo mencionó. ¿Cómo era posible haber dicho lo que minutos antes había pensado? Me tembló algo por dentro. Ni siquiera yo sabía si era alivio o miedo.

La terraza nos esperaba detrás de una puerta corredera, y la seguí cuando puso un pie fuera, dispuesta a seguir a la plasta de la inmobiliaria, quien se había alejado unos metros. El aire de la mañana me dio de golpe, fresco, cargado de ciudad.

Naiara se quedó en silencio, mirando las torres al fondo, con las manos apoyadas en la barandilla y la mirada perdida en el infinito.

—Nunca he estado tan alto —susurró.

—Sí, en Veritas estás más alto. Así que aquí no te supondrá mucho acostumbrarte.

Sentí su mirada esquiva cuando llegué a su lado, y sus hombros me indicaron una tensión involuntaria. ¿Qué le ocurría?

—Naím, escucha… —Se metió el pelo por detrás de la oreja y me miró—. He estado pensando en lo que hablamos. En nuestro trato y…

La mujer de la inmobiliaria regresó a nuestro lado, sin darle tiempo a terminar.

—¿Qué les parece? —nos preguntó con sonrisa de anuncio. Yo no podía apartar los ojos de Naiara.

—Que va a dejarnos unos minutos para que lo hablemos. —Mi valkiria me contempló con estupefacción. «Mía, sí, es mía»—. A solas.

La mujer boqueó como un pez, asintió muy complaciente y extendió las manos en nuestra dirección.

—¡Claro! Es una decisión superimportante. No todos los días se compra alguien un ático de seis millones y medio. —Creí ver que se le iba un color y se le venía otro a mi rubia favorita—. Los dejo a solas un rato más. Yo iré a tomarme un café, y en quince minutos regreso. ¿Está bien?

Gruñí como respuesta y se apartó con un escueto «Vale». Naiara no dejaba de mirarme, buscando de vez en cuando la salida para escabullirse ella también de mi análisis. Cuando escuché que la puerta se cerró, y después de aquel pesado silencio, me acerqué a

ella y la sostuve por los brazos como si hubiera ansiado ese momento todo el rato. No comprendí tampoco el no hacerlo. No le debía explicaciones a nadie, e ir a comprar un ático con ella ya decía mucho.

—No quieres aceptarlo —dictaminé más huraño de lo que habría pretendido—. ¿Por qué?

—No es eso. —Se pasó las manos por la frente y se deshizo de mi contacto. Eso me molestó, aunque lo disimulé. Se giró para no mirarme—. O sea, sí, pero no.

—No te entiendo. —Casi solapé sus palabras.

Extendió una mano en mi dirección para que me callara.

—Naím. —Cogió aire como si pesara—. Recuerdas que te hablé de una persona especial, ¿verdad? Que yo era su salvadora. —Asentí y el nudo se intensificó al saber que hablábamos de Nailani, pero que ella no era consciente de que yo ya la conocía—. Tengo…, tengo muchas responsabilidades con esta persona…, y…, bueno… —Se llevó la mano a la boca, agobiada.

Di el paso que nos separaba, sabiendo lo que sucedía. En otro momento le habría sacado a la fuerza quién era esa persona, ahora no. Ahora comprendía que era un tema delicado y no sería yo quien la forzara a hablarlo. Había incluso hecho un pacto con Nailani para que no le hablara de mi visita, y rezaba para que no lo incumpliera. Pero iba a ser yo el que tuviera que hacer una confesión a mediodía para explicarle a qué se había estado dedicando la doctora Rodríguez con los rastreros de Nexusi. Sí, con la empresa enemiga de Veritas.

Nada tenía sentido. No por el momento.

La alcancé de nuevo, esa vez por las mejillas, e hice que me mirase a la cara sin titubeos. Sus ojos estaban brillantes.

—No tienes que contármelo. No ahora, si no es el momento.

—Naím, yo…

La besé.

La besé tan despacio, sintiendo tanto el beso, que me quemó. Me dejó sin aliento, con los labios pegados a los suyos, anhelante por un movimiento lento, pausado, definido. Que marcara el ritmo suave y magnético que nuestras bocas habían solicitado como dos imanes, incapaces de separarse. Me aparté solo un poco para musitarle, ardiendo por ella y notando cómo se me erizaba la piel del cuerpo entero:

—Tendrás tu intimidad. ¿Qué habitación quieres elegir? Me da igual, Naiara.

—No se trata de eso. ¿Y si tengo que venir con esa persona?

Deseé con todas las fuerzas que así fuera. Que Nailani saliera del dichoso hospital.

—Hay tres habitaciones más. Elige la que quieras. —La besé de nuevo de manera casta.

—¿Y si duerme conmigo? —Sabía que mentía, y que lo hacía por picarme.

—Perfecto. —Beso—. Puedes dormir esa noche —beso— en mi cama.

Sus manos se colocaron en mis muñecas.

—Naím… —El tono fue contundente.

—No quiero novietes en nuestra casa.

—Es *tu* casa.

—Y tuya.

—No puedo permitirme este alquiler. —Siguió erre que erre, pero yo no desistí.

—El trato era claro —beso de nuevo—, deja de buscar excusas. —El resoplido que soltó casi me despeinó. Sonreí, la atraje hasta arroparla en mi pecho y la abracé. Besé con mimo su coronilla y añadí—: Imagínate todas las mañanas sin ropa, enseñándome a preparar la comida y que tú termines siendo el desayuno.

—Tú lo que quieres es una pornococinera.

Reí a carcajada limpia y noté cómo vibraba de la risa, pese a que sentía que no estaba convencida.

—Con que establezcamos unas normas para que duermas conmigo cinco veces a la semana, mínimo, me vale.

Levantó la cabeza y me miró.

—Has dicho que cada uno tiene su habitación. ¿Qué pasa si alguien se trae a un ligue?

Me cambió la cara.

—Ni muerto. Eso lo ponemos en la lista de las prohibiciones.

Enarcó ambas cejas.

—No puedes hacer eso. No está prohibido, Naím Montero.

La sujeté de la cintura con fiereza, le clavé los dedos con maldad y añadí entre dientes, muy cerca de su boca:

—Eres mía, Naiara. Mía. Y Dios te libre como traigas un ligue que no sea yo. —Abrió la boca con sorpresa y le di un mordisco en el labio inferior—. Después de comer, vamos a revisar este punto.

No estaba tan seguro de ello, pero me salió solo. También se me fue el tiro por la culata cuando añadió:

—No puedo quedarme a comer.

—Pues a cenar —repuse.

—Porque eso de vernos el lunes ya… —Negó con la cabeza sardónica—. No, ¿no?

—No me gustaría, pero si tú quieres…

Vi en sus ojos la misma lujuria que la carcomía. La misma con la que yo la deseaba, con la que quería perder la cabeza, y, durante un momento, me sentí feliz de estar abrazado a ella sin importarme que pudieran vernos. Que la mujer de la inmobiliaria hubiera aparecido antes de lo acordado y nos observara como una cotilla desde el salón. Eso nos llevó a darle el sí, a confesarle a Naiara que había vendido la mansión por diez millones de euros y a que casi se quedara sin respiración en el momento. Comprendí que no estaba acostumbrada a manejar aquellas cifras, y también, durante un momento, me permití soñar con una vida juntos.

Hasta que llegué dos horas después a la mansión, y todo se torció.

Serían las cuatro de la tarde cuando terminé de prepararme un plato simple: un par de lomos a la plancha con un poco de ensalada. Había estado recogiendo cosas y metiéndolas en cajas, estas compradas desde hacía unos días y almacenadas en una parte del garaje. Fue entonces cuando recordé que, al llegar esa mañana, había visto a Naiara más nerviosa que de costumbre, y supe por sus movimientos que había visto algo en el ordenador central de Aura.

Accedí al despacho sin esperas y la llamé:

—Aura, muéstrame en el panel qué ha estado haciendo Naiara esta mañana cuando ha entrado sola. Antes de que yo llegara.

—Enseguida, Naím. Buscando el sistema de vigilancia. ¿Quieres que reproduzca en pantalla lo que veía en el ordenador?

Un segundo. Dudé un segundo.

—Sí.

Y la vida se me desmoronó como una torre de naipes.

El silencio del despacho me taladró cuando la pantalla se encendió en el aire y apareció el pasillo lateral de la gala, ese que, en teoría, no tenía nada importante que mostrar.

—Pero ¿qué…?

Mi pregunta se quedó en el aire, al no entender por qué Naiara estaba viendo las grabaciones de la muerte de Vega, cuando de pronto un hombre cruzó el plano y la imagen me obligó a enderezarme.

Era alto, elegante, vestido con una túnica blanca impecable y una capa negra con bordes dorados. La clase de atuendo que no se pone cualquiera, ni siquiera en una gala como aquella. Tenía ese aire de seguridad que solo portaba alguien que estaba acostumbrado a mandar.

Y entonces entró Vega.

Di un paso atrás, como si mi propio despacho me ahogara.

La reconocí incluso antes de que se viera su cara completa. Por la forma en la que caminaba, por cómo levantó ligeramente el mentón mientras lo buscaba entre la gente. Fue un gesto pequeño, pero suficiente para que el estómago se me contrajera. No parecía una mujer que iba hacia un desconocido. Parecía alguien que estaba volviendo con quien llevaba tiempo esperando verse, porque se adecentó antes de que llegara el momento.

Ella sonrió primero.

Una sonrisa… íntima. Cómplice. No era una sonrisa de las que le lanzabas a cualquiera de los invitados.

Y el tipo de aspecto árabe la tomó de la cintura con naturalidad, como si lo hubiera hecho cientos de veces. Y lo peor fue que ella se dejó llevar con la misma naturalidad. No hubo sorpresa ni duda ni distancia. Solo cercanía. Una cercanía que no era la mía.

Me entraron ganas de vomitar, y lo peor no fue eso, lo peor vino después. Noté cómo la respiración comenzaba errática, cómo la visión se me nublaba, cómo me dolía el pecho.

Cuando se besaron, sentí un mazazo que me partió por la mitad, uno que no me esperaba. No fue un beso rápido ni impulsivo. Fue uno lento, profundo, como si hubiera algo pendiente entre ellos. La clase de beso que se da cuando no se teme ser descubierto.

Me quedé mirando la pantalla sin moverme.

Sin saber reaccionar.

Solo noté cómo se me tensaba la mandíbula y cómo el pulso empezaba a latirme en los oídos, cada vez más fuerte, más denso, más crítico. Pero la cuenta progresiva hasta treinta no llegaba, como si hubiera desaparecido, y en su lugar solo apareció la presión en el pecho, la falta de aire.

La grabación siguió su curso, y entonces fui consciente de que había dos grabaciones distintas. Por el nombre de una de ellas, comprendí que era la mía, la que me entregó el Nano, mientras que la otra… ¿Cómo tenía Naiara esa grabación? ¿De dónde la había sacado? Me fijé en la memoria extraíble que había enchufado al ordenador central, y recordé que esa misma la había visto en su estudio, cerca de su ordenador. Era muy identificativo porque el pen era fucsia.

Contemplé las pantallas de nuevo, siendo la que aparecía Vega la que atrapó toda mi atención. La otra parecía haberla limpiado. Y los

vi desaparecer en un cuarto lateral, juntos, sin mirar a su alrededor, sin preocuparse por quién los viera. Como si nada más importara.

Traté de respirar hondo, pero el aire se me hizo denso al ver cómo le levantaba el vestido y la penetraba sin esperas. Cómo bombeaba en su interior y ella respondía con la misma pasión con la que había respondido a cada uno de nuestros encuentros, en nuestra habitación. En la intimidad. Sin que nadie nos viera.

La traición me cayó despacio, como si mi mente necesitara asimilarla por etapas. Sin darme cuenta tampoco de que las lágrimas caían en cascada de mis ojos de manera inevitable, vaticinando una catástrofe.

Vega. Mi Vega. Con otro hombre. No por error. No por un instante de debilidad. Con intención. Con más ardor que el que había tenido conmigo.

Aura abrió otra cámara y fue entonces cuando vi a Naiara, en ese mismo despacho, viendo la misma grabación que yo. La expresión que tenía era una mezcla de shock y contención. Parecía que había entendido algo que yo aún no quería aceptar.

Y ahí apareció otra punzada, distinta.

Ella lo sabía.

Lo había visto.

Y decidió no contármelo.

Quizá centré mi frustración en Naiara, incapaz de creerme que una persona como Vega hubiera sido capaz de serme infiel, de hacerme aquello. ¿Acaso no me había querido como yo a ella? Regresé mi atención a las cámaras, viendo con precisión cómo agarraba a aquel tipo y lo incitaba a que continuara con sus embestidas.

No podía seguir viéndolo. No…

Me apoyé en la mesa despacio, como si el peso del cuerpo no me respondiera del todo. La pantalla siguió encendida, fija en el pasillo vacío donde hacía un momento se había derrumbado todo lo que yo creía saber sobre mi matrimonio.

Intenté recabar el aire que me fue posible, llenar los pulmones, pensar, no dejarme llevar por la rabia, no… Y todo lo que había aprendido con Mateo durante ese año se fue al traste cuando abandoné mi apoyo en la mesa.

Lo destrocé todo a mi paso.

Muebles, sillón, pantallas, gafas virtuales, vitrinas…

Me reventé los nudillos, los despellejé mientras gritaba lleno de rabia, de una ira descontrolada que no era capaz de gestionar mientras sentía que me faltaba el aire, que cada vez que gritaba lo empeoraba más y más.

Y fue entonces cuando me encontré mirando a la única pantalla que había sobrevivido, a la que guardaba como oro en paño a Aura. La grabación había vuelto a reproducirse, las tres, a la vez y en bucle. Me desgañité, con los puños apretados, los ojos rojos y las lágrimas quemándome las mejillas:

—¡¡¡¿Por quéééé?!!! ¡¡Vega, ¿por quéééé?!!

Rememoré, paso a paso, lo que había supuesto su muerte. Lo destrozado que me había quedado por una persona que me había engañado, que no me había querido lo suficiente como para contarme que amaba a otro hombre que no era yo. Me recriminé haber querido morirme para estar con ella, para dejar de sufrir.

Alguien abrió la puerta del despacho despacio, como si tuviera miedo de lo que iba a encontrarse al cruzar. Solo tuve que girarme

un poco para saber que se trataba de Catriel, pues nadie más disponía de las llaves de la mansión.

Me contempló con los labios apretados, la mirada brillante y la vista clavada en mí, con dolor.

Lo sabía.

Lo leí en sus ojos. Pero ¿por qué lo sabía?

Afiancé la mandíbula, y, aunque no pretendí que fuera mi saco de boxeo, me giré como un basilisco en su dirección. Levantó las manos para frenarme, pero la verdad fue que ni siquiera atisbé el momento en el que trataba de hacerlo, porque yo estaba descontrolado e intenté golpearlo de cualquier forma mientras lloraba, hipaba y vociferaba como un animal herido.

Hasta que los brazos de Catriel me hicieron un placaje y terminamos los dos en el suelo, pese a mis intentos nulos por pegarle en la espalda.

—Sé que ahora mismo no me escuchas, Naím. Pero los golpes son mejor afrontarlos de sopetón.

—¡¡¿Por qué lo sabes?!! —sollocé, con los brazos laxos y la cabeza metida en su cuello.

Era un niño abandonado, como siempre fui.

—El Nano lo ha descubierto. Todo, Naím.

—No…, no… —Negué, con la presión lacerante en la garganta.

—Aura ha descubierto una brecha en los servidores de seguridad. —Hizo una pausa que me supo amarga—. Con diez minutos en dos plantas, administración y finanzas internas, la escandinava ha tenido suficiente para extraer datos de clientes y proveedores, algunos accesos secundarios de cuentas de empleados, un esquema del organigrama de la empresa y movimientos bancarios recientes de

ciertas cuentas que tienes. También copió las cámaras de la gala en la que murió Vega, e imagino que esto es lo que ha encontrado. —Vi, con los ojos nublados, cómo contemplaba con dolor la pantalla de Aura—. Lo que hacía Vega. Y yo llevo tres minutos viendo cómo machacas todo a tu paso, amigo.

—No… —lloriqueé, sin querer creerme la primera parte de su relato.

Naiara no.

Ella no podía haberme fallado de aquella manera. Ella no iba a engañarme… Apreté los brazos de Catriel, destrozado y sin saber cómo sacar la cabeza del penoso dolor que me consumía.

—La doctora Rodríguez fue comprada por Valeria para que engañara a Naiara. Era la única opción para que una hacker como ella entrase en nuestra empresa, Naím. —Presioné los labios, conteniendo un llanto que no cesaba. Catriel me abrazó con más fuerza—. La culpa ha sido mía. Me dejé llevar por el currículo intachable, y ahora resulta que todo es una burda mentira.

Negué. Negué tantas veces que tuvo que soltarme y dejarme solo. Me fui a una esquina del despacho, me llevé las manos a la cara, manchándome de mi propia sangre, pensando en cómo se me había arruinado la vida de una manera u otra.

Vega me había engañado. También me había abandonado, porque estaba muerta.

Y, ahora, la mujer por la que suspiraba, de la que me había enamorado, me había tenido envuelto en una mentira desde que me conoció.

¿Quién daba más?

Tal vez, y solo tal vez, era momento de pensar que la soga al cuello sí era una buena opción.

28

Mi ratona



NAIARA

No había dejado de darle vueltas a lo de Vega, por más que intentase centrarme en lo importante, que era Naím, su ático nuevo o Nailani y lo callada que estaba.

—Vamos, Nai. Mi primer sueldo, ¿y te dejas toda la comida? —Le señalé el plato del hospital—. ¡Que son macarrones con un kilo de queso!

Los revolvió y me dejé caer en la silla mientras inspeccionaba la cafetería del hospital. La doctora debía de aparecer ya, pues el resto de la planta me había comentado que era su día de reincorporación. Una baja. Se había cogido una puñetera baja y nadie había sido capaz de comentármelo.

Sobraba decir que llevaba los doce mil euros metidos en una mochila gigante de colegio, tapados con un pañuelo por si a alguien se le ocurría abrírmela. Esa era otra, estaba de los nervios,

pensando en enfrentarme a esa situación, pero es que el tiempo corría, la vida de Nailani peligraba, y allí nadie hacía nada.

Me había respaldado, o más bien cobijado, bajo el tío que entraba por la puerta de la cafetería con andares desinhibidos y una sonrisa radiante. Sonreí inevitablemente cuando lo vi, alcé la mano y lo saludé para que localizara nuestra mesa.

—No tengo hambre, me sabe todo a metal. ¿Te los quieres comer tú?

Resoplé por el tono.

—A veces eres una impertinente al cuadrado —me moví hacia delante en la mesa, queriendo estar más cerca—, pero te perdono porque estás palidilla.

No quería meterle mucha cera. Aquel iba a ser uno de los días duros, y de ahí mi urgencia por llegar a mediodía al hospital. Le habían puesto la quimio, y Nailani no había levantado cabeza. No habló casi nada durante el tratamiento, apenas movió los ojos para seguir a las enfermeras, y, cuando por fin la llevaron a descansar un rato, pensé que le vendría bien desconectar.

A las cuatro de la tarde la convencí para bajar conmigo a la cafetería, a ver si con el cambio de ambiente se espabilaba un poco. Pero en cuanto nos sentamos frente a la bandeja supe que me había engañado a mí misma: no tenía fuerzas ni ganas para nada, pese a que me camelé al camarero y conseguí que la cocinera le pusiera un plato especial con extra de queso y una carita feliz con tomate.

Estaba desplomada en la silla, con la espalda encorvada y los codos apoyados en la mesa como si el propio peso de la cabeza la venciera. Tenía el pañuelo torcido, los párpados pesados y un colorcito apagado que siempre me ponía en alerta. El plato frente a

ella estaba intacto. Lo había olido, había puesto cara de asco y lo había apartado sin decir palabra.

—¿Quieres que salgamos al jardín y demos una vuelta? Lo mismo encontramos algún bicho que acariciar y… —Le acaricié la mano, fría y flojita, y por un segundo quise sacudir al universo entero para que dejara de castigarla así.

—Quiero irme a la cama —sentenció.

Miré a la barra, y vi que Axel se mantenía a la espera, seguramente al ver mi semblante. Le levanté la mano libre de manera disimulada para que no se acercara y esperase. Asintió y se giró en la barra, como si no hubiera aparecido.

—Vale, pues… —No me dio tiempo a soltar ni una chorrada.

—Sabe a metal. Todo me sabe a metal. Y me duelen los huesos. —Hizo un puchero y los ojos se me llenaron de lágrimas—. Y estoy cansada. Mucho, Nai.

Se me formó un nudo en la garganta que me dejó sin respiración. Me levanté a toda velocidad, arrastré la silla que había a su lado y me senté, conteniéndome para no llorar. Normalmente, incluso en los días malos, tenía una chispa: una queja divertida, una broma, un comentario fuera de lugar para hacerme reír. Pero ese día no. Ese día solo había cansancio. Cansancio del que te apagaba por dentro.

La gente iba y venía a nuestro alrededor: médicos con prisa, padres con bandejas, niños en pijamas buscando postres. El mundo seguía, como si todo fuera normal, mientras mi hermana se desplomaba silenciosamente delante de un plato que no podía ni tocar, y la puta doctora se cogía una jodida baja cuando nosotras deberíamos estar muy lejos de allí, probando un tratamiento que quizá le salvaría la vida.

La acerqué a mí y apoyó la frente en mi brazo, agotada.

—También podemos volver a la habitación —susurré, con el nudo persistente.

—No quiero estar aquí —sollozó, y tuve que contener los labios para no llorar más que ella.

Eran muchas las veces las que me preguntaba por qué. Por qué nos había tenido que suceder a nosotras, por qué no se curaba, por qué no se mejoraba para poder quitarse toda la mierda que le metían en el cuerpo. «Por qué, joder. Dame la puta enfermedad a mí, te lo suplico».

Me levanté, agarré la silla de ruedas y me olvidé de los macarrones, de la alegría que había sentido al ver la nómina en mi cuenta y de todo lo demás. Solo estábamos ella y yo. Solo importábamos las dos.

Una mirada bastó para que Axel lo entendiera, para que no hiciese preguntas y continuara a la espera en la barra, por lo menos hasta que lo llamara. Le tendí la mochila con el dinero al pasar por su lado. Él asintió con preocupación en los ojos, y a mí se me escapó una lágrima que recogí con rapidez.

Eso lo alertó más, y me arrepentí de no haberla conseguido retener. Me podía el estado de mi hermana, me mataba verla tan destrozada, me rompía saber que se rendía, que ese día no estaba siendo la guerrera que llevaba por bandera. Y eso podía ser cosa de un día o de muchos. Era lo que más me asustaba, porque si ella no quería luchar contra la enfermedad… No quería ni pensarlo.

El pasillo hacia la habitación se me hizo más largo que nunca. Nailani iba en silencio, con la cabeza apoyada en una mano y la mirada perdida. La quimio le había dejado el cuerpo blando, sin

energía; era como acompañar a una versión más pequeña y frágil de ella misma, una que no solía dejar ver a nadie.

Cuando llegamos a la puerta treinta, empujé despacio para no hacer ruido. La habitación estaba en semipenumbra porque las cortinas se encontraban medio corridas, y el monitor al lado de la cama no marcaba los pitidos suaves y regulares que le recordaban constantemente que su vida pasaba por cables demasiado grandes para sus muñecas. Llamé a la enfermera para que le colocara el pulsímetro en el dedo y los adhesivos en el pecho con la delicadeza de quien ya había hecho aquello mil veces. Después de una quimio intensa preferían dejarla monitorizada unas horas, por si su corazón o su respiración se resentían.

Aunque yo no pensaba moverme de allí, y tampoco pensaba dormir.

Nailani soltó un suspiro de alivio en cuanto vio la cama, como si fuera el único sitio del mundo donde podía descansar sin pelear.

—Tengo sueño, Nai. Mucho —murmuró frotándose los ojos con el dorso de la mano.

Le quité el pañuelo, que le había quedado torcido, y se lo cambié por otro de sus favoritos; el de unicornios rosas. Después la ayudé a subirse a la cama, le levanté las piernas con cuidado, ya que siempre le dolían después del tratamiento, y se acurrucó de lado enseguida, buscando la postura menos incómoda, hundiendo la mejilla en la almohada que olía a hospital.

Qué putas ganas tenía de que saliéramos de allí.

—¿Quieres que te tape, ratona?

Asintió, con los ojos medio cerrados.

Le acerqué la sábana y la tapé hasta los hombros. Su respiración se volvió lenta, pesada, como si cada exhalación le costara un poquito más. Le acaricié la frente con los dedos, en un gesto suave, repetido muchas veces a lo largo de los años. Era el único que conseguía relajarla.

—¿Vas a quedarte? —me preguntó en un hilo de voz, sin abrir los ojos.

—Claro que sí. No me voy a ningún sitio. Hoy no.

Se acurrucó un poco más, como un animalito buscando calor. Su mano pequeña me sujetó los dedos con la poca fuerza que tenía, y arrastró el cuerpo quejándose de manera silenciosa para que no la escuchara. Después se pegó a un lado. Aquello era muy típico de nosotras para que cupiéramos las dos en la cama.

—Gracias —susurró, a punto de quedarse dormida.

Le acaricié la espalda, haciéndole unas suaves cosquillas, y me acoplé detrás para tumbarme a su lado hasta que se durmiera. Permití que su olor me inundara, que su esencia se quedara en cada poro de mi cuerpo, y la congoja no dejó de subirme por la garganta, con ganas de reventar.

—A ti por existir, ratona. —Besé su pelo con amor.

La miré un momento, notando cómo su respiración se hacía más tranquila, más estable. Esa vulnerabilidad me partía el pecho, pero también me recordaba por qué hacía lo que hacía. Por qué cruzaba líneas. Por qué me metía en líos.

Era por ella.

Siempre por ella.

Y, mientras los pitidos del monitor llenaban el silencio, me quedé a su lado y dejé que el mundo entero se quedara fuera de esa

habitación, incluso aparté de mi cabeza las más de quince llamadas perdidas que me había encontrado esa mañana en mi teléfono. Cinco eran de Ramón, el dueño del piso, al que sí le mandé un mensaje rápido de camino al hospital, para decirle que le pagaría un par de mensualidades esa misma tarde. Algo que no iba a ser posible, porque no pensaba moverme del hospital. Le avisaría para que no se cabreara más, y lo haría al día siguiente.

Las otras llamadas… Eran de Valeria Leus y de un número desconocido, el cual supuse que era del Lince. Pensé en la opción de bloquearlos, pero tal vez primero debería poner en conocimiento a Naím, y después acudir a la policía por… ¿acoso? ¿Eso me metería a mí en un follón? ¡Dios! No lo sabía, pero buscaría una solución para quitarme el marrón de encima como fuera.

Quince minutos después, le mandé un mensaje a Axel y le pedí que subiera a planta. Nos veríamos en la puerta de la habitación. No quería moverme demasiado de allí, por si Nailani se despertaba y comenzaba a vomitar. Tenía pinta de que esa vez no la libraba ni un milagro.

No tardó más de tres minutos en llegar. Entré en la habitación y dejé la mochila con el dinero en el armario, escondida.

—¿Ocurre algo? —me preguntó cuando regresé al pasillo, con la misma preocupación que había visto en sus ojos en la cafetería. Me dio un beso en la mejilla que correspondí.

—Quimio. —Chasqueé la lengua—. Es muy agresiva, y a veces se pone mal. —Miré hacia la puerta—. Aunque nunca la había visto así.

—¿Has hablado con las enfermeras?

Suspiré.

—Todo está dentro de lo normal, Axel. Gracias por venir. —Le sonreí, aunque la sonrisa no iluminó mis ojos—. ¿Has encontrado algo?

Negó con la cabeza.

—La doctora Rodríguez no ha pisado el hospital hoy, o sea que la chica que te ha dicho que regresa de la baja creo que ha mentido, o no sabe de la misa la media.

Me mordí los carrillos y pensé en Ana, la enfermera de los labios como morcillas de Burgos, a quien no había visto desde hacía días.

—Pero ¿dónde coño está la desgraciada? —rumié con enfado y un puño apretado.

—Lo que sí he encontrado ha sido su dirección. —Lo miré de golpe —. Solo vive a dos calles de aquí.

Sujeté su brazo, incliné la cabeza hacia un lado y le pregunté:

—¿Estás diciéndomelo en serio? —Asintió con cara de sinvergüenza—. ¿Y cómo de mal va a quedar que me presente en su casa?

—Fatal. Pero vamos a presentarnos en su casa —repitió casi mis palabras.

—Axel. —Me brillaron los ojos—. ¿Te he dicho que eres increíble?

—No, pero lo sé —se guaseó—, aunque me gustaría más que me confesaras que soy el hombre de tu vida.

Le di un codazo para que se callase, sabía que estaba de broma y que retar a Naím se había convertido en su hobby favorito. Me acordé de que le había dicho que podíamos vernos para la cena, así que me dispuse a mandarle un wasap rápido para decirle que no tendríamos oportunidad de hacerlo.

—No puedo moverme de aquí. No me fío, por si empeorase, y, la verdad, la estoy viendo más rara que nunca. —Asintió.

—Pues nos quedamos aquí. ¿Quieres un café de la máquina?

—Estaría bien ahora después, sí. —Miré la puerta abierta, para comprobar si se había movido.

Él me había estado ayudando en la sombra con alguna información, como la de encontrar a la doctora desaparecida en combate y cómo le entregaría la pasta a la doctora a la fuga.

—Esto no va a darte ningún problema si lo haces bien. —Apuntó hacia el interior de la habitación, como si estuviera señalando la mochila—. Haces unos ingresos en el banco fraccionados, te inventas que es de un trabajo *freelance*, si te preguntan en el banco, que lo dudo, y puedes decir que una buena cantidad eran ahorros.

—Ahorros. Yo, Axel, que no tenía ni contrato —añadí con desgana.

—Bueno —movió los hombros con desinterés—, la mitad de la gente de este país trabaja en condiciones precarias y sin dar de alta. Colará. Y, recuerda, siempre hazte la tonta.

Lo medité. Si lo hacía bien, no tenía por qué llevarle la bolsa con todo el dinero al hospital.

—Tendría que hacer los ingresos la semana que viene, contando con que demos con la doctora Rodríguez.

—Daremos con ella, no te preocupes. Y, si no, es tan sencillo como ir a buscarla. —Su movimiento de cejas me hizo sonreír.

Me asomé a la habitación de Nailani, constatando que seguía dormida. Le hice un gesto a Axel para que entrase, y los dos nos sentamos en la mesita baja que había en mitad del cuarto, donde mi hermana a veces pintaba o inventaba juegos.

—He revisado las cámaras de seguridad de la gala. Del asesinato de Vega.

—Menudo cambio de tema —musitó, igual de bajito que yo para no molestar a Nailani—. ¿Has dado con alguna pista sobre el asesino? Mira que si lo consigues tú antes que tu jefe…

—¡Shhh! ¡Calla! —lo amonesté por la ironía—. Vega le era infiel con un jeque árabe.

Los ojos de Axel se abrieron como platos.

—¿Qué estás diciendo, Nai?

La pregunta fue seca, ruda, diría yo. Sin un ápice de la broma que lo caracterizaba. Asentí queda, con el nudo en la garganta permanente y las imágenes del vídeo que había visto en bucle, reproduciéndose en mi cabeza. Y se lo conté de principio a fin, sin dejarme ni un solo detalle.

Mi amigo cayó a plomo en la silla, ojiplático por la confesión y por lo que eso significaría para Naím cuando se enterase.

—Si Vega le fue infiel a Naím, que eran el matrimonio perfecto…, el resto de los mortales no tenemos nada que hacer.

—¡¡Axel!! —Le di un manotazo en el pecho.

—¡Lo siento, lo siento! —Se incorporó hacia delante con una amplia sonrisa que trató de disimular. Yo fruncí el ceño—. No te enfades, que pareces un *shar pei*, acuérdate. Ha sido una broma, perdón, perdón.

Me estiró el ceño en ese gesto al que le había cogido costumbre. Yo cambié de tercio:

—Del asesino no encontré ninguna pista. Tampoco me dio tiempo… —Elevé la cabeza muy despacio, cayendo en la cuenta de algo.

—¿Qué? Nai, ¿qué? ¿Por qué esa cara de haber cometido tú el crimen?

Le di otro manotazo, ahora notando un nerviosismo irregular.

—La memoria… —musité.

—¿El qué?

—La memoria… —repetí con los ojos abiertos como platos—. Me la dejé enganchada al ordenador.

—¡¿En su despacho?!

Y me llevé las manos a la cara, pensando que la situación no podía empeorar más. ¿Cómo demonios me presentaba en la casa de Naím ahora si le había dicho que no podíamos vernos? Miré a Nailani. «No». No iba a moverme de allí, y el histerismo me recorrió las venas. Me froté la cara de nuevo, rezando para que no le diera por entrar en su despacho. Además, la memoria que había usado no era una que no llamara la atención, ¡encima era fucsia!

—No me lo puedo creer… Él entró, y no me dio tiempo a cogerla. ¡Joder, joder, joder!

Me levanté como impelida por un resorte, atacada de los nervios y con el corazón a mil. Axel lo hizo conmigo, intentó sujetarme por detrás para transmitirme una calma que no sentía, y, cuando creía que nada podía empeorar más, la puerta de la habitación se abrió.

—Naiara, qué bien que estás aquí.

—¡Ana! —exclamé, y me zafé de los brazos de Axel a toda prisa—. Te he estado buscando, ¿te han cambiado de planta?

—Sí, he estado unos días a turnos en la UCI pediátrica, pero hoy regresaba a planta y me he enterado de que mi chica favorita ha tenido sesión dura. ¿Cómo se encuentra?

Se adentró con esa sonrisa suave que siempre me daba un poco de paz. Entró sin hacer ruido, como si temiera despertarla, y se acercó directa al monitor para comprobar las constantes: la saturación, la frecuencia, la respiración. Le tocó la frente con el dorso de la mano, revisó la vía con un gesto ágil y después ajustó la manta sobre los hombros de mi hermana, sin que Nailani se moviera ni un milímetro.

—Mal. No la he visto quejarse tanto nunca.

—Le ha dado regular, entonces. Espero que pase buena noche, pero, si me necesitas —se giró para mirarme—, ya sabes que me tienes en el mostrador del pasillo.

Adelanté un paso para que no se marchara, no sin antes preguntarle por la dichosa doctora.

—Ana, llevo semanas buscando a la doctora Rodríguez, y, bueno, me preguntaba si tú sabrías cuándo regresará, antes me han dicho que hoy volvería, pero no la he visto.

Sujetó el manillar de la puerta y arrugó la frente.

—Mmm. Creo, si no me equivoco, que lleva unas dos semanas y media de baja. Más o menos.

—¿Y no sabes cuándo vendrá por aquí? —le preguntó Axel, zalamero y dando un paso para colocarse a mi lado.

Ella sonrió, con una clara muestra de que le gustaba la presencia de mi amigo allí.

—No sé cuándo regresará —se metió el pelo por detrás de la oreja, coqueta—, pero lo que sí sé es que entre esta noche y el lunes vendrá para firmar unos informes de urgencia.

Cerré los ojos momentáneamente. Había una esperanza.

—Anda, mira, pues te vendría estupendamente —soltó Axel, advirtiendo que no hablaba.

Le agradecí en silencio a Ana la información y ella asintió, sin quitarle los ojos de encima al moreno que había a mi lado. Fue a marcharse, pero se detuvo de nuevo.

—En la habitación solo puede estar una persona, ya lo sabes, Naiara. Aunque hoy haré la vista gorda. —Le guiñó un ojo y yo me aguanté la risa—. Por cierto, hoy han estado por aquí tres hombres haciendo preguntas, muy temprano.

El vello de la nuca se me erizó.

—¿Preguntas sobre quién? ¿Sobre Nailani?

—Sobre todo en general. Uno era así alto, sobre unos cincuenta y tantos. Psiquiatra. El otro era rubio, con los ojos azules… —Me mareé, juro que me mareé y no quise entender el remate de la frase —: Y el que subió a ver a Nailani es un hombre que conoce casi todo Madrid. No sé si te sonará de algo, se llama Naím Montero.

Me quedé en shock.

—¿Naím Montero ha estado aquí? —cuestionó Axel, sin salir de su asombro.

—Sí, fíjate, si te hiciera una donación para tratamientos experimentales, no sé, lo mismo habría más posibilidades para tu hermana. ¿Lo conoces? —me preguntó, pero yo ya había disociado.

Lo veía todo borroso. No escuchaba nada, y solo los oía de fondo, ya ni siquiera me enteraba de la conversación que intentaba llevar Axel con ella, aunque la vi reír. Y esa risa era más estridente, como si Axel hubiera cambiado de tema de conversación.

Naím.

Mi Naím había estado allí.

Sabía de la existencia de mi hermana, y no me había dicho nada.

29

El engaño



NAÍM

Naiara
Estreno tu teléfono para decirte
que no podemos cenar juntos ☹.
Nos vemos el lunes ♡.

Lo había releído cien veces, por lo menos. Y había estampado el teléfono contra la pared, hasta que Catriel me lo quitó para que no lo rompiera. Claro, que a mi estado afectaba que el sábado me había bebido una botella y media de whisky, que la lengua se me trababa y las lágrimas se me mezclaban con el líquido que me bebía.

Lloraba, berreaba, me enfadaba y daba puñetazos a todo por todo.

No le había contestado.

No pensaba pronunciarme, porque no sabía ya ni con quién pagaba mis frustraciones ni qué era lo que más me dolía. Solo sabía que era domingo por la tarde, que estaba en las oficinas, tumbado

en el sillón de mi despacho, con Mateo en una silla ejerciendo de psiquiatra y Catriel a mi lado, tendiéndome una bolsa de papel para que soplara mientras me cagaba en todo lo cagable.

Vega me había engañado.

Naiara me había engañado.

Yo estaba engañándome.

—Nada de esto debe provocar que te hagas daño tú, Naím. Y es lo que has hecho. A esto es a lo que tememos tanto Catriel como yo. Cuando cruzas el límite, pierdes el control de tus actos y arrasas con todo.

Mi amigo se movió incómodo, imaginé que por lo que habíamos vivido en lo que era el despacho de mi casa. Era, porque solo se mantenía en pie la mesa de Aura, y por los pelos. Sí, debía admitir que, de los dos, yo era el más peligroso cuando perdía los papeles.

Me miré los nudillos, despellejados y llenos de sangre seca. Los había curado de aquella manera, y, pese a todo lo ocurrido, no dejaba de pensar en una sola persona: en Nailani. En lo perjudicada que era en medio de aquella mentira catastrófica. En lo mal parada que saldría.

Y en que debía decírselo a su hermana, pese a la situación.

—¿Qué vas a hacer con Naiara? —me preguntó Mateo, con un tono de preocupación en la voz.

—No lo sé. —Me llevé las manos a la cara y me la froté, desesperado.

Catriel se revolvió otra vez. Yo me quedé clavado en la estancia en la que nos encontrábamos, la misma que tenía sus pertenencias, donde nos habíamos revolcado con delirio. La que había sido testigo de la mentira desde que empezó.

—Contando que su carácter no sea falso también —comentó resentido Catriel, y eso que todavía no conocía la bomba.

Él pensaba que mi malestar se debía en mayor parte a Vega, a que había transferido datos de Veritas, que también, pero de lo que ninguno de los dos era consciente era de lo que había empezado a sentir mi corazón por Naiara. Y quizá ese fuera el peso más grande de la losa que me asfixiaba.

—¿Has encontrado toda la información que se ha llevado?

La pregunta de Mateo fue dirigida a Catriel, quien no había tardado en ponerse manos a la obra sin pedir permiso.

Había puesto en aviso a todos los clientes afectados, alegando que habíamos sufrido un pequeño ataque cibernético, los había transferido a otros servidores de manera inmediata y había hecho acudir a las oficinas a media planta de urgencia.

Catriel había actuado con una precisión quirúrgica, en silencio, como si llevara toda la vida esperando el momento de tener que salvarme de mí mismo. Mientras yo dirigía la tormenta de mi vida, él ya había reorganizado permisos, cancelado accesos temporales, redirigido pasarelas bancarias vulneradas y levantado cortafuegos nuevos como un artesano de la supervivencia.

—Sí, y la mayoría ya están contenidos. Podemos tener algún problema legal si el cliente se nos pone capullo, pero ya está. —Le quitó hierro al asunto, como si ir a la cárcel por un fallo de ese tipo no tuviera importancia.

—Por aquí, entonces, podemos respirar tranquilos.

Aguanté la sonrisa triste que casi despunta de mis labios. Mateo acababa de hacer lo mismo que Catriel: hacer suyos los problemas de los demás. Los míos.

—También he aislado el servidor que usó. No hay rastro a simple vista. Si alguien intenta tirar del hilo, verá ruido, nada más. He borrado ecos, limpiado rutas, cubierto lagunas. —Hizo una pausa amarga y añadió con hastío—: La tía es buena, es innegable.

—No tanto como dice su currículo —matizó con saña Mateo; yo continué al margen, con el dolor lacerante en el pecho.

—Igualmente, deberíamos hablar con ella y saber qué ha contado.

—Mejor que dejemos pasar unos días para eso —opinó Mateo, más como una orden que como una sugerencia.

Me levanté, encaminé mis pasos hacia la ventana y miré el exterior en silencio.

Seguí oyendo de fondo cómo había reescrito claves, revocado credenciales de media docena de empleados, reasignado nodos que llevaban años sin tocarse y desviado transacciones sospechosas a cuentas fantasmas para que no pudieran rastrear nada hacia VeritasVR. Incluso había alertado a nuestro equipo legal para que preparara comunicados, por si algún proveedor empezaba a hacer preguntas incómodas. ¿En qué momento había ocurrido todo eso, y dónde estaba yo?

En las nubes. Con ella.

Con Naiara.

Con la misma mujer que estaba rompiéndome la cabeza, la lógica, y también el pecho.

—He hablado con los bancos —continuó Catriel—. Les he dicho que era una auditoría interna y que bloquearan cualquier movimiento que no saliera de mis claves o de las tuyas. Lo han hecho sin preguntar demasiado. Y he puesto vigilancia reforzada en las plantas de arriba. Por si acaso.

Por si acaso.

Por si esos datos caían en manos equivocadas. Y yo le había contado a Naiara lo que hacíamos en la planta trece y catorce como un gilipollas. Gilipollas, sí, con todas las letras, no merecía menos que ese insulto.

Por si le había dado esa información también a Valeria Leus y decidía hacer estallar el mundo.

Por si, después de todo, todavía había alguien más observando desde las sombras.

Me quedé en silencio un instante, buscando aire, intentando que la ira no llenara cada recoveco de mi cuerpo. Notaba los puños demasiado apretados, el cuello tenso, la camisa demasiado tensa.

Negra.

La camisa, el traje, todo era negro. Y lo había hecho con rabia, como si quisiera verla y darle en todas las narices para que se diera cuenta del daño que me había causado con sus mentiras. Con robar información que no le pertenecía.

—¿Y qué ha dicho el equipo legal sobre la denuncia?

La pregunta de Mateo me dejó estático y solo moví los ojos hacia el lado. ¿Denuncia? Catriel carraspeó y el suelo se abrió a mis pies. ¿Había contemplado siquiera la opción de tomar acciones legales contra Naiara, por lo que había hecho?

No.

Esa era la respuesta.

Estaba enfadado, cabreado hasta la médula, sin embargo, conocía a Nailani. ¿Quién en su sano juicio no haría lo imposible por salvar a su hermana? ¡Yo lo haría! Aunque tuviera que caer medio mundo.

No habían sido las maneras correctas, pero ¿de qué manera hubiera conseguido ese dinero?

No recuerdo en qué momento se me escapó el aire del pecho. Tenía la mirada fija en el horizonte de nuevo, y las palabras me llegaban amortiguadas, como si vinieran desde el fondo de una piscina.

—Tenemos que movernos ya, Naím —dictaminó Catriel, hostil, con ese tono que solo usaba cuando se sentía traicionado—. Acciones legales, internas y externas. No es una tontería. Nos ha robado información. A ti, a la empresa, a todos.

Vi a Mateo asentir por el cristal, más comedido, pero igual de firme.

—No puedes dejar esto pasar. Es peligroso para ti y para Veritas. Y para tu salud, Naím. Esto te ha afectado más de lo que piensas, independientemente de que la parte de Vega sea el golpe más duro.

El estómago se me retorció, no obstante, de inmediato se sobrepusieron en mi cabeza unos ojos azules tan intensos que me desarmaron. «¿Por qué, por qué, por qué?».

No podía hablar todavía. Sentía las manos dormidas, la mandíbula rígida. La imagen congelada de Naiara en las cámaras, en administración y finanzas, recogiendo datos que no debía, se superponía en mi mente con su risa, a su voz, a cómo me había sostenido hacía apenas unas horas. Era como intentar sumar dos realidades incompatibles.

Catriel insistió:

—Hay que denunciarla, Naím. —Apoyó una mano en mi hombro. Ni siquiera supe cuándo había llegado—. Por esto no duraba en los trabajos, por esto era todo una mentira.

Cada palabra me atravesaba y aun así no lograba reaccionar. Sabía que lo lógico era asentir, dar la orden, proteger la empresa, protegerme a mí mismo. Era lo que cualquiera en mi posición haría.

Pero yo no era cualquiera.

Ella no era cualquiera.

—Naím —intervino Mateo, más suave, levantándose—, sé que no quieres hacerte daño. Pero no puedes negar lo que estás viendo. No puedes justificarlo. Esto es muy serio.

Seguí sin responder. No porque no supiera qué decir, sino porque lo sabía demasiado bien: no quería creerlo. No quería aceptar que Naiara había entrado en mi vida para destruirla.

El dolor me había dejado fuera de juego, como si mi cerebro estuviera un paso por detrás de todo, y entonces fui consciente: lo de Vega no dolía tanto. Había sido un cómputo, sí, pero lo que más me martilleaba era el cómo actuaba después de aquello.

Catriel resopló, irritado.

—Pensar no es una estrategia, Naím. Nos jugamos demasiado.

Cerré los ojos un instante y respiré hondo. Sentí la punzada en el pecho, justo donde aún ardía su nombre.

No confiaba en Naiara en ese momento.

Pero tampoco confiaba en mis emociones. Ni en mi memoria. Ni en mis juicios, no ahora que lo hacía en caliente. Tenía que ordenar el caos antes de decidir si destruía a la única persona que, sin quererlo, había logrado despertarme.

Me metí las manos en los bolsillos, abatido, y musité:

—Estoy enamorado de ella.

Ya lo había dicho.

Sentí el pulso en los oídos, escuché cómo el despacho se quedaba en silencio, cómo el aire cortaba. Cómo la mano de Catriel caía con lentitud de mi hombro. Lo vi en el reflejo. Su mirada brillante, la rigidez de sus hombros, el asombro incluso de Mateo, a nuestra espalda. Y mi amigo fue, eso, Catriel:

—Lo que nos faltaba para el gordo de Navidad.

El momento, la razón por la que habíamos empezado la conversación, todo, perdió sentido cuando oí en la puerta del despacho cerrada una voz que conocía muy bien. Una voz que no me cansaba de escuchar y a la que parecía haber invocado con el pensamiento.

—Aura, desbloquéame la entrada, por favor.

—¿Cómo…? —El asombro de Catriel fue palpable, y comprendí que también le había restringido los accesos, hasta que tomáramos una decisión.

—Lo siento, NeónNai, pero no puedo hacerlo.

Un «clic» fue suficiente para abrir la puerta del despacho y aparecer delante de los tres. No me giré. No podía, y quizá fuera de ser cobardes, pero prefería contemplarla a través del cristal. Mirarla a la cara iba a ser imposible.

Mirarla a la cara iba a destrozarme.

Mi amigo dio un paso, temerario.

—Te he robado la tarjeta de tu mesa para entrar aquí, Catriel —le explicó de carrerilla y se la tendió—, lo siento. —El tono de su voz me indicó lo nerviosa que estaba, además, vi perfectamente en el cristal que le temblaban las manos—. Y para llegar aquí le he quitado la tarjeta a Axel.

Silencio.

Se había justificado, y, aunque uno no debía ir por la vida justificándose, creí que en ese momento sí era necesario hacerlo.

—Si llego a saber que eres tan avispada, aviso a los gorilas también. O a la policía.

No había ni un rastro de broma en el tono de Catriel. Naiara dio un paso en mi dirección; mi amigo se lo cortó y ambos se miraron. Ella con miedo y derrota, él con la determinación de que no iba a permitir que se acercase a mí. Mateo se mantuvo al margen, cerca de mi mesa y sin meterse.

Yo no me moví, ni siquiera saqué las manos de los bolsillos, y el reflejo pareció ser más nítido que nunca.

—Catriel, por favor —le suplicó. Naiara me buscó con la mirada—. Naím, necesito que hablemos… a solas. No tengo mucho tiempo y…, Naím… —me llamó de nuevo, con el tono de voz apagado.

La risa sardónica de mi amigo me puso la piel erizada; a ella la alertó.

—No vas a quedarte a solas con él, Naiara. Olvídate de eso.

Ella intentó dar otro paso; él se lo cortó, más intimidante que antes. La vi morderse el labio con coraje, gruñó y frunció el ceño en aquel gesto que tanto me gustaba.

—¿Te piensas que soy una asesina en serie o qué? ¡Que soy yo, Catriel! —Levantó las manos en el aire haciendo un aspaviento y lo intentó de nuevo—: Naím, ¡Naím, mírame, por favor!

Solo nos separaban cinco pasos. Cinco.

Y podría haberlo solucionado dándome la vuelta, caminando hacia ella y preguntándole por qué me había mentido y no me lo había contado antes. Le habría dicho que reposaría el enfado, que lo gestionaría porque la entendía, sin más. Porque no nos conocíamos,

pero lo intentaríamos porque ella me había sacado de un pozo muy profundo sin ser consciente.

Y lo había hecho con su risa alocada, con su lengua malhablada, con su altanería. Con esa manera de ser distinta a todo lo que había conocido. También entendía que no me hubiera contado lo de Vega, ya que, después de reposarlo unos minutos, ni siquiera habíamos tenido tiempo para decirnos las verdades.

Verdades como la que yo había descubierto. Esa pesaba por encima de todas.

Sin embargo, no hice nada. Dejé que el orgullo, que el tío implacable, inalcanzable, de Naím Montero apareciera en su lugar. La roca inexistente de sentimientos, aunque por dentro estuviera cayéndose a trozos. No cambié la postura, no me giré un centímetro, no hice nada.

—Yo confié en ti, y lo único que has hecho es mentir desde que pusiste un pie en estas oficinas. Así que permíteme que no confíe en personas como tú —soltó con veneno.

Naiara lo miraba a él, pero automáticamente pasaba sus ojos a mí, buscándome con desespero. La veía moverse agitada, deseando esquivar a mi amigo en algún momento para llegar a mí, y, sin duda, supe que lo conseguiría.

—Naím, todo lo que te he contado es verdad, y te juro que pensaba hablar contigo sobre esto ayer, pero…, pero tuve que irme porque… —Estaba tan nerviosa que las palabras se le apelotonaban una tras otra, y me dieron ganas de girarme y abrazarla, de decirle que yo también sentía lo que iba a decirle, que todo pasaría.

Que yo la ayudaría.

—Tuve que irme, tuve que irme —se burló Catriel—. ¡Deja de inventarte excusas ya, Naiara! Has robado información de Veritas, ¿qué vas a hacer cuando te llegue la denuncia? ¿Cambiar de país y decir que te recomiendan de Edimburgo para engañar a otros?

La vi ponerse roja e intentó esquivar a Catriel. No lo consiguió, y la mirada lacerante de mi amigo fue una advertencia para que no volviera a intentarlo.

—¡Pues denúnciame si es lo que quieres! Yo no he venido aquí para hablar contigo, así que apártate de mi camino —le espetó con las mismas formas que Catriel estaba teniendo: ningunas.

—No voy a consentir que sigas soltando mierdas. Nada justifica lo que has hecho.

—¿Es que si llego a contarte mi situación el primer día me habrías hecho un contrato? —le atacó ella.

No. Claro que no. Y eso lo sabíamos todos los que estábamos en el despacho. Catriel bufó como un toro, se pasó una mano por el mentón y le señaló la salida.

—Vete o te saco yo de aquí. Ya tendrás tiempo de explicarte cuando él lo decida.

Naiara se cruzó de brazos. Ambos estaban muy cerca, y por un segundo dudé de que la bronca fuera a más. No, no era el momento para hablar, la situación estaba muy tensa.

—No me da la gana. —Me miró y dio un paso que Catriel le cortó otra vez—. ¡Naím! ¡Naím, por favor!

—¡Te he dicho que no!

—¡Deja de atacarme y cállate la boca! —se exaltó y descruzó las manos, ahora levantando un dedo de manera acusadora.

—Si me gritas otra vez, te saco a rastras de aquí, Naiara —la amenazó Catriel, casi sobreponiéndose sobre ella.

No se amilanó. Ese era uno de los fuertes de Naiara.

—No eres tú tan valiente para sacarme de aquí.

—¿Quieres verlo, chula de barrio?

—¿Y de dónde te piensas que eres tú? En la calle nos enseñan a todos lo mismo, Catriel.

Vi con claridad cómo se erguía y mi amigo entrecerraba los ojos, con ganas de asesinarla. No sé cómo lo hizo, pero lo hizo. Se coló por el lateral. El pulso se me aceleró al darme cuenta de que solo nos separaban dos pasos y me esforcé para no desviar la cabeza y verla completamente. Por el rabillo del ojo aprecié más su rojez, lo agitada que se encontraba y su respiración desacompasada.

Catriel tardó un segundo en colocarse delante de mí con cara de pocos amigos, impidiendo siquiera que me rozara. Era el instinto protector de alguien que sabe que no estás bien. De alguien que conocía perfectamente mis debilidades, y, con lo que acababa de confesarle, Naiara se había vuelto mi debilidad.

Ella resopló muy fuerte y tragó saliva, inspeccionándome con amargura.

—Está bien —le enseñó las palmas—, pues lo haremos así. —Me habló a mí en todo momento, ignorando la cara de mala hostia que portaba mi amigo—. Entiendo que ya sabes por qué entré aquí.

—Jum. —La ironía de Catriel provocó que a Naiara se le saltara una lágrima.

Vi que mi amigo aflojaba. Lo noté en la tensión de sus hombros cuando ella le pidió en un susurro ahogado:

—No me lo pongas más difícil, por favor. —Se sorbió la nariz, aunque sus ojos rojos ya me habían indicado que había llorado mucho antes de llegar a las oficinas. También lo había visto a través del reflejo. Ni siquiera me cuestioné cómo sabía que estábamos allí —. Desde el primer momento he querido quedarme con… contigo. Esto que tenemos no lo he tenido nunca, y quiero arreglarlo.

Su tono era débil, y también comprendí algo que me había pasado completamente desapercibido: Naiara estaba hasta las trancas de mí. Como yo de ella. «Quedarme contigo». Allí, donde fuera, pero juntos. Eso era lo que habían querido decir sus palabras, y a mí se me rompió un poco más el corazón. «Uno, dos, tres, cuatro, cinco. No…».

Nadie habló, y mi valkiria lo intentó de nuevo:

—Naím, te juro que iba a contártelo todo. Que no quería que hubiera medias verdades entre los dos, pero… —Más lágrimas corrieron por sus mejillas—. ¿Por qué habéis ido todos al hospital?

La pregunta me congeló la sangre y lo notó. Ella ya había aprendido a leerme también. «… dieciséis, diecisiete, dieciocho».

—¿Estás buscando excusas para echarnos en cara algo, Naiara? —Catriel atacó de nuevo.

Saqué las manos de los bolsillos, me giré un poco y sostuve a Catriel de los brazos. Error. Naiara plantó sus ojos en ellas de inmediato, horrorizada.

—¿Qué te ha pasado en las manos? —se asustó, e hizo el amago de acercarse. Catriel gruñó autoritario—. Naím…

—No es tu problema —le dijo Catriel tajante.

Se hizo un silencio extenso y cerró los ojos, abatida, e insistió:

—¿Para qué habéis ido, Naím?

Se me formó un nudo en la garganta y los ojos me quemaron. Escondí las manos de nuevo, apreté la mandíbula, me mordí la lengua y, antes de que Catriel volviera a interferir por mí, le hablé con tono duro:

—Para saber qué estabas escondiendo.

El impacto de nuestros ojos fue colosal. Los suyos ardían en lágrimas que no dejaban de salir, los míos eran una mezcla de rabia y tristeza incomprensibles. No sabía ni siquiera a qué atenerme.

—¿Y te has quedado satisfecho con la respuesta? —sollozó, con la garganta atascada.

Catriel no se movió, como si fuera el muro de contención, e iba a necesitarlo. «… veintidós, veintitrés, veinticuatro». ¿Por qué…?, ¿por qué ahora?

—¿Te quedaste tú satisfecha con la respuesta de las grabaciones?

Apretó los labios conteniendo un llanto arrollador. Yo permanecí todo lo imperturbable que pude, sin sacar las manos de los bolsillos, sin pestañear y con la mirada clavada en ella. Naiara tampoco la desvió, pese a estar destrozada.

—Iba a contártelo… Yo solo quería ayudarte…, no…, no sabía que… —musitó ahogada. Rota.

Y la creía. La sorpresa fue encontrarse a Vega siéndome infiel. Todavía no podía creérmelo.

No lo contuve más en la boca y me dispuse a darle la noticia que la desmontaría, aun sabiendo que yo no estaría ahí para recogerla. Que no podía. Las manos comenzaron a temblarme dentro de los bolsillos, claro indicativo de por qué no las había sacado, y también noté cómo una tensión firme me subía por la espalda, dejándome

rígido. Mateo tuvo que percibir algo, pues lo vi moverse en mi dirección. «Veinticinco, veintiséis, veintisiete».

—La doctora Rodríguez ha vendido su trabajo al mejor postor. —De repente todo cambió. Un paso atrás por parte de ella, una mirada perpleja. «Veintiocho»—. A Valeria Leus, de Nexusi, e imagino que, juntando piezas, es la misma persona que te metió aquí.

—No… —escapó de sus labios y se me rompió el mundo.

«Veintinueve».

—Le han pagado cincuenta mil euros por engañar a una chica que tiene a su hermana enferma. Le han dicho que tenían un tratamiento experimental en Suiza para ella. —El alma se me cayó a los pies cuando retrocedió otro paso, ahora con un puño en la boca y las lágrimas cayéndole en cascada.

—No…, n-no… —sollozó sin dejar de negar con la cabeza, sin dejar de retroceder hacia atrás, como si no quisiera creérselo.

—Pero todo es mentira, Naiara. Han usado a esa chica y a su hermana como daño colateral. No existe ningún tratamiento para curar a Nailani.

«Treinta».

Entré en colapso.

La vi alejarse, como un borrón, salir corriendo del despacho. A Mateo correr detrás de ella, llamarla a voces para que se detuviera. «¡Naiara, Naiara!». A Catriel llamando a Mateo; no por ella, por mí.

No recuerdo haberme ido. Solo sé que, en cuanto dije el nombre de Nailani, algo dentro de mí se quebró del todo. Los sonidos dejaron de llegarme con claridad, como si alguien hubiera cerrado una puerta de golpe dentro de mi cabeza. Sentí cómo la sangre me

zumbaba en los oídos, cómo el suelo se inclinaba bajo mis pies y cómo mis dedos perdían fuerza dentro de los bolsillos.

Mateo regresó a toda velocidad y creí que pronunció mi nombre. Catriel también.

Pero ya no los escuchaba.

El aire se volvió espeso, irrespirable. La vista se me nubló. Y el temblor que llevaba minutos intentando contener me atravesó por completo, sin aviso, sin tregua.

La última imagen que retuvo mi mente antes de desplomarme fue la de Naiara llevándose una mano al pecho, rota, mirándome como si yo acabara de arrancarle el suelo bajo los pies.

Y entonces, simplemente, dejé de sostenerme.

30

El mazazo final



NAIARA

Corrí.

Corrí tanto que no veía ni siquiera el suelo que pisaba. No sabía el porqué de mi carrera, solo que necesitaba escapar de allí. De sus ojos, de su lengua dañina, de su mirada acusadora. De él.

Nada había salido como esperaba.

La confesión de Ana había sido el pistoletazo de salida para que le pidiese a Axel que se quedara con Nailani ese domingo por la tarde un rato, para que intentase explicarle a Naím lo que había sucedido, con el fin de saber por qué había aparecido en el hospital haciendo preguntas.

«No existe ningún tratamiento para curar a Nailani».

Grité. Con un sollozo que me taladró los pulmones, llevándome una mano a la boca para amortiguar el dolor que se me escapaba entre los labios. La gente me miraba con la lástima reflejada en los

ojos, y ni siquiera me pregunté cuál sería mi aspecto mientras trataba de llegar lo más pronto posible al hospital.

Había tardado más de lo esperado, pues lo primero que hice fue coger un taxi para presentarme en la casa de Naím. Allí no estaba, y supe que, si no se encontraba en su casa, lo más lógico era que estuviera con Catriel o en las oficinas. Como con Catriel no habría suerte, ya que no disponía ni de su teléfono, probé con lo más sencillo: la Torre de Cristal.

Todo esto fue impulsado por el dibujo que Nailani había colgado en una de las paredes, donde yo me veía muy hippy con la capa de heroína y la frase de «Mi hermana es una guerrera». Y ella se había dibujado al lado, dándome la mano y con una capa igual que la mía, con la única diferencia de que la suya estaba plagada de unicornios.

Las lágrimas cayeron más gruesas.

¿Dónde coño estaba la heroína que no iba a encontrar una puta cura para su hermana? ¿Dónde mierda estaba la heroína si la habían engañado como a una imbécil? «Se va a morir».

El llanto me arrolló con tanta fuerza que tuve que detenerme en una de las paredes para respirar. Me dolía el pecho, el corazón, la vida. Me dolía respirar, me mataba no haber pensado en el simple detalle de que podrían haberme engañado, cuando siempre tuve la espinita de que esa gente no jugaba en la misma liga que yo.

Cuando comprendí desde el incidente del Lince que eran peligrosos.

Cuando Valeria Leus no había dejado de llamarme.

Me miré en el espejo de la puerta del edificio donde me había apoyado. Iba hecha un desastre, así que más valía apañarme antes

de entrar en la habitación de Nailani, porque, si aquella ratona estaba despierta, iba a darle el disgusto de su vida.

Minutos más tarde entraba por la puerta del hospital, habiéndome quitado a manotazos las lágrimas, los restos de rímel que se habían corrido por mi cara y habiendo hecho lo que había podido para estar medio en condiciones. Una vez en el ascensor, tomé aire y dejé que el pelo cubriera parte de mi rostro, ocultándome de las personas que se subieron conmigo.

Notaba sus miradas aunque no los viese, pues yo contemplaba las puertas, deseando que parara en la planta seis. Una vez llegué casi sola, me dirigí al primer baño de la planta y cerré, dispuesta a adecentarme. No me llevó más de dos minutos lavarme la cara, mojarme la nuca y contemplarme de nuevo.

«No existe ningún tratamiento para curar a Nailani».

Los labios me temblaron cuando rememoré las palabras de Naím en mi cabeza. Mi Naím. El hombre por el que bebía los vientos, el mismo que no había querido escucharme siquiera. El que había descubierto que me habían engañado antes que yo misma.

—¿Naiara? —Mi nombre fue seguido por dos toques en la madera.

Abrí los ojos asustada al oír a Axel, me giré veloz y abrí la puerta del baño sin pensar.

—¿Nailani está bien? ¿Por qué no estás con ella? —le pregunté de manera abrupta, casi empujándolo para poder salir.

Él solo me observó, levantó las palmas para que detuviera mi intento de huida y me sostuvo por los hombros. No había oído ni que me llamaba con insistencia.

—Naiara, Naiara, eh, eh, tranquila. He salido a por un café y te he visto entrar en el baño con prisa. Oye, tranquila. —Me abrazó y me

desmoroné—. Eh, ¿qué ha pasado? Ana está con ella en la habitación. Duerme tranquilamente y está con mejor color. Se ha comido unas galletas para merendar hace media hora. —Me separó, pero yo no conseguí dejar de hipar—. No ha ido bien.

Negué con la cabeza y me derrumbé con más fuerza.

Me dio mi tiempo de recuperación breve, me llevó a unas sillas laterales de la planta y nos sentamos. Aquello me provocó un *déjà vu* de cuando estuvimos en Veritas con Naím desaparecido por el síncope. Le solté toda la información de golpe, como si fuera una locomotora, sin frenos y sin retener los hipos que iban a ocasionarme una contractura en el pecho.

Me rompí con más intensidad, con más fuerza, porque mi hermana se podría morir en cualquier momento y yo no encontraba una cura. Quizá ahí me vino el golpe de realidad más grande de la vida, quizá, simplemente, no existía cura.

—Joder…

Me acordé de su tarjeta, previamente cedida por él, y se la devolví entre lamentos. Era obvio que no pensaba confesarle a Naím que Axel me la había prestado. Después de todo lo que estaba ayudándome, lo que menos iba a hacer era buscarle problemas. Bastantes tenía yo.

—¿Podrías hacerme un último favor?

Acarició mi pelo con cariño y asintió con los labios contenidos en una mueca dolorosa.

—Claro que sí, rubita. Lo que necesites.

—¿Me concedes una hora más? Solo iré a casa, me ducharé y traeré algo de ropa para estar aquí hoy. Mañana… —moví los hombros con duda—, supongo que ni siquiera tengo trabajo.

Lloré de nuevo. Todo iba rematadamente mal. Me levanté, limpiando como pude el resto de las lágrimas que no dejaban de salir como si fueran un río, dispuesta a darle un beso a mi hermana antes de irme del hospital. Respiré varias veces, conteniendo la presión que aumentó en mi pecho cuando me asomé a la puerta de la habitación. En efecto, Ana seguía con ella. Esa mujer se tenía el cielo ganado con nosotras.

—Cloc, cloc. —Hice el sonido para ver si me contestaba.

—Cloc, cloc. ¿No me has dicho que no te ibas, petarda?

Sonreí. Aquella era más mi hermana.

—¿Te ha venido bien la siesta?

—Y tú me habrás traído el plato de macarrones con extra de queso de ayer, ¿no? —Le puse una cara que daba a entender que no —. ¡¡¿Nooo?!! ¡¡Naiii!! —Entrecerró los ojos y me preguntó—: ¿Y esa cara? Parece que te ha atropellado un camión.

Reí, y escuché la risa de Axel a mi espalda. Ana me miró con pena y tocó mi mano con cariño antes de salir de la habitación en silencio.

—Si vieras el ataque de estornudos que me ha dado… —me inventé sobre la marcha y me senté en la cama—. Casi la palmo.

—Si no me he muerto yo ayer, no te mueres tú por unos estornudos —me dijo con ese humor tan suyo.

—No digas tonterías —añadí con enfado, aunque por dentro me abrió en canal—. Has pasado un día horrible. Ya está.

Ella me miró con esos ojos enormes, hinchados pero brillantes. Igualitos a los míos.

—Dime la verdad, querías pegarte una siesta y no has podido, por eso tienes ese humor, ¿a que sí? —Enarqué una ceja para disimular,

pero los ojos se me inundaron de nuevo—. Ha… —Miró a Axel y me puso la mano sobre la mía—. Nai, ¿ha pasado algo?

—No. —Tragué el nudo de la garganta—. Voy a ir a casa a cambiarme de ropa y vuelvo. Te dejo al morenito aquí.

Mentirle a Nailani se me daba fatal. Ella enarcó una ceja, ignorando mi comentario gracioso sobre Axel. Él tampoco habló.

—Te conozco. Si yo estoy fea, tú estás peor, y eso no lo hace un ataque de estornudos.

Esa frase me mató y me salvó a la vez. Me dejé caer un poco contra su hombro, con cuidado de no aplastarla, también de esconderme de su mirada avispada.

—Ha sido un día muy largo, solo es eso.

—Para las dos —admitió ella, acomodándose la manta—. Pero mañana será mejor. Y, si no lo es, pues que le den. Ya haremos que lo sea para arreglarlo. Y quiero mi táper de macarrones de la cafetería.

Cerré los ojos y respiré. La respiré a ella, sintiendo su calor.

—Te quiero, ratona.

—Ya, ya lo sé —respondió, con ese tonito chulo que solo tenía cuando se sentía segura y soltó como si fuera una persona mayor con entendimiento—: Pero no te pongas moñas, ¿eh? Que esto no me va a matar.

«No existe ningún tratamiento para curar a Nailani».

—Claro que no. —Me repetí mentalmente que no debía llorar. No delante de ella.

—Yo soy Nailani Ramos. Me matará el aburrimiento antes.

Reí y las lágrimas se me saltaron. Las recogí con rapidez, antes de separarme de ella y que me viera, aunque yo sabía que era muy

cuca y que me había visto. Me lo dijo su apretón de manos. La miré antes de marcharme, sonrió, y ese gesto fue suficiente para reconstruirme un poco.

Y ahí, en ese cuartucho blanco que olía a desinfectante y tristeza, mi hermana volvió a salvarme la vida sin darse cuenta.

Me marché del hospital y un rato después subía las escaleras del edificio arrastrando los pies, más por cansancio mental que físico. El olor a grasa del kebab de abajo se metía por todas partes, impregnando las paredes del edificio y mi cabeza entera, esa que no dejaba de pensar en mi hermana como si fuera un martillo constante. También había momentos en los que Naím se colaba, pero era inevitable que el dolor por lo que había descubierto solapara cualquier bronca o intento de arreglar las cosas con él.

El corazón se me caía cacho a cacho, y por Dios que no sabía cómo iba a reconstruirlo si no encontraba la cura.

Cuando giré la esquina de la escalera y vi la puerta de mi estudio, me quedé congelada.

Mis pertenencias estaban fuera.

Todas.

La maleta vieja que llevaba años sin cerrar bien, la caja donde guardaba mis cables y mis herramientas, la bolsa con mis mudas limpias, las sucias, el edredón despeluchado que solo servía para las noches de frío extremo, el microondas cojo que me había regalado una vecina cuando me mudé, los cuatro utensilios de cocina que eran míos… Todo estaba tirado en una montaña caótica contra la pared, como basura que alguien quería quitarse de encima.

Se me quedó el estómago arriba, la garganta abajo y el corazón en una especie de suspensión absurda. Aquello no podía estar

pasándome de verdad.

—No me jodas —murmuré acercándome con un miedo irracional.

Había una nota pegada en la puerta, escrita con el permanente azul cutre de Ramón. La arranqué antes de leerla. Con todo lo que había ocurrido desde el día anterior, no le había hecho el ingreso de los dos meses, aunque por lo que había leído por encima de la nota tampoco habría servido de nada.

Me agaché para recoger una de mis cajas y las manos me temblaron hasta advertirme del apagón mental que se avecinaba. Nailani se encontraba en el hospital, luchando por seguir; yo llevaba días mintiendo, sosteniendo mi vida como podía, y ahora Ramón me echaba como si fuese un mueble roto que ocupaba espacio.

El rellano estaba vacío, pero aun así sentí la vergüenza clavarse en la piel, una mezcla de humillación y cansancio que dolía más que cualquier insulto.

—Ni casa tienes ya —me fustigué, saqué el móvil del bolsillo y le mandé una foto a Axel.

En el wasap no me quedó más remedio que ponerle un: «Voy a tener que pedirte otro favor. Que te lleves mis cosas a tu casa. Si puede ser, cuando yo llegue al hospital, o cuando Ana se quede con ella».

Respiré hondo, recogiéndolo todo como pude. No tenía fuerzas ni cabeza ni espacio en ningún sitio. Me quedé un momento sentada en el suelo, apoyada contra la pared desconchada, rodeada de mis pertenencias, que cabían en menos de dos metros cuadrados.

Estaba sola, agotada, y con la sensación de que el mundo me cerraba puertas una a una.

Y lo peor era que ni siquiera tenía tiempo para venirme abajo de nuevo.

Debía volver al hospital.

Debía seguir respirando, por Nailani.

Aunque acabara de quedarme, literalmente, en la calle.

Pensé en Naím. Era el momento idóneo para darle paso. Él, su nuevo piso, su proposición, y una sonrisa triste seguida de una gota salada fue lo que apareció en mi rostro. ¿Dónde se quedaban todos esos planes que ni siquiera habíamos empezado?

Iba de negro. El canalla iba de negro para sentirse mejor dentro de esa burbuja de pesimismo. Para que advirtiera el daño que le había hecho mi silencio, mis mentiras. Y me dolía que algo tan bonito lo hubiéramos ensuciado con tanto embuste.

Los dos.

Yo tenía más culpa que ninguno, lo había empezado todo, pero él… Había visto el dolor en sus ojos cuando me dijo lo de Nailani. Solo yo sabía las ganas que tenía de interrogar a aquella demonia pequeña para que contara todos los interrogantes que no tenían respuesta.

¿Y sus nudillos? ¿Qué le había sucedido a sus manos? ¿Con quién se había peleado? No quería ni pensarlo, aunque lo que más me preocupaba era ser yo la culpable de esa furia. No. No podía ser, porque me apostaba la cabeza a que esa ira había salido gracias a Vega y su infidelidad. ¡Maldita mi suerte, por haberme dejado el pen allí!

Abandoné el edificio que me había dado cobijo durante unos años, diciéndole adiós con el puño en la garganta y mis cosas dentro. Con la promesa de Axel, quien me había respondido en otro wasap que

no había ningún problema y que vendría en cuanto Ana se quedase con Nailani.

Sin preguntas.

Siendo sano y no doloroso con cada paso que dábamos en nuestra amistad.

¿Podía enamorarme de él ya? Por favor y gracias.

Entonces, mientras caminaba en dirección al hospital, dejando que mis pensamientos se evaporasen para que otros los suplantaran, una sola idea me vino a la mente. Sí, haríamos borrón y cuenta nueva, una cuenta de verdad, sin mentiras, sin medias tintas. Buscaría como fuera la cura para Nailani, nos iríamos del país si era necesario.

Me pondría manos a la obra ese mismo lunes, en cuanto tratase de hablar con Catriel. Le suplicaría que me dejase terminar 360, que no me apartara del proyecto ahora que estaba tan avanzado y, una vez finalizado, dimitiría. Me marcharía de Veritas para no causarle más dolor al único hombre que había amado.

Sí, también reconocía que lo amaba. El simple hecho de pensar en él me atenazaba las entrañas, me quemaba por dentro, me hacía clamar un aire que no tenía. Y yo no deseaba, por nada del mundo, que él sufriera más de lo que había sufrido. Y mucho menos por mi culpa.

No se lo merecía.

Creí haberle dado todas las herramientas para afrontar parte de su vida, para confiar en que sí se podía.

Todo cambió en un segundo.

El que tardé en cruzar la carretera, con el semáforo de peatones en verde.

Fue el ruido de un motor.

Un acelerón tan grande que el corazón se me saltó dos latidos.

Mis pies, anclados al suelo.

Un golpe. Duro, extremo, lacerante.

Una caída que me hundió en el hormigón; mi cabeza chocando con fuerza sobre el asfalto. La vista nublada…, mis gafas… rotas. Mi cuerpo de lado y un último intento torpe por respirar que me partió el pecho.

Y, entonces, el remate final apareció ante mis narices.

El vehículo que me había atropellado se detuvo, y de él bajaron cuatro personas, dos de ellos advertí que con palos de madera en las manos. Una de ellas, Valeria Leus, tan elegante como de costumbre. Intenté despegar los labios para pedir auxilio, pero lo primero que recibí fue un palo en la cabeza.

—Naiara Ramos —canturreó con voz narcisista—. Ya te avisó mi hombre. Las llamadas hay que contestarlas, chica. O corres el riesgo de que pasen estas cosas. Aunque —se agachó para estar a mi altura y me miró de cerca— me imagino que, después de esto, vas a tenerlo muy clarito.

—¿Q-qué mi… mierda haces, hija de…? —balbuceé y tosí.

No terminé de preguntar ni con los dientes apretados, cuando alguien me sujetó del pelo y otra persona me pateó la espalda con fuerza. Ni siquiera supe cómo lo lograron, pero ese arrastre fue el necesario para ponerme de rodillas. Y ahí comenzó la verdadera tortura.

Me preparé para la paliza del siglo, porque matarme no iban a matarme. No después de lo que me había dicho Valeria.

—Crees que puedes jugar con nosotros como si fuéramos unos cualesquiera, chica. —Me miró con altanería y me fijé en los tres encapuchados. Uno me sujetaba el pelo, otro estaba delante y el otro era el Lince, encapuchado también. Pero había alguien más a su lado. Alguien más que no discerní—. Y quiero demostrarte que no lo somos.

Los tacones de Valeria fueron el único ruido en mitad de la calle. Todo el mundo a nuestro alrededor había desaparecido por arte de magia, y allí no había nadie para ayudarme.

El primer guantazo se plantó en mi cara y me la giró sin avisar.

Escupí la sangre en el suelo, todavía con la vista borrosa y la cabeza dándome vueltas.

—No me das miedo, ¡pija de mierda! —bramé con desprecio, aunque débil.

Valeria rio como una hiena. El Lince dio un paso y, aunque ese sí que me producía pavor, mi lengua no cesó.

—Deberías, bonita. Porque te aseguro que después de esto te acordarás.

Un tirón del pelo me reclinó hacia atrás, haciéndome un daño terrible en las cervicales. Lo siguiente: un palo que parecía hecho adrede para partir costillas se me clavó en el estómago.

Tosí tanto que creí que echaba las vísceras por la boca. Me soltaron con malas formas hacia delante y caí de bruces contra el suelo. Caí con las dos manos hacia delante, y después de eso llegó una patada en la espalda que casi me fusionó con el asfalto.

—Que te follen, rubia oxigenada… —seguí, erre que erre. La vida también me había enseñado a sacarle los dientes a quien fuera.

—Un buen susto estará bien. —Miré hacia arriba y vi cómo se encaminaba hacia el coche—. Espero que no haya próxima vez y que aprendas la lección, Naiara Ramos.

El énfasis en mi nombre fue el pistoletazo de salida y, antes de que se metiera en el coche con el Lince y la otra persona, yo conseguí verla.

Me quedé en shock.

Aquello no podía ser verdad.

No podía estar pasando.

El siguiente golpe no lo vi venir. Solo sentí el aire cortado detrás de mí y el impacto seco empujándome hacia el suelo, otra vez. Como si quisieran que dejase de mirar al frente. De dejar de ver a… esa silueta imposible.

No pensé, reaccioné por instinto puro.

Me encogí sobre mí misma, protegiéndome la cabeza con los antebrazos y llevándome las rodillas al pecho, formando un escudo torpe pero suficiente para aguantar mientras intentaba orientarme. El corazón me retumbaba en los oídos y cada respiración era un chispazo de dolor, pero me repetí una y otra vez que tenía que aguantar, aguantar un poco más, solo hasta encontrar una salida o que alguien me viera para ayudarme mientras me daban una tunda de palos impresionante.

Uno de los golpes me alcanzó en el costado, otro en la espalda, pero mantuve los brazos firmes alrededor de mi abdomen. Apreté los dientes, tragué el terror y busqué punto por punto todos esos movimientos que aprendí sola, en la calle, cuando la vida no me dio otra opción que defenderme.

Giré sobre un hombro, deslicé el cuerpo para reducir el blanco y usé mi propio peso para escapar del ángulo de unas botas. No podía enfrentarme a ellos ni aunque quisiera. Eran dos pegándome, y encima di gracias a que el Lince se había marchado con… ¡Dios!

Lo que sí podía era resistir, minimizar los daños, esperar el segundo exacto en el que su atención flaqueara e intentar levantarme y correr. Me centré en mi respiración, esforzándome por mantener la vista clara y no desplomarme del dolor.

«No te desmayes —me repetí—. No aquí. No ahora».

Cada fibra de mi cuerpo estaba en modo supervivencia: proteger, resistir, aguantar. No pensaba en lo que podía pasarme, en cómo iban a dejarme aquellos desgraciados. Y solo recé por que no me matasen.

Porque yo era la responsable de una vida: de Nailani, y debía salvarla a ella por encima de todo.

Porque ella seguía respirando.

En ese orden y todavía tambaleándome por lo que había visto, recordé eso de que mi día no podía ir a peor. Sí, sí podía ir a peor.

Acababa de descubrir al verdadero villano de la historia, y ese no era el Lince, tampoco Valeria Leus.

La antagonista era Vega Cabrera.

Y estaba viva.

Agradecimientos

Es un honor llegar a la parte más importante del libro para mí, la que se ha convertido en algo fundamental. Os diré que agradezco todos los días, y significa tanto para mí que voy a contaros algo: llevo doscientos setenta y siete días agradeciendo sin fallar. Así que, si estás leyendo esto, ya llevaré unos días más, y, ya seas de mi equipo de villanas provocadoras, estés trabajando en este proyecto o hayas formado parte de él: gracias. De manera infinita y con tanto amor que deseo que Dios te bendiga hoy y siempre.

A mis incondicionales, las que lo han dado todo: Lola y Patri. Desde la primera página hasta la última, sé que ha sido una montaña rusa de emociones, una nueva historia, unas nuevas vidas que se nos van a quedar marcadas a todas y que van a tener mucho más que una bilogía, estoy segura de ello. Gracias, infinitas, por estar, por ser y por aguantar hasta los momentos más críticos de mi vida. Le pido al universo que no me separe de dos almas tan bonitas jamás; a mi marido, Luis, que ha ejercido como lector cero hasta cierto punto, os lo cuento en un directo para que le tiréis de las orejas, en el caso de que no acabe ☺; a Bea, por estar en cada proyecto y sentirse libre con ellos.

A mi mami, por parirme, por empujarme a hacer tantas y tantas cosas que quiero en la vida sin preguntar; a mi papi, por convertirse

en villano y en un poquito provocador; a mi yaya Zari, por beberse todos los libros, ¡la abuela es la caña! A mi equipazo de letras de Entre Libros, por estar al pie del cañón y no fallarme nunca, ellas saben que se puede, y seguiremos hasta el infinito.

A Carol París, por confiar una vez más en mí y yo en ella. Sé que podemos hacer un camino bonito juntas; a todo el equipo de Penguin Random House, en especial a Roca Editorial, por hacer posible que este libro vea la luz y llegue al infinito. Lo merece.

Gracias, con la mano en el corazón. Os quiero.

ANGY SKAY

VUELVE ANGY SKAY CON UN ROMANCE OSCURO LLENO DE HUMOR ÁCIDO.



Naím Montero lo tenía todo: una esposa brillante, una empresa capaz de cambiar el mundo y una vida diseñada para durar. Pero bastaron treinta segundos -una llamada, un disparo, una caída- para perderlo todo. Desde entonces, el luto no ha sido suficiente. La culpa no alcanza. Solo le queda una obsesión: mantener viva una memoria que se deshace entre sus dedos, aunque eso lo arrastre a la ruina.

VeritasVR, la compañía que fundó junto con su esposa, se tambalea. Él también. Hasta que aparece ella, Naiara Ramos, una chica que no encaja en su mundo y que lo desafía por completo. Una belleza de mirada eléctrica, talento desbordante y un secreto que late bajo la piel.

HAY HERIDAS QUE NO CICATRIZAN. Y PERSONAS QUE NO VIENEN A CURAR, SINO A INCENDIAR LO QUE QUEDA EN PIE.

Angy Skay (Valladolid, 1990) reside en Almería con su bonita familia desde hace más de treinta años. Comenzó su carrera en 2014 y en la actualidad tiene publicadas más de una veintena de novelas en las que vuelca su devoción por el romance, la comedia, el thriller y los villanos. La perseverancia y el esfuerzo de la autora son un claro ejemplo de que los sueños pueden cumplirse.

Esta soñadora nata, apasionada por conocer mundo, amante de los animales y adicta a las películas de terror, trabaja en el sector literario y tiene un máster en Edición y Gestión Editorial por la Universidad de Valencia en colaboración con el Grupo Planeta. También se formó como guionista a raíz de la pasión que desencadenó el mundo del cine en su vida. Uno de sus objetivos en la vida es darles voz a sus personajes, pues cree que el mundo debe conocerlos.



Primera edición: mayo de 2026

© 2026, Angy Skay
© 2026, Roca Editorial de Libros, S. L. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Ilustraciones del interior: © Shutterstock

Diseño de portada: Maria Spada

Roca Editorial de Libros, S. L. U. es una compañía de Penguin Random House Grupo Editorial que apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-10274-10-5

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: rocaeditorial
X: @rocaeditorial
Instagram: @rocaeditorial
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Treinta segundos para perderlo todo
Lista de Spotify
Introducción
1. El infierno
2. Ahí tienes la puerta
3. Tu olor
4. Su Eminencia
5. Terreno pantanoso
6. El monstruo
7. Una camisa rosa
8. Tras la pista
9. Como cajón que no cierra
10. Primera enemiga
11. La caña
12. La tabla de normas
13. Despierta
14. Arrepentimiento en caída
15. El Alto Imperio romano
16. El alma rota
17. Mi nuevo amigo
18. Es más como tú
19. El Ribera y el centollo
20. Nueva adicción
21. Una proposición indecente
22. Perdóname, Vega
23. Verdades ocultas
24. En las nubes
25. Una buena negociadora
26. El jeque
27. Nueva vida

28. Mi ratona
29. El engaño
30. El mazazo final
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Angy Skai
Créditos